

STEVEN ROWLEY

Lily y el pulpo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

EL PULPO

CAMUFLAJE

Viernes por la tarde

Cena del viernes

Viernes por la noche

Sábado al caer la tarde

Domingo, 4.37 de la mañana

Domingo por la noche

EL INVERTEBRADO. CINCO AÑOS ANTES

Atascados

La columna vertebral

Por los viejos tiempos

Me temo que es imposible negarlo, / solo soy un diente de león

El Tonga Room y el Hurricane Bar

Los votos matrimoniales

Aprieta más

LA SUCCIÓN

Lunes

Martes

Viernes

Domingo

Lunes

Miércoles por la noche

Lista completa de los apodos de Lily

Sábado

TINTA

1

2

3

4

5

6

7

8

LA ZONA PELÁGICA

Fishful Thinking

La vieja dama y el mar

Cicatrices y estrellas
Medianoche
La borrasca
La caza
Nos ahogamos

EL INFINITO

Las ocho de la mañana
Las nueve de la mañana
Las diez de la mañana
Las once de la mañana
Mediodía
La una de la tarde
Las dos de la tarde
Las tres de la tarde
Las cuatro de la tarde
Las cinco de la tarde
Las nueve de la noche
Las once de la noche

TRES CORAZONES

Agosto
Agradecimientos
Créditos
Notas

Para Lily

LA LEY DE LOS LOBOS

Esta es la Ley de la Selva,
vieja y real como el cielo;
y el Lobo que la observe prosperará,
pero el Lobo que la viole debe morir.
Como la trepadora que adorna un tronco,
la Ley avanza y retrocede;
pues la fuerza de la Manada es el Lobo,
y la fuerza del Lobo es la Manada.

RUDYARD KIPLING

El pulpo

Lo veo por primera vez un jueves. Sé que es jueves porque mi perra Lily y yo reservamos los jueves por la noche para hablar de chicos que nos parecen guapos. En años reales, Lily tiene doce, o sea, ochenta y cuatro años caninos. Yo tengo cuarenta y dos, es decir, doscientos noventa y cuatro años de perro, pero para mis doscientos noventa y cuatro parezco bastante joven, porque estoy en muy buena forma y son muchos los que me dicen que podría tener doscientos treinta y ocho, es decir, treinta y cuatro años humanos. Digo esto sobre nuestra edad, la de Lily y la mía, porque los dos somos un poco inmaduros y suelen gustarnos los chicos más jóvenes. Y tenemos largas conversaciones sobre los Ryans. Yo soy un tío más de Gosling; Lily, en cambio, es una chica Reynolds, aun cuando sea incapaz de mencionar una sola película de Reynolds que le gustaría ver dos veces. (A Phillippe lo dejamos hace años; no nos poníamos de acuerdo sobre cómo pronunciar su nombre. ¿Fil-íp? ¿Fi-li-pé? Y también porque ya no trabaja tanto.) Después vienen los Matts y los Toms. Tanto nos da hablar de Bomer, Damon, Brady o Hardy, eso va según nos haya ido la semana. Por último, los dos Bradleys, Cooper y Milton, este técnicamente mucho más viejo y muerto y enterrado hace tiempo, y la verdad es que no sé por qué mi perra no deja de sacarlo a colación, salvo que se deba a que le encantan los juegos de mesa, a los que, por lo general, dedicamos los viernes.

En cualquier caso, ese jueves en concreto hablamos de los Chris: Hemsworth, Evans y Pine. Como quien no quiere la cosa, Lily sugiere que también metamos en el saco a Chris Pratt, y en ese momento veo al pulpo. No ocurre todos los días que veas un pulpo tan cerca, y mucho menos en la sala, y muchísimo menos en la cabeza de tu perro como un sombrerito de esos de fiesta de cumpleaños. Y, claro, me quedo estupefacto. La visibilidad es buena, pues Lily y yo estamos sentados uno en cada extremo del sofá. Ella tiene un cojín, yo tengo otro; yo me siento estilo indio, ella encima del cojín en una pose más parecida a la del león de la Metro.

–¡Lily!

–No es obligatorio incluir a Chris Pratt, solo ha sido una sugerencia –dice mi perra.

–No... ¿Qué es eso que tienes en la cabeza? –pregunto, y veo que dos tentáculos del pulpo le cuelgan como un barboquejo.

–¿Dónde?

–¿Cómo que dónde? Ahí. En la sien derecha.

Lily no dice nada. Me mira un momento a los ojos y ni ella ni yo apartamos la vista, hasta que al final se decide a hacerlo para mirar al pulpo.

–Ah. ¿Eso?

–Sí. *Eso*.

Me inclino al instante y la cojo por el morro como solía hacer cuando era cachorra y ladraba mucho; tanto la emocionaba la mera existencia de cada cosa nueva que iba descubriendo, que no podía evitar entonar su entusiasmo con notas agudas y en *staccato*: ¡MIRA! ¡ESTO! ¡ES! ¡LO! ¡MÁS! ¡ALUCINANTE! ¡QUE! ¡HE! ¡VISTO! ¡ESTAR! ¡VIVA! ¡ES! ¡GENIAL! Una vez, cuando empezamos a vivir juntos, mientras yo me duchaba, se las ingenió para llevar todos mis zapatos a lo alto de la escalera –y eso que calzo un cuarenta y seis–, tres puertas más allá. Cuando le pregunté por qué, contestó con absoluta convicción: ¡ESAS! ¡COSAS! ¡QUE! ¡TE! ¡PONES! ¡EN! ¡LOS! ¡PIES! ¡TIENEN! ¡QUE! ¡ESTAR! ¡MÁS! ¡CERCA! ¡DE! ¡LA! ¡ESCALERA! Rebosaba de vivacidad e ideas.

La acerqué un poco a mí y le giré la cabeza para verla bien de lado y con detenimiento. Cuando se molesta por algo, como una atención excesiva que no desea, o cuando le fastidia mi torpeza de humano grande y estúpido, Lily me dedica la peor mirada de refilón de la que es capaz.

El pulpo está bien agarrado, aferrado con fuerza a la cabeza de Lily, encima de un ojo. Tardo un minuto, pero al final me armo de valor y lo pincho. Es más duro de lo que había imaginado. Más que un globo de agua parece un... hueso. A primera vista es subcutáneo, pero ahí está, al aire libre para que todo el mundo lo vea. Cuento los tentáculos, le doy la vuelta a la cabeza de Lily; no cabe duda, tiene ocho. El pulpo, además de fuera de lugar, parece enfadado. Puede que *agresivo* sea el término más exacto. Como si estuviera anunciándose y quisiera quedarse porque le gusta esta habitación. No voy a mentir. Asusta y confunde por igual. En alguna parte vi una vez un vídeo de un pulpo que se camuflaba tan bien en el lecho del mar que era completamente indetectable... Hasta que pasaba por allí un desdichado buccino o un pobre cangrejo o un caracol, y el temible octópodo saltaba y golpeaba con una precisión mortal. Recuerdo que volví a ver ese vídeo una y otra vez; quería descubrir al pulpo camuflado. Después de verlo no sé cuántas

veces, y aun sin poder ver íntegra la forma del pulpo, pude reconocer su presencia, percibir su energía, su manera de acechar, la intención de abalanzarse sobre su presa. Y, una vez visto, era imposible no verlo, aun cuando siguiera impresionando esa habilidad para esconderse tan bien a la vista de todos.

Este también es así.

Ahora que lo he visto, ya no puedo no verlo; el pulpo le desfigura a Lily toda la cara, una cara que para mí siempre ha sido tan bonita, un perfil canino noble y clásico traicionado apenas por un ridículo cuerpo de salchicha. Pero ¡qué carita! Una simetría perfecta. Cuando le estiraba las orejas hacia atrás, parecía un bolo recubierto de una suavísima piel caoba. Pero ahora se parece menos a un bolo en plena forma y más a uno gastado e inservible después de quién sabe cuántas partidas; en la cabeza de Lily hay un bulto que parece haber sido el bolo número uno en una formación de diez.

Lily me suelta por las narinas dos resuellos algo coléricos, y caigo en la cuenta de que sigo sujetándola por el morro. Consciente de que semejante indignidad la pone furiosa, la suelto.

–No quiero hablar de esto –dice, y baja la cabeza para rascarse algo que parece picarle en la panza.

–Pero yo sí.

Principalmente quiero hablar de cómo es posible que no lo haya visto antes. De cómo he podido ser el responsable de todos los aspectos de su vida cotidiana y su bienestar –comida, agua, ejercicio físico, juguetes, chuches, cuidarla por dentro, por fuera, medicamentos, sus necesidades fisiológicas, diversiones, arroparla, darle cariño, amor– y no darme cuenta de que tiene un pulpo en la cabeza, un pulpo que aumenta de tamaño de una manera alarmante. *El pulpo es un maestro del disfraz*, me recuerdo a mí mismo; *lo que pretende es seguir oculto*. Pero incluso al decírmelo para mis adentros me pregunto por qué me permito salir del atolladero tan fácilmente.

–¿Duele?

Un suspiro. Lily suelta aire. Cuando era más pequeña, hacía el mismo ruido mientras dormía, por lo general justo antes de que las piernas empezaran a moverse aceleradamente, el preámbulo de un dulce sueño en el que cazaba ardillas o pájaros o excavaba en la arena caliente de una playa dorada e interminable. No sé por qué, pero pienso en Ethan Hawke

respondiendo el clásico cuestionario de Bernard Pivot con que terminaban todas las emisiones de *Inside the Actors Studio*:

–¿Qué sonido, qué ruido te gusta?

Los suspiros de los cachorritos, había dicho Ethan.

¡Sí! Esa yuxtaposición maravillosa. Cachorros y suspiros. Como si cuando duermen calentitos, sintieran algún pesar o se quejasen por algo que los hastía o los exaspera. ¡Y, sin embargo, viven suspirando! Exhalaciones tiernas, inocentes, pero este suspiro de Lily es otra cosa. Suspira veladamente, diría yo. Para el oído no entrenado podría ser imperceptible, pero la conozco todo lo bien que en mi opinión es posible conocer a otra cosa viviente y lo percibo. Es un suspiro pesado. Un crujido. En su mundo también hay preocupaciones, algo le pesa en los hombros.

–¿Duele? –vuelvo a preguntarle.

Tarda en contestar.

–A veces –dice, después de una larga pausa y algunas consideraciones.

Lo mejor de los perros es esa manera que tienen de saber cuándo los necesitamos más; es entonces cuando dejan todo lo que están haciendo para hacernos un rato de compañía. No hace falta que le insista más. Puedo hacer lo que ella ha hecho por mí infinidad de veces, cuando he tenido mal de amores o he estado enfermo, deprimido, o en mis días de malestar o desazón general. Puedo sentarme a su lado en silencio; nuestros cuerpos se tocan lo suficiente para generar calor y compartir la vibrante energía de todas las cosas vivas hasta que la respiración se vuelve más lenta y adquiere el ritmo paralelo que nunca ha faltado cuando estamos juntos en completo silencio.

La levanto cogiéndola por la piel de la nuca como imagino que una vez hizo su madre para llevarla de un lado a otro cuando era recién nacida.

–Parece que va a hacer viento –le digo. Mirando al pulpo desde arriba todo lo que me atrevo, temo que esa afirmación contenga más verdad de la que me gustaría. Casi siempre lo digo para animar a Lily a que diga su frase preferida de *Elizabeth: la Edad de Oro*. La verdad es que ninguno de los dos ha visto esa película, pero en los anuncios oímos ese diálogo miles de veces cuando estaba en cartelera y nos moríamos de risa cada vez que Cate Blanchett bramaba y montaba un pollo en su papel de la Reina Virgen. Mi perra la imita mejor que nadie.

Lily se anima un poquito y exclama en el momento justo:

–¡Yo también puedo gobernar el viento, señor! ¡Hay un huracán dentro de

mí que arrasará España si osáis desafiarme! ¡Que vengan con todas las huestes del infierno! *¡No pasarán!*

Es un esfuerzo que Lily hace por mí, y lo hace muy bien; pero si he de ser franco, sabe hacerlo mejor. Es probable que instintivamente ya sepa algo que yo veo cada vez más claro: ella es el buccino, el cangrejo, el caracol.

El pulpo tiene hambre.

Y se la va a comer.

Camuflaje

VIERNES POR LA TARDE

La consulta de mi terapeuta está pintada de un color que recuerda el de la mantequilla sin sal. Sentado ahí, en el sofá que tiene ese muelle roto que lo hace endemoniadamente incómodo, a menudo he pensado en meter toda esa habitación en un bol con azúcar moreno, harina, vainilla y pepitas de chocolate. Cuando estoy enfadado por algo, y sobre todo cuando tengo la sensación de saber más que los que me rodean, daría mi reino por unas galletas. Crocantes por fuera, esponjosas por dentro, galletas con pepitas de chocolate, recién horneadas, calentitas, con el chocolate blando pero no fundido. No sé de dónde me viene ese antojo, pero hay unas palabras de Triki, el Monstruo de las Galletas, que nunca se me han ido de la cabeza: «Hoy viviré el presente, a menos que sea desagradable; si la cosa se pone fea, me comeré una galleta.» Si bien no tomo todos mis mantras de esos monstruos azules con ojos saltones cuya sintaxis es absolutamente dudosa, este ha arraigado. Y últimamente voy loco por las galletas.

Mi terapeuta se llama Jenny, un nombre no muy adecuado para una terapeuta, la verdad sea dicha. Jamás. Para una gimnasta, quizá, y sin duda también para la mujer de Forrest Gump, o para una empleada de una de esas fábricas de helado de yogur, un autoservicio donde uno mete la cantidad que quiere en la tarrina y lo único que ella tiene que hacer es pesarla y aun así la chica piensa que hace un trabajo duro. Pero para una terapeuta no. Lo que pasa es que no creo que la gente se tome a las Jennys en serio. Un buen ejemplo: yo, sin ir más lejos, me llamo Edward Flask, pero la gente me llama Ted. Es algo en lo que insistí después de que el desafortunado apodo «Ed el Especial» me persiguiera durante toda la escuela primaria por ser yo tan tímido. Veo que Jenny ha garabateado mi nombre, de su puño y letra, en un bloc de notas amarillo que tiene en el regazo, pero la *T* de *Te d* parece escrita en negrita; está claro que la añadió ella al recordar que nadie me llama Ed. ¡Y eso que llevo meses yendo a su consulta! No obstante, estas sesiones entran en el seguro y Jenny tiene la consulta no lejos de mi barrio (al menos para las distancias de Los Ángeles). Siempre saca las conclusiones erróneas, pero, para entender lo que necesito saber sobre mi vida, he aprendido a aceptar

esos consejos que no tienen ni pie ni cabeza y a filtrarlos por la mente de un terapeuta imaginario y mucho más inteligente. Eso así, a secas, puede parecer disfuncional, pero a mí me funciona.

Empecé la terapia después de mi última separación, hace un año y medio, después de seis años juntos y puede que dos años más tarde de lo que habría debido. Nos conocimos en el New Beverly Cinema al final de un pase de *El apartamento*, de Billy Wilder, y discutimos sobre los méritos de la película. Jeffrey era inteligente –tan inteligente que hasta daba miedo– y apasionado. Cuando yo palidecía hablando de temas como la infidelidad y el adulterio – véase *El apartamento*–, Jeffrey me recordaba con insistencia el amor que profeso a otra película de Wilder, *La tentación vive arriba*.

Al principio, su carisma convertía en adicción el mero hecho de estar cerca de él, pero con el tiempo me di cuenta de que también era una fachada. En su interior habitaba un niño herido. Había crecido huérfano de padre; yo entendía, por tanto, que viviera buscando una validación, y esa necesidad suya me resultaba atractiva. Lo humanizaba. Hasta que empezó a tolerar las intrusiones de ese niño. Pataletas. Numeritos. Necesidad de controlar cosas que no eran asunto suyo. Pero no podía evitar seguir siendo ese niño herido y yo lo quería, y por eso siempre pensé que las cosas mejorarían. Hasta que una mañana desperté y oí uno de esos rebatos de la vida: me merecía algo mejor. Y por la noche le dije que lo dejaba.

Después de más de un año sin salir con nadie, por fin me he decidido a volver al mercado. A meter los dedos de los pies en aguas pasadas, aunque creía que desde entonces me había ido apartando río abajo. Jenny me pregunta por ese punto.

–¿Cómo va eso?

–¿Eso?

–Sí.

–¿Lo de salir y...?

–Ajá.

Es lo último de lo que quiero hablar. El pulpo me tiene agarrado por la cabeza casi con la misma fuerza con que se aferra a la de Lily. Y sin embargo no me decido a hablarle a Jenny sobre esa visita no deseada. Al menos no de momento. No puedo enseñar las cartas, dejar al descubierto el miedo que da el pulpo y oírla decir todas esas sandeces que no debería decir, pues no me cabe duda de que lo hará. Jenny. No puedo hacer su trabajo por ella; con el

pulpo no. Preferiría hacer su trabajo *sin* ella, lo que por ahora significa guardarme la novedad para mí.

Ni siquiera tendría que haber venido, no debería haber dejado a Lily sola con el pulpo, pero la luz del sol entraba a raudales por las ventanas de la cocina, exactamente como a ella le gusta, y pensé que los largos rayos del final de la tarde la calentarían más que de sobra para que durmiese un buen rato. No pude conseguir hora en el veterinario hasta el lunes, y, no sé, por alguna razón me parece que el sol podría ser beneficioso. Que podría irradiar a nuestro visitante, deshidratar a ese pez fuera del agua.

—¿Los pulpos son peces? —pregunto sin querer en voz alta.

—¿Si los pulpos son qué?

—Peces. ¿Los clasifican entre los peces?

—No. Creo que son cefalópodos.

Quién habría imaginado que Jenny iba a saber algo así. Probablemente fue una niña que de pequeña quería ser bióloga marina pero que, cuando ingresó en la universidad, se enamoró como una tonta de un profesor de psicología con unas manazas bien masculinas y un nombre que podría ser Chad. Me gustaría estar tumbado en el suelo, al sol, hecho un ovillo, al lado de Lily. Ojalá pudiera acariciarla como cuando era cachorra para decirle que no se preocupe por nada, que todo irá bien mientras yo esté ahí. Ahí tendría que estar, no aquí.

—Bueno. ¿Qué me cuentas de tus... citas?

Con esa pregunta, Jenny me trae bruscamente de vuelta a la realidad.

—¿Mis citas? No sé. Bien. Nada nuevo. Soporífero.

—¿Soportable? —pregunta.

—No. He dicho soporífero. —Por dios, quiero galletas—. Soporífero. Ya sabes, tedioso. Una pesadez.

—¿Y eso por qué?

—Porque es así.

Galletas.

—Siempre es interesante conocer gente nueva, ¿no? ¿No puedes verlo desde ese ángulo?

—Podría —digo. Prefiero ser tozudo y dejarle bien claro que no lo veo desde ese ángulo ni lo veré. No sé si soy yo el que falla... Es posible que no esté preparado para salir con alguien. No sé si son ellos... Es posible que los buenos ya estén ocupados. No sé si es por mi edad. Los Ángeles es un País de

Nunca Jamás de Chicos Perdidos que viven pavoneándose y luciendo el palmito y que muy rara vez demuestran tener eso que se llama cerebro. Empecé con entusiasmo y puse lo mejor de mí en el empeño, pero no tardé en encontrarme con una sarta de primeras citas y encuentros en los que ya no podía recordar si la historia que contaba ya la había contado o si era algo que le había contado a un chico una o dos noches antes. En un esfuerzo para no aburrir, había preparado una larga serie de mis mejores anécdotas, mis mejores ocurrencias, y de tanto usarlas acabé aburriéndome a mí mismo.

Debería estar diciendo todo esto en voz alta, aunque solo fuera porque mi compañía de seguros está pagando esta consulta y yo pago la cuota (y no poco; soy escritor autónomo), pero lo que hago es soltar un anémico:

–Es que... no lo sé.

–Cuéntame –suplica Jenny.

–No.

–Vamos... Cambia de *tumor*.

El pulpo hace zumbir sus poderosos tentáculos delante de mí y en algo que parece un flash caótico enseña su boca hambrienta y se abalanza sobre mi cara.

Me estremezco. Me tapo la nariz con las manos.

–¿Qué has dicho? –pregunto, y suena a acusación.

Jenny me mira, preocupada. Es imposible que no vea el sudor que me ha cubierto la frente. Yo, frenético, miro a mi alrededor buscando al pulpo, pero se ha ido tan rápido como llegó.

–Que cambies de humor.

Su expresión preocupada se funde en una sonrisa.

¿Eso ha dicho?

Mi cárcel de mantequilla empieza a estrecharse; las paredes parecen estar más cerca de mí que hace cinco minutos. Eso suele anunciar un ataque de pánico inminente. Antes eran muy raros esos ataques, pero últimamente he tenido varios. La mejor manera de evitar un auténtico colapso consiste en hacer lo único que no quiero hacer, hablar de mis ligues. Para no olvidar que la vida sigue. No ceder a lo que provoca el pánico. Así pues, transijo.

–Bueno... Pues sí, está ese chico. Es guapo. Listo. Divertido. Guapo. Ya he dicho que es guapo, ¿no? Bueno, es que se lo merece. Lo que pasa es que no sabría decir si él está interesado.

–En ti.

–En los espectáculos de marionetas. –Me cruzo de brazos como para protegerme–. Sí está interesado en mí, *por supuesto*. Volvimos a vernos. Fue bien. –Esto es una estupidez. Debería estar hablando del pulpo, pero mejor no pensar en él. No puedo alimentar el pánico–. De todas maneras, me volví a casa sin saber si está interesado. *En mí*. Así que pensé que cuando me despida de él por segunda vez, si intenta besarme..., pues será una buena señal. Y si intenta abrazarme, no seré yo el primero en apartarme.

Encantado con ese plan, le señalo mi cabeza como si fuera algo más que un gancho para colgar el sombrero. Entonces me doy cuenta de que tal vez el pulpo se haya escondido ahí, pues las cabezas parecen ser un lugar que le gusta mucho, y empiezo a darme palmadas por todo el cuerpo. Jenny me mira como si yo estuviera experimentando un ataque epiléptico, pero sigue adelante.

–Buena idea. Así podrías comprobar si fue un abrazo de amigo o un abrazo romántico. ¿Y qué pasó?

–Yo me aparté primero.

Jenny me mira decepcionada.

Yo, a la defensiva:

–¡Bueno, él no se apartó, así que nos quedamos ahí apoyados el uno en el otro como si hubiéramos tenido una embolia!

De repente, las paredes están tan peligrosamente cerca de mí que me pregunto si me aplastarán o si acabaré machacado por esa blandura mantecosa, un molde perfecto para mi forma después de ahogarme en una crema espesa.

–Eso ya debería haberte dado alguna pista.

Jenny hace un garabato en su bloc, oscurece el *ed* de mi nombre para que haga juego con la *T* en negrita. Le *pagan* para que me escuche, y aun así me encuentra aburrido. Pero no es culpa suya. Menos de veinticuatro horas después de la llegada de nuestro huésped, el... *cefalópodo*, ya reconozco un rasgo que él y yo compartimos... Yo también me escondo a la vista de todo el mundo. Ando por la vida como un hombre invisible, oculto mi fracaso, trato de pasar inadvertido esperando que nadie, o pocos, se fijen en mí. Y lo vengo haciendo desde que las cosas se fueron al traste con Jeffrey.

–Creo que debes aceptar que hay personas que tienen dificultades para expresarse –farfulla Jenny.

Cuando se refiere a mí, siempre dice *personas*, pero, una vez más, se

equivoca. Ese chico no tuvo problemas para expresarse. Yo no tengo problemas para expresarme. Ese chico sencillamente no sabe si le gusto, y eso me puso ansioso. No lo sabe, aunque sea por mi culpa. Aunque sea yo el que no deja que lo vean.

G de galleta, ya bastaaaa. Galleta galleta galleta empieza con G.

Filtro el análisis de Jenny por la voz de mi terapeuta imaginario y preferido, que me da un consejo más inteligente: solo nos hemos visto dos veces. ¿Por qué tengo que saber lo que ese tío siente por mí? ¿Por qué todo tiene que ser ya estable? ¿Acaso sé yo si *él* me gusta? Quiero decir, si me gusta por algo más que su belleza. Tengo que sentirme mejor viviendo sin saber.

Y de repente la cosa ya no va de ligues, va del pulpo. *Tengo que sentirme mejor viviendo sin saber.*

CENA DEL VIERNES

Junio en Los Ángeles es el polo opuesto de cualquier otro junio del mundo. Aquí solo significa una cosa: oscuridad. El sol se esconde detrás de las nubes, de la niebla, de la contaminación y de la bruma y no vuelve a aparecer en varias semanas. Normalmente, me gusta. Normalmente, no me molesta el precio que hemos de pagar por tener sol el resto del año. Pero esta noche no hay puesta de sol, y eso me fastidia.

Llama Trent y me propone que cenemos juntos. Le digo que no, pero Trent no es de los que aceptan un no por respuesta; o sea que le digo que sí para ahorrarnos un largo tira y afloja. Me siento mal pensando que volveré a dejar sola a Lily, aunque sea una hora, pero también sé que necesito hablar con alguien, y si no voy a hablar con Jenny, muy bien puedo hablar con Trent. Me entiende, siempre me ha entendido, desde que nos conocimos el primer día de universidad en Boston. Entonces él era un texano que hablaba siempre gritando y yo un chico tranquilo de Maine; su encanto sureño me cautivó al instante, tanto como a él lo fascinó mi frialdad del norte. Fue una amistad que funcionó desde el momento en que llamó a la puerta de mi habitación de la residencia estudiantil y me preguntó si quería acompañarlo hasta el 7-Eleven a comprar tabaco. Era el Ferris Bueller de mi Cameron Frye.

Trent viene diciéndome que no me preocupe desde que tenemos veintidós años. Dijo que a nosotros la vida empezaría a sonreírnos cuando tuviéramos veintinueve. ¿Una separación desagradable? A quién le importa. ¿Un trabajo sin porvenir? Eso tampoco es una pérdida de tiempo. ¿Otras tensiones? ¿Para qué perder un solo momento preocupándose si la vida nos sonreiría cuando tuviéramos veintinueve? Al principio se lo discutía. ¿Por qué veintinueve? ¿Por qué no veintiocho? Y después me entró el pánico. ¿Y si la vida no me sonreía hasta los treinta y uno? No aprendí a soltar tacos como es debido hasta que estuve en séptimo de primaria, ni supe qué era internet hasta 1995. Me preocupaba quedarme rezagado. Con todo, lo afirmaba con tanta bravuconería y con una seguridad tal que al final me convenció. Nunca me tomé la molestia de preguntar cómo nos *sonreiría* la vida, y tampoco estoy seguro de que él lo supiera a ciencia cierta.

Y más tarde, en las últimas horas de mi vigésimo noveno año de mi vida, encontré a Lily. El día antes de cumplir los treinta.

Trent ya está en el restaurante cuando llego. Nos gusta ese lugar porque cuando pedimos un martini lo sirven en un vaso helado para martinis, y después, cuando ya nos hemos bebido la mitad, traen otro vaso helado para apurar lo que queda. Incluso cambian el vermut de un vaso a otro y traen más aceitunas. Increíble, ¿verdad? Eso es servicio.

–Hola, colega. Te he pedido un martini –dice Trent.

–Gracias. ¿Tienes lo otro?

–Teddy –dice, regañándome por haberme atrevido a pensar que podría haberlo olvidado. Trent me pasa una pastilla de Valium por encima de la mesa. Me la meto en la boca y la mastico un poco antes de metérmela debajo de la lengua. Sublingual funciona más rápido. Trent me da un minuto para que me haga efecto.

–¿Vas a decirme qué pasa?

Le indico con el dedo que tenga paciencia mientras termino de disolver los últimos cachitos de la pastilla entre la lengua y el maxilar inferior.

–Lily tiene un pulpo.

Mis palabras tienen un sabor terroso, sin refinar, y se me escapan antes de que pueda impedirlo, lo que significa que realmente necesito hablar del pulpo.

–¿Qué? –pregunta Trent, sin entender.

–Un pulpo. En la cabeza. Encima del ojo. –Decirlo así tampoco sirve para que se aclare. Me mira de una manera... Así que resumo y añado–: Se parece un poco al tuyo.

Trent es la única otra persona que ha tenido un pulpo en un lugar que no es precisamente un salpicón de mariscos. El suyo llegó en 1997. Entonces compartíamos piso, aquí, en Los Ángeles. Lo encontré una noche en el sofá frotándose la pantorrilla y con cara de estar desconcertado.

–Se me ha dormido la pierna –dijo.

No sé si es una imaginación mía o mi manera de anticipar el efecto del Valium, pero suelto aire y me zambullo en una visión diazepamica de Trent y yo cuando teníamos veintiséis años en aquel apartamento viejo y destartado, una visión tan vívida como si hubiera sido ayer.

Por lo visto, tenía dormido el lado izquierdo del cuerpo desde hacía meses, y en una resonancia magnética que le mandó hacer el médico apareció un

pulpo. Para ser exactos, una cría de pulpo. Al cabo de unas semanas Trent entró en el quirófano, y aunque en aquel momento fue traumático, se recuperó pronto y no tardamos en olvidarlo. Más tarde me pregunté por qué había tardado tanto en decirlo. Entre nosotros lo habitual era pasarnos las horas analizando con todo lujo de detalles hasta el último acontecimiento de la vida. La vez que interrumpimos a puñetazos una pelea entre lesbianas. El número exacto de hilos que han de tener las sábanas y por qué el algodón egipcio es tan fantástico. Cuántos famosos podíamos conseguir que vinieran a una de nuestras fiestas. Por qué siempre se nos quemaban las gachas de avena. Si estaba bien invitar a salir a un camarero que yo había conocido en The Apache la noche de las copas a cincuenta centavos. ¿Y por qué íbamos a un bar llamado The Apache? (Copas a cincuenta centavos.) Nos sobraba el tiempo para que ese tema se hubiese mencionado antes de que me lo encontrase ese día en el sofá con cara de apabullado.

Trent me da un golpecito en el brazo; levanto la vista. El restaurante está lleno esta noche, hay más clientes de lo habitual.

–Se te ha ido la olla –dice Trent; el Valium ya debe de estar en pleno funcionamiento–. ¿Cómo que parecido al mío?

–Bueno, no exactamente como el tuyo, porque tú no podías vértelo, pero Lily lo tiene justo encima de la cabeza, a la vista de todo el mundo.

–Su... pulpo.

–Sí.

–Yo nunca tuve un pulpo.

–¡Sí que tuviste! ¿O qué coño te extirparon en Cedars cuando te abrieron la cabeza?

–Me extirparon un t... –empieza a decir, y se detiene.

–¿De qué crees que estamos hablando, pues?

–Creía que de un pulpo.

–Exacto.

Llegan los martinis. Tres aceitunas cada uno. Nos los bebemos despacio y en silencio. El vodka me sabe a bálsamo helado en la garganta, una manera muy bienvenida de lavar el regusto polvoriento que me ha quedado debajo de la lengua. Quema, y me enjuago la boca.

–¿Quieres los huevos con salsa picante?

No entiendo por qué me lo pregunta si sabe que siempre pido esos huevos.

Trent llama por señas a una camarera y pide la cena. Ni siquiera espera a que le diga que sí.

—¿Has llamado al veterinario?

Le digo que sí con la cabeza.

—No puede verla hasta el lunes.

—¿Cuándo viste por primera vez...?

—¿... al pulpo? Anoche. Apareció de repente. Si ya estaba antes ahí, no me di cuenta. Pero es bastante raro. La verdad es que no se mueve. Está ahí como... sentado, con los tentáculos colgando a un lado de la cabeza de Lily. Creo que está... durmiendo.

Trent mete dos de sus aceitunas en el martini, con los dedos, y yo quito una del palillo. Con los dientes.

Lo veo hacer sumas y restas mentalmente.

—¿Cuántos años tiene Lily?

—No.

—¿Qué?

—No —repito, con firmeza—. Ya veo lo que estás haciendo, sopesar el valor probatorio de mis opciones. Para empezar, todavía no he ido al veterinario y no sé qué implica quitarle el pulpo que tiene pegado en la cabeza.

Pulpotomía.

—Dos, no voy a dejar que se la coma. No lo permitiré.

En mi veintena, tuve otro terapeuta horrendo (¡terapeutas!) que llegó a esta conclusión: dado que mi madre nunca me decía «Te quiero» (no al menos como lo dicen otras madres), mi capacidad de amar siempre tendría un límite. De amar a alguien, y de ser amado también. En ese sentido era un ser limitado. Pero luego, el último día de mi vigésimo noveno año de vida, cuando tuve en brazos a mi cachorra, no pude contener las lágrimas. Porque me había enamorado. No más o menos enamorado. No parcialmente enamorado. De repente me sentí perdidamente enamorado de una criatura a la que había conocido apenas nueve horas antes.

Recuerdo que Lily me enjugó las lágrimas con la lengua.

¡ESTE! ¡OJO! ¡HACE! ¡LLUVIA! ¡ES! ¡FANTÁSTICO! ¡ME! ¡ENCANTA! ¡EL! ¡SABOR! ¡A!
¡SAL! ¡DEBERÍAS! ¡HACERLO! ¡TODOS! ¡LOS! ¡DÍAS!

Tomar conciencia de ese enamoramiento súbito fue algo abrumador... ¡A mí no me pasaba nada! ¡Lo que era capaz de sentir no tenía límite!

Y, tal como había predicho Trent, cuando faltaban solo unos minutos para

medianoche, la vida me sonrió cuando tuve veintinueve años.

Doy dos puñetazos en la mesa y los cubiertos de plata saltan y el vodka está a punto de desbordarse de los vasos y yo aprieto los dientes y digo, con expresión desafiante:

–No va a comérsela.

Un escalofrío recorre la columna vertebral de Trent. Lo sé porque a mí me pasa lo mismo. Mi amigo me coge las manos para tranquilizarme. Él también tiene una perra. Weezie se llama. Una bulldog. La quiere como yo quiero a Lily. Trent sabe lo que siento. Lo comprende, y lucharía como voy a luchar yo.

La camarera nos sirve los huevos y cambia de vaso lo que queda de los martinis. Con gesto patoso, nos sonrío y desaparece.

Contemplo el hielo que va empapando lentamente la pared del nuevo vaso.

No.

Va.

A.

Comérsela.

VIERNES POR LA NOCHE

Las noches de los viernes son mis noches preferidas. Nadie me creería si digo que una perra salchicha de doce años es capaz de jugar divinamente al Monopoly. Pero se equivocaría. Lily es capaz de acumular hoteles a un lado del tablero como nadie, y por lo general lo hace sin compadecerse apenas de los que no pueden permitirse sus alquileres carísimos. A mí, por el contrario, me gusta el primer lado del tablero, el que tiene las propiedades de color púrpura oscuro y azul claro con nombres vagamente racistas como Oriental Avenue. La paleta de colores de ese lado del tablero me tranquiliza. Lily es daltónica, y a la hora de adquirir propiedades no piensa en nada semejante. En una palabra, nunca me siento demasiado agresivo edificando hoteles en esas propiedades si tengo la suerte de conseguir el monopolio. Los alquileres son razonables, y al empezar la gente suele tener pasta. Intuyo que no tengo instinto asesino.

Lily siempre se divierte conmigo cuando quiero ser la carretilla o el zapato. Piensa que son fichas para jugadores débiles y faltos de objetivos. Ella siempre quiere ser el cañón, el buque de guerra o el «vaso de chupito». (Nunca he tenido valor para decirle que juega con esa ficha al revés y que en realidad es un dedal. Se pondría furiosa si alguna vez se enterase.)

Esta noche no jugamos con verdadero entusiasmo, pero es lo que hacemos los viernes por la noche, así que adelante con la rutina. Podría haber sugerido que lo dejásemos e hiciésemos algo que no requiriese tanta concentración, ver una peli, por ejemplo (aunque la Noche de Cine suele ser la del sábado), pero me siento un poco culpable por haberla dejado sola antes, primero para ir a terapia y después a cenar con Trent. Como de costumbre, me toca a mí tirar los dados, moverle la ficha, dirigir las transacciones, comprarle las casas y hoteles y ser la banca porque..., bueno, Lily es un perro.

Dos cuatros.

–Has sacado dobles dos veces seguidas. Una más y vas a la Cárcel –digo. Lily cae en una de las propiedades verdes–. North Carolina Avenue. Está libre. ¿Quieres comprarla?

Se encoge de hombros. Es una sombra de mi compañera habitual del

Monopoly; los dos tenemos la cabeza en otra parte. Pero si yo he decidido poner al mal tiempo buena cara (por el vodka o por el Valium, quizá), ella se dedica a calentar la silla. La miro. Le pongo un cojín en el asiento para que pueda ver por encima de la mesa, como hago siempre, pero esta noche me parece más pequeña. Es posible que siempre haya sido así –no creo que nunca pesara más de siete u ocho kilos–, pero su presencia en mi vida siempre ha sido desmesurada.

–¿No quieres jugar? No estamos obligados.

Lily olisquea su pila de dinero. Cuando baja la cabeza puedo ver al pulpo, así que miro para otro lado. He decidido no entablar combate con él, no mirarlo, no hablarle, ni siquiera reconocer su presencia hasta que el lunes vayamos al veterinario.

Ya veremos cuánto me dura.

–Háblame otra vez de mi madre –dice Lily.

Es una historia que le gusta que le cuente de vez en cuando. Antes me fastidiaba esa curiosidad por sus orígenes. Supongo que tal vez yo empezaba a tener ciertos remordimientos por haberla separado de su familia de salchichas cuando solo tenía doce semanas, por haberla alejado de su madre y de su padre y de su hermano y sus dos hermanas, que más tarde se llamaron Harry, Kelly y Rita, pero ahora me gusta contársela. Una historia sobre los orígenes y sobre la herencia, y sobre nuestro lugar en este ancho mundo.

–Tu madre se llamaba Ebony Flyer, pero la gente la llamaba Witchie-Poo. Tu padre se llamaba César, por un gran general romano. A tu madre solo la vi una vez, el día que nos presentaron a ti y a mí.

–¿Mi madre se llamaba Witchie-Poo?

–Hacía un día precioso, la primera semana de mayo. Primavera. El viaje al campo duró horas hasta llegar a esa granja vieja de madera con la pintura blanca toda desconchada y yo con el corazón en un puño todo el camino. ¡No sabes lo nervioso que estaba! Quería gustarte. La granja quedaba bastante apartada de la carretera, y la hierba estaba casi amarilla. No llovió mucha esa primavera; ya sabes, bueno para ti pero malo para casi todos los demás.

–Odio la lluvia.

–Sí, tú y todos los perros. Pero bueno, había un corralito alambrado en la parte delantera del jardín, y ahí dentro estabais tú, Harry, Kelly y Rita uno encima del otro, como fideos en una olla de agua hirviendo. Era difícil incluso distinguir dónde terminaba uno y empezaba el otro. Vamos, que erais

una pila de patas y colas, y la señora de la granja os cogió y os puso suavemente en el suelo. Vosotros caminabais, tropezabais, os movíais y caíais, y yo me quedé allí pensando: *¿Cómo diablos voy a elegir?*

–Pero elegiste. ¡Me elegiste a mí!

Lily se queda con un hotelito de madera rojo y lo mordisquea lo suficiente para marcarlo con los dientes antes de escupirlo encima de las vías del tren. En circunstancias normales, no permitiría que se portara así, pero lo hace con delicadeza, y hasta despreocupadamente, diríase.

–No. No fue exactamente así –digo, y Lily me mira sobresaltada.

Como todo padre adoptivo que se precie, siempre le he inculcado este viejo rollo de mierda: una mamá y un papá que tienen un bebé no tienen más remedio que quedarse con el que les toca en suerte, pero los adoptivos lo *eligen* y por eso lo quieren mucho más. Por supuesto, en la mayoría de los casos eso es palmariamente falso. Los padres adoptivos tienen la suerte de oír la llamada cuando y donde los pilla, y por eso tienen el hijo que tienen, igual que los padres que engendran y las madres que conciben y dan a luz.

–¿No? –dice Lily, y parece ofendida.

–No –repito, porque es verdad. Después hago una pausa con la intención de conseguir un efecto histriónico–. En realidad, *tú* me elegiste a *mí*.

Y así fue. Mientras Harry, Kelly y Rita seguían jugando a algo que se parecía a rodar por la hierba y hacer volteretas, Lily se apartó de ellos y se acercó hasta donde yo me encontraba hablando con la criadora.

–Estaba pensando en quedarme con el macho, a menos que usted lo quiera para algo en concreto. Es muy revoltoso, pero creo que se lo puede adiestrar.

Lo cierto es que no me había parado a pensar si quería un chico o una chica. No queriendo parecer sexista y caerle mal a la mujer que era la única que podía decidir sobre la cuestión de que me llevara o no uno de sus cachorros, dije:

–No, me gustaría elegir entre las chicas.

Me puse a observar detenidamente la camada, buscando a las hembras, pero confieso que no tenía idea de cuál de los cuatro era macho. Tendría que ir examinándolos uno a uno con una mezcla de sutileza y determinación; peor que parecer ser sexista habría sido dar la impresión de ser un perverso.

Fue entonces cuando noté que el cachorro que luego se llamaría Lily me mordisqueaba el cordón del zapato. Se aferró al cordón y metió la marcha atrás hasta que poco a poco consiguió desatarlo por completo.

–Hola, encanto... –Me puse en cuclillas y procedí a inspeccionarla–. Chica.

–Esa es la pequeñaja, la última de la camada –dijo la mujer, en un tono rayano en lo despectivo.

Y yo cogí en brazos a la última de la camada y ella se me metió debajo de la barbilla, meneando el rabo como si fuera el péndulo del reloj de pie más pequeño y frágil del mundo.

–Me llamo Edward. Pero me llaman Ted –le susurré al oído antes de acercar el mío a su cabeza. Y en ese momento la oí hablar por primera vez.

¡ESTA! ¡ES! ¡MI! ¡CASA! ¡AHORA!

Y lo fue.

–Me quedo con esta –dije.

–Puede elegir el que prefiera. El macho también, si lo quiere. No estoy segura de que esta vaya a servir para exhibirla en una feria.

–Da igual. La verdad es que no me interesa para eso. Así que me la quedo.

Durante un segundo me preocupó la posibilidad de que la mujer dijese algo más para quitarme las ganas de quedarme con Lily. Nos miró un instante a los dos mientras yo la abrazaba con gesto protector, y al final se le suavizó la expresión y transigió. Me pregunté si en el fondo no era un alivio para ella que alguien se llevara a la «pequeñaja», para poder cobrar más por los demás, cachorros perfectos todos.

–Parece como si hubiera sido ella la que lo ha elegido –dijo, y al cabo de un momento añadió–: Supongo que es así como funciona esto.

Concluyó con la sonrisa poco convencional de un vendedor de coches que acaba de endilgarle a alguien una cafetera casi por lo que suele valer un automóvil en buen estado.

Le cuento esta historia a Lily por encima del tablero del Monopoly y parece satisfecha. Emocionada incluso. Le sonrío, pero de lado, para no tener que ver al pulpo. Lily sacude la cabeza y las orejas de atrás para adelante, y el tintineo familiar de su collar y la medallita con su nombre hace que la sala reviva. Hasta que no deja de menearse no me doy cuenta de que he estado agarrando la silla con tanta fuerza que se me han puesto blancos los dedos. Supongo que esperaba que Lily sacudiera la cabeza con violencia, para que el pulpo se cayera, volara por la sala y acabase aplastado contra la pared, muerto en el acto.

Por primera vez esta noche lo miro de frente. El pulpo sigue ahí, se agarra

con fuerza, salvo que ahora (y, lectores, no les estoy tomando el pelo) el hijo de puta me sonríe.

Cabronazo.

Lily me mira sin entender.

– Qu e?

Me recompongo todo lo rápido que puedo.

–Te toca –digo, esperando que vuelva a interesarse en el juego.

–No, no me toca.

–Sí te toca. Has sacado dos cuatros, te toca tirar otra vez.  Quieres que tire por ti?

–Claro.  O acaso me han salido manos de repente?

Ese sarcasmo lo aprendió de mí; antes hacía que me sintiera orgulloso, pero ahora me parece desagradable.

Arrojo los dados. Dos doses. Lily y yo nos miramos unos segundos muy largos. Los dos sabemos qué significa. Con desgana cojo el buque de guerra de Lily y lo llevo directamente a la Cárcel.

SÁBADO AL CAER LA TARDE

Hay veces en que Los Ángeles puede ser la ciudad más mágica del planeta. Cuando soplan los vientos de Santa Ana y el aire está caliente y tan, tan claro... Cuando los jacarandás florecen y el violeta liláceo de sus flores no puede ser más radiante. Cuando, un cálido día de febrero, el océano brilla y uno va empujando finos granos de arena con los pies descalzos mientras el resto del país está hundido debajo de mantas y más mantas de una sopa viscosa. Pero otras veces –como cuando las flores de los jacarandás caen y ofrecen el espectáculo de una estremecedora lluvia color púrpura–, Los Ángeles parece solo un sueño que no ha acabado de adquirir forma. Como si la ciudad se hubiese fundado quizá como un centro comercial a principios de la década de 1970 y no tuviera ninguna razón especial para existir. Una idea de último momento del diseñador de otra ciudad, una ciudad mejor. Un lugar hecho solamente para que personas atractivas se diviertan y coman ensaladas caras.

Eso es precisamente lo que estoy a punto de hacer, leyendo distraídamente un menú de ensaladas así, caras, y lo ridículo de toda esta situación me abruma. ¿Quiero una selección de brotes verdes aliñados con judías de metro encurtidas? Es posible que a mi estado de ánimo le convenga más una de remolacha salteada y endivias. ¿O lo apuesto todo a la ensalada guatemalteca de cincuenta ingredientes? Esta es la ciudad en la que vivo. ¿Acaso soy capaz de nombrar los cincuenta ingredientes de esa ensalada? Indeciso, frunzo los labios. Están secos.

–Creo que me he vuelto adicto al ChapStick –digo, y levanto la vista.

¿Lo he dicho en voz alta?

–¿Cómo se puede ser adicto al bálsamo labial? –pregunta él, apurando su copa. Tiene gotas de sudor en la frente, pero no creo que sea por nervios. Sencillamente pienso que es de esos tíos que sudan mucho.

–Alguien me dijo una vez que en el ChapStick ponen vidrio molido en cantidades indetectables, unos trocitos que te hacen cientos de cortes microscópicos en los labios, y que por eso después la gente necesita... más ChapStick. Una vez me leí la etiqueta con atención, como si, además del 44

% de petrolatos, el 1,5 % de padimato, el 1 % de lanolina y el 5 % de alcohol cetílico, fuese a decir que también contiene un 4,5 % de cristales rotos. Pero no. –Mi acompañante de hoy me mira con cara de pasmado. Yo, como no sé qué otra cosa hacer, sigo soltándole el rollo–. Es una maniobra encubridora. La Whitehall-Robins Healthcare Company, de Madison, New Jersey, que es la distribuidora del ChapStick, probablemente es propiedad del Altria Group, un nombre inventado para lo que antes era Philip Morris. Así la gente asocia menos el producto con el tabaco. –Y luego, para rematar mi argumento, añado–: Son propietarios de un montón de cosas.

Repesco el último trozo del aperitivo –jícama– y me encojo de hombros. Por dentro todo me decía que debería haber cancelado esa cita, y estoy cabreado conmigo mismo por no haberme hecho caso. Tendría que haber aguantado hasta salir con el guapo. Pero bueno, estoy viviendo en el no-saber, y lo detesto. Estamos perdiendo el tiempo. Lo sé. Lo sabe. No lo dice (en realidad, no dice nada), y yo parloteo para llenar el silencio, pero lo cierto es que estoy quedando como un idiota. Y un poco teórico de la conspiración. Ni siquiera el tipo divertido que cree en los hombrecillos verdes –los otros, los que escriben manifiestos y los mandan por correo urgente con artefactos explosivos–. Yo no tendría que quedar conmigo, y él tampoco.

Por correo electrónico la química funcionó pasablemente. Con este, con el nuevo. Pero eso pasa a veces cuando se liga por internet. Un par de mensajes muy calientes, un vaivén de respuestas aceptables, pero después, ¿en directo? Nada. Un pimiento. Cero. A estas alturas ya debería saber mejor cuándo va a pasar eso, pero no he aprendido. Sigue siendo pura cuestión de suerte. Por eso ya no me entusiasman esos mensajes de calentorros ni un ir y venir de correos bastante fumables. Eso no quiere decir necesariamente que uno tenga un deseo real de ver a esa persona desnuda. Y, claro, es raro ver tanto sudor en las fotos que la gente cuelga en el perfil, mucho menos en las fotos de los activos. Oh, piensas, suda porque está haciendo *footing* en Runyon Canyon o arrojando un Frisbee en la playa. Eso se piensa. Pero nadie los imagina sudando así mientras hojean el menú de las ensaladas sentados en un restaurante.

–¿Tú eres adicto a algo?

Tomo conciencia de que tengo que hacerlo hablar antes de que me dé por soltarle mi monólogo sobre el Robitussin, mi jarabe preferido.

–Al sexo.

¿Lo diré en broma? Ni idea. Si es una broma, no está tan mal. Si no lo es, a lo mejor me viola. Me decanto por la primera opción y sigo atacando.

—¿A qué te dedicas?

—Soy auxiliar de vuelo, pero quiero dejarlo para reciclarme en paseador de perros. Profesional.

¡Mierda! Paseador de perros *profesional* en Los Ángeles. ¿Existe eso? ¿Acaso la mayoría de los paseadores de chuchos mantienen su condición de aficionados para competir en la Olimpiada de Paseos de Perros? Supongo que yo soy eso, un paseador de perros aficionado. Es lo que debería estar haciendo ahora. Disfrutando de un paseo con Lily antes de que se haga de noche. A las cinco ha aclarado bastante y aún queda cierta luz suave que haría que un paseo con Lily pareciera agradable. Podría ser el único sol que viéramos en muchos días. De repente tengo aún menos ganas que antes de estar ahí.

—Eso suena a... —¿cómo lo digo educadamente?—... a «dar un paso a un lado».

—En realidad, es escalar un peldaño.

—Lo siento por los auxiliares de vuelo.

Me da algo cuando me lo imagino en un vuelo sirviéndome un ginger ale con sus manazas sudadas.

—Bueno, aquí lo es. En Los Ángeles la gente paga lo que le piden por el perro. ¿Tienes alguna mascota?

—No.

Intento recordar qué puse en el perfil de la página de ligues (¿dije algo sobre Lily?) y sopeso las posibilidades de que se tomara la molestia de leer mi perfil y recordara lo suficiente para saber que estoy mintiendo. A lo mejor solo echó un vistazo a las fotos hasta encontrar la que salgo enseñando el pecho. No debería haber escrito nada tras haber dado cuenta de uno de los mejores vinos blancos de Nueva Zelanda, y mucho menos debería haber colgado una foto despechugado. Fue por culpa del vino.

—Yo tampoco. Pero me gustaría tener un animal de compañía.

Eso (aparte, quizá, del chiste sobre la adicción al sexo) es lo más interesante de este tío. Ni siquiera sé qué clase de mascota le gustaría tener — un perro, un gato, un reptil, una de esas ruidosas cadenitas llavero que antes llevaban los niños japoneses, un hámster, pececitos tropicales, piedras...—, pero quiere una.

Trato de que se me ocurra algo para cambiar de tema sin que se note mucho. Si esto no lleva a ninguna parte (conectamos tan poco que ni siquiera surge interés por el sexo), debería haber una manera socialmente aceptable de levantarse de la mesa y marcharse. Quiero decir, si nada funciona francamente mal con la otra persona –es «como en el anuncio», pero, por la razón que sea, no te hace tilín–, debería haber una manera de levantarse y marcharse. Si hay algo que obviamente falla, se puede decir sin rodeos. Puede que no con esas palabras, pero se puede decir algo así como: «Lo siento, pero creo que esto no va a funcionar.» Una vez, con un tío, tuve unas vibraciones tan horribles cuando me dio la mano que me asustó, y encima no estábamos en un lugar lo bastante público, así que le dije eso y me largué. Otra vez ojalá lo hubiera dicho de entrada, pero no tuve más remedio que comerme todo un *dim sum* y contestar preguntas como: «¿Crees que eres la clase de persona capaz de hacer una traqueotomía de urgencia?» (A título informativo, diré que no. Para nada.) Pero una vez que salimos al campo, hay que jugar, y estamos como obligados a llevar la cosa a su conclusión natural. Mi primer encuentro con Jeffrey duró dos días: ¡teníamos tantas cosas que decirnos! Pero supongo que eso pone el listón muy alto.

Cuando salí, Lily dormía, y me sentí como uno de esos padres que quieren despertar al crío para ver si sigue con vida. No obstante, si bien normalmente Lily duerme sobre el lado izquierdo, esta tarde se ha echado sobre el derecho, con el lado del pulpo hacia abajo. Bien. Es posible que así el bicho se ahogue en la manta estampada con huellas de perro. Por lo demás, estaba hecha un ovillo, como siempre; precisamente por su forma de dormir empecé a llamarla Habita. Ya espero ansioso la próxima película que vamos a ver juntos, no importa cuál, cuando termine esta cita interminable. Los sábados por la noche vemos pelis. Espero que haya descansado bien. A lo mejor pido comida india por teléfono; en el restaurante que hay al final de mi calle tienen esos garbanzos con salsa de tomate y jengibre que están para chuparse los dedos. Vuelvo a pensar en alguna manera de poner fin a esta tortura. *Bueno, puesto que en persona no eres realmente interesante, creo que voy a irme.* Ojalá fuera así de fácil. Lo que debería hacer es tirar para adelante y volver a ver al de los abrazos. Tercera cita. Como mínimo me interesó lo bastante para querer saber si yo le interesaba a él. ¿Por qué fui yo el primero en romper el abrazo?

–Y dime... ¿Hijos? –pregunto–. ¿Quieres tener hijos?

A mí los niños me gustan bastante, y tengo una sobrina que me tiene loco, pero ya soy demasiado viejo para ser un padre joven y tampoco tengo muchas ganas de ser un padre viejo. Soy soltero, y eso no es algo que haría solo, y a pesar de haberme registrado en esa página de contactos, tampoco tengo nada en concreto que me impulse a cambiar de estado civil solo para tener hijos. Así que no creo que los niños formen parte de mi destino.

–No, decididamente no. No aguanto a los niños.

–Ah, bueno, tú no. Yo sí quiero tener hijos. Necesito tener hijos. Muchísimos hijos. Formaremos un grupo vocal y haremos giras por ciudades europeas de segunda, como Düsseldorf.

Es mi escapatoria, así de sencillo.

De camino a casa, de repente me entran unas ganas locas de comer helado. Me detengo en la tienda de comestibles y me voy directo al pasillo de los congelados, escojo una tarrina de medio kilo de Ben & Jerry's Karamel Sutra para mí y una tarrina individual de vainilla para Lily, porque, vamos, no se va a quedar sin helado. Un verano, cuando era pequeña, fuimos juntos en coche a alguna parte que ahora no recuerdo y aparqué en el arcén cuando vi una de esas heladerías en las que sirven por una ventana. Bajamos, cruzamos el aparcamiento de grava y pedí un cucurucho de menta con pepitas de chocolate porque el helado de menta con pepitas de chocolate que tenían era verde y siempre me sabe mejor cuando es verde (aunque es probable que el colorante que usan sea carcinógeno). Nos sentamos a una mesa de pícnic en la hierba y me puse a Lily en el regazo.

¡QUÉ! ¡ES! ¡ESA! ¡NUBE! ¡QUE! ¡ESTÁS! ¡LAMIENDO! ¡ME! ¡ENCANTA! ¡LAMER! ¡COSAS! ¡YA! ¡ME! ¡GUSTARÍA! ¡LAMER! ¡ESO!

Incluso en mis mejores días he deseado que la vida me emocionara tanto como la emocionaba a ella. Así que le acerqué el cucurucho al morro para que diera un lametón. La reacción fue inmediata.

¡ESTO! ¡ES! ¡INCREÍBLE! ¡TENEMOS! ¡QUE! ¡COMPRAR! ¡ESTA! ¡COSA! ¡PARA! ¡LAMER! ¡TODOS! ¡LOS! ¡DÍAS!

No pude terminarme el cucurucho. Imposible. Lily, que seguía en mi regazo, me puso las patas delanteras en el pecho. El rabo no podía meneársele a más velocidad. Y después intentó trepar con las patas de atrás, buscando puntos de apoyo en mis abdominales, lo que fuese con tal de acercarse más a ese premio con sabor a menta.

–¡Eh, eh, eh! –protesté–. ¡Siéntate!

Me hizo caso y colocó sus patitas del lado derecho en mi pierna izquierda

mientras intentaba aparentar que no perdía el equilibrio. Sus ojos me miraban con cariño y una expectación enorme.

Alguien dijo una vez que si damos a un perro techo y comida y chucherías, pensará que somos un dios, pero que con el gato pasa al revés. Son ellos los que piensan que son dioses.

Lily y yo compartimos ese cucurucho porque yo soy un dios.

DOMINGO, 4.37 DE LA MAÑANA

Noto que me tiemblan las piernas como me tiemblan siempre que estoy medio dormido y sueño que caigo al vacío y estoy a punto de estrellarme contra el suelo. Me despierto bañado en sudor frío, me incorporo en la cama, levanto la manta y estiro la mano buscando a Lily en un solo y fluido movimiento.

El pulpo está ahí, dale que dale. Sus tentáculos han cobrado vida, los ocho, y se mueven alrededor de Lily, despacito pero con determinación. Es en ese momento cuando tomo conciencia de que su letargo está llegando a su fin.

Toco el pecho de Lily. Nada. Aprieto un poco más al tiempo que mi corazón deja de latir. Y entonces lo noto, el subir y bajar de su torso musculoso. Sigue ahí, está bien. Los tentáculos del pulpo empiezan a moverse más despacio aún y se detienen; el terror se vuelve menos inmediato y las cosas vuelven a ser más o menos como han sido desde el jueves, cuando advertí la presencia del pulpo por primera vez.

Intento recordar si ahora mismo estaba soñando, justo antes de despertar. Algo con una barca, yo de pie en una barca, puede que Lily estuviera ahí. O es posible que estuviera y no estuviera a la vez, ya sabemos que en los sueños las cosas pueden suceder en distintos planos. Creo que yo estaba persiguiendo algo. No, persiguiendo no, cazando. Ni siquiera puedo recordar si en el sueño había una barca ni si he soñado. Más que un sueño, todo parece más un recuerdo, aunque en realidad no consigo recordar de qué.

Otra vez el sube y baja del pecho de Lily. Respiración profunda, sonora.

Durante los primeros tres meses en casa, nunca vino a mi cama. Dormía en una jaulita, a mi lado. Empezó durmiendo en el otro extremo de la habitación, pero las primeras noches gimoteaba y lloriqueaba, no conseguía dormirse lejos del calor de sus compañeros de la camada. Y yo, con la cabeza cada vez más tocada por no pegar ojo, acercaba la cuna un poco más a la cama cada noche, hasta que podía tumbarme con el dedo entre los barrotes de la puerta vaivén. Dormíamos así –lado a lado, yo en una cama, ella en una jaula, a veces le tocaba una pata con el dedo– hasta que llegó el momento de

esterilizarla. Después de la operación para extirparle el útero, Lily se negó a dejarse poner ese trasto..., la campana, que evita que se arranquen los puntos.

¡ESTA! ¡ES! ¡LA! ¡COSA! ¡MÁS! ¡ESTÚPIDA! ¡QUE! ¡HE! ¡VISTO! ¡JAMÁS! ¡Y! ¡ME! ¡NIEGO! ¡A! ¡LLEVARLA!

Sin la campana, se lamía a gusto la herida cada vez que yo no estaba allí para impedirlo. Así pues, de día la llevaba conmigo a todas partes y por la noche la subía a la cama y dormía con un brazo estirado encima de ella. No sé si así evitaba físicamente que se arrancara los puntos, pero emocionalmente era un consuelo. Lo suficiente al menos para permitirle dormir toda la noche sin que le molestara la incisión.

Y desde entonces nunca volvió a dormir en otro lugar que no fuese mi cama, a menos que tuviésemos que separarnos.

Cuando le quitaron los puntos y la herida cicatrizó por completo, dejé de dormir con el brazo encima de ella. Libre ahora para pasearse por el colchón, no tardó nada en meterse debajo de las mantas, hasta el pie de la cama, para dormir junto a mis pies. Le di la lata dos noches enteras, convencido de que iba a asfixiarse si insistía en dormir en esa especie de madriguera. Pero nada. Lily cavaba el túnel hasta el pie de la cama y yo la sacaba para que tomase aire. Después, la tuneladora volvía a ponerse en marcha y yo venga a sacarla para que respirase. Y así hasta la saciedad, y, bien entrada ya la segunda noche, se me acabó la paciencia.

–Muy bien. ¿Quieres dormir ahí abajo? Pues vas a asfixiarte. Llegará un momento en que ya no podrás respirar. Y lo último que pensarás antes de morirte es que yo tenía razón y tú estabas equivocada. Te irás a la tumba lamentando tener un cerebro de mosquito.

Yo levantaba las mantas y la miraba, y al instante me daba cuenta de que ella también estaba mirándome. A esas alturas ya había abandonado toda posibilidad de ser más terco que una perra salchicha, un ejercicio de futilidad donde los haya. Lo único que sabía era que estaba cansado y necesitaba dormir. Por la mañana ya me ocuparía de exhumar su cadáver.

Por supuesto, cuando amanecía, Lily estaba perfectamente. Salía de debajo de las mantas para saludar la luz del día, estirando las patas delanteras en una compleja postura de yoga y bostezando para desperezarse.

Esta noche soy yo el que quiere meterse en el túnel y dormir al pie de la cama, encontrar el lugar más seguro debajo de las mantas, un lugar donde sentirme pequeño, protegido y calentito. Un lugar que esté lejos de la

pesadilla del pulpo, lejos del alcance de sus tentáculos, lejos de lo que sé que va a pasar.

DOMINGO POR LA NOCHE

Los domingos cenamos pizza, el único ritual que procede directamente de mi infancia. Cuando era pequeño, la noche de los domingos era la Noche de la Pizza. Mi hermana Meredith y yo nos turnábamos para hacer las pizzas con mi padre, y era la única noche en que me dejaban beber refrescos. Esperábamos ese momento con entusiasmo aunque el fin de semana ya estuviera a punto de acabar. Mi madre lo disfrutaba porque solo esa noche podía tomarse un descanso y despreocuparse de la tarea interminable de alimentarnos, que nunca supimos apreciar plenamente. (Aun así, no era propio de ella estarse cruzada de brazos, y se dedicaba a otros quehaceres ingratos, como planchar las sábanas o usar los accesorios de la aspiradora para limpiar debajo de la nevera.) A mi hermana y a mí nos gustaba hacer pizza porque era algo que podíamos hacer con papá. En prepararlas residía la mitad del placer, y en el calendario de la cocina teníamos que marcar los domingos para no olvidar a quién le tocaba ayudar a hacer la masa y demás. Era un acontecimiento acompañado con el final de los partidos de fútbol o el tictac familiar con que empieza *60 Minutes*. (Soy Mike Wallace. Soy Morley Safer. Soy Harry Reasoner. Y yo soy Ed Bradley. Todo eso, más Andy Rooney...)

Lily y yo perpetuamos la tradición, aunque por lo general encargamos la pizza por teléfono para que ella pueda ladrarle al repartidor como una vecina furiosa y completamente desatada que acusa a Goody Proctor de ser una bruja. Creo que ella también espera ese momento con ganas, aunque indique que el fin de semana está a punto de terminar, el momento de decir adiós a ese tiempo concentrado que pasamos juntos antes de que empiece la locura de otra semana de trabajo.

Estoy preguntándole a Lily si eso es lo que prefiere hoy, encargarse de la pizza, cuando el pulpo la aprieta cruelmente con más fuerza y empieza el primer ataque. Me doy cuenta al instante de que está pasando algo, pues Lily tiene en la cara una expresión confusa y empieza a alejarse. Luego, sin ninguna otra advertencia, tropieza y cae de lado, se tambalea y cae, no puede

mantenerse en pie y las patas se le ponen tan rígidas que parece que ha dejado de respirar.

–¡Lily!

Cuando veo que le tiemblan las patitas y el cuerpo y ella se pone a mirar un punto lejano, dejo caer al suelo la carta de las pizzas y corro a su lado.

–¡Lily! –vuelvo a gritar; pero si me oye, es incapaz de contestar. Me arrodillo y le acaricio la nuca. Intento sujetarle la cabeza para que no se dé un golpe contra el linóleo. Al cabo de unos minutos, sus patas empiezan a correr, tiesas, sin doblarse, y le sale un poco de espuma por la boca. Todo el ataque dura solo treinta o cuarenta segundos, pero parecen eternos, y cuando remite, yo empiezo a sudar de lo acalorado que estoy.

–Bueno, bueno, bueno –consigo decir, preocupado por la posibilidad de que Lily se anticipe a sentir que ya ha pasado. La acaricio con ternura, como hago siempre que la veo inquieta por la noche y quiero arrullarla para que se duerma. Al cabo de unos momentos logra prestarme atención, y le dedico mi mejor sonrisa para que no se alarme demasiado, pero en realidad exagero sus méritos y parezco más que solo un poco asustado.

–Te veo raro –dice.

La ayudo a levantarse, pero no la voy a soltar, no quiero que vuelva a caerse. Ella trata de dar unos pasos y me siento como un padre angustiado cuando le enseña a su hijo a montar en una bicicleta sin ruedines y agarra con fuerza el sillín mientras mantiene torpemente la bicicleta en equilibrio. Lily da tres pasos, choca con una pared y se cae literalmente de culo.

–Tranquila, ¿vale?

Sacude la cabeza y se le caen las orejas.

–Eso ha sido... diferente.

–Sí, ya lo creo.

No vuelvas a hacerlo, querría añadir, pero sé que no ha sido ella quien lo ha hecho.

Ha sido el pulpo.

Difícil decir a quién ha conmocionado más esta experiencia, si a ella o a mí. Ahueco la manta de las patitas de su cama, la arropo, le rasco la nuca como a ella le gusta que se la rasque y le suplico que intente dormir.

–¿Y la pizza?

Parece agotada, como un boxeador que llega al último round en lugar de caer noqueado en el primero.

–Duerme un rato y ya pediré la pizza. Cuando te despiertes, la olerás y estará aquí.

Lily bosteza y la mandíbula le chirría como una bisagra oxidada; solo habla para recordarme que le gusta la pizza de salchichas. Como si yo pudiera olvidarlo.

–Lo sé. Eres una perra salchicha.

Se queda dormida rápida y profundamente. El pecho y la barriga suben y bajan cada vez que respira, hoy con menos vitalidad que de costumbre. Me siento a su lado en el suelo, con las piernas cruzadas y rodeándolas con los brazos, y dejo caer un poco de esa lluvia de ojos que a ella tanto le gusta, pero no demasiado. No sé dónde arraiga primero la rabia –si en el corazón, en el estómago, en el cerebro o en el alma–, pero estos últimos cuatro días, desde que llegó el pulpo, ha hecho metástasis. Lo miro directamente a los ojos.

–Tú.

El tono gutural con que lo digo me sorprende a mí mismo.

No contesta.

–¡TÚ!

Esta vez ladro deliberadamente.

El pulpo se mueve. Los tentáculos revolotean alrededor de la cabeza dormida de Lily igual que anoche; al final, el muy gandul abre un ojo. Horrorizado, tengo la sensación de que me hundo en el linóleo para no batirme en retirada. Mierda. ¿Qué es esa cosa? Me mira y parpadea todavía adormilado mientras me acerco lentamente a él todo lo que me atrevo. Ni el pulpo ni yo hacemos un solo movimiento brusco.

Habla.

–Si le hablas a ella, está durmiendo –me dice.

Doy un salto hacia atrás. ¿Esperaba que el pulpo me contestara? No lo sé. Estoy alarmado y desconcertado y, sin embargo, no todo lo sorprendido que debería estar al ver que es capaz de articular. ¿Él? Es un él, pienso. Con esa voz. Creo que ya sabía que iba a pasar algo así, que el primer capítulo iba a terminar con otro que está a punto de empezar y en el que este enemigo formidable se hace oír.

–Te estoy hablando a ti.

Dado que esta es la primera vez que me dirijo abiertamente al pulpo,

debería haber pensado mejor lo que quería decirle. Pero esto es visceral, pura emoción; pasará lo que tenga que pasar.

–¿Qué puedo hacer por ti? –dice, con tono aburrido, rayano en el fastidio.

–Irte a la mierda, eso es lo que puedes hacer.

Lo miro fijamente a la espera de una reacción.

–No hace falta ser vulgar –dice, con cara de ofendido.

Vuelvo a mirarlo desde arriba.

–Lárgate.

Durante un momento parece sopesar mi orden. Levanta la vista, la posa un instante en el techo, luego vuelve a mirarme.

–No.

Me pongo de pie cuan alto soy, metro ochenta y cinco, y extendiendo los brazos para que me vea lo más grande y amenazador posible. Se supone que eso es lo que hay que hacer si tropezamos con un oso y otras cosas que dan mucho miedo. Como último signo de mi dominio físico, saco pecho.

–Largo. Vete. *Ahora.*

–Lo siento, no puedo.

–*Vete por donde has venido.*

Es una conversación tan fría, tan glacial, que la temperatura baja diez grados y hasta un poco más.

–Me temo que no es tan sencillo –dice.

Odio esa pose suya en la que parece sentirse tan cómodo. *Lo siento. Me temo.* Como si quisiera irse pero no pudiera, como si no controlase el motivo que no lo deja irse.

–No permitiré que ganes.

–¿Ganar qué, exactamente?

–*¡No pasarás!*

Ojalá pudiera estrangularlo, ojalá pudiera rodearle con los brazos sus ocho tentáculos y arrancarlo del cráneo de Lily. Si pudiera, lo haría. Lo destriparía y le rajaría la carne, cortaría los trozos en fragmentos más pequeños y le dejaría las tripas al aire. Pero no me atrevo. No sé cómo está unido a Lily.

–¿Estamos jugando a algo?

Me fastidia no conseguir que se mosquee. Ese tono plácido me pone más furioso si cabe.

–¿Qué quieres de mí? –grito.

–Nada.

Me vuelvo y doy un puñetazo en el armario donde guardo las fuentes para el horno. Clang, clang.

–¿Qué quieres de *ella*?

Un silencio.

–Aún no sé si ya lo he decidido.

–Haré todo lo que esté en mis manos para detenerte.

–Me sentiría decepcionado si no fuera así.

Las únicas palabras que me quedan son de Cate Blanchett, y las digo con todo el brío de Isabel I alzándose contra el avance de la armada española. «Hay un huracán dentro de mí que arrasará España si osáis desafiarme.»

El pulpo vuelve a parpadear, aletargado.

–¿Me has oído, pulpo? –Rabio, gruño, escupo. Tengo las mejillas ardiendo y los puños cerrados–. ¡*Hay un huracán dentro de mí!*

–¿En serio?

No parece muy convencido, cosa que me pone aún más furioso.

–Claro que lo digo en serio, mamonazo. Mañana por la mañana iremos al veterinario y haré lo que sea para detenerte. Tiraré al máximo de todas las tarjetas de crédito. Mendigaré, pediré prestado, robaré. Le haré todas las pruebas, compraré todas las pastillas, pagaré todos los tratamientos.

El pulpo parpadea, pero no se va.

En tono escéptico:

–¿De veras?

Tiraría abajo todas las paredes de esta casa para aplastarlo si no estuviera pegado a la frágil cabecita del ser que más quiero en este mundo. Nunca he estado más cabreado que hoy.

Más que nada porque el pulpo tiene razón.

El invertebrado Cinco años antes

ATASCADOS

–Ven a San Francisco –me dice Meredith, mi hermana.

–¿Cuándo? –pregunto.

–Pasado mañana.

Busco a Jeffrey con la vista en la caótica terminal de este aeropuerto neoyorquino; está intentando cambiar los billetes para un vuelo que sale antes de JFK. Estoy sentado a unos treinta metros de él, en el suelo mugriento de la terminal; los móviles están cargándose en el único enchufe disponible. Hemos pasado ocho días en la Costa Este; Navidad con la familia de Jeffrey, y después varios días en la ciudad, él y yo solos, paseando, explorando, comiendo. Pero ahora la nieve, que hasta hace apenas unos días era más bonita, cae con más fuerza y la gente intenta cambiar los vuelos para marcharse antes de que llegue la temida tormenta.

–No sé decirte. Podríamos quedarnos aquí, atascados.

–¡Pues desatascaos! –exclama Meredith, con una insistencia nada típica en ella.

–¿Qué estás haciendo en San Francisco? –pregunto.

Se oye un anuncio atronador por la megafonía del aeropuerto, pero no entiendo lo que dicen.

–¿Dónde estás? Apenas te oigo –dice Meredith.

–Nueva York. Intentando encontrar un vuelo de regreso. ¿Por qué San Francisco?

Silencio en el otro extremo de la línea.

–¿Meredith?

–¡Voy a casarme!

Me quedo boquiabierto. El niño que tengo sentado enfrente, al que su familia parece haber abandonado ahí, no deja de mirarme. Meredith me cuenta que Franklin, su novio, se le declaró en Navidad mientras visitaban a los padres de él en San Francisco. Que decidieron saltarse el compromiso y unirse en matrimonio en el ayuntamiento antes de volver a D. C. Técnicamente, se casan en secreto, pero puesto que los padres del novio viven ahí, le harán de testigos, y como yo vivo en Los Ángeles, quiere que

Jeffrey y yo seamos los suyos. Cuando termina, pregunta, como si no hubiera pasado nada:

–¿Qué tal Nueva York?

–Bien. Ha estado bien –digo, y mi voz es engullida por otro aviso de megafonía y una familia que pasa empujando una montaña de maletas en un carrito que traquetea. No sé si estoy mintiendo o si digo la verdad.

–No te oigo –exclama mi hermana.

–¿No vas a invitar a mamá? –pregunto.

–Ya conoces a mamá.

–Sí, nos han presentado.

El chico de enfrente levanta la nariz y saca la lengua. Le contesto con una mueca.

–No es de las que se mueren por asistir a una ceremonia. Es probable que ni tan solo quisiera ir a su propia boda.

–No estoy tan seguro de eso.

Aunque me pregunto de qué boda me estará hablando, si de la boda con mi padre (no la visualizo porque no hay fotografías conocidas) o de la boda con su segundo marido, el actual, a la que los dos asistimos.

–¿Ted? ¿Podemos contar con vosotros?

Más ruido.

–Claro.

–¡No te oigo!

Hablo más alto.

–Nos veremos en San Francisco.

Una mujer disfrazada de Estatua de la Libertad se ha plantificado en el centro de la terminal, y me gustaría saber cómo se las arreglará para pasar el control de seguridad. ¿Será la misma Estatua de la Libertad que vimos ayer repartiendo folletos cuando nos pusimos impulsivamente en la cola de TKTS en Times Square? Fuera lo que fuese lo que vendía, nos negamos a comprarle nada, y nos recompensaron con asientos en primera fila para la reposición de *Hair* en Broadway. Los actores invitaron a los espectadores de las dos o tres primeras filas a bailar «Let the Sunshine In» en el escenario. Y así fue como Jeffrey y yo debutamos en Broadway. Siendo yo como soy, alguien que a veces se esfuerza para no ser visto, fue emocionante estar allí arriba y sentir la luz caliente de los reflectores en la cara mientras el público seguía en la oscuridad (pero allí), agitando las manos en el aire.

*Life is around you and in you;
Let the sunshine;
Let the sunshine in.*

Deja que entre el sol... Cuando salimos del Hirschfeld Theatre a la calle Cuarenta y cinco, seguía sintiendo el calor blanco de los reflectores; parecían llegar hasta Times Square. Podía *ver* el sol aunque era de noche y había empezado a nevar. Los copos más ligeros y más mágicos que se puedan imaginar. Una nevada de cine. Los vendedores ambulantes de castañas, los músicos callejeros que aporreaban cubos grandes para encurtidos, los tableros de cotizaciones con los precios de las acciones en vacaciones, los trabajadores que preparaban la plaza para la noche de fin de año..., todo parecía tocado por la luz. Es decir, todo menos Jeffrey. Él sufría bajo su propia nube, preocupado por la nevada y el pronóstico del tiempo. Lo convencí para que compráramos un par de raciones de pizza tras aceptar que la comeríamos en el hotel, a la vuelta. Me comí la mía asomado a la ventana mientras contemplaba la ciudad y los suaves copos de nieve que empezaban a caer. Jeffrey no paraba de moverse y de mirar un parte meteorológico tras otro. Intentó comunicarse con las oficinas de la compañía aérea, pero se dio por vencido después de esperar tres cuartos de hora. Al final logré que se metiera en la cama prometiéndole que saldríamos para el aeropuerto en cuanto amaneciera.

Ahora que estamos aquí, en la terminal, no veo la hora de llegar a casa. Echo de menos a Lily. Si encontramos plazas en este vuelo, podríamos incluso llegar a tiempo para ir a buscarla a casa de la cuidadora y celebrar juntos lo que queda de las navidades. En casa tengo un calcetín repleto de chuches, un muñeco de peluche que chilla y una pelota nueva, roja. Jeffrey está de los nervios, no encuentro otra manera de decirlo. No es que se muera de ganas de volver a ver a Lily (aunque estoy seguro de que él también la echa de menos). Él quiere certezas, un plan que se pueda ejecutar; su creciente necesidad de controlarlo todo parece estar funcionando a toda marcha. Si casi dan ganas de reírse viéndolo ponerse así ante la llegada de la tormenta... Porque, bueno..., ¿cómo se controla el tiempo? Venga, Jeffrey. La vida está a tu alrededor, y dentro de ti. ¡Deja que entre el sol!

Mi móvil vibra en el suelo. Bajo la vista pensando que es Jeffrey que me

está mandando mensajes con las distintas opciones para volar a Los Ángeles. Pero no veo ningún mensaje. Después miro el móvil de Jeffrey. Un mensaje de texto de su amigo Cliff.

¿Cuándo vuelves? Quiero jugar.

Cliff. ¿Conozco a algún Cliff? Creo que Jeffrey lo conoció jugando al póquer en línea. Miro hacia el mostrador de la compañía, pero no veo a Jeffrey por ninguna parte. Después escaneo literalmente la terminal, a derecha y a izquierda. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Casi me da un ataque de pánico cuando una sombra se proyecta sobre mí. Es Jeffrey. Ha traído dos cafés; sonrío.

–Misión cumplida.

Cuando ya estamos en el aire, Jeffrey saca unos auriculares de la mochila y los conecta a su ordenador portátil.

–¿Vas a ver televisión? –pregunto, sabiendo que cuando viaja en avión siempre lleva dos o tres episodios de algo.

He debido de decirlo en un tono acusador porque me contesta, no muy convencido:

–Pensaba hacerlo.

Nunca veíamos mucha televisión; preferíamos hablar de cómo nos había ido el día –quejarnos juntos de las cosas que más nos molestaban, reírnos con las que nos parecían raras–, pero últimamente la tele se había vuelto una muleta. La vecina de arriba, en la fiesta que dio durante las vacaciones, me llevó a un lado para decirme lo feliz que la hacía oír las risas que llegaban desde nuestro dormitorio por la noche. Lo mucho que Jeffrey y yo estábamos hechos el uno para el otro. Me mordí el labio inferior para no decirle que era Jeffrey el que reía a carcajadas cuando ponían reposiciones de *Frasier*.

Jeffrey cierra el portátil para apaciguarme y deja el móvil encima.

–¿Prefieres hablar?

Miro su teléfono y pienso en el mensaje que vi en el aeropuerto; de repente, algo no encaja. *¿Cuándo vuelves? Quiero jugar. Jugar* debe de querer decir al póquer, claro. Hasta ahí todo bastante inocente. Pero... ¿cuándo vuelves? ¿Por qué tiene que volver para jugar a algo que se juega en línea?

–¿Cuándo vuelves? –me preguntaba Lily cada vez que tenía que dejarla. La primera vez, más o menos cuatro meses después de llevarla a casa, se quedó fascinada cuando saqué las maletas del fondo del armario del segundo

dormitorio. En cuanto abrí la maleta, se metió dentro sin miedo, y como todavía no era muy grande, se le formaron unas arruguitas en el trasero.

¡QUÉ! ¡CAJA! ¡MÁS! ¡CÓMODA! ¡SERÍA! ¡UNA! ¡CAMA! ¡FANTÁSTICA! ¡PARA! ¡MÍ! ¡ME!
¡ENCANTA! ¡Y! ¡ESTA! ¡TIRA! ¡ELÁSTICA!

–Eso es una maleta. Tengo que meter ahí mis cosas para irme de viaje.

–Genial. ¡Yo ya estoy dentro, así que ponte en marcha!

–Lamentablemente, no puedo llevarte. Es para mi ropa, los zapatos y el estuche del afeitado.

–¿Por qué no puedes llevarme? ¡Yo soy una de tus cosas!

Me senté al lado de la maleta y le rasqué la coronilla, entre las orejas.

–Si te digo la verdad, eres la cosa más hermosa que tengo. –Lily levantó el morro como para que le diera el aire y entornó los ojos—. Pero te vas a quedar cerca de aquí y vas a vivir tu propia aventura.

Me miró con sus enternecedores ojos almendrados.

–¿Cada cuál va a tener *su propia* aventura?

Sabía tirar de mi fibra más sensible igual que tiró del cordón de mi zapato en la granja de los criadores cuando nos presentaron. Poco a poco, pero con determinación.

–Te divertirás. Vas a jugar con otros perritos como jugabas con tus hermanos, Harry, Kelly y Rita.

–¿Harry, Kelly y Rita?

–Así es. Estos perros no sé cómo se llaman, pero estoy seguro de que son tan simpáticos como tus hermanos.

Había elegido una guardería que quedaba fuera de la ciudad; era limpia, acogedora y animada. Los perros andaban sueltos, entraban y salían a su antojo, y había un lugar especial para los más pequeños y los más jóvenes. Dentro olía como a pino.

Nos recibió una mujer que se desvivió para disipar nuestros temores; Lily y yo teníamos cierta aprensión.

–¿Esta es Lily? Bienvenida, Lily. Creo que las otras salchichas te van a encantar. Se llaman, Sadie, Sophie y Sophie Dee.

Lily se volvió hacia mí.

–¿Esos son los que no sabías cómo se llamaban?

–Exacto. Pero ahora ya sé cómo se llaman. Sadie, Sophie y Sophie Dee.

–¿No son Harry, Kelly y Rita?

–No. Estas se llaman Sadie, Sophie y Sophie Dee.

Lily se quedó pensando un momento antes de añadir:

–Mi madre se llama Witchie-Poo.

La levanté del suelo y me la puse en un brazo.

–No hace falta que ellos lo sepan.

La mujer me cogió el bolso de lona que llevaba al hombro, donde tenía la manta y la comida de Lily. Acomodé a Lily de manera tal que apoyara las patitas en mi hombro y yo poder susurrarle al oído:

–Volveré a buscarte. Dentro de una semana. Ni se te ocurra pensar que no voy a volver.

–¿Cuándo vas a volver?

–Cuando hayas dormido siete noches. Volveré por ti.

La besé en la cabeza y la dejé en el suelo. Después le di la correa a la cuidadora, que en ese momento empezó a controlar a mi perra.

–Pasa, Lily –dijo–. Te presentaré a Sadie, a Sophie y a Sophie Dee. – Luego, volviéndose hacia mí–: Estará bien.

Asentí con la cabeza. Lo sabía. Pero al mismo tiempo *no* lo sabía. ¿Estaría? ¿Bien? Lily se detuvo y se volvió para mirarme; los dos tragamos saliva. Más que saliva, eran dos bultos lo que teníamos en la garganta.

La mujer abrió la puerta de la jaula de los más pequeños y pude ver brevemente a las otras tres salchichas. Dos tenían el pelo largo; la otra era de pelo corto, como Lily. Imaginé que esa era Sadie porque tenía un abrigo moteado y no se parecía en nada a las otras dos, que casualmente tenían cara de Sophies. Las tres saludaron a Lily meneando el rabo.

¡HOLA! ¡HOLA! ¡HOLA! ¡SOY! ¡SADIE! ¡YO! ¡SOY! ¡SOPHIE! ¡Y! ¡YO! ¡SOPHIE! ¡DEE!

Lily se quedó quieta un instante antes de empezar a menear el rabo y entrar en la jaula. Una vez dentro, desapareció en un remolino de patas y orejas mientras la puerta se cerraba. Lo último que oí fue su ladrido inconfundible.

¡YO! ¡ME! ¡LLAMO! ¡LILY!

En el coche me puse a lloriquear. Qué ridículo.

¿Cómo sabe que voy a volver? ¿Cómo sabe que no la he abandonado?

Porque confía en mí.

Como yo debería confiar en Jeffrey. Ese mensaje tiene una explicación perfectamente racional. *Quiero jugar* significa jugar al póquer.

Miro a Jeffrey y veo que ha vuelto a abrir el portátil y que ha enchufado los auriculares. Le había montado una escenita porque quería ver una serie de televisión, y quería comprobar qué hacía al final.

Respiro hondo e intento que vuelva a prestarme atención dándole un golpecito en el hombro. También le quito el auricular del oído izquierdo.

–Nos quedan unos días antes de volver a trabajar. ¿Qué te parece si vamos a San Francisco?

Espero a ver cómo reacciona. Espero que su cuerpo rechace físicamente mi espontaneidad. Espero que no deje entrar el sol, que encuentre una excusa para quedarse en Los Ángeles, algo para disimular ese «juego» con Cliff.

Pero no. Simplemente se limita a sonreír y decirme:

–De acuerdo.

LA COLUMNA VERTEBRAL

El sonido de mi móvil es ominoso, un timbrado categórico casi, como suenan los teléfonos cuando uno sabe que algo malo ha pasado antes incluso de contestar. Rebusco en el bolsillo y cuando consigo sacarlo está a punto de irse al buzón de voz. No hay tiempo para nada inoportuno; por la mañana salimos para la boda de Meredith.

Es Jeffrey.

–Lily no está bien. Tienes que venir.

Miro la hora. Pasa un poco de las tres de la tarde y de todos modos ya estoy más o menos de camino a casa. Acabo de salir de la tienda de comestibles y lo último que me queda por hacer es pasar por la tintorería a recoger los trajes para la boda.

–¿Puede esperar treinta minutos?

Pienso en todas las cosas por las que Lily podría no estar bien. Vómitos. Diarrea. Ni lo primero ni lo segundo son episodios agradables, pero tampoco el fin del mundo. Demasiados regalitos y chuches en el calcetín de Navidad. ¿Cojeará? Una vez se clavó una espina en la pata, como en la vieja fábula de Androcles y el león. Tuve que reñirla un poco hasta conseguir que se quedara quieta el tiempo suficiente para quitársela. ¿Una hemorragia? Eso tiene fácil arreglo, basta con apretar. A veces Jeffrey se alarma por nada. Sea lo que sea, es probable que pueda esperar.

–No puede caminar. Tienes que venir ahora.

Cuando entro en casa como un bólido, veo a Lily; está en su camita, en la sala, y Jeffrey sentado a su lado, en el suelo. Parece frustrada y preocupada cuando me ve; no se levanta y no meneaba el rabo. La pelota roja que le regalé en Navidad está en el suelo, quieta. Que no pueda saludarme como acostumbra a hacerlo ya es más que suficiente para que se me cierre la boca del estómago.

–Bueno, chicos, ¿qué pasa? Casi prefiero no saber lo que pasa. Se supone que dentro de dieciocho horas hemos de subirnos a otro avión.

–Déjame que te lo enseñe –dice Jeffrey.

La saca de la cama con cuidado, prestando mucha atención, como lo hacía

en los primeros meses que empezamos a salir, antes de que Lily y él establecieran vínculos afectivos, antes de dominar la manera correcta de hacerlo. Después la deja en el suelo; la mitad posterior de Lily se afloja enseguida, y las patas traseras se le abren descuidadamente hacia un lado. Sencillamente, ceden bajo su peso.

Se me cae el alma a profundidades reservadas para el estómago y se me hace difícil pensar o respirar.

Me arrodillo en el suelo, junto a los dos; pongo una mano en el pecho musculoso de Lily y le palpo el abdomen. Vuelvo a ponerla de pie, sujetándola con las dos manos. Casi no me atrevo a soltarla.

–Vamos, Lily. Ponte de pie para mí.

Lo digo casi como un hipnotizador que da una orden a una persona en trance a la que puede dominar. Cuando finalmente me permito retirar la mano, las uñas de Lily arañan el suelo de madera noble cuando las patas vuelven a resbalar hacia un lado.

–Vamos. –Esta vez es una súplica–. Ponte de pie, guapa. Hazlo por mí.

Sin embargo, cuando la suelto, otra vez el arañazo horrendo de las uñas en la madera y las patas que vuelven a ceder. Está a punto de caerse del todo antes de que logre frenarla en el último segundo.

–¿Qué ha pasado?

–Nada –contesta Jeffrey.

–*Algo* tiene que haber pasado –insisto, antes de añadir–: ¿Qué has hecho?

–¿Que qué he *hecho*?

Jeffrey está indignado.

Lily era mi perra antes de que nos conociéramos, y si bien ahora también es de él, pues se ha vuelto suya en el transcurso de nuestra relación, no los une el mismo vínculo. No la trata con la misma consideración (o, para ser franco, no es tan permisivo con ella), y cuando no le gusta cómo se porta, siempre es el padrastro que se quita de encima toda responsabilidad diciendo «es tu perra». Eso no puede ser culpa de Jeffrey, pero me lo pregunto igual.

–¿Estás acusándome de algo?

Lo miro fijamente. ¿Estoy acusándolo de algo? Incluso en este momento me veo obligado a preguntarme si lo que he afirmado antes tiene que ver con lo que le pasa a Lily o con el mensaje de Cliff. No lo sé. Pero siento que Lily tiembla en mis manos e inmediatamente que ese no es el momento para una escenita.

–No. Por supuesto que no.

–Eso espero.

–No estoy acusándote de nada, Jeffrey. –Intento calmarlo mientras vuelvo a dejar a Lily en su cuna, donde al menos la aguantan los cojines–. Por favor, vigílala mientras llamo al veterinario.

Cuando salta el contestador, caigo en la cuenta de que son las cuatro de la tarde del 31 de diciembre. No tardo nada en llamar a la primera clínica de urgencias que encuentro en una guía especializada, aunque veo que está en el oeste de la ciudad. Cuando explico lo que pasa, me insisten en que la lleve de inmediato. Si pueden hacer algo por Lily, la ventana en la que se puede hacer es pequeña y, además, se está cerrando rápidamente.

Cuelgo, cojo una manta vieja y envuelvo en ella a mi niña. La levanto con cuidado y le digo:

–Vamos.

En el camino topamos con un semáforo en rojo y yo sé que ese semáforo tarda en ponerse en verde; empiezo a sollozar. Las opciones que tengo ahora, tal como yo lo veo, son tener una perra con ruedas en las patas traseras o, posiblemente, dejarla ir. En ese momento, sin avisar, sin moverse ni ponerse de pie ni en cuclillas, Lily se hace caca en la manta y mis sollozos se vuelven desconsolados. Se está muriendo, mi nena. Aquí mismo, en mi regazo.

Verde. «¡Arranca!», le grito a Jeffrey, que está distraído; pisa el acelerador y en medio de todo ese caos encuentro en el bolsillo de la chaqueta una bolsita para cacas de perro porque de esas bolsitas tengo en todos los bolsillos de todas las chaquetas. (Me da miedo que me sorprendan sin bolsita para la caca.) Limpio la manta lo mejor que puedo y dejo la bolsita cerrada junto a mis pies. Sé que eso a Jeffrey le molesta, pero no dice nada. En verdad, ¿qué otra cosa puedo hacer? Bajamos un poco las ventanillas para que entre el aire.

Jeffrey atraviesa la ciudad en un tiempo decente, y cuando veo el letrero que dice Hospital Veterinario le digo que se detenga, aunque la dirección no coincide con el número que he garabateado al dorso de una receta de Target. Con las prisas, debí de apuntar mal algunos números.

La sala de espera es pequeña, calurosa y caótica, y me preocupa la posibilidad de que me dé un ataque de pánico. La enfermera nos entrega una tablilla con sujetapapeles para que rellenemos unos formularios y se la devuelvo bruscamente.

–No hay *tiempo* para papeleo.

Jeffrey se disculpa por mi estallido, cosa que me molesta, y coge la tablilla y un bolígrafo. Se sienta para escribir en la única silla libre que queda y yo me apoyo en una puerta y me pongo a mecer a Lily en ese andrajo que le hace las veces de pañal. No tarda en aparecer un médico para examinarla, y cuando le explico lo que pasa, nos dice que lo mejor sería que nos dirigiésemos a la sección de cirugía, que queda al otro lado de la calle, dos travesías más abajo. *Tictac, tictac*. Hemos desperdiciado unos momentos preciosos.

Cuando nos disponemos a salir, una mujer que se parece a la Mujer del Leño de *Twin Peaks* (aunque soy yo el que tiene el leño en los brazos, en forma de perra salchicha paralizada) me coge por el brazo y me dice:

–Le digan lo que le digan, no mate a su perro.

Me gustaría mandarla a la mierda, pero me quedo sin habla y paralizado yo también. Otra vez las lágrimas.

–Si la deja vivir, todavía puede tener una vida feliz.

Y de repente esa mujer lo es todo para mí.

Asiento con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas, pero esta vez Lily no hace nada por enjugármelas, y la parte de mi cerebro que sabe que no puedo perder ni un segundo se desbloquea y salgo a la calle.

Jeffrey entra a toda pastilla en el aparcamiento de la clínica quirúrgica y les corta el paso a varios coches a petición mía. Dentro ya están esperándonos; el médico que nos envió aquí ha llamado para avisar que veníamos. Un técnico quirúrgico me quita a Lily de los brazos y se la lleva precipitadamente por una puerta vaivén. Nadie nos dice que rellenemos nada. Nadie nos dice que tomemos asiento. Nadie me dice que no mate a mi perra. Como no tenemos otra cosa que hacer, nos sentamos en medio de una gran sala estéril, acompañados por la angustia y la sensación de tragedia. Lo único que tenemos para mirar son nuestros pies. Hay café gratis, pero es probable que sea asqueroso, y sé que no puedo tomar café solo, y malo, cuando el resto del mundo está a punto de descorchar el champán de Año Nuevo.

Después de una espera breve, pero interminable, nos hacen pasar a una sala de reconocimiento privada. Lily no está. Hay dos sillas, y nos sentamos. Inquietos, nos removemos en las sillas hasta que entra la veterinaria. Tiene el pelo rubio y expresión amable, y un aire a primera vista demasiado despreocupado para ser cirujana, pero tan autoritario, tan de dominar el tema, que me pregunto si no habrá sido militar. Basándose en los signos

neurrológicos de Lily, sospecha, con fundamento, que se trata de una hernia de un disco intervertebral y quiere hacerle una mielografía para determinar el sitio donde se ha producido.

No sé qué es una mielografía, y sé que no tengo tiempo para aprender que seguramente es alguna prueba para detectar una patología de la columna vertebral.

—¿Y después?

—Después, según el resultado de la mielografía, la cirugía es el tratamiento que ofrece las mayores posibilidades de que Lily vuelva a caminar.

—Operarla.

Asimilo lo que me dice lo más rápido que puedo.

—Cuanto antes, mejor.

Por lo visto, no hay tiempo para pensar.

—Bueno, entonces..., ¿después de la mielografía sabremos si operarla es lo que conviene?

—Para serle totalmente sincera, tomaría esa decisión ahora. Para hacerle la mielografía tenemos que anestesiarse, y si, en efecto, tiene un disco herniado, lo mejor es operar ahí mismo.

—O sea..., necesita una decisión ahora.

La doctora mira la hora en su reloj pulsera.

—Sí.

Decisiones. No se me dan muy bien últimamente. Pienso en todas las veces que vengo sintiéndome paralizado. ¿Debería dejar mi trabajo y dedicarme en exclusiva a escribir? ¿*Free lance*? ¿Debería contarle a Jeffrey las dudas que me suscita nuestra relación? ¿Hablarle de ese mensaje de texto tan sospechoso? ¿Podríamos Lily y yo volver a estar solos?

—¿Y cuánto cuesta una cirugía vertebral para un perro que es casi toda columna vertebral?

La veterinaria se acuclilla delante de mí y me dedica una media sonrisa. No necesita decirme lo que ya sé, que ese siempre es el riesgo de un animal de raza. Los perros de raza pura tienen estos problemas de salud, pues han sido mutados genéticamente con alguna finalidad o para presentarlos en exposiciones caninas.

—En total, con la anestesia, la mielografía, la operación, la recuperación... Unos seis mil dólares.

Ahora soy yo el que no se mueve. Seis mil dólares. Miro a Jeffrey. Pienso

en unos ahorros cada vez más reducidos. En que acabo de pagar el total de la deuda de la tarjeta de crédito. En vacaciones que no podré hacer, en las aportaciones que no haré a los planes de pensiones, en que tendré que aparcar otro año más mi sueño de escribir a jornada completa.

–Tú decides –dice Jeffrey–. Yo no puedo tomar esa decisión. Es tu perra.

Tu perra.

Me entran ganas de repartir puñetazos a diestro y siniestro, quitando, tal vez, a la doctora que puede salvar a Lily.

–Os dejaré para que habléis a solas un momento, ¿os parece?

La doctora se pone de pie y, antes de que me dé cuenta, la cojo por la manga de su bata de cirujana.

–Lily tiene una pelota. Una pelota roja, y le encanta. Juega con esa pelota horas y horas, la tira, la persigue, la esconde, la busca. Juega hasta que se queda sin aliento, y aun así se la lleva a la cama y se queda dormida encima de la pelota. Es feliz cuando juega con esa pelota. ¿Cree que...?

No puedo siquiera acabar la frase. Jeffrey me pone una mano en el hombro; otra vez estoy bañado en lágrimas.

–Es que... si no puede volver a jugar con la pelota, entonces no sé qué clase de vida le queda.

La doctora se vuelve hacia mí. No puede decirse que no esté conmovida, pero ha visto a mucha gente lidiar con esta decisión antes, y yo no tengo nada de especial.

Sigo hablando entre jadeos e inspiraciones. Necesito oxígeno.

–No quiero que piense que soy un miserable, que permitiré que el dinero influya en mi decisión. Lo que pasa es que no sé qué será de Lily si no puede jugar con su pelota.

Suplico con los ojos. ¡Cúrela! ¡Sálvela! Un gesto afirmativo con la cabeza es lo único que necesito. Me mira detenidamente antes de asentir. Me ha oído, y está tratando de comunicarme algo.

–Esperaré fuera, en el vestíbulo.

Pero no hace falta que salga.

–¿Va a operarla usted?

–Sí.

Y otro gesto afirmativo con la cabeza. Está diciéndome que Lily volverá a caminar. Me está diciendo que lo sabe, aunque oficialmente, legalmente, no pueda decirlo por algunas razones ridículas como el seguro contra las malas

prácticas. Así pues, me lo dice sin palabras, como hacen los rehenes en las cintas de vídeo para transmitir mensajes secretos sin que lo adviertan los secuestradores.

Miro a Jeffrey, que vuelve a decir:

–Yo no puedo tomar esta decisión. –Pero al menos esta vez añade–: Pero aceptaré la que tú tomes.

Miro otra vez a la doctora. El corazón me late en los oídos. Hace calor en esta sala, y huele a medicamentos. Los tubos fluorescentes parpadean furiosos pidiendo a gritos que los cambien. Me da vueltas la cabeza, pero es adrenalina pura, no una invasión vertiginosa de pensamientos. Es el momento en que tengo que empezar a tomar decisiones. Ahora me toca a mí.

Bien erguido y con los brazos en jarras, de repente soy yo el que dice, con voz de mando:

–Adelante.

POR LOS VIEJOS TIEMPOS

Nos vamos del hospital en cuanto les digo que sí, de acuerdo, que la operen. Ellos casi insisten en que nos vayamos. Como es la víspera de Año Nuevo, tienen menos personal que de costumbre y no quieren asignar a ninguno de sus empleados, ya escasos, la tarea de vigilar a un cliente histérico en la sala de espera. Si la operación sale bien, no tienen por qué insistirme para que la vea ni para que me ocupe de la convalecencia. Yo lo haría. Como Shirley MacLaine en *La fuerza del cariño*: «Ya son más de las diez. Mi hija está sufriendo. No comprendo por qué tiene que soportar ese dolor. Lo único que tiene que hacer es resistir hasta las diez, ¡Y YA PASAN DE LAS DIEZ! Mi hija está sufriendo, ¿no lo entienden?! ¡PÓNGANLE LA INYECCIÓN!» Si la operación no sale bien, supongo que no quieren ver esa escena tampoco en la sala de espera.

Así que nos vamos a casa. Jeffrey se detiene en un restaurante chino y compra comida para la cena; yo me quedo en el coche y llamo a Trent. Ya está en una fiesta de fin de año y no puedo comunicarle la enormidad de lo que está pasando. Me siento frustrado y cuelgo. Solo en el coche, y sin pensarlo, llamo a mi madre. Mientras suena el teléfono, pienso en las conversaciones que tengo con ella; todas me parecen incompletas. Hablamos sobre la superficie de las cosas, pero nunca sobre las cosas propiamente dichas. ¿Qué conseguiré con esta llamada? ¿Por qué sigo necesitando a mi madre? Me echo a llorar en cuanto oigo su voz, y me odio a mí mismo por ello, porque si mi madre no va a darme lo que necesito, entonces... ¿para qué tomarme la molestia de llamar cuando estoy necesitado?

—Por supuesto. Es normal que estés alterado. Es tu hijita.

¿Eh? No me sorprende que sea comprensiva; lo que me sorprende es el «por supuesto». En casa habíamos tenido cuatro perros. No todos a la vez, sino a lo largo de dieciocho años. De ninguno de esos perros puede decirse que fueron «hijitos» de mi madre; tuvo dos hijos humanos y eso ya fue más que suficiente. El «por supuesto» es lo único que necesito, y de pronto dejo de sentir vergüenza, *por supuesto*. Y me siento perdido, *por supuesto*. Tengo emociones, *por supuesto*. Lily es mi hijita. Hasta mi madre lo comprende.

Cuando terminamos de hablar, llamo a Meredith. Mientras hablaba con mi madre me ha costado no contar el secreto, compartir el estrés añadido de tener que ir a una boda, pero conservo intacta la confianza de Meredith.

Meredith me brinda todo su apoyo.

–Cambiamos el vuelo que habéis reservado, os pondremos en lista de espera, conseguiremos uno de vuelta para inmediatamente después de la ceremonia... Haremos todo lo que necesites. Y, por supuesto, nos haremos cargo de todos los gastos. –Oír la voz de Meredith lo hace todo más fácil–. Pero si crees que podéis venir, venid, por favor.

Doy un mordisco al pollo General Tso y picoteo una empanadilla al vapor, pero no tengo muchas ganas de nada que no sea vodka. Como se supone que tendríamos que estar en una fiesta que dan los vecinos del piso de arriba de nuestro dúplex, le digo a Jeffrey que suba para pedir que nos excusen. El estruendo de la fiesta, aunque amortiguado, no cesa, y a veces se oyen unas risas que nos recuerdan que, más allá de nuestra angustia, la vida sigue, que el segundo no se ha detenido y va marcando el final del año viejo y el comienzo del nuevo.

Pero en nuestro piso el tiempo sí se ha detenido. Es posible que echen algo en HBO. También parece transcurrir en cámara lenta.

Hasta que suena el teléfono.

Ni siquiera me doy cuenta de que he contestado hasta que oigo la voz de la veterinaria.

–La operación ha ido bien. –Suspiro aliviado–. En la mielografía vimos una compresión medular desde la décima vértebra dorsal hasta la duodécima. La llevamos directamente al quirófano y le hicimos una hemilaminectomía en esa zona.

Hago que sí con la cabeza como si entendiera perfectamente lo que eso significa. Digo que sí con la cabeza a alguien que no puede verme, intentando escuchar, pero también repito mentalmente la confirmación de que todo ha salido bien. Intento repetir mentalmente *hemilaminectomía* y me suena a un crío que trata de pronunciar «aluminio»: alumilumi-lumi-nio.

–Básicamente, hemos practicado una incisión que abre una ventana en los cuerpos vertebrales y permite intervenir para extirpar el material del disco herniado. –¿Extirpar y después qué van a hacer con ese... material?–. No han surgido complicaciones durante la operación y Lily se ha recuperado de la anestesia sin incidentes.

Sin incidentes. Como si la anestesia, las mielografías y las ventanas en la columna y las operaciones alumi-lumilumi-nio fuesen cosas de todos los días.

–¿Ya puede...? ¿Ha dado la operación los resultados esperados?

De repente me doy cuenta de que me he puesto de pie, como si la veterinaria hubiese entrado en la sala. No recuerdo el momento en que me he puesto de pie, y ahora que ya no estoy sentado, no sé adónde mirar ni qué hacer con la mano libre. Lo que quiero oír es la noticia, pero por algún motivo estoy helado, como si el calor del vodka ya no corriese por mis extremidades.

–En los animales que sufren esta clase de daño, la mayor parte de la mejoría neurológica se produce durante los primeros tres meses de posoperatorio. Verá alguna mejoría rápida, pero no se desanime si al principio Lily mejora despacio. No obstante, le aseguro que veo el futuro de Lily con optimismo, pero con ciertas reservas.

–Optimismo con ciertas reservas quiere decir que...

En ese momento oigo un ataque de risa que llega del piso de arriba y miro el techo con odio.

–Con ciertas reservas, sí. Se recuperará.

–¿Totalmente?

–Ya le digo, con...

Déjese ya de repetir eso. ¿Volverá a andar?

–Nos conviene tenerla ingresada aquí otras setenta y dos horas, para tenerla vigilada durante los primeros días de la convalecencia, por si aparece alguna complicación. Mañana cerramos por Año Nuevo, o sea, que podrá visitarla el día 2 si lo desea. Pero una visita corta. A Lily no le convienen demasiadas emociones. Aparte de eso, podrá llevarla a casa al día siguiente.

–Gracias, doctora.

–Ha sido un placer para nosotros tener a Lily de paciente.

No capta lo que quiero decirle.

–No –digo, queriendo sonar trascendente–. *Gracias.*

Cuelgo y me desplomo en el sofá; le cuento a Jeffrey lo que acaban de decirme y que podremos ir a verla el 2 y traerla a casa el 3.

Me mira sin saber muy bien qué decir.

–De momento tenemos que ir a una boda, ¿no?

ME TEMO QUE ES IMPOSIBLE NEGARLO, / SOLO SOY UN DIENTE DE LEÓN

LISTA DE LAS OCHO VECES QUE FUI COBARDE

1 Cuando tenía cinco años y mi padre me dijo que caminara con una actitud más masculina y a mí me entró de golpe tanta vergüenza que le hice caso.

2 Cuando, estando en séptimo, ese chico del cole, tan popular y con apellido francés, me llamó *maricón* y yo, en lugar de defenderme, pensé cómo sonaría esa palabra en francés mientras deseaba que me tragara la tierra.

3 Cuando mis padres se divorciaron, la gente me hacía preguntas y yo fingía estar contento.

4 Cuando un chico del instituto me hizo una mamada y después le dije que no era para tanto porque, aunque él fuera gay, yo me sentía cómodo con mi heterosexualidad.

5 Cuando decidí no licenciarme en escritura creativa porque pensé que «comunicaciones», un campo más amplio y menos comprometido, era la carrera más segura.

6 Cuando puse punto final a una relación volviéndome tan distante y frío que, después de varios meses de intentar convencerme y descubrir que estaba equivocado, al otro no le quedó más opción que romper.

7 Cuando no me enfrenté inmediatamente a Jeffrey después de ver ese mensaje de texto en su móvil.

8 Cada vez que no le digo a mi madre que la quiero porque me da miedo que ella no me diga lo mismo.

Y LA VEZ QUE FUI VALIENTE

1 Cuando fui a San Francisco a la boda de mi hermana y dejé a Lily ingresada, después de la operación, confiando en que se curaría.

EL TONGA ROOM Y EL HURRICANE BAR

Cuando despegamos y sobrevolamos el Pacífico, contemplo el brillo del bajo sol de la mañana en el agua; el vuelo a San Francisco es corto y, tal como estaba planeado, viajamos el día de Año Nuevo. Le pido un ginger ale a la azafata para tomarme una pastilla vieja que encontré en el armario del cuarto de baño (espero que sea Valium, pero lo más probable es que sea un Vicodin); aparte de eso, no abro la boca. Me siento feliz por poder sentarme junto a la ventana. Normalmente me embuten en el medio, pues Jeffrey se niega a sentarse en otro sitio que no sea el pasillo, pero este avión es pequeño y solo tiene dos asientos en cada fila a ambos lados del pasillo. Por lo menos, puedo mirar la vista sin estar obligado a establecer contacto visual con nadie. El contacto visual es peligroso. El contacto visual es un gatillo.

Cuando aterrizamos y ya puedo encender el móvil, veo que tengo dos llamadas perdidas. La primera, de Meredith, que pregunta si hemos cogido el avión, y la segunda, del hospital veterinario. Han llamado para decir que Lily ha pasado bien la noche y que las constantes vitales siguen siendo buenas. Escucho cuatro veces el segundo mensaje para ver si hay algo que sugiera que me están mintiendo o disimulando una verdad desagradable, pero no consigo concluir nada malo y al final decido no devolver la llamada.

Meredith nos espera en la zona de recogida de equipajes. Me estrecha con fuerza y yo me desplomo entre sus brazos.

–¿Estás bien? –me dice bajito al oído.

–Bien jodido.

Con ella puedo ser espontáneo, incluso hoy. Solo le llevo un año y medio, y cuando bromeo y digo que esos dieciocho meses han sido la mejor época de mi vida, pues no es más que eso, una broma.

–¿Llamaste a mamá?

–Ha sido una decisión repentina y secreta, ¿vale? Si invitara a todo el mundo y montase algo grande, sería una boda.

No sé por qué esa respuesta me hace sentir algo raro en el estómago, pero lo siento. ¿Mamá es «todo el mundo»? Tiendo a obsesionarme pensando en

las maneras en que nuestra madre es como todas las demás, y en todas las maneras en que no lo es.

–De acuerdo.

Es la decisión de Meredith.

–¡Pero me alegra que hayáis venido!

Meredith, Franklin, Jeffrey y yo comemos algo rápido en un local de Chinatown especializado en fideos asiáticos. Cuando ocupamos la habitación reservada en el Fairmont, ya no puedo seguir reprimiéndolo.

–Necesito. Una. Copa.

Son casi las cinco (si el margen es de tres horas) y decidimos bajar al bar del vestíbulo. Un imbécil toca un ragtime aburrido y metálico en un piano de cola, pero semejante incordio no sirve para matar la sed y pido un vodka doble con hielo. Meredith está de acuerdo en celebrar una despedida de soltera improvisada, en parte a petición mía (una despedida de soltera parece una buena excusa para beber), siempre y cuando no tenga que ponerse una diadema o llevar al cuello un silbato con forma de pene ni esas cosas. Pido disculpas a Franklin (no está invitado) y llamo a mi amigo Aaron, que ahora vive en San Francisco y al que Meredith conoce desde hace años, cuando todos vivíamos en Maine. Acepta venir a sumarse a la juerga. Tres hombres gays y una novia.

Cuando llega, Aaron está tan guapo como siempre (por alguna razón, en esta vida la belleza es un consuelo) y lo pongo al corriente sobre el estado de Lily y el carácter repentino de la boda y esta fiesta improvisada.

–Hay que celebrarlo, todos necesitamos divertirnos –digo.

El bar del vestíbulo no es divertido.

–Yo sé adónde tenemos que ir –dice Aaron, y nos conduce hasta el ascensor.

–Pero si ya estamos en la planta baja –dice Meredith–. La salida está por allí.

–Chist –le dice Aaron, cogiéndola de la mano–. Bajaremos a la terraza para instalarnos en el Tonga Room y el Hurricane Bar... ¡Tormentas tropicales y Singapore Slings!

¿Es un poema?, me pregunto. Da la impresión de que Aaron está empleando palabras de otra lengua que yo suelo usar pero que ahora me suena extranjera por culpa del vodka doble y el agotamiento emocional.

Cuando el ascensor se detiene con un ¡ding!, Aaron nos mete a todos

dentro y aprieta el botón de la planta de la terraza. La cabina da un bandazo y se nos hunde el estómago cuando empezamos a bajar.

El Tonga Room está directamente debajo del hotel, y el Hurricane Bar es algo así como una maravilla temática polinesia situada alrededor de algo que debió de ser la piscina del hotel pero que ahora es una laguna con tormenta eléctrica incluida, como de selva pluvial, que se desata cada media hora. En la laguna flota una barcaza con una banda que toca entre una tormenta y la siguiente. Los muebles de mimbre y ratán y las lámparas tiki convierten el conjunto en un monumento entre tropical y hortera.

En una palabra, es perfecto.

–¡Singapore Slings para todos! –exclamo.

Mientras esperamos las bebidas, no dejo de enredar con el móvil como si estuvieran a punto de llamar del hospital de Lily. Solo queda un treinta y cinco por ciento de la batería, y la cobertura es mínima. De pronto recuerdo que todavía es Año Nuevo y que el hospital está cerrado, salvo para urgencias; por tanto, solo me llamarán si algo va realmente mal, pero hasta que Aaron no me quita el teléfono de la mano y lo pone boca abajo encima de la mesa, no me doy realmente cuenta de que, en el fondo, no quiero que llamen. Que no haya noticias es una buena noticia; cuán cierto es.

Llega la camarera con los cócteles. Es una experta haciendo equilibrio con la bandeja en la que trae los cuatro Singapore Slings: brebajes a base de ginebra y del color de una puesta de sol en los trópicos, coronados con un triangulito de piña, dos cerezas marrasquino y una sombrilla de papel. Antes incluso de podernos tomar el primer sorbo, miro a la camarera y exclamo: «¡Cuatro más!», como si estuviera en un mitin de la campaña presidencial pidiendo otro mandato. Meredith amaga con protestar, pero la freno.

–Eso o un silbato con forma de pene y les digo a todos los de la barcaza que te casas mañana.

Mi hermana asiente con la cabeza para decirme algo así como «nada que objetar»; después le repite a la camarera:

–Otra ronda, por favor.

La chica le dedica una mirada comprensiva y dice por lo bajo:

–Enhorabuena.

Mientras vamos bebiendo los primeros sorbos, acribillamos a Meredith con preguntas sobre la boda. Quién se declaró, cuándo y por qué decidieron

casarse en secreto. Hacemos todo lo posible por convertirla en el centro de atención. Si bien no se muere por ser la novia, sigue siendo su día, no el mío.

—¿Te acuerdas de cuando tenías seis años y metiste la cabeza entre los listones de atrás de un banco, en el parque, y no podías sacarla? A mamá le entró el pánico y llamó a los bomberos.

—¿Qué? —dice Jeffrey.

—¿No lo sabías? Podía sacarla tan limpiamente como la había metido, pero, vete tú a saber por qué, se negó a hacerlo hasta que la sacaron dos bomberos. Meredith no paraba de chillar.

—Pero... ¿por qué los bomberos? —pregunta Jeffrey—. ¿Dónde estaba vuestro padre?

—Trabajando —digo—. Siempre estaba trabajando.

Meredith sonrío y se pone del color del cóctel.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso?

No sé qué me ha hecho pensar en eso.

—¿Te has quedado mudo?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda impedirlo.

—¿Qué? ¿Y eso qué quiere decir?

—No sé —susurro—. ¿*Embarazada*?

Meredith casi se atraganta con la bebida.

—Pero bueno... ¿No ves que estoy aquí bebiendo con vosotros un mejunje que sabe a alcohol etílico o algo parecido? Más vale que no esté embarazada.

—Bah, relájate —digo.

Meredith me da una patadita por debajo de la mesa, como hacíamos cuando éramos críos y nuestros padres nos pedían que nos callásemos. Con una mueca le doy a entender que yo le daré otra patada, y vuelve a reír. Aaron y Jeffrey le preguntan algo sobre el vestido.

—¿Y qué me dices de Franklin? Es chino —le espeto.

—¿Qué quieres que te diga?

—Pues no sé. —Intento concentrarme en la conversación, me esfuerzo por dejar de pensar en Lily, quiero estar ahí—. ¿Y los hijos? ¿El hecho de que Franklin sea chino cambiará algo en el modo en que vais a educarlos?

—Por supuesto que no. Más que nada, significa únicamente que nunca podré ponerme tacones.

A Meredith siempre la ha acomplejado su estatura.

Mientras nos vamos bebiendo la segunda ronda, presionamos a Aaron para

que nos cuente cómo es la vida de un gay soltero en San Francisco. Prestamos atención a cada una de sus palabras, como si lo que contase fuese el argumento de una telenovela, historias rocambolescas y adictivas, y entendemos la mayor parte de todo lo que nos describe aun cuando los conceptos sean un punto ajenos para nosotros, que tenemos relaciones fijas.

—¿Quieres decir que la gente hace eso en las calles, así por las buenas? —interrumpe Jeffrey cuando Aaron está por la mitad de una historia sobre la feria de Folsom Street.

—¿Desnudos, dices? —añado—. ¿En pelota picada?

—¿Qué son los *chaps*?

Pobre Meredith.

Cuando llega la tercera ronda, ya sabemos lo que hay que hacer. Pasamos de la piña, de las cerezas y de las sombrillitas y nos vamos directos a la ginebra. Ya han caído sobre la laguna dos tormentas y está a punto de desatarse la tercera; la banda de la barcaza ha pasado a nuestro lado varias veces, tocando temas que presentan como los Top 40, pero nosotros sabemos que no son los cuarenta éxitos del momento, a menos que Kool & the Gang hayan experimentado recientemente un resurgimiento cultural. No que yo sepa. En la barcaza bailan algunas parejas hetero, pero no sé bien cómo se han subido ni si se supone que han de estar allí.

Cambiamos de tema y hablamos de Lily; Meredith y Aaron hacen preguntas y yo dejo que sea Jeffrey el que conteste, pues bajo la cabeza para mirar la copa y me pongo a mascar la pajita. Al cabo de unos minutos, cuando la pobre ya ha perdido toda capacidad para realizar su función, por fin digo algo.

—Cuando Lily tenía un año, se comió una bolsa entera de guisantes con wasabi. —Lo ridículo de la frase me hace reír, pero nadie más ríe—. Una vez ya se había comido una bolsa de arándanos bañados en chocolate que alguien me había regalado, así que no fue una verdadera novedad. Como el chocolate es tóxico para los perros, llamé al veterinario, que me sugirió que le diera un poco de agua oxigenada para que vomitara. Una cucharadita por cada cinco kilos, o sea, una y media para Lily. Supereficaz. Hasta el día de hoy no sé si los guisantes con wasabi son tóxicos para los perros, pero, para ir sobre seguro, eché mano del agua oxigenada que tenía. Lo que pasó es que esa vez la muy lista no se la quiso tomar. Tuve que agarrarla por el morro y abrirla la boca. En el último segundo se zafó hacia la izquierda, y como yo me di la

vuelta bruscamente a la derecha, el líquido se fue por donde no debía. No solo no vomitó, sino que, además de los wasabi que le ardían en el estómago, el agua oxigenada le quemaba la tráquea y no podía respirar sin soltar un silbido horroroso. La llevé inmediatamente a la clínica; unas horas más tarde estaba como si no le hubiera pasado nada, pero recuerdo que pensé que iba a morírseme.

Recuerdo lo mucho que me odié esa noche. Me habría sentido un fracasado total si era incapaz de mantenerla con vida más de un año.

Mientras hablaba, la tormenta debió de volver a desencadenarse sobre la laguna; el golpeteo de la lluvia en el agua sonaba a tamborileo amortiguado. Hice una pausa y saqué de la copa la pajita desfigurada para reemplazarla con otra que encontré en una copa usada en la que ya no quedaba nada. No sé siquiera qué había contenido esa copa, y tampoco me importa.

—No sé qué me ha hecho pensar en eso.

Pero sí lo sé. Vuelvo a odiarme a mí mismo, igual que la noche de los wasabi. Las cosas vivas, aunque puede que no los percebes y las plantas (si bien es cierto que, técnicamente hablando, las plantas buscan con las hojas la luz del sol), tienen que moverse. Y conmigo, con su amo, Lily era incapaz de conservar algo con lo que había nacido, la capacidad para moverse y andar. Aunque hubiera sido un accidente, o una herida propia de su raza —una de esas dos cosas, nada más—, era culpa mía, igual que todas las cosas desagradables que le pasaban. Culpa mía porque yo no sabía cuidarla bien. En la mesa, detrás de una carta de cócteles que está de pie, hay un bol con cositas crujientes para picar. Meto la mano y escarbo mientras voy haciendo una especie de inventario mental para ver si hay guisantes con wasabi.

No hay.

—¡Ay!

La patada llega rápido debajo de la mesa; me pongo de pie de un salto y las copas vibran. Miro a Meredith, que sonrío de oreja a oreja.

Basta de autocompasión.

—Ahora tienes un problema —le digo a mi hermana.

—¿Qué he hecho? —dice, haciéndose la inocente, pero sin poder reprimir la risa.

Cojo por el codo a todos los que puedo y los hago levantar de la mesa.

—¡A bailar!

Deja de llover, y cuando la barcaza vuelve a navegar, ya estoy agitando las

manos en el aire, esta vez chasqueando los dedos al ritmo de la música... La banda empieza a tocar «You Make My Dreams», de Hall & Oates.

LOS VOTOS MATRIMONIALES

No sé a ciencia cierta qué piensan los padres chinos de Franklin sobre el casamiento de su hijo con una mujer blanca y rubia, pero estoy bastante seguro de que opinan que la ocasión no se merece la presencia de dos homosexuales de más de un metro ochenta de estatura cada uno. Así y todo, sonrían y saludan con la cabeza y hacen todo lo posible por entablar una conversación cortés, y como resulta que el juez que oficia la ceremonia también es chino, la casualidad parece contribuir a que todo sea más agradable.

El Ayuntamiento de San Francisco es una maravilla hecha de mármol, una proeza arquitectónica, un edificio hermoso como una catedral construido con ambición y desparpajo. En resumen, un monumento artístico al gobierno municipal. Cuando Meredith y Franklin van a recoger la licencia matrimonial, los esperamos en un umbral cavernoso al pie de la grandiosa escalinata. El dibujo del mármol del suelo lo forman círculos y cuadrados que recorro torpemente con un pie. Meredith está deslumbrante con un sencillo vestido de boda color crema de J. Crew que deja al descubierto la espalda. Es perfecto para su cuerpo y su temperamento. Nunca había imaginado la boda de mi hermana, pues Meredith no es de esa clase de chicas que crecen soñando con casarse ni con ser la novia vestida de blanco ni de otro color; pero ahora que la veo así, radiante con ese modelo color crema y con escote en la espalda, contra el telón de fondo del ayuntamiento –ornamentado sin ser ostentoso–, no consigo imaginarla de otra manera.

Cuando los llaman, subimos por la imponente escalera de mármol. Meredith y Franklin delante; los padres del novio, Jeffrey y yo los seguimos en silencio. Miro la cúpula. Supuestamente es la quinta más grande del mundo, y contemplarla es maravilloso. Al llegar a lo alto de la escalera nos detenemos en una rotunda, delante de dos puertas de doble hoja. Detrás están los despachos, donde en 1978 murieron asesinados –a manos de un excolega– el alcalde George Moscone y Harvey Milk, miembro de la Junta de Supervisores y pionero de los derechos de los homosexuales. Me estremezco cuando lo recuerdo. El lugar parece solemne, pero importante.

La ceremonia es sencilla. Meredith y Franklin de la mano, delante del juez, intercambiando anillos y promesas. Intento multiplicarme al máximo para ser una combinación de testigo, fotógrafo, familiar de la novia y dama de honor. Saco la cámara digital y tomo todas las fotos que soy capaz de hacer sin parecer molesto. Sé que el resto de la familia querrá verlas. Hago todo lo posible para estar presente aunque mis pensamientos estén a unos seiscientos kilómetros de allí.

Para concentrarme, pienso en las maneras en que los perros son testigos, en cómo están presentes en nuestros momentos más íntimos, cuando nosotros creemos estar solos. Son testigos de nuestras peleas, de nuestras lágrimas, de nuestros empeños y nuestros temores, y también de todos esos comportamientos secretos que tenemos que ocultar a nuestros semejantes. Son testigos, no jueces. Había un libro sobre un hombre que intentaba enseñar a su perro a hablar una lengua humana para que lo ayudara a resolver el asesinato de su mujer. Decía el libro que si los perros pudiesen contarnos todo lo que han visto, todas las brechas de nuestra vida se cerrarían como por arte de magia. Intento ser testigo de este momento tal como lo haría un perro. Con todos los detalles. Para el resto de mi familia, esta boda será un vacío en su vida, y he de hacer todo lo que esté en mi mano para llenarlo.

Una ceremonia perfecta para mi hermana y su flamante esposo. Sin florituras, directo al grano. Nada que indique que la novia es una propiedad. Nadie que la entregue en matrimonio, y ni se menciona aquello de que a partir de ahora son marido y mujer y tampoco a ese dios cristiano en el que ninguno de nosotros de verdad cree. La Iglesia de Meredith y Franklin es la ley. Los dos son abogados. Cuando el juez los casa, dice: «Por el poder que me otorga el estado de California, os reconozco como casados.» Y sencillamente así, con la misma rapidez con que empezó, termina la ceremonia.

Subo hasta el tercer piso para tomar algunas fotos desde los balcones panorámicos. La verdad es que necesito un momento para tomar el aire. Querría llamar al hospital de Lily, pero no lo hago. De todos modos, no harán lo que quiero que hagan, a saber, que Lily se ponga al teléfono. Así sedada como debe de estar, tampoco es que vaya a decirme mucho. Abajo, Meredith y Franklin descienden por la escalera central y consigo una instantánea encantadora de los recién casados cogidos de la mano. Tomo otra foto de Jeffrey apoyado en una columna de mármol; se lo ve relajado y guapo.

Después de la boda, volvemos al Fairmont y yo me disculpo para ir al bar del vestíbulo. Otra vez el mismo imbécil tocando el mismo piano. Le pido al camarero una botella de Veuve Clicquot y seis copas. Descorchamos la botella en la habitación y yo brindo por los recién casados; Meredith hace unas llamadas para contar la noticia a mi familia. Reacciones: todos están impactados, todos le dan una sincera enhorabuena. Y como después de cada llamada me pasa el teléfono, me toca a mí aguantar la peor parte.

—¿Tú ya lo sabías?

—¿Desde cuándo?

—¿La incitaste tú a que se casara?

—¿Y no me lo contaste?

—¿Por qué os invitó?

—¿Está embarazada?

Todos conmocionados, y se olvidan de preguntarme por Lily. Yo me limito a beberme a sorbitos el champán y seguirles la corriente lo mejor que puedo, pero por dentro me pregunto por qué el día de la boda de mi hermana hay más gente que no piensa en mí.

Mi madre es la última de la fila. Está al borde de las lágrimas; lo noto en su voz. Le habría gustado estar aquí. Creo que lo que más le duele es que los padres de Franklin sí estén. Para ella, que yo esté haciendo de embajador de la familia no es un equilibrio justo. Y tiene razón. Nadie puede compararse con una madre.

—Meredith parece estar muy muy feliz —le digo, intentando disipar parte de su tristeza. ¿Tendría que haberle insistido más a Meredith?

—He extendido un talón de mil dólares y acabo de mandártelo por correo —dice mi madre, pero no sé bien si está hablándome a mí.

—¿Perdón?

—Para la operación de Lily. Lo siento, pero en este momento no puedo mandarte más.

Ahora soy yo el que está a punto de echarse a llorar.

—Mamá, no hacía falta que... —empiezo a decir, pero me interrumpo. Es un gesto maravilloso; en lugar de protestar, debería estar agradecido—. Gracias —digo, y creo que me ha oído.

Después de las llamadas, tomo unas cuantas fotos más de los novios, enmarcados por la enorme ventana de la habitación. En el último piso del hotel, la vista de la ciudad y la bahía es fantástica, y en el cuadro meto

también Alcatraz, en la distancia, justo encima del hombro de mi hermana. Esa es mi declaración silenciosa sobre el matrimonio. O, tal vez, sobre mi relación con Jeffrey.

¿Cuándo vuelves?

Después nos metemos apretujados en un par de taxis que atraviesan a toda pastilla las famosas colinas de la ciudad, a una velocidad que está muy lejos de ser la adecuada. Vamos hacia Howard Street, a comer en un restaurante llamado Town Hall, el sujetalibros perfecto para nuestro anterior recado en el ayuntamiento. El Town Hall se encuentra alojado en un edificio mucho más sencillo, ladrillo en lugar de mármol, toldos rojos en lugar de una cúpula. El sol ha desaparecido detrás de las espectaculares colinas y sopla un aire frío. Dentro, el ladrillo a la vista y los candelabros modernos confieren al local un toque cálido y acogedor. Me ofrecen una silla entre Jeffrey y la madre de Franklin.

–Les ruego que disculpen nuestra vestimenta. Pensaba pasar por la tintorería y recoger los trajes antes de venir, pero a Lily, mi perra, tuvieron que operarla de urgencia. La columna. Se quedó medio paralítica de repente. Esperamos que tras la cirugía vuelva a caminar, pero es demasiado pronto para saberlo.

No tengo ni idea de cuánto inglés habla la madre de Franklin, ni de si entiende lo que le digo, así que cojo el vaso de agua que tengo delante y me lo bebo de un solo trago. Al final, la flamante suegra de mi hermana asiente con la cabeza y tomo ese gesto como una invitación a seguir hablando.

–Lo cierto es que estoy muy nervioso. Asustado, si he de ser franco. Nunca podré encontrar otra como Lily. Es tan graciosa. A veces dice unas cosas que me hacen morir de risa. Es fantástica contando chistes.

La madre de Franklin se pone pálida, cosa que hace que me pregunte si no entenderá más inglés de lo que parece.

–De cualquier forma, mañana ya podremos sacarla del hospital y me preocupa no estar a la altura para cuidarla –digo, y después bajo la vista, miro la servilleta que tengo en el regazo, la doblo y la vuelvo a abrir y así hasta que ya no puedo demorarme más en esa tarea.

La madre de Franklin suelta en voz baja una especie de bufido –supongo que eso, en chino, debe de significar «¡vaya!»– y me dedica una sonrisa francamente cálida. Creo que comprende que atravieso una situación dolorosa.

Es raro preocuparse por algo en una comida de bodas. Estar a la altura... En la riqueza y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad. Yo nunca me he casado ni pronunciado esos votos, y no sé siquiera si alguna vez lo haré, pero los he asumido de otras maneras. Siento que tengo ese deber con Lily. Estar con ella en la enfermedad, hasta que pueda volver a caminar.

Después de comer, Meredith, Franklin, Jeffrey y yo nos refugiamos en el Top of the Mark, un bar en una azotea de California Street, enfrente del hotel. Por la noche, los edificios que nos rodean titilan como el cielo nocturno; a la distancia, el Golden Gate está salpicado por la luz de los faros de los coches. Luciérnagas. Meredith me lleva a un rincón tranquilo del bar.

—¿Estás contento?

—¿Por ti? —pregunto—. ¡Claro que sí!

Miro a Franklin, que se ha quedado en el otro extremo del bar. Parece estar contándole a Jeffrey una historia muy amena.

—Me refiero a si eres feliz.

No sé cómo contestarle con sinceridad.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No lo sé. Te he estado observando este fin de semana.

Meredith me quita la carta de cócteles que tengo en la mano y la deja en la barra.

—Sigo pensando en ese mensaje. No puedo quitármelo de la cabeza.

—¿Mensaje? ¿De quién?

—De nadie.

—¿«Nadie» te ha enviado un mensaje?

—«Nadie» envió un mensaje a *Jeffrey*.

Meredith me mira frustrada.

—No será un chiste de una viñeta de *Family Circus*, ¿verdad?

—Te lo cuento otro día. Primero tengo que solucionar lo de Lily.

—Lily se pondrá bien. Eres tú el que me preocupa.

Mi hermana me pone una mano en el hombro, pero no le digo nada, no sé qué responder.

—No utilices a Lily para no pensar en tu felicidad.

—Yo no utilizo a Lily —protesto.

—Sé sincero contigo mismo.

—¡Ya lo soy!

—De eso nada. Nos educaron igual, no lo olvides. Te conozco mejor de lo

que crees.

–Oh, ¿en serio? –digo con una sonrisa burlona–. ¿Sabías que iba a hacerte esto?

Y, sin esperar ni una fracción de segundo, le doy una patada en la espinilla. Venganza. Espero que nadie me vea y piense que acaba de casarse con un maltratador.

–¡Ay! ¡Sí que lo sabía! –Meredith se frota la espinilla mientras me mira desde abajo–. Si quieres conseguir lo que necesitas, tienes que decirlo. Eso es lo único que te estoy diciendo.

–¡Camarero!

Meredith sonrío con desdén.

–No me refería a eso.

–Ya sé a qué te referías.

Llevamos el champán a la mesa y propongo un último brindis.

–Os deseo todo lo mejor en vuestra vida.

Breve. Sencillo. Al grano. Miro a Meredith. Se la ve relajada con su túnica color marfil. Estoy agradecido por haber crecido junto a ella.

Cuando volvemos a la habitación, esta vez soy yo el que cambia el itinerario y reservo dos plazas en el primer vuelo de la mañana. No habrá un copioso desayuno bufé con los recién casados; solo café en el aeropuerto y lo que tengan a bien servir en el avión. Si tenemos suerte, podremos decirnos rápidamente adiós antes de salir pitando para el aeropuerto.

Me meto en la cama y dejo que los acontecimientos del día desfilen lentamente ante mí. Aunque agotadora, en muchos aspectos esta aventura en San Francisco ha sido un pequeño oasis. Me veo flotando en la barcaza del Tonga Room, bailando al compás de Dan Fogelberg o de Sheena Easton, o de alguien que sigue estando de moda en ese universo paralelo llamado Hurricane Bar.

Apago la luz.

Oscuridad.

Sanar no es tarea fácil, y empieza ahora.

APRIETA MÁS

–Aprieta –le digo a Jeffrey.

–Estoy apretando.

–Aprieta *más*.

–No me atrevo a apretar más fuerte.

–Entonces no la estás apretando bien.

–¿Quieres que cambiemos? Porque estar ahí alumbrando con la linterna es fácil.

–Pero tú no paras de moverte.

Jeffrey se ofende y suelta a Lily. Al ponerse de pie, se da un golpe en la cabeza contra la rama de un árbol.

–Cuidado con la rama –digo, aunque ya no sirve para nada. Sé que eso lo pondrá furioso, pero me siento facultado para decir lo que se me antoje. Estoy asustado.

Le paso la linterna y me acuclillo junto a Lily, encogida en la grava y en medio de un charco de luz. Pongo las manos como me indicó el veterinario, una a cada lado, debajo del abdomen, y le aprieto la vejiga, aprieto y aflojo, aprieto y aflojo. Nada. La luz se refleja en las grapas que tiene en la espalda. Cosida como una pelota de fútbol.

–¿Nada? –pregunta Jeffrey.

Pongo a Lily panza arriba y le miro los bajos para ver si ha hecho pipí.

–Nada. –Vuelvo a repetir la rutina–. ¿El veterinario dijo que se parece a un globo de agua?

–Sí. Un globo de agua del tamaño de un limón pequeño.

El abdomen de Lily parece un globito de agua. Blando como una esponja. La verdad es que en el vuelo de regreso a Los Ángeles no me preparé en absoluto para la experiencia de exprimirle la vejiga. Creía haberme mentalizado lo mejor que podía. Tomé café en lugar de alcohol. Me quedé despierto en lugar de dormir. Hice la lista de la compra en el dorso de una servilleta, todo lo que necesitaríamos: un corralito para tenerla en cuarentena en una superficie reducida; mantas para que no resbale en los suelos de madera; juguetes para mantenerla mentalmente concentrada sin alterarla

físicamente. Chuches..., de las sanas, para que no engorde durante la inactividad de la convalecencia. Más peso significaría más presión en la columna.

No obstante, y a pesar de lo obvio que me parece ahora, aprender a exprimir la vejiga de un perro no estaba en esa lista. La veterinaria que nos dio el alta puso un empapador en la fría camilla metálica donde la examinó y nos enseñó cómo hay que hacerlo. Cuando lo hizo ella, parecía muy sencillo, y supuse que había entendido las instrucciones. Por lo visto, me equivoqué. No hemos conseguido hacerla orinar desde que salimos del hospital.

–Pobrecita. Esto es indigno de ella.

Levanto a Lily y me la pongo en los brazos, en la posición que nos habían aconsejado, igual que a un bebé, sujetándole las patitas traseras con cuidado. Tomo la precaución de no golpearme con la rama.

–Venga, a dormir.

Frustrado, Jeffrey apaga la linterna. Sé que eso significa que Lily puede hacerse pipí dormida en nuestra cama, pero entonces bastará con levantarnos y cambiar las sábanas. No seguiremos apretándola más.

Entramos y la dejo en una manta; se queda de pie. Me asombra ese progreso, aunque todavía no puede caminar. Puede ponerse de pie; no muy segura, claro, pero eso de por sí ya es toda una hazaña. Suficiente por ahora. Leo otra vez las instrucciones de la recetas de los frascos rojos de Lily y elijo un Tramadol para el dolor y un Clavamox para prevenir infecciones; los pongo en una chuche para pastillas y Lily se los traga tan pancha.

–Mírate, Mona. Estás de pie.

–Me llamo Lily.

–Ya sé cómo te llamas.

Le acaricio la cabeza y parpadea pesadamente. Solo tiene siete años, pero por primera vez se ve vieja. Le han afeitado toda la espalda para operarla y han cerrado la herida con grapas. Parece triste sin esa franja de piel caoba.

–¿Qué te pasó?

Lily parece concentrarse para recordar.

–No lo sé. Me desperté y no podía caminar.

–Me asustaste.

Le cojo la cabecita con las manos; parece una monja con griñón. Se lame los morros buscando algo que aún sepa como la chuche.

–Sé que pusiste las pastillas ahí en esa cosa.

–Ya sé que lo sabes –digo, y añado–: Esos medicamentos te ayudarán a curarte.

Lily se lo piensa.

–¿Puedo jugar con la pelota roja?

La levanto con delicadeza y miro detenidamente esa cicatriz de Frankenstein que tiene. Da la impresión de estar hecha de dos perros distintos, la cachorra que siempre quiere jugar y la perra adulta que tiene que comprender sus limitaciones.

–Pronto –le prometo.

La dejo con cuidado en una pila de toallas que hemos puesto encima de la cama, un nidito entre Jeffrey y yo, y el calmante y el cansancio del día la dejan grogui en unos minutos. Yo también me duermo rápido. Es casi imposible creer que esta mañana cuando desperté estaba en San Francisco.

Sueño con la playa en la que Lily corría cuando era pequeña, en temporada baja. En el sueño no para de correr, pero no llega rápido a ninguna parte. Hay otros perros, más grandes que ella, y Lily quiere correr cerca de ellos, pero no con ellos; el tamaño la intimida un poco, y también la arena que levantan con las patas. Todo su cuerpo es un muelle que la dispara hacia delante a cada paso que da. Una levitación momentánea. Va a todo galope y las orejas caídas se le levantan y a veces se quedan flotando al viento, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa. Cuando vuelve a mi lado, sé que las tendrá caídas hacia atrás, pegadas a la cabeza y a la nuca. Dedico media vida a volver a poner esas orejas en la posición con que salieron de fábrica.

¡LA! ¡ARENA! ¡ESTÁ! ¡TAN! ¡BLANDA! ¡DEBAJO! ¡DE! ¡MIS! ¡PATAS! ¡Y! ¡MIRA! ¡EL! ¡OCÉANO! ¡ES! ¡TAN! ¡GRANDE! ¡MÍRAME! ¡ESTOY! ¡CORRIENDO! ¡SIN! ¡LA! ¡CORR...!

Antes de que pueda decir «correa», una ola cubre la playa y, de pronto, un collar de algas viscosas le envuelve las patas. Una expresión de terror en toda su cara.

¡SERPIENTE! ¡SERPIENTE! ¡SERPIENTE!

Lily se vuelve y sale como un bólido buscando arena más seca, más cerca de las dunas, donde se mecen las últimas hierbas altas. En cuanto llega, huele un cangrejo muerto. Le arranca una pata y corre con el trofeo en la boca, en la distancia, hasta que no es más que una manchita en el horizonte.

Por la mañana, Jeffrey y yo nos vestimos rápidamente y sacamos a Lily a la carrera. La ponemos en la hierba; también hoy consigue mantenerse de pie. Emocionada, intenta incluso dar unos pasitos –se parece a Bambi, pero con

las patas más cortas— antes de que consiga tranquilizarla e impedir que haga un esfuerzo excesivo.

—Eh, quieta, quieta.

Jeffrey amaga con intervenir, pero no se lo permito. Este es mi trabajo. Este es mi momento. No seré un cobarde. No tendré miedo. No seré de esos que solo son capaces de amar hasta ahí... No seré de los que no están total o plenamente presentes cuando las cosas se ponen difíciles. No dejaré que otros hagan el trabajo duro por mí. No dejaré que un mensaje de texto me distraiga. Ayudar a hacer el pipí a mi perrita querida... Eso para mí es como escalar el Everest. Esto lo tengo que hacer yo.

Le pongo las patas traseras debajo del cuerpo y la siento como se pone ella para hacer pipí, con las patas ligeramente abiertas, como una rana. Le palpo el abdomen por detrás, buscando el globo de agua, el que tiene el tamaño de un limón. Cuando lo toco, respiro hondo, me mentalizo y aprieto. *Hacia arriba y hacia atrás.*

No sé qué tiene de distinto la luz de la mañana... La vejiga redonda y llena, Lily dispuesta a colaborar, mi falta de miedo en este nuevo amanecer, el sueño en que la vi correr, el deseo de volver a verla correr. Sea lo que sea, cuando aprieto hacia arriba y hacia atrás, levanta el rabo en ese conocido ángulo de cuarenta y cinco grados que hace que parezca un misil a punto de salir disparado y poco a poco empieza a hacer pipí.

—¡Está haciendo pipí! ¡Lily, estás haciendo pipí!

Estoy tan emocionado que casi la suelto. Pero no. Sigo apretando.

Lily está un poco asustada por la sensación y abrumada de alivio. Jeffrey hace un gesto que se parece a bombear la vejiga con el puño y los dos sonreímos.

—Por fin —dice Jeffrey, aliviado también.

—¡Ja, ja! —exclamo triunfante.

Cuando Lily intenta ponerse de pie, caigo en la cuenta de que ya puedo dejar de apretar, y con todo cuidado la ayudo a pasar por encima del charco que ha dejado en la grava.

—Lo has conseguido, Habita —le digo, y todo lo demás se desvanece.

Y me siento más feliz que nunca.

La succión

LUNES

Ahí está otra vez el pulpo, encaramado en su lugar de siempre mientras Lily y yo vamos a la consulta del veterinario. Bordeamos la obra en construcción que rodea el Conservatorio porque en Los Ángeles nadie sabe cómo confluye el tráfico en ese lugar. Lily va sentada en su lugar habitual cuando conduzco, en mi regazo, y con la barbilla en el hueco de mi codo izquierdo, el brazo con el que intento en vano llevar el volante mientras reduzco la marcha con el derecho. Se molesta cada vez que tengo que girar y me mira. Esta mañana el pulpo no ha dicho nada. No le hace falta; el eco acosador de su voz resuena en mi cerebro. Este bicho no para de crecer con cada hora que pasa.

La sala de espera es pequeña y oscura, y ya no cabe un alfiler; el linóleo marrón del suelo se está despegando en las esquinas y todos los espacios que podrían estar disponibles para respirar están repletos de estantes con sacos de pienso dietético y suplementos como Rimadyl y Glycoflex. No sé muy bien por qué sigo viniendo aquí, quizá solo porque me queda cerca de casa. Hay cosas en mi vida que tengo que replantearme: Jenny, la terapeuta, esta consulta venida a menos. Sé que aquí hay médicos nuevos mejores que los anteriores, que desaparecieron de improviso después de algunas críticas nada halagüeñas en Yelp.

Encuentro un lugar donde sentarme en un banco de madera y hierro forjado. Tengo la sensación de estar esperando el tranvía. Estamos rodeados de estantes más altos que nosotros; sería nuestro fin en caso de terremoto, pero por suerte ofrecen, como mínimo, cierta ilusión de intimidad. Las consultas de los veterinarios pueden ser una bolsa de sorpresas llena de emociones. Los gatos siempre están asustados en sus transportines, y sus dueños también, siempre nerviosos. También vienen perros contentos a hacerse cosas sencillas, como una revisión de rutina, encantados con el mero hecho de salir al mundo y olisquear la promesa de la galleta que van a darles como premio. Hay perros muy inquietos que detestan ir al veterinario sea cual sea el motivo. Hay perros enfermos y heridos con un amo preocupado, capaces de ladrar, atacar y morder. Hay gente que se marcha sin su mascota

tras recibir una noticia desoladora. Y luego, nosotros, gente con perros que tienen un pulpo en la cabeza. Por lo visto, somos los peores de todos. Como tenemos un aspecto demasiado horrendo, deforme, los que pasan evitan mirarnos.

Al cabo de un rato nos hacen pasar a una salita. Enseguida vendrá el veterinario, nos dicen. Pongo a Lily en la camilla y se encoge cuando las patas tocan el metal frío. Le acaricio la espalda para que se tranquilice. Esta sala tampoco es muy grande que digamos. En la pared, un cartel sobre cuidados dentales de las mascotas, con fotos de dientes de perros en distintos estadios de deterioro. Y un toque ligeramente irónico: el papel pintado es color piorrea.

Entra el veterinario, sonriendo. Es el más guapo de todos los nuevos, y mentalmente lo he bautizado Doogie porque parece demasiado joven para ser médico, incluso veterinario, que puede (o que no puede, ¿quién sabe?) ser una carrera universitaria más corta. Como se plancha los pantalones con raya, me pregunto si debo decirle algo sobre lo pasado de moda que está llevarlos así, pero es posible que lo haga para tratar de parecer mayor.

—¿Qué lo trae hoy por aquí?

Estupefacto, lo miro directamente a los ojos. Esa pregunta no estaría fuera de lugar si estuviera leyendo una analítica o revisando las notas de la historia clínica de Lily, pero está mirando a mi perra y no deja de sonreír. Es ese detalle lo que probablemente delata su falta de experiencia.

—¿Lo pregunta en serio? —Es lo único que consigo farfullar.

—¿Cómo está Lily? —pregunta, y le abre la boca para mirarle los dientes.

¿Qué querrá sugerir? Ya sé que no tiene una dentadura de perra joven. Sé que tiene los dientes algo podridos. Sé que los dientes y las encías de Lily son víctimas del paso del tiempo y de cierto descuido. Pero ¿es peor lo que tiene en la boca que lo que tiene en la cabeza? ¿Es eso lo que está diciendo? ¿Por qué se obsesionarán tanto con los dientes aquí?!

—Bueno... —digo—. Para empezar, tiene un pulpo en la cabeza.

El veterinario suelta la mandíbula de Lily, le mira la cabeza y palidece.

—Ah.

Sí. Ah.

Doogie se acuclilla para ver mejor al pulpo.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Lo vi por primera vez la semana pasada.

El veterinario coge a Lily por el morro y le gira la cabeza para poder mirarla bien desde todos los ángulos.

–¿Y dice usted que es un pulpo?

–¿Qué diría usted que es?

Recorro la sala con la vista para ver si hay un diploma de veterinario enmarcado en la pared, algo que inspire confianza. Recuerdo que después de la última visita busqué a Doogie en internet porque me había parecido guapo. Creo que estudió en la facultad de Pensilvania, pero no estoy realmente seguro. Esos pantalones..., ese no tener ni idea. A lo mejor se compró un título de una facultad falsa de Guam. No volveré a buscarlo en la red.

Doogie sigue examinando al pulpo. Lo toca, lo palpa y, después, con unos cuadraditos de gasa, intenta apretarlo.

–*Pulpo* es una palabra tan buena como cualquier otra.

Su tono sugiere que está tratando de tranquilizarme.

–Con cuidado –le digo–. Va a ponerlo furioso.

Con las manos coge al pulpo entero.

–En realidad, diría que ya está bastante cabreado.

Se pone de pie y pisa el pedal de un cubo de basura metálico, hermético y con una etiqueta que dice RESIDUOS HOSPITALARIOS, y tira las gasas.

–Bueno, ¿qué vamos a hacer?

–En primer lugar, tenemos que saber más. Quisiera llevarme a Lily y ver si puedo hacerle una punción para extraer un poco de líquido. Así podremos hacer unas pruebas y saber con qué tenemos que vérnoslas.

Irritada igual que yo, Lily levanta la vista y me mira. Esa última frase me hace perder la paciencia.

–¡Tenemos que vérnoslas con un pulpo!

Aunque no quiero alterarme demasiado, se me han encendido las mejillas y siento que empieza a sudarme la espalda. Dios me libre si se le ocurre revisarle la dentadura al pulpo.

–Lo sé, pero cuanto más conozcamos al pulpo, mejor sabremos cómo luchar contra él.

Es la primera frase sensata que ha dicho, así que me agacho para hablarle directamente a Lily.

–Ve con el doctor. Quiere examinar mejor al pulpo. Yo te esperaré fuera.

Doogie va a buscar a un auxiliar y entre los dos se llevan a Lily. Vuelvo a la sala de espera y me pongo a hojear un ejemplar viejo de *Dog Fancy*. Hay

artículos como «Cinco chuchos que se hicieron famosos» y «Características del springer spaniel inglés». No me interesan, pero el «Acalorado debate sobre la higiene dental» sí me interesa, como mínimo lo suficiente para marcar la página con la esperanza de que atraiga la atención de al menos un pensador racional en este lugar dejado de la mano de Dios.

Saco el móvil y busco en el álbum las fotos de Lily antes de que llegara el pulpo. Mi perra y yo en un acantilado con vistas a Santa Bárbara; la sacamos la vez que recorrimos la estatal 1, la carretera del Pacífico. Otra con Lily dormida en su manta estampada con huellas de perro; el sol que entraba por la ventana realza el rojo de su abrigo marrón. Lily en la bañera, empapada y con cara de no sentirse muy a gusto. Los dos en un selfie, dándonos besitos de buenas noches en la cama antes de irnos a dormir. Lily en el sofá, sentada como la Gran Esfinge de Guiza, porque me gustaba el contraste de su abrigo con el tapizado de tweed gris. Otro selfie, esta vez en el patio trasero, Lily con el disfraz de Leia que le compré en Maui. Esta la tomé hace apenas unas semanas, una época feliz que ya parece muy lejana.

Algo en la foto me llama la atención. Uso dos dedos para acercar la foto hasta que veo bien la sien derecha de Lily, y ahí está él, en su percha, justo encima del ojo derecho... El pulpo, pero más pequeño, más joven, menos... pronunciado. ¿Cómo pude no verlo? ¿Me lo traje de Hawái? ¿Viajé de polizón en el disfraz de Leia? ¿O lo saqué de la playa el día que fui con Wende, Harlan y Jill a recoger trocitos de vidrio? ¿O el día en que nadé en el océano, bajando la guardia y dejando que el agua se llevara mis preocupaciones? ¿Está ahora con nosotros porque yo necesité escaparme con mis amigos? ¿O salió arrastrándose del Pacífico en la playa de Santa Mónica mientras yo no estaba allí para detenerlo? ¿Se pegó a mi perra mientras yo estaba en una isla bebiendo ron a miles de kilómetros de casa? Me invade una sensación de culpa que me revuelve el estómago. Solo estuve cinco noches en Hawái. ¿Cómo ha podido ser tan alto el precio?

—Disculpa, cariño —me dice la mujer corpulenta que contesta las llamadas y trata de sacar unas latas de comida para perros diabéticos del estante que tengo cerca de los pies. Me endezco en la silla y aparto las piernas. Gruñe cuando se agacha para sacar las latas.

Guardo el teléfono y vuelvo a concentrarme en la revista, pero Doogie me llama antes de que consiga leer un par de líneas del debate sobre higiene dental.

—¿Edward?

Cuando vuelvo a entrar en la sala de consulta, veo a Lily en la camilla. Está esperándome y parece dolorida.

—¿Qué tal ha ido?

—No hemos podido llegar con la aguja hasta el pulpo como habríamos querido.

—Es un cabronazo —digo, dándole la razón—. Un hijo de puta.

—Hemos podido extraer algunas células. Esperemos que basten para decirnos si el pulpo es maligno. Tendremos que enviarlas a nuestro laboratorio.

Le enseño a Doogie la foto de Lily disfrazada de Leia, con el pulpo cuando era pequeño. Le hablo del pulpo tal como lo conozco, sobre el ataque que tuvo Lily anoche. Asiente con la cabeza, me escucha y apunta algo en su tabla. Lily no dice nada, pero eso no es raro. Cuando la llevo al veterinario, lo más frecuente es que no abra la boca.

—Cuando recibamos los resultados del laboratorio sabremos más. Podemos darle algunos medicamentos, algo contra los ataques, pero, ya sabe, las mejores opciones para tratar al...

—... pulpo. —¿*Por qué serán todos tan estúpidos?*

—... al *pulpo*, sí. Es probable que lo mejor sea operar.

Miro deliberadamente hacia otro lado. Ojalá hubiera una ventana para mirar hacia fuera, pero lo que vuelvo a ver es el cartel que promociona la higiene dental. Pienso en el ejemplar marcado de *Dog Fancy* que hojeé en la sala de espera y ruego que alguno de los que trabajan aquí lo encuentre.

—¿Cuántos años me dijo que tenía Lily?

El veterinario busca la respuesta en sus papeles.

—Doce —digo—. Doce y medio.

Doogie deja de buscar.

—Más de la edad óptima para una cirugía invasiva. La anestesia ya puede ser un riesgo para los perros de esa edad. Pero a mediados de semana podremos hablar con más detalle sobre las opciones que tenemos.

—Cuando reciban el informe del laboratorio.

Hablo como un hombre derrotado. Así me siento, derrotado, sobre todo cuando me piden doscientos ochenta y cinco dólares por el privilegio de haber oído que tengo que esperar hasta el miércoles para que me expliquen unas opciones que en realidad no son opciones en absoluto.

Subimos al coche y alguien me indica con el intermitente que quiere ocupar mi plaza de aparcamiento, pero le digo por señas que nanay, que se marche, como si viniera en busca de mi alma y no solo de un lugar para aparcar. Lily y yo nos quedamos ahí sentados en el coche los doce minutos que faltan hasta que caduque el ticket del parquímetro. Sin decir nada, Lily deja el asiento del pasajero y se acurruca en mi regazo, hecha un ovillo. Suelta un suspiro interminable.

–¿Estás bien, Habita?

–Me pincharon la cabeza con una aguja.

–Pincharon al pulpo.

Lily me mira como si ella y el pulpo fueran una y la misma cosa, y me pregunto si no habrá abandonado ya toda esperanza. Me siento como si fuese yo el que se hubiera tragado la bolsa de guisantes con wasabi, pues me empieza a arder la garganta y se me cierra. Intento concentrarme en algo, en cualquier cosa, y elijo la ortografía de *wasabi*, pienso en lo rara que es esa palabra, rara hasta el punto de que no recuerdo si termina en *i* latina o y griega. Creo que en *i*. ¿Se escribe así? De las dos maneras veo debajo la línea roja ondulada, como si el corrector del procesador de textos que tengo en la cabeza me dijera que está mal tanto con *i* como con *y*. ¿Wasabi es nombre propio? ¿Debería escribirse con mayúscula? No, solo es una planta, ¿verdad? Me entran ganas de volver corriendo a la consulta del veterinario y que me hagan lo mismo que le hicieron a Lily hace ya unos años, que me devuelvan la capacidad de respirar, y, si es posible, que me confirmen cómo se escribe wasabi. Ya no recuerdo cuándo respiré por última vez, una respiración prolongada, profunda, verdadera, como las que enseñan en las clases de Lamaze y en los DVD de yoga. Fue en Hawái, supongo. Vacaciones. Cuando no tenía que trabajar ni plazos ni citas y lo único que necesitaba era sencillamente estar. Pero... ¿en casa? ¿Cuándo tomé aire por última vez? ¿Sin Mai Tais para facilitar la circulación? No lo sé.

De repente siento la necesidad de olvidar todo lo que ha ocurrido esta mañana, darle la vuelta al día. Vomitar los guisantes de wasabi.

Volver a respirar.

–¿Sabes qué nos vendría bien? –le pregunto a Lily, y ni siquiera espero a que lo adivine. Mi perrita se anima; por mi tono de voz intuye que voy a decir algo que le encanta–. Helado.

En el camino de vuelta nos detenemos en la tienda para mascotas que hay

en una esquina cerca de casa, la que lleva una familia coreana, y compro un yogur helado de mantequilla de cacahuete especial para perros. Ni siquiera espero a llegar a casa.

El pulpo parpadea y pregunta:

–¿Qué es eso que has comprado?

Creo que nunca me acostumbraré a oírlo hablar.

–Nada –le digo.

Ahí mismo le doy a Lily la tarrina de poliestireno, en el coche, y mi nena se pone a lamer vorazmente hasta que no queda nada. Es de las que lamen el plato tres minutos más después de terminarse la comida. Ya se la ve más animada.

El pulpo no aparta la vista de mí. También tiene hambre, pero no le doy nada. Espero no tener que pagar un precio muy alto por eso.

MARTES

Lily y yo no tenemos planes fijos para las noches de los martes; por eso, cuando llama Trent y me dice que deberíamos ir a la playa a tomar algo, me apunto. Es de noche, cosa que al instante me hace reconsiderar mi respuesta, pues para mí es un rollo ir hasta la playa tan tarde, a una hora en que ni siquiera se ve el mar. Pero Trent ya está ahí; tenía una cena de trabajo que está a punto de acabar y la playa siempre sugiere una escapada, un respiro, un destino turístico. Incluso en la oscuridad se huele el agua salada, se oye el romper de las olas, se siente la brisa fresca del océano. Antes era reconfortante; ahora, el océano es, más que nada, el pantano del que salió el pulpo. Trent quiere saber qué dijo el veterinario sobre el diagnóstico de Lily, y, puesto que no veré a Jenny hasta el viernes, es probable que hablar con alguien no sea una mala idea.

Trent, nostálgico esta noche, sugiere que vayamos a ese bar de ambiente al que íbamos en los años noventa, el que está justo cruzando la carretera del Pacífico desde la playa Will Rogers; más concretamente, enfrente de la zona gay de esa playa, conocida cariñosamente como Ginger Rogers. Aparcar suele ser una pesadilla, pero tengo suerte y encuentro el sitio perfecto debajo de una farola rota, oculto a la vista de los conductores en un charco de oscuridad. Es endemoniadamente pequeño, y después de cinco minutos tratando de embutir ahí el maldito coche, tengo que reconocer mi derrota y buscar otro, y solo lo encuentro a más de cuatrocientos metros de allí.

Cuando enfilo hacia el bar, andando, piso otro charco, esta vez de agua. Hace semanas que no llueve; de ahí que esa poza me preocupe un poco. Intento enviarle un mensaje de texto a Trent, pero mi móvil no chuta y tengo que apagarlo y reiniciarlo, qué remedio. Cuando por fin llego al bar, por fuera no se parece nada al que conocía. Está decorado con motivos náuticos, tal como lo recordaba, pero falta algo. Sospecho que el bar podría mirar mi rostro demacrado y decir lo mismo de mí.

La iluminación es tenue, pero no me cuesta nada divisar a Trent, sentado en la barra; no hay mucha más gente aparte de él. Aparto el taburete de la barra para sentarme a su lado, llamo por señas al camarero y me siento.

–¿Cómo se te ha ocurrido elegir este lugar? –pregunto.

–Tenía una cena con un cliente. Ando atontado con tanto trabajo y quería recordar tiempos menos complicados.

El camarero se acerca; es guapo, pero no esa clase de guapo amenazador que por lo general es el requisito que han de cumplir los camareros de los bares gays. Le pregunto a Trent qué está tomando y me dice que vodka con tónica. Yo pido lo mismo.

–¿Qué dijo el veterinario? –pregunta–. ¿Qué opciones tienes?

El camarero empuja el vaso en mi dirección y en el último segundo añade un trozo de lima. Hago el gesto de sacar la cartera, pero Trent no me deja.

–He abierto una cuenta.

Tomo un sorbo de mi bebida; es fuerte, como a mí me gusta.

–Pueden darle medicamentos para que se sienta algo mejor y evitarle el dolor y los ataques, o anestesiarla, extirpar una muestra más grande del pulpo y buscar un tratamiento más agresivo.

–¿Y cuál vas a elegir?

Me encojo de hombros y me echo al colete otro sorbo.

–No lo sé. Tengo que hablarlo con Lily.

–Pero la decisión tienes que tomarla tú.

–No me digas. –Echo un vistazo al bar; está desierto–. ¿Dónde está la gente?

Trent se vuelve para mirar y parece asustarse, como si hasta ahora no se hubiese dado cuenta de que el bar está casi vacío.

–No lo sé. Supongo que aquí la gente viene tarde.

El camarero ha debido de estar atento a nuestra conversación porque mete cuchara.

–Esto se anima a partir de las once.

Saco el móvil para mirar la hora, pero, como no se enciende, lo dejo en el mostrador. A la mierda con este cacharro.

–Genial. Los putos martes.

–¿Qué les pasa a los martes? –pregunta Trent.

–De todo, les pasa. El lunes siempre será lunes, pero al menos es el comienzo de algo nuevo. El miércoles es el «día de la joroba», se ha puesto de moda felicitarlo y salir a celebrarlo; el jueves ya casi es viernes y después del viernes viene el finde. Pero... ¿el martes? Nada.

Trent me mira y sacude la cabeza.

–No consigo ver la diferencia. Tú trabajas en casa.

–Trabajo *desde* casa –digo, y la verdad es que no sé por qué para mí hay una diferencia–. Mi teléfono está muerto, la plaza de parking era demasiado pequeña, he pisado un charco de... –me miro el zapato– orina. Y no sé qué hacer con Lily. ¿Sigo?

Trent me pone una mano en el hombro.

–Tendremos que hacer algo para que folles –dice, y vuelve a escudriñar el bar, pero las perspectivas no son prometedoras.

–Bah, ya eché un polvo.

–¿Cuándo?

Cojo el teléfono para comprobar la cita de hoy antes de recordar que está muerto.

–No me acuerdo. Hace poco.

Supongo que aún hay vida en mí.

–¿Hace poco? –dice Trent en tono escéptico.

–Sí, hace poco. –Y después me veo obligado a reconocerlo–. Creo que hace poco.

Se me ocurre pensar que he perdido la noción del tiempo.

–Bueno, ya haremos algo para que vuelvas a follar. Un polvete y punto. Por deporte.

Así llama Trent a esos encuentros... Deporte.

–Después de las once, tal vez.

¿Por qué me gustarán tan poco los martes ahora que soy autónomo y trabajo desde casa? Trent tiene razón. Si ya odiaba los martes por su monotonía cuando formaba parte del mundo, cuando era miembro de una población activa más tradicional –gente sin nada que la ayude a destacar–, ¿no sería lógico que ahora lo odie todo? Me levanto todas las mañanas a las ocho. Cuesta un poco despertar a Lily, pero no mucho. Me visto, por lo general me pongo algo que pueda llevar al gimnasio, para motivarme e ir. Después salimos a dar el primer paseo del día. El sol de la mañana es ideal, ni demasiado caliente ni agobiante. Esto lo sé, en parte, porque Lily no empieza a jaderar hasta que doblamos la esquina, enfrente de casa, y deja de jaderar después de tomar un poco de agua. Cuando volvemos, le pongo el desayuno y me tomo una (siempre una) taza de café con estevia. Voy a buscar el portátil que he dejado toda la noche en mi mesa de trabajo, cargándose, y me siento en la cocina, en el lugar donde la luz que entra por la ventana no se refleja en

la pantalla. Escribo durante una hora, dos quizá, y después me sirvo un bol de Kashi con medio plátano cortado en rodajas (la otra mitad la guardo en la nevera). Después me permito hacer un poco el vago: leo las noticias, discuto con gente imbécil en algunos sitios web, voy zapeando fotos de tíos guapos (más internet). A veces consigo ir al gimnasio; últimamente, con menos frecuencia. Por la tarde intento salir a dar una vuelta, pero incluso los recados y las distracciones tienen su monotonía. La compra para la cena, un café en el Larchmont, una película en el Arclight aunque no tenga ningún interés especial por verla. Subo al coche, aparco, bajo del coche. Conducir, a veces sin recordar adónde tengo que ir. Lily y yo damos el segundo paseo al caer la tarde y disfrutamos de la suave bruma del cielo, excepto en pleno verano, cuando a esa hora el sol todavía quema bastante o cuando se acerca el solsticio de invierno y ya está oscuro. Lily cena y después se zampa una de esas barritas duras que son como el cepillo de dientes de los perros. Para mí tengo una copa de vino y algo para engañar el estómago; por lo general, mango o albaricoques deshidratados, pero de los que no contienen azufre, que no me dan dolor de cabeza. Escribo un rato. Solo las actividades vespertinas con Lily, los juegos de mesa, las películas, la pizza, me sacan un poco de la monotonía. Por la noche vuelvo a dejar el portátil en el escritorio y a conectar el cargador del móvil. Es la hora del último paseo. Nunca pongo el despertador antes de irme a dormir. No lo necesito; mi reloj interior está sincronizado con la rutina, igual que el resto de mí.

Alguien se ha sentado en un taburete al lado de Trent y se han puesto a conversar. Con un gesto, Trent le sugiere al tío que me eche un vistazo. El desconocido se inclina para mirarme y levanta la mano como diciendo: «No es mi tipo.» Trent se vuelve hacia mí y se encoge de hombros.

—¿Con quién ligaste? —pregunta después, en un claro intento de seguir hablando sobre mis conquistas.

—Un masajista. El que venía a mi casa.

—Theodore... —dice Trent, con desaprobación. Me llama Theodore en lugar de Edward cuando quiere llamarme por mi nombre completo, porque sabe que eso me saca de quicio.

—No me llamo Theodore.

—El masajista... ¿Y eso no se parece a pagar para follar?

—No —digo, con cuatro o cinco oes, en parte para defender mi reputación y en parte en defensa del masajista—. Pagué el masaje. Después nos pusimos a

hablar, le ofrecí una copa, echamos unos tragos mientras seguíamos charlando. También es escritor, *librettista*...

–¿Libertino?

–No. Bueno, eso también. *Librettista*, escribe letras para... Pues bueno, resultó que teníamos muchísimas cosas en común, fue toda una sorpresa, así que estuvimos hablando un buen rato y *después*... –Dejo que la frase termine sola–. Fue como un ligue. Salvo que yo, ya sabes, solo llevaba una toalla a la cintura.

–Debería habérmelo imaginado –dice Trent riendo.

–Me pilló por sorpresa. Pero es posible que yo también debería haberlo visto venir. Al menos algo que indicara que podía pasar.

Una profecía.

A menudo voy por la vida con los ojos demasiado cerrados. ¿Debería haberlo visto venir? ¿Debería haber visto venir al pulpo? ¿Una profecía para eso? Octópodo. *Octo*. Ocho en latín. Pero ¿a qué latino conocía yo? Un montón. Al fin y al cabo, esto es Los Ángeles. De todos modos, puede que en este caso la etimología no sea lo importante; puede que solo se trate del ocho. El camarero sirve una cerveza. En un galón entran ocho pintas. En una caja de Crayolas hay ocho lápices. Hay ocho velas en una menorá. Hay ocho átomos de algo en el octano. ¿Y el carbono? Los compuestos de carbono son la base de toda vida. ¿Podría ser eso? Un letrero de stop tiene ocho lados. ¿Acaso el pulpo me está diciendo que pare? Y si es así, ¿parar qué?

¿Y no hay profecías buenas y profecías malas? Si hubo una profecía que anunciara la llegada del pulpo y yo no la capté, ¿no debería estar buscando una profecía de recuperación, que diga que el pulpo se irá? Ominoso... También viene del latín. Otra vez lo mismo.

Me duele el cerebro.

–¿Qué hora es? –pregunto.

Trent mira la hora en el móvil.

–Las once y cuarto.

Como si hubiesen estado esperando que les dieran el pie, se abre la puerta y entran unos clientes. Todos riendo y con pantalones negros y camisa blanca. Le doy un codazo a Trent, que solo dice: «Qué raro», mira detenidamente a los trasnochadores y se fija en un chico que lleva un bolígrafo en la oreja.

–¿Ese te pone?

Por lo visto, sigue pensando en que yo haga «deporte». Llamo por señas al camarero.

–¿Dos más? –pregunta.

–¿Puedo hacerte una pregunta de lo más tonta?

–Dispara –dice.

–¿Este no es un bar gay?

El camarero ríe.

–Lo era, pero los dueños lo vendieron. Ahora vienen principalmente camareros de restaurantes de la zona cuando salen del curro, a pasar un rato. Por eso se anima tarde.

Miro a Trent, que se limita a encogerse de hombros.

Apoyo la cabeza en la barra y hablo con la boca pegada al hueco del codo.

–No acertamos una, tío –digo–. Tú tienes la culpa. Has sido feliz demasiado tiempo.

–Yo digo que la culpa la tienes tú. Hace mucho tiempo que eres *infeliz*.

Trent fija la vista en un espacio vacío por encima de mí.

–¿Qué haces?

–Busco la nube negra que tienes encima de la cabeza –dice, y me da un puñetazo, en broma. Yo se lo devuelvo, no tan en broma.

–Otra ronda –dice Trent al camarero, que coloca dos servilletas de cóctel limpias en la barra antes de ponerse a preparar nuestras bebidas.

VIERNES

–¿Qué tal ha ido la semana?

Otra vez viernes, y eso significa que regreso a la consulta mantecosa de Jenny con muy pocos recuerdos del miércoles o del jueves. Lily tuvo otro ataque, no tan fuerte como el primero, pero, así y todo, para asustarse. Llamó el veterinario para avisar de que no habían podido extraer suficientes células del pulpo y que, en consecuencia, no habían podido detectar nada concluyente. Doogie quiere aplicarle anestesia general para tener una muestra mejor. Se suponía que volvería a ver al tío de los abrazos, pero cancelé la cita, pues me sentía gordo y nada atractivo, indigno de ser amado. Por irónico que parezca, es probable que esta cancelación lo ayude a aclarar sus sentimientos; los hombres son cazadores y, por lo general, les suelen gustar los hombres que no se lo ponen fácil.

Lo cierto es que la mayor parte de la semana he estado alejado del mundanal ruido.

No obstante, en terapia alejarse es difícil, incluso en la terapia con Jenny. Hoy me resulta especialmente difícil, pues Jenny se ha sentado algo inclinada hacia delante en su silla, al parecer con un celo renovado en su tarea. Como si otro paciente, cansado de sus señalamientos obtusos, la hubiera denunciado a alguna compañía y ella intentara evitar más quejas. O tal vez por fin ha dicho adiós a cualquier ambivalencia que le impedía implicarse libre de obstáculos. En todo caso, buen momento para regresar, Jenny.

No quiero contestar esa pregunta, o es posible que no sepa cómo contestar. ¿Qué tal me ha ido la semana? La visita al veterinario fue... ¿*irritante*? No saber distinguir entre un bar hetero y un bar gay fue... ¿*humillante*? Mi boca está vacía de adjetivos y expresiones calificativas; así pues, cedo, trago saliva, suspiro y le suelto cualquier otra cosa.

–También podría contarte cosas de nuestro visitante.

–Cuando dices *nuestro*... –empieza a decir Jenny, y se interrumpe. Eso es algo que nunca hubiera cuestionado en sesiones anteriores. Lo habría entendido por el contexto, o sencillamente no se habría interesado lo

suficiente para comentar nada. Esta es una Jenny totalmente nueva, y no me gusta.

–Mío y de Lily. De Lily y yo. Y de mí...

Si hasta la sintaxis me falla.

–Tuyo y de Lily. De acuerdo. Prosigue.

Proseguir. Vaya, qué bien... ¿Podré?

Jenny se lame el labio superior; está hambrienta, quiere que le cuente más.

–Lily y yo tenemos un pulpo.

Hago una pausa buscando un efecto dramático, pero solo consigo que me dirija una mirada confusa. Después me lanzo a contarle con todo detalle el suplicio que estoy viviendo. Como hice con Trent, como hice con Doogie. Esto ya se está convirtiendo en algo parecido al paquete de historias que he preseleccionado para las citas; me aburro de solo contarlas. Jenny asiente mientras me escucha sin dejar de mirarme. Apenas sé quién es esta mujer ante la que desnudo mi alma. En serio, que me escrute así me pone de los nervios.

–Y cuando dices *pulpo* quieres decir...

–Pulpo. Cuando digo *nosotros*, quiero decir Lily y yo. Y cuando digo *pulpo*, quiero decir pulpo. –Jenny sigue mirándome con cara de estar confusa, así que saco el móvil y le enseño la foto en que estoy con Lily disfrazada de Leia–. Mira. Justo aquí. Pero ahora es más grande, más prominente, y está enfadado.

Jenny mira la foto con atención y la amplía con los dedos para ver al pulpo de cerca. Eso de por sí me pone furioso (aunque yo hice lo mismo), como si dijera que estoy haciendo una montaña de un granito de arena, que he pasado una semana y un día al borde de la histeria por nada. ¿No ha oído que *acabo de decirle* que el pulpo ha crecido? Cuando levanta la vista, detecto en sus ojos algo parecido a la lástima. Algo más que una mezcla de comprensión y tristeza, pero muy cerca de la compasión. Pero no quiero eso ni nada que se le parezca. Esto lo voy a solucionar. Voy a ser más fuerte que el pulpo. No quiero esa mirada.

Jenny me devuelve el móvil.

–¿Has ido a ver a la veterinaria?

Buuuuuh.

–El lunes.

–¿Qué te dijo?

Jenny dice veterinaria, en femenino, como si quisiera recalcar algo sobre una sociedad dominada por el hombre. Algo que probablemente aprendió en una clase sobre estudios de género a finales de los años noventa del siglo pasado y que hoy tiene ecos deplorables y suena poco natural.

–*El veterinario* –respondo, subrayando el género– no pudo decir mucho sobre nada. Extraje algunas células para hacer unas pruebas y los resultados no han sido concluyentes. Ahora quieren anestésicar a Lily, anestesia total, para sacar una muestra más grande.

–¿Y tú qué piensas?

Cuando no quiero contestar una pregunta, me limito a contestar otra pregunta que no me han formulado. Y en este momento me doy cuenta de que lo hago muchas veces.

–Me veo dejándola sola a ratos, no por mucho tiempo. No quiero apartarme de ella, pero estar con Lily también significa estar con él. –Hago una pausa y Jenny asiente con la cabeza–. Además, el pulpo llegó un día en que yo no estaba, y una parte de mí piensa que, para que él se vaya, tengo que irme yo primero.

–Es posible que no se vaya.

Mi respuesta es una mirada fulminante.

–Es posible que el pulpo no se vaya, y lo que estás haciendo es distanciarte emocionalmente de Lily.

Se me revuelve el estómago.

–Eso es ofensivo. Me estás ofendiendo.

–No es mi intención. Se trata de una reacción natural al sufrimiento.

–¿¿¿Sufrimiento??? –Lo digo con tres signos de interrogación, pues la palabra me pilla por sorpresa–. ¿De qué estás hablando? No estoy sufriendo.

Jenny enarca una ceja como diciendo: *¿En serio?*

–¿Sufriendo por qué? Estoy totalmente concentrado en obligar al pulpo a marcharse.

–¿Y por qué no puedes hacer las dos cosas? –pregunta.

Mira quién habla.

–¿Por qué no puedes concentrarte en eso –continúa Jenny– y prepararte para la posibilidad de que no se vaya?

–Se irá.

–Eso dejaré que lo digáis tú y el médico, pero Lily ya es vieja y tú mismo has dicho que fue la última de la manada y que ya ha tenido varios problemas

de salud. A menos que en un futuro cercano te ocurra algo catastrófico, lo más probable es que Lily muera antes que tú, y, en el contexto más amplio de la vida, relativamente pronto. Si no se la lleva el pulpo, algo acabará haciéndolo. Un rinoceronte, una jirafa.

–¿Un rinoceronte o una jira...? ¿Cómo va a tener un perro una jirafa?

A esta Nueva Jenny se le ha ido completamente la olla.

–Es natural que cuando nuestros seres queridos envejecen, empecemos a sufrir por ellos. Incluso antes de perderlos.

Filtro sus palabras por los labios de mi terapeuta imaginario, con el que cuento para oír los consejos de Jenny, auténticas meteduras de pata, y transformarlos en algo menos chapucero. Esta vez no dice nada; me temo que mi otro terapeuta piensa que Jenny no va mal encaminada.

–De todos modos, ¿qué es el *sufrimiento*? ¿Qué significa? –pregunta el Edward tozudo.

–La gente lo describe de distintas maneras. Yo diría que es un trastorno temporal. Para Freud era algo parecido a un alejamiento de la actitud normal hacia la vida.

La miro directamente a los ojos para que pueda ver cuánto me irritan sus comentarios.

–En primer lugar, mis preguntas eran retóricas. Sé qué es el sufrimiento. Segundo, gracias por llamarme trastornado.

Jenny sonrío como si quisiera suavizar su insulto.

–El sufrimiento es un estado patológico. Lo que pasa es que somos tantos los que sufrimos que nunca pensamos en tratarlo como lo que es. Simplemente esperamos que la gente lo pase, que lo soporte y que salga de ese estado.

El sol entra por la ventana y cae justo detrás de los pies de Jenny formando un charco de luz. Se quita los zapatos y estira los dedos para que los toque el sol. Me recuerda a Lily, que hace cualquier cosa, como si fuera un gato, con tal de encontrar el rinconcito soleado donde dormitar a gusto. No es raro que la encuentre estirada y solo con las patas traseras en la cama, el resto del cuerpo en el linóleo bañado por el sol.

Pienso en el Valium y el Vicodin que a veces han sido mi luz, en el deseo de que me envuelvan con sus cálidos rayos.

–Muy bien, sí. Estoy sufriendo. ¿Por qué no me extiende una receta?

Por desgracia, Jenny sabe que le tengo miedo a la adicción (hemos tratado

ese tema a fondo) y no pica.

–Ya veremos.

Es posible que yo también esté padeciendo cierta discapacidad debida a la presencia del pulpo, pérdida de la razón. Últimamente, mis pensamientos se parecen más a los de un crío que a los de un adulto pensante; ese pensamiento mágico, por ejemplo: primero tengo que irme yo para que el pulpo se marche; el deseo de parecer amenazador, más grande de lo que soy; de tener un huracán dentro de mí; la necesidad de expresar todo con pataletas.

–¿En qué piensas cuando piensas en padecer la muerte de un ser querido? – pregunta Jenny, y me trae de vuelta a la realidad.

Le contesto sin pensarlo de verdad.

–Supongo que en «Blues del funeral», de Auden. Sí, creo que es de Auden. Sospecho que no soy muy original.

–No lo conozco.

–Es un poema.

–Lo imaginaba.

–Solo quería aclarártelo. No es un disco de blues.

Jenny hace caso omiso de mi afrenta a su inteligencia.

–¿Y tiene que ser original tu respuesta? ¿No está para eso la poesía? ¿Para que el poeta exprese algo tan personal que en última instancia acaba siendo universal?

Me encojo de hombros. ¿Quién es Jenny, incluso la Nueva Jenny, para decir para qué sirve la poesía? Y, ya puestos, ¿quién soy yo?

–¿Por qué piensas en ese poema en particular?

–«*Detened todos los relojes, desconectad el teléfono; dadle un hueso sabroso al perro para que no ladre; acallad los pianos y, con tambor amortiguado, sacad el ataúd. Que vengan los dolientes.*»

Aprendí ese poema en la facultad y se me quedó grabado. Jenny saborea esos versos como si estuviera catando un vino antes de decir:

–No está mal.

Y en ese momento regresa la Vieja Jenny. En ese momento empieza a desbarrar y se convierte en una pesadilla de terapeuta. No está mal. Un comentario que no encaja en absoluto en la situación ni merece que lo considere en el contexto de nuestra conversación, más que nada por un motivo palmario: *Dadle un hueso sabroso al perro para que no ladre.*

Siento que va a darme otro ataque de mal genio.

–¡Está muy mal si el que se ha muerto es tu *perro!*

DOMINGO

El pavo congelado aterriza estrepitosamente en el fregadero y sobresalta a Lily, que dormía. «¡No hagas tanto ruido! Caraaay.» Lily detesta que la despierten cuando se echa su rica siesta.

A decir verdad, yo no tenía intención alguna de comprar un pavo, ni congelado ni de ninguna otra manera, pero no es fácil encontrar pavo fresco en junio y estaba desesperado por demostrar que no estoy sufriendo. ¿Y qué mejor manera que una celebración para demostrar que no atravieso un estado patológico, en particular si uno quiere celebrar todo aquello por lo que tiene que estar agradecido? Por eso, nada mejor que un pavo para acompañar un agradecimiento. Relleno. Y bañado con juguito de carne asada. Y puré de patatas. Y calabaza. Hasta que no llegó el momento de pagar y el cajero me miró con cara de ser yo un bicho raro, no me di cuenta de que preparar una auténtica cena de Acción de Gracias en junio era, de hecho, una forma especial de trastorno.

–¿Es eso tovo? –pregunta Lily, que se ha levantado de la cama para venir a sentarse junto a mis pies, debajo del fregadero.

–Sí, vamos a comer tovo. –Hace un tiempo ya, coquetteé con el vegetarianismo, y tuvo que pasar un año o más hasta que volví a preparar un pavo de Acción de Gracias. Cuando Lily pedía pavo, le decía que no teníamos, pero que teníamos tovo, es decir, tofu; cuando se lo daba, se lo zampaba igual. La salsa no era completamente vegetariana, y en gran parte ella pensaba lo mismo que yo: cuece lo que sea con bastante relleno, patatas, mantequilla y seguro que está de rechupete. Desde entonces ha llamado tovo al pavo, y cuando lo dice es tan increíblemente graciosa que nunca he tenido valor para corregirla.

–Esta noche vamos a dar un banquete.

¡OH! ¡CHICO! ¡TOVO! ¡ES! ¡MI! ¡PLATO! ¡PREFERIDO! ¡ME! ¡PODRÍA! ¡COMER! ¡TODOS! ¡LOS! ¡TOVOS! ¡DEL! ¡MUNDO!

Ya está totalmente despierta. Me pone una pata en el pie.

–Ojalá supiera descongelar a este cabrón.

El pavo ocupa casi todo el fregadero.

Lily mira de refilón el microondas y yo trato de meter al jodido bicho antes de caer en la cuenta de que no hay manera de que un pavo de ocho kilos entre en un microondas estándar.

¡O! ¡PODEMOS! ¡COMERLO! ¡CONGELADO! ¡COMO! ¡EL! ¡HELADO!

–Congelado el tovo no es tan bueno como el helado.

Miro a Lily, y ella levanta la vista para mirarme. Está ansiosa, me quiere ver fuera de este atasco.

–¡Agua caliente en la bañera! –Lily empieza a batirse en retirada–. Para el tovo, no para ti –le digo, y no tarda nada en volver.

¡SÍ! ¡HAZLO!

Tapo el desagüe debajo del pavo y lleno la bañera de agua caliente. Sé que tengo un ejemplar de *Cook's Illustrated* con un artículo titulado «Atrévase con un pavo grande», y lo encuentro entre una pila de libros de cocina que nunca he leído. No sé por qué no lo tiré a la basura, pero el título fue el causante de más de un ataque de risa de adolescente. Atrévase con uno... grande, jeje.

Lily y yo ponemos la mesa mientras el pavo se descongela. Cuando era pequeño, me encantaba cómo mi madre ponía la mesa los días de fiesta. Tenía manteles especiales para el Día de Acción de Gracias y para Navidad, y vajilla de porcelana blanca con borde dorado que aparecía mágicamente en noviembre. El homosexual en ciernes que llevaba dentro se demoraba mirando esos platos, les daba la vuelta y absorbía palabras como *Wedgwood* y *Bone China*¹ e *Inglaterra*. Un año, mi madre incluso puso unos pequeños boles de cristal para enjuagarnos los dedos, cada uno en su platito, y Meredith y yo nos mojábamos los dedos en ellos después de comer y antes del postre. Todo me parecía tan elegante, que me preguntaba si no descenderíamos de la realeza por parte de mi madre. Yo trataba de incitarla con la mirada a que compartiera conmigo ese precioso secreto sobre nuestro linaje (¡podía confiar en mí, pues yo nunca revelaría a nadie ese secreto si resultaba que estábamos escondiéndonos de un zar o una reina malvados!), pero nunca lo hizo. Recuerdo que pensaba que así comería yo todas las noches de mi vida cuando fuese adulto. Por supuesto, y aunque heredé el juego de porcelana de mi tía cuando murió, rara vez uso esa vajilla.

En nuestra comida de Acción de Gracias, Lily suele sentarse al lado de mi silla, en la cabecera de la mesa, lamiéndose el morro de ganas. Solo cuando los humanos ya se han atiborrado de comida, repitiendo una vez y a veces

dos, se le permite a ella disfrutar de su festín, servido en el plato de la cena en el suelo de la cocina. Yo siempre me acuclillo a su lado y le sujeto las orejas para que no caigan en el plato, como un novio de la facultad le sujetaría el pelo a esa chica de la residencia femenina que no para de vomitar. Es la parte de las vacaciones que más me gusta, por no decir del año entero. Se parece casi a absorber esa alegría pura que irradia Lily. Esta vez recojo el plato del suelo y le hago un lugar en la mesa. Los cubiertos de plata y la servilleta de tela quedarán intactos, pero confieren simetría a la mesa.

–¿Te acuerdas del primer Día de Acción de Gracias que pasamos juntos? – le pregunto.

–¿Comimos tovo? –pregunta Lily.

–Sí, y tú te diste un atracón.

Ese año, después de la cena, mientras los otros fregaban los platos y cuando en la carcasa ya casi no quedaba carne, guardé las sobras del pavo en una bolsa doble, la metí con el resto de la basura en el cubo que tengo junto a la puerta trasera y puse la mesa para el postre. Esa noche, un poco más tarde, encontré las bolsas agujereadas por los dientes de Lily, y la carcasa limpiata. Solo tuve que seguir un corto tramo de huellas grasientas para encontrar a Lily debajo de la mesa de la cocina, hecha una foca... Casi dos veces su tamaño normal. Cuando levantó la vista y me miró, seguía lamiéndose el morro pringado.

¡CASTÍGAME! ¡SÍ! ¡TIENES! ¡QUE! ¡HACERLO! ¡PERO! ¡HA! ¡VALIDO! ¡LA! ¡PENNA!

Cuando termino de contarle esta historia, Lily ríe y dice:

–Fue mi mejor cena de Acción de Gracias.

–Pero no tu mejor día después...

Lily se detiene a pensarlo y suelta un desinflado: «Ah, sí.» Desde entonces hiervo la carcasa para hacer sopa.

«Atrévase con un pavo grande» sugiere que se cocine con el pecho hacia abajo durante una hora a doscientos veinte grados para dorar la piel y conservar los jugos antes de bajar la temperatura del horno a ciento sesenta y girar el pavo hasta que el termómetro para carnes indique que está a unos setenta y cinco grados. En total, el tiempo de cocción oscilaría entre cuatro y cinco horas.

El horno irradia mucho calor este día de verano, ya bastante sofocante, y entre salsa y salsa echamos un sueñecito para huir de él. No tenemos muchas otras actividades de Acción de Gracias, así que pongo el DVD de *A casa por*

vacaciones, con Holly Hunter. A mitad de la película tengo que empezar a pelar las verduras. Dejo el DVD puesto para Lily mientras me dispongo a seguir preparando la comida.

Trent llega a eso de las cinco.

–Vaya, qué bien huele. ¿Has hecho pan de calabaza?

–No –contesto, algo mosqueado. Ya tengo bastante con el pavo, el relleno, las patatas, el puré de calabaza, la salsa y los guisantes. ¿De dónde voy a sacar tiempo para el pan de calabaza?

–Sin pan de calabaza no puede hablarse de un verdadero Día de Acción de Gracias –dice Trent, con un mohín.

–Para empezar, hoy no es el Día de Acción de Gracias.

Mi amigo destapa la olla del puré y mete un dedo. Prueba un bocado con el índice y me dice que le falta mantequilla.

–¿Qué más les has echado? Noto un sabor...

–¿A las patatas?

Contesta que sí con la cabeza.

–Nuez moscada. –Es mi ingrediente secreto.

Trent va a la nevera y saca una cerveza.

–¿Puedo ver al pulpo?

–Lily está en la sala. Pero... oye –cojo a Trent por el codo–, no me lo vuelvas a mencionar esta noche.

Sigo a Trent porque es mi mejor amigo y sé que su reacción me revelará todo lo que necesito saber. Se ahorrará las sandeces e irá directo al grano. Lily está dormida, con el lado del pulpo hacia arriba, postura que nos ofrece una buena vista.

–Oh, dios. –Su reacción confirma lo que yo ya sabía, es decir, que esto es muy jodido y no hay que perder ni un segundo–. ¿Ya has decidido lo que vas a hacer?

–He decidido no hablar del tema el Día de Acción de Gracias.

Cuando llega la hora de sentarse a la mesa, saco tres sombreros que he comprado en una tienda donde venden trajes de películas antiguas. Dos sombreros altos de peregrino para Trent y para mí, ambos con una bonita hebilla, y una cofia de peregrina con barboquejo para Lily. (No sé de qué película pueden ser.) Trent se niega a ponerse el sombrero, pero, sin darle tiempo para negociar nada, le digo:

–Póntelo.

Cuando le pongo la cofia a Lily, el pulpo, que ha estado observando con suspicacia las actividades del día, dice:

–Pero ¿qué haces? Me gustaría probar un poco de pavo. O de *tovo*. –Y pone en blanco el único ojo que puedo verle.

–Lo siento, pero no estás invitado.

Cuando termino de ponerle la cofia a Lily, el pulpo queda completamente tapado. Por una vez, mi perra no protesta; no le gusta que le pongan cosas. La levanto y la siento en un cojín que le permite tener el morro a la altura de la mesa.

–Empecemos diciendo por qué estamos agradecidos mientras yo trincho el pavo.

¡*TOVO!* Lily me corrige, incorrectamente.

El pavo tiene una pinta tan fantástica que no dan ganas de trincharlo. Dorado, crujiente, jugoso, una delicia; el que escribió el artículo para *Cook's Illustrated* sabía de lo que hablaba. Pero en cuanto hago el primer corte para separar un muslo, el aroma que inunda la cocina me da tales retortijones de hambre que tomo conciencia de que no he comido nada en todo el día. Tengo que reprimirme para no trincharlo a dentelladas ahí mismo.

Trent ataca. A pesar de que no hay pan de calabaza y del sombrero que le he obligado a ponerse, está empapándose del espíritu de esta celebración.

–Doy las gracias por Matt y por Weezie –empieza, nombrando a su novio y a su bulldog–. Doy las gracias por los buenos amigos que tengo, por supuesto –añade, y alza la copa para brindar con Lily y conmigo–. Y por la buena comida, por los éxitos y por estar juntos. Y por los Dallas Cowboys.

De repente caigo en la cuenta de que en este banquete improvisado falta el ruido del fútbol y los desfiles.

–¿Y tú, Lily?

¡*DOY!* ¡*LAS!* ¡*GRACIAS!* ¡*POR!* ¡*EL!* ¡*TOVO!*

–¿Y por qué más? –pregunto.

¡*ESO!* ¡*ES!* ¡*TODO!* ¡*TOVO!* ¡*PARA!* ¡*MÍ!*

Y se lame los morros.

–Muy bien, ahora me toca a mí. –Pongo unas lonchas de pavo en el plato de Lily y un poco más en el plato de Trent y en el mío–. Yo también doy las gracias por los amigos y por el tovo. Y por los emparedados de sobras de tovo y por la aventura de celebrar Acción de Gracias en junio. Doy las

gracias por mi familia. Meredith, mi hermana, llamó para decir que voy a volver a ser tío, y me encanta ser tío.

—¡Enhorabuena! —exclama Trent, y le señalo con un dedo que no he terminado.

—Pero por encima de todo doy las gracias por Lily, que, desde que entró en mi vida, me ha enseñado todo lo que sé sobre la paciencia y la bondad, y sobre cómo hacer frente a la adversidad con calma, dignidad y elegancia. Nadie me hace reír más que ella, ni desear abrazarlo con más fuerza. Sinceramente, has estado a la altura de la promesa de ser el mejor amigo del hombre.

Trent me tira el tenedor porque no le gusta la idea de no ser él mi único mejor amigo, pero yo se lo devuelvo y le pido que piense en términos más amplios. Lily me mira algo enfadada; el color de su piel se ve hoy más bonito todavía por el contraste con la cofia blanca. Todos esos elogios hacen que tardemos en comer.

Termino de llenar los platos (y el bol, en el caso de Lily) y vierto la salsa encima de cada ración. Entre Trent y Lily, es difícil decir quién se zampa el pavo con más ferocidad. Yo el mío ni lo toco; en lugar de comer, me dedico a ver a Lily disfrutar de cada bocado, las muecas raras que hace mientras arrastra el barboquejo por la salsa y luego, cuando en su bol ya no queda nada, intenta lamerlo desesperadamente.

Caray, Jenny.

Estoy sufriendo. Eso ahora lo tengo claro. Constato un innegable alejamiento de las actitudes normales hacia la vida. Por ejemplo: un pavo de ocho kilos es una comida aceptable para tres; el bol en que come un perro puede estar encima de la mesa; los sombreros de peregrino son accesorios adecuados en pleno junio. Un pulpo puede llevarse a mi perra.

Puede que no haya noviembre.

LUNES

El día después de nuestra comida de Acción de Gracias improvisada, a media tarde se me ocurre pensar que hoy no es Viernes Negro. Ni siquiera es viernes –es lunes–, pero ya estoy en The Grove paseando por las aceras del centro comercial al aire libre. Ando sin rumbo en busca de alguna rebaja interesante. Paso por delante de varias tiendas que suelen interesarme, pero tengo la cabeza en otra parte. A cada recuerdo agradable le acompaña el recuerdo de una equivocación. En una memoria paralela. Un recuerdo más negro. El recuerdo de Lily cuando era cachorra y llevó todos mis zapatos a lo alto de la escalera evoca el aterrador incidente del día en que se cayó por esa misma escalera porque yo no tuve la precaución de instalar una barrera de seguridad. La sensación de triunfo, tras exprimirle la vejiga durante el posoperatorio, dispara otro *flashback*, la frustración que sentí una vez al ver que no hacía pipí y tiré de la correa con tanta fuerza que soltó un grito de dolor. Los recuerdos de nuestras conversaciones más largas van de la mano con nuestros más prolongados silencios, cuando estábamos enfadados o cuando no lo estábamos, cuando quizá únicamente suponíamos que el otro estaba enfadado y nunca nos tomábamos la molestia de preguntar si era así.

Si recuerdo todas las cosas buenas, ¿no es mi responsabilidad recordar también las malas? Si recuerdo toda la alegría del Día de Acción de Gracias, ¿no debería también recordar la vez en que la obligué a tragar por la fuerza agua oxigenada? Si puedo sentir cómo le late el corazón cuando por la noche duerme acurrucada a mi lado, ¿no debería oír también cómo reaccionó, a punto de atragantarse, cuando el agua oxigenada se le fue por el conducto equivocado?

Los sujetalibros de esos recuerdos se unen para formar un torno. Tengo la cabeza metida entre las mandíbulas móviles, que también hacen las veces de caracolas gigantescas, esas que traen el ruido blanco del océano, y el que mueve la manivela hace que todo se vuelva más agobiante, más ruidoso y más insoportable hasta que no tengo más remedio que hacer un esfuerzo para recordar por qué estoy aquí. Comprar algo en las rebajas, sí, pero ¿qué? ¿Qué he venido a comprar? Intento en vano orientarme en un lugar que no es ni

muy grande ni muy abrumador, y tampoco absolutamente desconocido. Pasa un tranvía repleto de turistas; el sonido metálico es ensordecedor, un ruido amortiguado y agudo a la vez. Pienso en el banco de la sala de espera del veterinario; ¿esta es la terminal del tranvía? La gente sale de las tiendas como si viniera directamente hacia mí. Un hombre pasea a sus dos salchichas, atados; se abren camino entre la multitud con la precisión de un rayo láser.

Justo cuando pasan a mi lado, me dan arcadas.

Veo todo borroso, y lo único que registra mi cerebro es que tengo que salir de ahí. Aparqué el coche en la sexta planta de un garaje y de repente me siento incapaz de conducir. Hacerlo requeriría una serie de difíciles giros a la derecha por una rampa central que da vértigo y que sería el final de todo resto de equilibrio que me quedase; por no hablar de llevar el coche hasta casa. Tambaleándome, paso por delante de dos restaurantes; se ven tan desangelados que, incluso en días mejores que este, me pregunto quién comerá ahí. Sé que esos restaurantes indican la salida del centro comercial, el camino al parking, pero no me atrevo a internarme por el sendero estrecho que los separa. Me vienen a la cabeza imágenes de ese hombre que saltó de la azotea de este mismo aparcamiento hace unos meses y aterrizó al pie de las escaleras mecánicas. ¡Paf! No es que piense en el hombre, exactamente; no sé nada de él. Salvo lo que contaron en las noticias. Pienso en la muerte.

En huesos que crujen.

En un final.

En una estrangulación.

Estrangular al pulpo.

Avanzo a tropezones aun sabiendo que eso me obliga a dar otra vuelta por el extremo este del centro comercial. Con el rabillo del ojo veo un letrero que anuncia que la tienda de J. Crew para hombres «abrirá sus puertas próximamente». Me digo que me gustará conocerla si consigo salir vivo de aquí. Y si alguna vez tengo valor para volver.

De pronto aparece una mesa cerca de la zona cubierta de hierba, donde cada noviembre montan un árbol de Navidad que parece un rascacielos, el que hoy estaría aquí si de verdad fuera Viernes Negro. Me dejo caer en una silla y bajo la cabeza. La mesa está toda pegajosa, pero no me importa. Ni siquiera sé de quién es esta mesa. Quizá haya que comprar un helado Häagen-Dazs o un bretzel de Wetzels para poder sentarse aquí. Y puede que lo haga, pero de momento solo necesito que se me pase el mareo. Necesito

pensamientos que no me agobien. Necesito buenas sensaciones que no traigan malas; necesito que calle el rugido ensordecedor de las caracolas.

Que no me abrumen las dudas acerca de mí mismo.

Sigo sintiendo mazazos en la cabeza, y este aire..., tengo la impresión de estar intentando respirar natillas. La camisa se me ha empapado de sudor; se me pega a la espalda como si fuese papel film. Pienso en pastillas, en caramelos pequeños rellenos de placer y alivio. No recuerdo si me quedan algunas en casa. Maldita seas, Jenny... No quiso extenderme una receta. Intento imaginar la ráfaga de sosiego de un Valium. El subidón de aturdimiento cuando los mensajes del cerebro se transmiten con más lentitud. Ese abrazo cálido. A lo mejor puedo inducirme yo mismo una mayor placidez simplemente pensando, recordando las pastillas.

Aterrizo junto a mis pies algo que parece una bola de pelusilla. Luego, otra. Me pregunto si estará nevando. No realmente nevando; en Los Ángeles no nieva nunca, salvo por navidades en The Grove, cuando tiran nieve falsa de la azotea del cine con esas máquinas que parecen cañones. ¿Habrán llegado hasta aquí, llevados por una suave brisa, dos copos que han estado flotando durante seis meses y solo ahora tocan el suelo? No. Una madre corre detrás de un crío que sopla pelusa de diente de león. Tendría que haberme dado cuenta. Nada flota por sí solo en el limbo, y menos durante seis meses.

Por debajo de una axila vuelvo a ver pasar a los dos perritos salchichas. Solo les veo los piececillos, las patas cortas, ocho en total, como los tentáculos del pulpo, pero se mueven a tal velocidad que parecen más, parecen milípedos con millones de patas que han salido a dar un paseo por la tarde. Ver lo hábiles que son para maniobrar y sortear obstáculos enormes y moverse entre ruidos estridentes poco a poco me procura cierta calma; junto con el pensar en las pastillas, todo hay que decirlo.

Lily nunca soportaría venir a The Grove. Ya no. Está vieja. No tendría recursos para navegar entre este gentío. Sentiría temor, bajaría la cabeza hasta que yo encontrase un lugar seguro para sentarnos. Se sentiría como yo me siento en este momento; desamparado, mareado, asustado.

Cuando Lily empezó a envejecer y sus reacciones fueron volviéndose más lentas y empezó a perder la vista, el predecesor de Doogie me advirtió que podría desarrollar algo que él llamó Síndrome del Mundo Cerrado. Le dije que nunca había oído hablar de ese síndrome, solo del Síndrome del Nuevo Mundo (la introducción de un estilo de vida moderno y sedentario en los

pueblos indígenas, junto con la obesidad, la diabetes y problemas cardiacos; bienvenidos, nativos americanos). No sé si el Síndrome del Mundo Cerrado es un síndrome oficial o algo que se inventó ese veterinario, ni quién es el encargado de declarar oficial tal o cual síndrome. Pero, en efecto, Lily empezó rápidamente a sentirse cómoda solo en círculos concéntricos cada vez más pequeños, con la casa en el centro, y da la casualidad de que a mí me pasó lo mismo. O es posible que el envejecimiento de Lily coincidiera con el final de mi relación con Jeffrey y el estancamiento de mi carrera de escritor. «¿Cómo está Jeffrey?» «¿Estás escribiendo?» «¿Avanzas?» Eran preguntas que me habían irritado profundamente. No porque carecieran de legitimidad, sino porque yo no tenía respuesta. ¿Cómo estaba Jeffrey? *No podemos pasar dos días sin pelearnos.* ¿Y la escritura? *Hace meses que no escribo nada.* Me resultó más sencillo evitar a la gente que tener que explicar que tenía problemas. Mi Síndrome del Mundo Cerrado mejoró un poco, en parte por necesidad, cuando volví a quedarme soltero. El de Lily no mejoró nunca.

Desde que llegó el pulpo, me veo hilando un capullo familiar. Es imposible hablar de lo que no me animo a decir. Si tuviera que reunirme con amigos en un bar bullicioso o en un restaurante lleno hasta los topes y alguien preguntase: «¿Cómo está Lily?»..., ¿yo qué diablos diría?

–Bueno, tiene un pulpo en la cabeza.

–¿Y un avestruz en la cama?

Cualquier conversación se desarrollaría a partir de ahí.

Levanto poco a poco la cabeza y miro a mi alrededor. Un modelo delante de Abercrombie & Fitch. Con el torso desnudo. En Nordstrom parece que van a reformar la fachada. En Crate & Barrel están poniendo sombrillas en el patio, de telas coloridas y de rayas. Alguien que puede ser o no ser Mark Ruffalo está en la cola delante de Kiehl's. Los mazazos en la cabeza empiezan a remitir. Lentamente me baja la temperatura corporal y el corazón vuelve a latirme con normalidad.

Ojalá pudiera ver desde el móvil si el pulpo se ha ido. Tener en todas las habitaciones de la casa alguna aplicación conectada a una serie de esas cámaras para vigilar a las niñeras. Algo que me permitiera observar a Lily cuando duerme en su camita, con la cabeza libre del fastidio de esa alimaña, sumida en el más profundo y dulce de los sueños. O quizá me alegre que no exista nada así. Es posible que solo fuera un chisme más que me obligara a mirar obsesivamente el móvil alejándome del presente, alejándome de la

vida. Puede que lo usara como permiso para apartarme de Lily con una fórmula de pensamiento mágico personal que me dice que ese será el momento en que el pulpo se irá, aunque en el fondo sé que eso va a costar mucho más que un viaje al centro comercial.

Cuando llego a casa, sigue ahí. Se me cae el alma a los pies a pesar de que mi cerebro le dice que no lo haga. Le pongo a Lily el arnés y la correa y salimos a dar un paseo. El viejo paseo de siempre, por la calle más tranquila que sube por la colina. El que acostumbábamos a dar todos los días antes de que nuestros respectivos síndromes nos convirtiesen en ermitaños y nuestras excursiones se limitaran a la ruta más corta, la que nos trae rápidamente de vuelta a casa.

Al cabo de dos calles, cuando giramos en la esquina y empezamos a subir por la colina desde la que se ve, a lo lejos, el letrero de Hollywood, Lily huele algo en la hierba, entre la acera y la calzada. La dejo que olisque. No tiraré de la correa. Puede tomarse todo el tiempo del mundo. Y me perdonaré todos los errores que he cometido. Las veces que me cabreé tanto. Las veces en que me comporté de un modo lisa y llanamente odioso.

El aire de la tarde es fresco, la bruma no molesta. Los últimos pétalos de los jacarandás colorean la acera. Las calles están desiertas. Nadie nos mira de refilón ni de manera rara. Nadie se detiene a preguntar por qué un pulpo ha salido a pasear encima de la cabeza de mi perra. A la distancia, las montañas y las colinas marcan el borde de la cuenca de Los Ángeles. Hay un ligerísimo toque salado en el aire; hay que tener verdaderas ganas de olerlo, pero está ahí.

–¡Oh, mira! ¡El letrero de Hollywood!

Es el pulpo. Lily ha terminado de olisquear y se vuelve para mirarme.

Pongo los ojos en blanco.

–Es más pequeño de lo que imaginaba.

–Tú eres más pequeño de lo que yo imaginaba.

Como réplica no es gran cosa, y tampoco estoy muy seguro de lo que he querido decir, pero no se me ocurre otra cosa. Más pequeño en el sentido de insignificante, supongo.

Durante una milésima de segundo, pienso que tal vez el pulpo solo quiere hacer un poco de turismo. El letrero de Hollywood. El Teatro Chino de Grauman. La playa de Venice. El edificio en que se rodó *La jungla de cristal*. Puede que crea que Lily es un minibús turístico de dos pisos y cuatro patas y

se haya sentado en el piso de arriba esperando la siguiente oportunidad para sacar una foto.

Pero sé que no es verdad.

Con todo, mientras contemplo la vista, pienso que es importante que sigamos saliendo más. No para que el pulpo pueda irse, sino porque es posible que haya venido para quedarse.

MIÉRCOLES POR LA NOCHE

Cuando me despierto, la cama tiembla y, claro, lo primero que se me ocurre pensar es que ya tenemos aquí un terremoto. Hace años que no se produce uno memorable y, en lo más hondo de mi mente, he estado preparándome.

Expectante.

Esperando.

Me incorporo en la cama apoyándome en los codos y miro la oscuridad. Algo ha cambiado; algo no anda bien. No siento el rumor habitual de las olas tectónicas. No se me hunde el estómago como ocurre cuando se llega a lo más alto de una montaña rusa, en las fracciones de segundo que preceden a la primera caída en picado. No siento la calma que suele invadirme cuando la tierra tiembla, la antítesis de lo que se pensaría que provoca un terremoto: capacidad para pensar dónde están las pilas de la linterna; contar los litros de agua embotellada que tenemos en casa; recordar cómo funciona un transistor y preguntarse si ponerse algo pasablemente digno para el momento en que encuentren el cadáver.

Pongo una mano encima de Lily y en ese momento comprendo la fuente de esta actividad sísmica: está siendo víctima de otro ataque. Me pongo de lado y la atraigo con fuerza hacia mi pecho. Tengo los labios justo detrás de su oído y susurro, enfadado:

–Suéltala. Suéltala. ¡Suelta ya! –Y luego, a Lily–: Estás conmigo. Estoy aquí. Tranquila.

Con los pensamientos a la deriva, nos veo, a Lily y a mí, en una tienda de un hospital de campaña, no muy lejos del campo de batalla. El aire está caliente y espeso, y Lily, el veterano herido, tiembla en medio de una nube de morfina, acosada por discordantes imágenes retrospectivas de espantosas acciones bélicas. Yo soy la atenta enfermera que intenta calmar al soldado diciéndole que no haga caso de las explosiones lejanas, que ignore la fetidez de la carne chamuscada y las vidas destrozadas, que no piense en los graznidos de esas malvadas urracas que con su canto anuncian,

regodeándose, una muerte inminente..., y todo ello mientras le enjugo la frente.

Las convulsiones no cesan; tiene los ojos en blanco y mi terror se metastatiza en impotencia, en parálisis, mientras espero que terminen los espasmos. Le pongo la mano debajo de la barbilla para evitar que sacuda el cuello. Pienso que a lo mejor me muerde, sin querer, o por miedo, pero no me importa. Que me muerda. Sería un dolor bien recibido. Ojalá algo me saque de esta inutilidad total. Rompo a llorar cuando empiezo a sentir que el pulpo está cebándose en mi cabeza, con los ocho tentáculos pegados a mi piel como ventosas, apretando como el torno de mis ataques de pánico. Estoy a punto de apartar la mano de la mandíbula de Lily para ver si el pulpo no ha saltado, de hecho, de su cabeza a la mía. Casi. Porque sé que no lo ha hecho. Todavía puedo verlo, con los tentáculos cerrados con fuerza alrededor de mi perra.

Cuando los temblores remiten, noto debajo de mí la sensación de algo caliente. Una humedad que se extiende como una gota de colorante alimentario al disolverse en el agua. Se enfría rápido. Lily ha mojado la cama y la orina empapa las sábanas. No hago nada para salir del charco hasta que el ataque remite por completo, e incluso entonces nos quedamos echados allí, decididos a no movernos, mientras el despertador sigue marcando los minutos.

Pienso en todas las noches en las que Lily no hizo pipí durante el último paseo del día. En lo mucho que eso me estresaba. Lo difícil que me resultaba quedarme dormido esas noches, quedarme dormido y dormir, las dos cosas, frustrado y pensando que a lo mejor tendría que sacarla al patio en la oscuridad antes de que amaneciera. Cuántas discusiones entre nosotros. Yo siempre pensaba que sabía más que ella en lo tocante a sus necesidades fisiológicas, pero hasta esta noche Lily no había mojado la cama ni una sola vez. Y ahora que lo ha hecho, lo único que hacemos es quedarnos quietos encima del «accidente» y el reloj sigue marcando los minutos y el amor que siento por ella no para de crecer y los dos seguimos respirando.

¿Por qué era tan horrible?

¿Por qué siempre me enfadaba tanto?

¿Por qué esa necesidad mía de tener razón? ¿De ganar todas las discusiones con ella? ¿Para ser más terco que un perro?

Y así, de repente, toda mi furia se desvanece. Se ha aliviado, como cuando

se vacía la vejiga, entre suaves sábanas de algodón mientras Lily y yo seguimos tumbados sobre el colchón mojado.

Lily intenta regular la respiración, pero de pronto empieza a jadear.

–¿Quieres agua? Puedo darte de la mía –digo, señalando el vaso que siempre tengo en la mesita de noche.

Lily me dice que no con la cabeza.

–Lo siento –digo–. Te pido perdón por todas esas otras noches.

–¿Po-o-or qu-é-e-e? –pregunta, sin parar de jadear.

Y eso me hace llorar aún más. Todas esas noches..., y ella ni se enteraba de que yo me iba a la cama enfadado. O, si lo sabía, lo ha olvidado. Porque los perros viven en el presente. Porque los perros no guardan rencor. Porque desahogan su rabia a diario, a cada hora, y nunca dejan que degeneren en resentimiento. Absuelven y perdonan a cada minuto. Cada esquina es una oportunidad para hacer borrón y cuenta nueva. Cada vez que la pelota rebota produce alegría, la promesa de seguir jugando.

Quiere saber por qué lo lamento. No quiero contarle nada acerca de esos enfados. No quiero empañar la imagen que tiene de mí. Ahora no. No con el pulpo escuchándonos.

Por eso, cuando contesto, miento.

–Porque tengo que darte un baño.

LISTA COMPLETA DE LOS APODOS DE LILY

Tonta

Peque

Lil

Mona

Conejita

Coneja de Pascua

Rata

Ratita

Pava

Pavatonta

Mangosta

Monstruo

Monstruo punto com

Cacahueta

Panocha

Pinocha

Guisantito

Mosquito

Cerebro de mosquito

Copperbottom

Loca

Nena

Chucha

Guppy

Vieja

Trasto

Chula

Quejica

Gruñona

Squeaky Fromme

Fiera

Boba
Honguito
Cara de Hongo
Hípster
Sexy
Slinky
Habita
Perra

SÁBADO

Hoy el sol ha salido con una fuerza sorprendente, señal de que la oscuridad de junio ha dejado libre la pista y julio se acerca. Estamos los dos cansados, y no habría costado nada volver a la cama después del paseo matutino; leer un libro, tal vez; quedarse dormido, despertar y volverse a dormir. Un homenaje a la pereza. Pero el sol me llama por señas enviando un mensaje abrasadoramente desafiante: existe la oscuridad, pero también la luz. Quedarse en cama significaría decantarse por la oscuridad, los ataques, el pulpo. Salir significa dar la bienvenida a la luz.

—¿Qué te parece si vamos a alguna parte? —sugiero mientras desayunamos: pienso para Lily y Kashi para mí, para variar.

Lily no dice nada hasta que termina de comer; antes, por supuesto, tiene que escanear el suelo de la cocina para asegurarse de que no se le ha escapado del bol ni una sola bolita.

—Yo estoy a gusto en casa.

—Eso ya lo sé, pero creo que deberíamos ir a dar una vuelta y ver el océano.

Lily se lo piensa, y yo me pregunto hasta qué punto se acuerda del océano. Si lo echa de menos. Antes íbamos muchísimo. Mi esperanza es que el pulpo lo eche de menos y al ver su lugar de origen decida volver al mar.

El sol de la mañana ha calentado el coche. Abro el techo corredizo. Lily dura apenas unos treinta segundos en el asiento del pasajero antes de ocupar su lugar de siempre, en mi regazo. Da tres vueltas y yo, en un stop, espero hasta que se pone cómoda, porque no es fácil conducir cuando un perro te pisa las partes sensibles que no debería pisar. Como de costumbre, se queda quieta con la barbilla en el hueco de mi codo izquierdo. Giramos por la calle que lleva hacia el oeste.

Llegamos a la carretera del Pacífico en un suspiro. ¿Dónde está la gente? Da la impresión de que la ciudad entera ha quedado tan atontada por la oscuridad y la bruma que ya ninguno de sus habitantes quiere madrugar. ¿Pérdida de identidad? La perderán ellos; Lily y yo ganamos. El sol sigue brillando cuando salimos de la 10 y atravesamos el túnel que, a la salida, nos permite tener un primer atisbo del Pacífico. Esto es algo difícil de explicar a

los visitantes, la diferencia del tiempo entre la mayor parte de Los Ángeles y el océano. La playa suele ser el último lugar de la ciudad para ver el sol. Pero no hoy. Hoy se refleja majestuosamente en el agua.

Oigo un poco de música en el móvil, cosa que parece molestar a Lily –me mira como alguien que tuviera una resaca antológica, como si los ensordecedores bajos la atravesaran entera–, así que bajo el volumen hasta que la música apenas se oye por encima del aire que ruge por encima del techo corredizo abierto. Pasamos junto a varios puntos de referencia conocidos: el restaurante en el que Jeffrey y yo tuvimos nuestra primera cita; Paradise Cove, donde comí con mi padre la última vez que vino a visitarme; Trancas Market, donde, hasta antes de cumplir los treinta, compraba agua embotellada y cositas para picar antes de enfilarse para una playa de Malibú. Veo una versión más joven de mí mismo en cada uno de esos lugares, y lo único que puedo hacer es saludarla con la mano; me pregunto si esos Teds más jóvenes pensarían en mí ahora, si me reconocerían, si se tomarían la molestia de devolverme el saludo.

Nos detenemos en El Matador, a unos quince kilómetros más o menos de Malibú, una playa que siempre me procuraba solaz y cierta lucidez. Cuando vine a vivir a Los Ángeles, algunos días llamaba a un par de amigos y cogía una toalla y protector solar y veníamos a esta playa; tenían que sacarme de ahí a rastras cuando caía el sol. En contra de mi voluntad. Ahora siempre parece que estoy demasiado ocupado para permitirme pasar días enteros sin hacer nada, como antes, pero es probable que solo sea una excusa. Porque, en serio, ¿qué hay que hacer?

A pesar de que es temprano, solo hay tres plazas libres en el pequeño aparcamiento, y ocupo una. Lo más seguro es que las demás ya las hayan ocupado los surfistas. Sus relojes internos están sincronizados con las mareas. El aparcamiento está a unos cincuenta metros de altura, en un acantilado que da a la playa, y esas vistas ya son de por sí espectaculares. Se ven sin esfuerzo las otras playitas, El Pescador y La Piedra. Me pregunto por qué El Matador se llamará así. Es posible que por las escarpadas formaciones de piedra que emergen del mar, que a mí más bien me parecen monstruos marinos, no toros. Monstruos como el pulpo. El Pulpo, como nombre, es probablemente menos atractivo.

Lily y yo bajamos del coche y andamos unos metros hasta el borde del acantilado. La cojo en brazos y oteamos juntos el horizonte.

–¿Qué? ¿Te acordabas de la playa?

–¿Esto es la playa? –pregunta.

–Sí, sí, mira. Ahí abajo.

Lily mira y dice:

–Sí, me acuerdo. –Luego, con cierta timidez–: ¿Vamos a bajar?

–Hoy no. No permiten perros en esta playa.

En efecto, hay un letrero que así lo dice, pero pienso en hacer caso omiso de la prohibición. ¿Alguien va a hacer algo? ¿Qué? ¿Llamar a un guarda? ¿A la policía? Pero Lily parece contenta, y hay una mesa de pícnic vacía, así que decido que es mejor no enfadar a nadie.

–Creo que podemos sentarnos aquí un rato.

Lily dice que sí. Nos sentamos, pues, a escuchar el océano, el embate de las olas, que, estando abajo, tan lejos, parece sonar aún más lejos. Las carcajadas amortiguadas de la gente que se ríe en el agua y los gritos distantes de las gaviotas en vuelo añaden capas a la sinfonía.

–Tenemos que tomar algunas decisiones, Mona.

Lily sopesa un momento mis palabras antes de preguntar:

–¿Por qué me llamas así?

–¿Por qué te llamo cómo?

–Mona.

–¿Por qué te llamo Mona?

–Y todos esos otros nombres.

–Son apelativos cariñosos.

–No lo entiendo.

Lily entrecierra los ojos y mira el sol.

–Los apelativos cariñosos son nombres o expresiones que usamos para llamar a alguien al que le tenemos mucho cariño.

El viento arrecia y nos quedamos callados unos instantes.

–Tienes muchos para mí –señala.

–Claro, porque te tengo mucho cariño. –Y después, casi como si se me acabara de pasar por la cabeza–: ¿Tú tienes apelativos cariñosos para mí?

Lily se lo piensa.

–En general, pienso en ti como Ese Chico.

Sus palabras podrían ofenderme, pero no lo permito. Es probable que los apelativos cariñosos sean un invento humano. No son, en absoluto, una

creación canina. Ellos tienen otras cosas –menear el rabo, por ejemplo–. Para Lily, yo soy Ese Chico, el chico.

Su chico.

Una manada de delfines rompe la superficie del mar y los contemplamos mientras asoman y vuelven a sumergirse en las olas que van formando a su paso. Una parte de mí desea no estar en lo alto del acantilado; una parte de mí desea poder nadar hasta los delfines y pedirles ayuda para que se lleven el pulpo de Lily empujándolo con sus naricitas y lo devuelvan a las profundidades del océano.

–¿Puede oírnos ahora el pulpo? –pregunto.

–No.

–¿Lo sabes?

–A veces. Se aburre mortalmente con nosotros y desconecta.

–Si se aburre tanto, que se largue.

Le rasco la nuca a Lily mientras intento tragarme mi disgusto. ¿Se aburre con nosotros? ¿En serio? Pero si él no es exactamente un virtuoso de las ocurrencias y las conversaciones chispeantes. ¿Quién demonios se ha creído que es?

Lily hace ese gesto típico de ella que consiste en levantar el morro, y me doy cuenta de que le gusta la friega que estoy dándole, así que continúo. Me siento más cómodo haciéndole mimos cuando sé que el pulpo no va a interferir.

–Tenemos que tomar algunas decisiones, Pava. Decisiones difíciles. Sobre cómo quitarnos de encima al... –En lugar de decir *el pulpo*, se lo señalo. No quiero despertar su curiosidad mencionándolo–. Y si quieres que te sea sincero, todas son una mierda.

Sigo acariciándole la espalda. No sé muy bien hasta qué punto Lily entiende lo que le digo. ¿Una mierda para el pulpo? ¿Para ella? Una mierda para nosotros. Pienso en lo que me dijo Doogie, también en lo que he leído investigando por mi cuenta, aunque mis investigaciones son limitadas; si uno busca en Google «pulpos en perros», la mayor parte de los resultados remiten a recetas para hacer un pulpo con un perrito caliente cortando en ocho las dos terceras partes de la salchicha para que parezcan tentáculos y dejando intacta la punta a modo de cabeza. Al parecer, los japoneses añaden esos pulpos comestibles en las fiambreras con el almuerzo de los niños, y eso me hace tener en menor estima a los japoneses.

–Se puede operar. Eso quiere decir que tratarán de extirparlo. Puede que sea la solución más obvia, pero los doctores no sabrán si pueden extirparlo entero hasta que te duerman y vean cómo está pegado a ti.

Lily parece confusa.

–Ya te operaron una vez, de la columna –le recuerdo.

Impresionada, Lily se aparta de mí y noto que ha empezado a temblar.

–No me gustan las operaciones.

–Creo que no le gustan a nadie.

Puede que solamente a los cirujanos.

–¿Y qué más?

Esa reacción me confirma lo que ya sé, pero en muchos aspectos operar sería lo más conveniente. La idea de clavarle un bisturí al pulpo y empezar a cortar me excita tanto que casi me dan ganas de hacerlo yo. Provocarle la muerte a cuchillazos limpios. Pero ni siquiera el cirujano más prestigioso y condecorado puede hacerlo sin clavar también el cuchillo en Lily. Ni ella ni yo podemos decidirnos por esa solución, aun cuando sea una opción que vale la pena probar.

–Quimioterapia y radiaciones.

–¿Y esas cosas qué hacen?

–Supongo que tratar de encoger al pulpo.

Visualmente, tiene su gracia. Como un dibujo animado. El pulpo encogiéndose ante nuestros ojos hasta que solo pueda hablar con una vocecita chillona y una especie de graznido diciendo algo así como: «Estoy derriiii...tiéeeen... dooo...meee.» Je je je, como la Malvada Bruja del Oeste.

–¿Y duelen como la cirugía?

Intento imaginar a Lily sometida a un tratamiento de quimio o radioterapia. Qué efecto tendrían en su ánimo ya abatido. Se quedaría sin voz, y ni siquiera consigo imaginármela capaz de exclamar: ¡ACABO! ¡DE! ¡VOLVER! ¡DE! ¡QUIMIO! ¡HA! ¡SIDO! ¡MUY! ¡DIVERTIDO! ¡PONGAMOS! ¡MANTEQUILLA! ¡DE! ¡CACAHUETE! ¡EN! ¡EL! ¡VELO! ¡DEL! ¡PALADAR! ¡Y! ¡VENGA! ¡A! ¡LAMER! ¡COMO! ¡LOCOS! ¡HASTA! ¡QUE! ¡NO! ¡QUEDE! ¡NADA!

En realidad, no consigo imaginármela exclamando nunca más nada.

–Ninguna de las dos es agradable –digo.

–La siguiente –dice en un tono displicente.

–Pueden administrarte esteroides para intentar reducir el tamaño del pulpo, esa protuberancia que te afecta al cerebro, y darte anticonvulsivos para

disminuir la frecuencia de los ataques. Pero claro, eso te perjudicará los riñones.

Lily ya hizo varios tratamientos con esteroides cuando volvió a inflamársele la médula. Antes, la idea de que tomara esteroides me parecía graciosa: llegar a casa y encontrar en la pared un agujero con forma de perro salchicha y la mitad de los coches de la manzana volcados como si hubiera pasado por ahí La Masa presa de un ataque de furia. Pero solo me parecía graciosa porque estaba muerto de miedo. Necesitaba pensar en los esteroides como algo sobrehumano, sobrecanino. No podían volver a operarla de la columna. Los esteroides tenían que ser potentes. Tenían que funcionar.

En señal de desaprobación, Lily carraspea sonoramente, resumiendo así los sentimientos que le provocan todas las opciones que le he mencionado.

No va a ayudarme a tomar esta decisión. Es un perro y tiene otras preocupaciones, y, en realidad, ¿qué puede entender de todo lo que le he dicho? También es posible que haya tomado su decisión, y lo que yo tengo que hacer es escuchar. Puede que sepa lo que dice el veterinario, lo que puede parecer a cualquiera que se detenga a pensar sobre ello. A saber, que no hay una cura verdadera para el pulpo canino. Ninguna que se haya descubierto hasta ahora.

Lily se pone de pie en mi regazo y levanta una de las patas delanteras hasta conseguir su mejor pose.

¡MIRA! ¡HAN! ¡VUELTO! ¡LOS! ¡DELFINES! ¡ESTÁN! ¡SALTANDO! ¡QUIERO! ¡SALTAR! ¡EN! ¡LAS! ¡OLAS! ¡COMO! ¡ELLOS!

Levanto la vista y compruebo que, en efecto, han vuelto y, sí, saltan y hacen piruetas y juegan en la marea que ya empieza a subir.

Aún más encantadora es la voz de Lily. La que no puedo soportar que se debilite o calle para siempre. Está más vieja, y cada vez dice menos cosas, y con menos frecuencia. Ya no tiene el entusiasmo de cuando era cachorra. Pero sigue siendo su voz. Y sigue siendo ella.

–A ti no te gusta mojarte –le digo.

–Ah, sí que me gusta –dice Lily, y vuelve a acurrucarse en mi regazo.

–Pero la idea es divertida, Ratita. Chapotear en las olas.

Al cabo de unos instantes, levanta la vista y me mira.

–A veces pienso en ti y te llamo papá.

Se me hace un nudo en la garganta.

Ese es el único apelativo cariñoso que necesito.

Tinta

Ya es tarde, pasa de la hora en que suelo ir a buscar a Lily para meterla en la cama; la diferencia estriba en que esta noche no tengo que ir a buscarla a ninguna parte porque está armando jaleo en el pasillo, ladrando y gruñendo sin parar. Cuando llego a su lado, está mirando fijamente el ángulo que separa la puerta del dormitorio de la puerta del cuarto de baño, en cuclillas, en posición de ataque, el pelo del lomo visiblemente erizado, asustada y enfadada.

–¿Pava? ¡Pava! ¡Mangosta! ¿Qué pasa?

No para de ladrar, ni se mueve para retroceder o reconocer mi presencia de una manera u otra. Solo ladra al maldito rincón como si fuera un batallón enemigo. Me agacho para levantarla en brazos, pero me sale al camino.

*¡ESTA! ¡LLAMA! ¡PELOTA! ¡DE! ¡PLAYA! ¡SIETE! ¡PARLAMENTO! ¡CACEROLA!
¡ANTÁRTIDA! ¡PIJAMA!*

Pero qué...

Nos miramos fijamente el uno al otro, inmóviles. Se parece a una película de terror, cuando alguien empieza a hablar en lenguas y todos los presentes se quedan mudos. Estoy casi esperando que la cabeza de Lily gire como la de un búho y que empiece a vomitar sopa de guisantes, pero sé a ciencia cierta que no la han poseído unos demonios; solo un demonio, un gilipollas viscoso con ocho tentáculos. La levanto en brazos y la estrecho contra mí para calmarla, pero se retuerce, primero a la izquierda, luego a la derecha. Por un pelo no se me escapa... Tengo que sujetarla un momento estrechándola contra mi pecho para que salga de ese trance en que parece estar; cuando lo consigue, se pone a temblar incontroladamente en mis brazos.

–Guppy, ¿qué ha pasado?

Lily aparta la vista de mí y mira la luz; luego deja de mirar la luz para mirar el comedor, y después el dormitorio.

–No veo –dice.

Sus palabras me sobresaltan.

–¿No ves qué? –digo yo, y enciendo la luz con la esperanza de que eso la

ayude a ver.

Un largo silencio.

–No veo nada.

Miro al pulpo.

–¿Qué has hecho?

El pulpo parece molesto.

–¿Te has dado cuenta de que en esta casa empieza a ser habitual que yo sea siempre el primer sospechoso?

–¡¿Qué has hecho?!

–¿Qué le he hecho a ella?

Hasta ahora me había resistido a hacer esto, pero puesto que Lily está tan alterada, le doy un manotazo al pulpo. Con fuerza. Y aunque lo lamento al instante, Lily parece no enterarse.

–¡Ay! –exclama el pulpo, y con un tentáculo trata de aliviarse el efecto del golpe–. He vaciado la bolsa de tinta. ¿Satisfecho?

–¡Lily no ve!

–Precisamente para eso se vacía una bolsa de tinta.

La capacidad del pulpo para no alterarse ante mi rabia es una de las cosas que más detesto de él.

–Y después te preguntas por qué te echamos la culpa a ti.

–Ah, claro, míralo... Supongo que esto lo cargarás en mi cuenta.

Odio sus epifanías.

Ojalá existiera una manera de matarlo a palos, de dejarlo fuera de combate de un derechazo a la mandíbula, pero no. No sin correr el riesgo de causarle más daño a Lily. Opto por darle a mi perra un beso en el cuello, en el lado que está más lejos del pulpo.

–¿Por qué no os vais a un hotel, tortolitos? –dice el pulpo.

Me imagino cogiéndolo por ese tentáculo y enroscándoselo alrededor del cuello hasta asfixiarlo, como la Princesa Leia le hizo a Jabba el Hutt, hasta que su lengua repugnante le cuelgue flácida una vez muerto. Pero no lo hago. Dejo a Lily en el suelo y sigo acariciándole la espalda, esas caricias que tanto nos sosiegan a los dos. Al cabo de unos momentos, toma cierta iniciativa y da tres pasos hacia delante hasta que choca directamente contra la pared.

–Epa. Tranquila, Mona.

Lily recula, vuelve a calcular el rumbo y da unos pasitos más, otra vez

contra la pared, pero ahora un poco más cerca de la puerta de la cocina.

–¿Dónde está mi agua? –me pregunta.

La cojo por la cintura y la guío suavemente en dirección a su bol. Antes de que pueda frenarla, choca contra un lado del bol y el agua se desborda y le moja los pies.

–Ya la he encontrado –dice, y aparta las patas del charco. Después, muerta de sed, se bebe toda la que queda.

–¿No crees que ya va siendo hora de que te marches, pulpo?

–Creo que no –dice, mientras Lily sigue bebiendo–. ¿Por qué?

–Vaciar la bolsa de tinta es lo que hace un pulpo cuando quiere escapar. Ensuciar el agua para huir de un depredador.

El pulpo me dice que no con la cabeza, un movimiento que hace que Lily pierda un poco el equilibrio, pero se recupera con bastante facilidad.

–Vaya, de repente resulta que, entre tú y yo, el experto en pulpos eres *tú*.

–Claro. ¿O crees que no me dedico a leer todo lo que puedo sobre tu especie en cuanto te quedas dormido? Quiero encontrar una manera de matarte.

Es probable que no hubiese debido pronunciar esas palabras, ni jugar esa carta de un modo tan obvio, pero, dado que casi siempre Lily se sienta en mis rodillas cuando me pongo a investigar, imagino que, hasta cierto punto, el pulpo ya lo sabe.

Lily termina de beber y da unos pasitos hacia su cama; yo estoy a punto de gritarle al pulpo: *No te vayas cuando te estoy hablando*, pero de pronto recuerdo que él solo es un pasajero, y quiero que Lily se mueva para ayudarla a orientarse. Ella sabe perfectamente dónde está su cama en relación con el bol de agua, y llega a la meta sin incidentes.

–Bueno, yo no diría que esta cosa sea exactamente un depredador –replica, y sacude la cabeza con expresión de lástima cuando Lily da las tres vueltas de rigor antes de tumbarse.

–Por qué no te vas de su cabeza y compruebas cuánto tiempo duras tú vivo sin *esta cosa*.

Es posible que ese sea el único momento en que no me horrorizan los instintos de cazador de Lily, su destreza cuando se trata de destripar presas de peluche, su germanidad congénita. Es una *dachshund*... Ojalá pudiera coger al pulpo por su carne pegajosa y sacudirlo hasta que las vísceras terminen decorando su fachada exterior.

–Tienes razón. Estoy bien donde estoy –dice el pulpo, y me dedica una sonrisa torcida.

Lily apoya la barbilla en un lado de la cama. Dormir, sí..., puede que eso sea lo que más le convenga ahora, pero una parte de mí desea que no ceda a la ceguera. Una parte de mí desea verla lanzarse de cabeza contra las paredes de la cocina a toda velocidad, que machaque al pulpo hasta someterlo y conseguir que se asfixie en su propia arrogancia.

–Entonces, si Lily no es una depredadora y tú no vas a largarte, ¿para qué sueltas la tinta?

El pulpo pone los ojos en blanco.

–Creía que el experto en pulpos eras tú.

Nos miramos fijamente y sé que ninguno de los dos va a echarse para atrás. Como él también lo sabe, yo mismo me contesto.

–Porque a veces te aburres.

El pulpo parece sorprendido, puede que incluso un punto impresionado, pero enseguida trata de disimularlo.

–Muy bien.

–¿Cuánto tiempo dura el efecto de esa tinta? ¿Cuándo podrá volver a ver?

El pulpo se encoge de hombros. No sé cómo lo consigue, porque los pulpos no tienen hombros, pero eso es exactamente lo que hace, encogerse de hombros.

–No lo sé –dice, y parece realmente perplejo.

–¿Por qué no? ¿Por qué no lo sabes? ¿Cuánto suele durar?

–No lo sé porque normalmente me marcho mucho antes de que el efecto desaparezca.

–¡Pero ahora estás aquí!

Estoy a punto de mesarme los cabellos.

–¿Sabes una cosa? Retiro lo dicho. La verdad es que te estás convirtiendo en todo un experto.

Me alejo de él y me tapo la boca con la mano para ahogar un grito de angustia.

–Además, tampoco lo sé porque nunca he vaciado mi bolsa de tinta en el cerebro de nadie –dice, y suelta aire por entre los labios, que vibran, para entonar un «vaya uno a saber».

Y, sencillamente así, comprendo que Lily no volverá a recuperar la vista. El pulpo lo hizo simplemente porque se aburría y porque podía hacerlo. Lily

ha visto mi cara, el mundo, su mundo, por última vez. Ahora es una perra ciega.

Ya no tengo flechas en mi carcaj, pero mentalmente saco una de las pocas que me quedan y apunto con cuidado.

–Sí que hay depredadores de pulpos, eso lo sabes.

Se ríe.

–Ja, ja. ¡Sí! ¡Los tiburones! –exclama, y echa un vistazo a la cocina–. ¡Pero no veo que haya tiburones aquí!

Esta vez no digo lo que pienso. Esta vez aprieto bien las cartas contra mi chaleco. Esta vez no revelo lo que me han enseñado mis insomnios, esas noches en blanco repletas de preocupaciones, ni lo que he aprendido sobre pulpos. Esta vez voy un paso por delante de él.

Muy bien, sí, los tiburones. Y es verdad, en la cocina no hay tiburones. Pero también tengo un motivo para envaletonarme.

Pues los pulpos tienen dos depredadores naturales:

Los tiburones.

Y los humanos.

El sol quema y me encandila. En realidad, me quema los ojos, y cuanto más los cierro, más me escuecen. Calor. Sudor. Cierro con fuerza los párpados, después los relajo; un caleidoscopio de colores y formas flota delante de mí. Estática televisiva, paramecios, cometas con colas de fuego, tornados, violencia, calma, y todo en la oscuridad, detrás de mis párpados. Me pregunto si será eso lo que Lily ve ahora, ciega como está; si puede percibir la luz, si en su ceguera consigue ver tantas formas y colores. ¿O solo oscuridad, los ojos empañados por la negrura total de la tinta del pulpo?

Me incorporo apoyándome en los codos y abro lentamente los ojos. El agua azul de la piscina de Trent. Luego miro a mi amigo. Está tumbado boca abajo; las gafas de sol le cuelgan, torcidas, en la cara. No sé si está dormido o despierto. Intento encontrar el vaso de plástico que dejé debajo de la silla, el único lugar de sombra del jardín, pero en lugar del vaso, encuentro el protector solar. El vaso, cuando lo encuentro, está vacío.

—¿Preparo más copas?

Trent habla con la voz débil del que se despierta de una siesta; su pregunta se desvanece en el sonido ambiental de la tarde.

Me vuelvo hacia él, que sigue sin moverse.

—Ya lo hago yo. Tardo un minuto.

Mi cuerpo parece pegado con cemento a la tumbona. No encuentro una manera elegante de levantarme, y al sol se está bien. Me siento casi relajado, lo más relajado que me he sentido en semanas. A Lily esto le gustaría. El césped suave, un jardín trasero repleto de olores; pero desde que el pulpo la ha dejado ciega, me sentiría inseguro si la dejara suelta alrededor de la piscina. Un paseo despreocupado por el jardín podría terminar en un chapuzón inesperado.

Hemos tenido que cambiar algunas cosas de nuestra vida doméstica, pero nos hemos apañado. Lily se conoce de memoria todos los recovecos de la casa, pero a veces puede errar el camino por unos centímetros y, en lugar de encontrar la puerta, darse un coscorrón contra la pared. Todo ese trabajo me

recuerda un chiste sobre nuestra querida Helen Keller. ¿Cómo se castiga a Helen Keller? *Cambiando los muebles de lugar.*

A Doogie no le sorprendió enterarse de que Lily se había quedado ciega, pero ni él ni ninguno de sus colegas podían hacer nada para devolverle la vista; nuestras opciones son las mismas de siempre. Desalentadoras. Lo que Doogie dijo fue que teníamos que elegir un lugar de la casa y llamarlo «la base». La base de operaciones, supongo. Cuando Lily se desorienta, tengo que ponerla en ese lugar, mirando siempre en la misma dirección, y gritar con fuerza: «¡Base!» Es como apretar un botón de reseteo para volver a orientarla de manera instantánea. Me siento un imbécil cada vez que lo hago (*¡Marco! ¡Pololo!*), pero parece que funciona y Lily reacciona agradecida. Poco a poco vamos encontrando soluciones.

¿Cómo conoció Helen Keller a su marido? *En una cita a ciegas.* ¿Por qué Helen Keller tenía la pierna siempre mojada? *Porque su perro también era ciego.*

En la hierba, cerca del final del jardín, Weezie está jugando con una pelota de playa inflable. Es fácil de distinguir con ese chaleco salvavidas color naranja que lleva, especial para perros. Normalmente nadie asocia nadar con un bulldog inglés, y la verdad es que la pobre parece un poco fuera de lugar... Winston Churchill en la playa. Giro la cabeza justo a tiempo para verla dar unos manotazos a la pelota, que ha caído en la piscina. Consternada, la mira alejarse en el agua hasta un lugar donde ya no puede alcanzarla. Jadea con la lengua fuera, pidiendo, angustiada, que vuelva hacia ella. Pero la pelota no vuelve. Menos mal, pienso. Si Weezie hubiera podido hincarle el diente, adiós pelota.

—¿Dónde compras los juguetes para la piscina?

Trent gruñe y gira la cabeza, apartándola de mí. Y se le caen las gafas, claro.

—Esos juguetes para la piscina. ¿Dónde los compras?

—En esa tienda que hay en Ventura. —Se vuelve hasta quedar tumbado de espaldas—. Creía que ibas a preparar más copas.

—¿Crees que tendrán tiburones?

—¿Tiburones?

—Tiburones hinchables.

Trent se lo piensa un minuto.

—Tienen... delfines.

Reflexiono un instante... Delfines. No, creo que unos delfines no me servirán. El pulpo no picará.

–Necesito algo amenazador. Tiburones.

–Pues píntales dientes.

–No es solo por los dientes, es por los orificios nasales.

–¿Y para qué los necesitas?

–Para el pulpo.

Trent se apoya en los codos, busca las gafas de sol y se las vuelve a poner. Me mira.

–¿Has empezado a comprarle regalos?

–Regalos no. Obstáculos. A los pulpos les dan miedo los tiburones.

–¿En serio?

Trent sacude la cabeza y da unos manotazos furiosos en el aire, apuntando a nada. Le dan miedo las abejas y no para de ahuyentarlas, pese a que son imaginarias, pues yo no veo abejas por ninguna parte.

–Bah, no tiene importancia. Voy a buscar algo de beber.

Recojo el vaso de Trent y me voy a la cocina. El suelo está caliente y tengo que andar rápido para no quemarme los pies. Antes de entrar, veo mi reflejo en la cristalera corredera y freno en seco. Siento que el cemento me quema la planta de los pies, pero no me importa. Lo que acabo de ver, mi reflejo deslavazado por el sol y las bebidas de esta tarde, me devuelve el rostro de un Ted confuso y aturdido. A pesar de la escasa nitidez de mi imagen especular, detecto en mi rostro una dureza innegable y me veo... desaliñado. Entorno los ojos y doy un paso atrás. Ahora podría decir que el reflejo es casi doble. En lugar de dos brazos y dos piernas, tengo cuatro brazos y cuatro piernas. *Ocho*.

Estoy convirtiéndome en alguien al que no reconozco.

Estoy volviéndome más duro, más malvado, más salvaje.

Estoy convirtiéndome en el pulpo.

Metó la mano en la bolsa de papel en la que llevo seis galletas y tres servilletas, saco una galleta de M&M y le doy un mordisco. Está calentita, como recién salida del horno de la panadería, o por haberlas tenido encima del salpicadero del coche mientras venía hacia aquí. Qué más da. Lo único que sé es que si tengo que pasar otro viernes por la tarde en el infierno mantecoso de la consulta de Jenny, voy a comer galletas, muchas galletas.

No le ofrezco una.

—¿Qué es eso? —pregunto, mirando detenidamente y con cierto escepticismo la pila de fichas extragrandes que Jenny tiene en las manos.

—Pensé en hacer algo diferente hoy.

—No quiero nada... diferente.

No en este momento, y mucho menos con Jenny.

Mi terapeuta asiente con la cabeza, pero no se arredra. El tamaño y la forma de esas fichas me recuerdan a las tarjetas para aprender a coser que hacía con mi hermana cuando éramos pequeños. Los juguetes de Meredith me gustaban mucho más que los míos; en especial, sus animales de peluche y todo lo que tenía que ver con las labores. Unas navidades le regalaron un juego para hacer títeres de dedo y me lo pasó a mí directamente. Me gustaría tener uno de esos títeres ahora, pues se me ha ocurrido dedicarle a Jenny un dedo en particular.

—¿Conoces el test de Rorschach?

—¿Quién no lo conoce?

—¿Eso quiere decir sí?

Joder, Jenny. Le doy otro mordisco a la galleta y le contesto con la boca llena.

—Manchones de tinta.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—No. Y no sé por qué tengo que hacerlo ahora.

—Puede ayudarme a conocer tu funcionamiento emocional, tus procesos

mentales y conflictos internos, saber si estás pasando por alguna clase de trastorno latente del pensamiento...

–¿Pensar que lo que Lily tiene en la cabeza es un pulpo, por ejemplo? ¿Esa clase de trastorno?

–Yo no he dicho eso.

–Es lo que querías decir.

–Tampoco.

–¡Porque te enseñé una foto!

Jenny se inclina hacia delante en la silla y trata de hacerme olvidar mi preocupación con un gesto inocente, pero pierde el equilibrio y acaba haciendo algo que se parece mucho a una genuflexión.

–Pensé que sería divertido.

En ese momento tomo conciencia de que estoy hablando como alguien que tiene el Síndrome del Mundo Cerrado y de que se lo estoy diciendo a alguien que lo sabe, pero ni siquiera así puedo contenerme.

–Tendrías que salir más, en serio.

Jenny sonrío y deja las fichas en la mesa, con ímpetu, pero no sin cierto estilo, como podría hacerlo un crupier de una película de James Bond antes de cortar la baraja. Pero Jenny no la corta; se limita a pasarme la primera de la pila.

–¿Por qué no nos dejamos de hablar y empezamos?

Tengo entre los dientes la última galleta. Me sacudo las migas de las manos y cojo la ficha; primero la giro hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Como todavía no sé bien si hoy estoy delante de la Vieja Jenny o de la Nueva, decido simplemente seguirle el juego. Casi veo a mi terapeuta imaginario, que me anima a hacerlo.

¿Qué puedes perder?, me dice.

¿Y qué puedo ganar?, le respondo.

Miro detenidamente la ficha. A primera vista parece, efectivamente, una mancha de tinta, pero cuando la pongo cabeza abajo, finalmente lo veo.

–Es el pulpo –digo, sin quitarme la galleta de la boca y con la pechera llena de migas.

Recuerdo algo que una vez me dijo un amigo que trabaja en la Casa Blanca sobre la periodista Candy Crowley; por lo visto, siempre tiene el busto cubierto de migas. No sé por qué se me cruza eso justo ahora; puede que solo

sea porque me siento como un corresponsal de guerra, bajo fuego cruzado y haciendo todo lo posible para informar sobre lo que veo.

Jenny gira la ficha para poder verla.

–La mayoría dice *murciélagos*, o *mariposa*.

Me quito la galleta de la boca.

–Pues entonces la mayoría se equivoca. Eso es el pulpo. Como visto desde arriba, quiero decir. Así se ve al mirarlo desde arriba, que es lo que hago casi siempre porque está en la cabeza de una perra salchicha, y los salchichas tienen las patas cortas.

Jenny me mira, escéptica; quiere comprobar que no le estoy tomando el pelo. Me doy cuenta de que quiere preguntarme si me estoy tomando el test en serio, y pienso que me conviene hacer algo para que los dos nos sintamos cómodos.

–¿Sabías que Hermann Rorschach estaba como un tren?

–¿Perdón?

–El que inventó este test.

Mi intención es pillarla con la guardia baja. Tal vez volver un poco las tornas.

Jenny deja la primera ficha encima de la mesa y vuelve a reclinarse en la silla.

–No. Yo sé quién es Hermann Rorschach, no cómo estaba.

–Pues lo que te digo, estaba cañón. Como un Brad Pitt, así de bueno estaba. Una vez tuve que investigar sobre él para un proyecto que estaba escribiendo y me enteré de que murió con treinta y siete años. De una peritonitis.

Jenny me mira y apunta algo en su bloc. Es posible que conocer ese detalle sobre Rorschach sea más revelador de lo que vi en la primera ficha. Puede que esté apuntando *peritonitis* para no olvidarse de buscarla en el diccionario cuando me vaya. Bueno, es probable que sepa lo que significa, pero ese es el problema cuando alguien se llama Jenny. La gente como yo tiende a suponer que los demás son idiotas.

–En fin... Deberías buscarlo en Google.

Saco otra galleta de la bolsa. De azúcar y canela esta. No suelen ser mis preferidas, pero hoy sí me apetece una.

–Sigamos con la segunda ficha –dice Jenny, y me pasa una muy parecida a

la primera; la diferencia es que esta tiene cuatro manchones rojos—. ¿Qué ves?

Esta vez no me hace falta mirarla de cerca. Lo veo al instante.

—El pulpo. Y sangre que gotea de cuatro de sus tentáculos.

—¿De dónde sale esa sangre? —pregunta con un mohín.

Me niego a contestarle. Lo que hago es encogerme de hombros y quitar un poco de canela de la galleta. El polvillo me cae en la camisa y de repente siento una simpatía inmensa por Candy Crowley. Con la visión periférica advierto que Jenny vuelve a garabatear algo en su bloc. Es posible que esté decidiendo si debe insistir en que le diga algo más. Si lo hace, no conseguirá nada.

—Prueba con esta —dice, y me pasa la tercera. También tiene unos churretones rojos.

—Una cucaracha.

—¿No un pulpo?

—No puedes hacerme preguntas así. Eso sería proyectar lo que tú ves.

—Solo quería estar segura —dice Jenny.

—Lo que veo es una cucaracha. —Hago una pausa para darle otro mordisco a la galleta antes de añadir—: En algunos círculos se la conoce como el pulpo de tierra.

Frustrada, Jenny deja la pila de fichas y vuelve a inclinarse hacia delante. Cuando apoya el mentón en las manos, el bolígrafo le deja una marquita azul en la mejilla.

—¿Y quiénes forman esos círculos?

—Pues..., círculos. —Sinceramente, no sé la respuesta—. Entomólogos, quizá. Jenny suspira.

—Mira. Te ahorraré un poco de tiempo —digo, y cojo la pila de las fichas restantes—. Este es el pulpo volando con ala delta. Este es el pulpo después de arrancárselo yo a Lily y achicharrarle los sesos con una aguijada eléctrica. Esto... Dos Campanillas besándose. —Hago una pausa y acerco la ficha a mi cara, pero no lo dudo más; eso es lo que veo. Esta vez soy yo el que toma una nota mental. Es como para preocuparse un poco, ¿no? El resto de las fichas son en color—. Este es el pulpo en el océano abalanzándose sobre alguna presa desdichada; ese es el arrecife de coral donde yo imagino que vive, y aquí veo dos caballitos de mar sujetando la Torre Eiffel. —Vuelvo a dejar las fichas en la mesa—. Es posible que haya fallado una.

A Jenny no le gusta nada que me ponga en plan listillo, así que abro la bolsa y se la acerco.

–¿Una galleta?

Una mirada fulminante. Luego noto que se le suaviza la expresión y mete una mano en la bolsa. Saca una de las galletas con pepitas de chocolate.

–Pues venga, me comeré una. Total.

–Venga, Jenny. Sabes tan bien como yo que esto es pseudociencia.

Jenny da un mordisco a la galleta antes de dejarla en su regazo.

–Está buena –dice, y tras coger la pila de fichas descartadas, vuelve a ponerlas en orden.

–Al test de Rorschach lo han criticado mucho. Me refiero a su utilidad. Pero sigue siendo un buen indicador de la angustia –dice, y me mira directamente a los ojos–. Y del grado de hostilidad.

–El pulpo la dejó ciega –le espeto sin pensarlo.

Lo que quiero decir es: *Claro, sí, estoy angustiado, hostil, pero cuando abro la boca, eso es lo que me sale.*

–¿A Lily? ¿Quién?

Doy unos golpecitos en la primera ficha, con toda la intención, en la primera de la pila.

–Tengo que hacer algo, y tengo que hacerlo ahora. Y no tengo opciones viables, médicamente por lo menos, y cada hora que pasa me odio más y más por ser tan incapaz, por sentirme tan indefenso, tan atrapado en ese capullo que está tejiendo el pulpo.

–¿No hay alternativas no médicas?

Me encojo de hombros. Sé que me he preparado para esa pregunta, pero no me gusta ninguna de todas las respuestas posibles. ¿Amor? ¿Aceites aromáticos? ¿Rezar?

–Desde un punto de vista analítico –prosigue Jenny–, los capullos no significan necesariamente estar atrapado. Pueden ser símbolos de crecimiento, de transformación, de metamorfosis.

Recuerdo aquel doble reflejo que vi en el patio trasero de Trent, en la cristalera. Meto la mano en la bolsa para sacar otra galleta, pero la saco vacía, así que arrugo la bolsa, hago trizas con el puño las galletas que quedan y tiro todo al suelo.

En reconocimiento a Jenny, debo decir que ni se inmuta.

–¿Por qué no damos un repaso a las fichas? Esta vez puedes darme

respuestas reales; así tal vez podamos sacar algo en limpio sobre tu funcionamiento emocional y tus tendencias reactivas.

Mi terapeuta coge el mazo de fichas sin interrumpir el contacto visual. Nos miramos ambos con firmeza.

Le daré las respuestas que quiere; no tengo más tiempo para perder discutiendo con ella. En realidad, estoy aprovechando esta hora para otra cosa. Uso todas mis horas con otra finalidad; a saber, para que la rabia eche raíces en mi capullo.

Es posible que no haya tropo más viejo que este, pero en este preciso instante no hay manera de negar la gran verdad que encierra:

Para derrotar a mi enemigo, tengo que convertirme en él.

Miro la bolsa de las galletas, reventada, las migas en la alfombra.

Se avecina un cambio radical.

Voy a cuatro tiendas especializadas en piscinas antes de encontrar unos tiburones inflables que me convenzan. Compro seis, aun sabiendo que no son exactamente como me los imaginaba. Tienen dos asas a cada lado de la aleta dorsal; para que a los niños les resulte más fácil montarse en ellos, supongo. Además, tienen las fauces abiertas, pintadas de rojo y sin dientes, cosa que en principio sugeriría que tienen sed de sangre, pero en realidad parece que les han puesto pintalabios (en caso de que los tiburones tengan labios, claro). De tamaño están bien, y deberían cumplir satisfactoriamente la función que pretendo asignarles.

Cuando llego a casa, Lily está dormida, así que decido inflar los tiburones en el patio de atrás. Con el calor que hace, no es una tarea fácil; cuando termino de inflar el primero y la mitad de otro, me siento mareado y empiezo a dudar de la eficacia de mi plan. Necesito sentarme. Miro los tiburones: uno parece muy atento; el otro, el que no he terminado de inflar, caído, a media asta, como si sufriera alguna clase de parálisis, y se me ocurre pensar que Lily se habría divertido con ellos cuando era pequeña. Se lo habría pasado bomba destrozándolos, lógico, igual que hacía pedazos todos sus juguetes, menos la pelota roja. Cuando era cachorra, la mujer de mi padre le regaló un mono de peluche con unos brazos más grandes de lo normal, color naranja. Un día me di cuenta de que al mono le faltaba un brazo y no pude encontrarlo por ninguna parte. Busqué en todos los rincones de la casa, pero ni rastro. Hasta el día siguiente, cuando la saqué a pasear con un amigo... y el brazo regresó de un modo que cabe calificar de espectacular.

–Pero... por dios, ¿qué le pasa a tu perra?

Cuando me volví, encontré a Lily acuclillada; la mano naranja del mono, y después el brazo, salían de ella como si le estuvieran examinando una hernia marcha atrás.

–Bah... Cosas que pasan –dije, mintiendo, mientras me agachaba con una bolsita de plástico para recogerlo todo, cual mago con su pañuelo haciendo el truco más asqueroso de su repertorio.

En el trastero pequeño que hay en el sótano encuentro un inflador de bicicletas viejo que es propiedad de mi casero, y después de varios intentos fallidos, consigo inflar los otros tiburones. Con la misión cumplida, me siento formando un círculo con mis nuevos y amenazadores amigos como en una extrañísima merienda de locos a este lado del País de las Maravillas. «¡No hay lugar, no hay lugar!», exclama un tiburón, interpretando a la vez el papel del Sombrero Loco y de la Liebre de Marzo. No tiene razón, por supuesto. Hay lugar de sobra, pues estamos sentados en el patio vacío.

–Oídmeme, vosotros y yo formamos un equipo –les digo–. Por lo general, somos enemigos mutuos, pero hoy iremos a cazar pulpos. Juntos.

–¿Pulpos? –exclama otro, antes de que todos empiecen a hablar a la vez, haciendo que resulte prácticamente imposible entenderlos.

–¡Chicos, chicos! Que hable solo uno.

Los miro a todos uno por uno para ver a quién eligen de portavoz. El que tengo sentado a mi derecha.

–Claro, ya nos gustaría comernos unos pulpos.

–Os explicaré de qué se trata. Es importante, así que oídmeme bien. –Vuelvo a mirarlos para ver si alguno de ellos tiene orejas, pero no tienen, al menos no que se vean–. ¿Vosotros tenéis orejas?

–Tenemos poros endolinfáticos –dice el tiburón que tengo justo enfrente–. Es como tener oídos.

–¿Dónde?

Los tiburones se inclinan como quien hace una reverencia.

–Aquí –dice uno–. En la cabeza.

Me siento poderoso al ver que todos los tiburones se inclinan ante mí, pero apenas distingo esos supuestos poros cerca del lugar donde tienen las asas.

–Muy bien. Ahora prestad atención. El pulpo de que os hablo está pegado a una perrita.

–¿Una perra? –exclaman, y vuelta a hablar todos al unísono.

–Un can. ¡¿Un chucho?! ¡¿Un mil leches?!

–¡Chicos!

El tiburón que tengo a la derecha recuerda que es el portavoz.

–No pasa nada, tanto nos da zamparnos un poco de carne de chucho.

Murmullos de aprobación y consenso.

–¡No! ¡No os comáis a la perra!

Doy unas sonoras palmadas e intento varias veces que me presten atención.

Uno de los tiburones se tapa con las aletas los poros auditivos o como se llamen. Espero hasta que se deciden a volver a escucharme.

–No os comáis a la perra, eso es lo que os estoy diciendo. Os podéis comer al pulpo, pero confío en que no os comeréis a mi perra. ¿Me habéis entendido todos?

Miro detenidamente al grupo de tiburones y los veo asentir con la cabeza.

–¿*Me habéis entendido? ¿Todos?*

–¡Síiiii!

–¡Síiiii!

–¡Por supuesto!

–¡Síiiii!

–¡El pulpo!

–Perra.

–¡*Perra no!*

–No perra.

–¡Muy bien!

Me pregunto en qué lío me habré metido.

Entro en la casa de puntillas, con dos tiburones cada vez, y los coloco alrededor de la cama de Lily para que sean lo primero que vea el pulpo cuando despierte. Es una visión espeluznante. Despertar y encontrarse ante todos esos tiburones con los labios pintados de rojo y una sonrisa de oreja a... Bueno, de oreja a oreja no. De un poro endolinf... al otro. No tiene importancia, la descripción no es buena, pero basta para hacerse una idea. Espero que el pulpo se lleve un susto de muerte. Literalmente.

Cuando ya tengo todo montado, despierto a Lily con un breve silbido. Levanta la cabeza y mueve las orejas; tiene a los tiburones delante, pero ni pestaña. No puede verlos. Pero el pulpo sí grita.

–¡*Aaaaauuuuugggghhhh!*

Se tapa los ojos con dos tentáculos.

Expectante, me muerdo el labio. ¿Le dará un infarto? ¿Morirá del susto? ¿Se convertirán sus ojos en equis, como en un dibujo animado, mientras se le afloja la boca?

–Solo bromeaba, jefe –dice el pulpo, dejando caer los tentáculos hacia atrás, el lugar donde descansan en la cabeza de Lily–. Muy majos estos tiburones de piscina.

–No son tiburones de juguete, son reales. ¡Tiburones auténticos! Verdad

que sí, ¿chicos?

En lugar de un murmullo afirmativo, esta vez se quedan todos mudos. De hecho, uno se cae de lado. No dan mucho miedo, la verdad sea dicha. Muy penoso todo. Se ha acabado la fiesta.

–¿Cómo te has dado cuenta?

El pulpo sacude la cabeza. No se puede creer lo patético que soy.

–Huelen a condones.

–¿Y tú qué sabes cómo huelen los condones?

–Oh. Lily y yo estuvimos hurgando en el cajón de tus... cositas. Me probé algunos.

Miro a Lily, y me pregunto cómo ha podido ser tan cómplice a su pesar. ¿Cómo es posible que se asociara con este monstruo? Pero está ciega, y es confiada y mansa, y el pulpo puede estar haciendo con ella lo que se le antoja sin que ella pueda hacer nada. Como si quisiera poner de relieve esta nueva realidad, Lily mira el vacío y no ve nada.

–Por cierto, solo quedaban nueve en la caja, y yo me probé ocho, así que...

–¿Y los olisqueaste? –pregunto sin terminar de creérmelo.

–Tenemos los sensores olfativos en la punta de los tentáculos. Es un poco difícil no oler.

Miro a los tiburones, que siguen ahí tendidos a mis pies. Lánguidos. «¡Yo también puedo dominar a los tiburones, *sir!*» Me pregunto si Cate Blanchett decía eso en la película.

–¡Atrapadlo! –les ordeno a los tiburones, señalando al pulpo, pero ni se mueven. Estoy tan cabreado que levanto a uno por las asas y se lo tiro directamente a mi enemigo–. ¡Atrapadlo! –vuelvo a gritar.

El tiburón aterriza en la naricita de Lily, que cree que le estoy hablando a ella. En ese momento revive y empieza a correr en círculo, tropezando con los tiburones una y otra vez, claro. Arrea con uno cogiéndolo por la aleta caudal y empieza a zarandearlo como un luchador empeñado en darle una paliza a un rival que no está a su altura. Los otros tiburones son un buen parachoque para su furia. En su ataque, Lily puede correr en la dirección que se le antoje con tal de liquidar al desdichado tiburón, y yo no tengo que preocuparme si se da de cabeza contra la cocina. Es la primera vez que la veo divertirse así, a lo grande, desde que el pulpo la dejó ciega, y la dejo que disfrute sin tener que interferir una vez y otra para reorientarla y evitar que se haga daño.

Al final clava los dientes en el desafortunado pez, que empieza a desinflarse poco a poco. Lily se queda esperando hasta que el bicho suelta el aire suficiente por la cola; después se abalanza sobre él. Aterriza entre las asas del dorso y con su peso va desinflando lentamente a la agobiada presa; la escalofriante sonrisa roja del tiburón se transforma en una mueca. En ese momento se me ocurre pensar que, para Lily, los tiburones hinchables no huelen a condones. Huelen a la pelota roja cuando era nueva. Huelen a aventura. Huelen a juerga.

El pulpo ríe y yo sigo cabreado, pero tampoco puedo evitar sentir alegría cuando veo a Lily hacer cabriolas y jugar. Aún conserva su vitalidad. Gracia, júbilo y capacidad de asombro, como cuando era cachorra.

Me siento para apreciar plenamente su frivolidad, las tonterías que hace. Puede que sea la última vez que vea algo así en ella. Y en mí.

Los dos estamos transformándonos.

Lily bosteza y se despereza al despertar de la siesta, y tiene que hacer un esfuerzo para bajarse de mi regazo. La dejo con delicadeza en el suelo, junto a mis pies; parece molesta por algo, y estoy a punto de llevarla a «la base» para que se reoriente, pero en ese momento se me pega a la pierna y empieza a frotarse. La verdad es que esto nunca había ocurrido hasta ahora; puede que una o dos veces cuando la Lily cachorra era un poco histérica y alocada, pero eso parecía menos sexual y más bien manifestación de una incontenible alegría de vivir. No obstante, esto de ahora es desagradable, por su determinación y sus evidentes propósitos reproductivos.

–Lily, basta ya.

¡ME! ¡ESTOY! ¡FOLLANDO! ¡TU! ¡PIERNA!

Y se me pega con más fuerza aún, con las patas delanteras, con ímpetu redoblado.

–¡Lily! ¡No! ¡Tú eres una hembra!

Meredith me mataría por introducir así la cuestión de género. ¿Por qué no pueden las chicas –buenooo–, *las mujeres*, tener estos prontos sexuales? Tengo que dejar de oír la voz de mi hermana en la cabeza mientras despego a Lily de mi pierna. En esta posición no es sencillo apartarla, pero la rodeo con los brazos y me la arranco de un tirón. Finalmente, las patas de Lily se despegan de mí como si fueran de Velcro y vuelvo a sentarla en mi regazo.

–¿Por qué has hecho eso? –pregunto.

Lily sacude la cabeza y mueve las orejas mientras se relame el morro. «¿Por qué he hecho *eso?*» Está tan perpleja como yo.

El pulpo abre un ojo y dice:

–Ha sido vergonzoso.

–A ti nadie te ha dado vela en este entierro –le digo con el mayor desprecio posible, esperando que vuelva a su letargo.

Lily da tres vueltas y después se deja caer en mi regazo con un suspiro.

Los suspiros de los cachorritos.

–Lily ya no puede valerse por sí sola. Es freudiano.

–¿Freudiano?

–¿Sigmund Freud? Conocido como el padre fundador del...

–¡Ya sé quién es Sigmund Freud! –En ese momento tomo conciencia de lo repelente que debí de parecer cuando intenté explicarle a Jenny quién era Hermann Rorschach–. Nacimos el mismo día.

No sé por qué añado ese dato, ni por qué sigo conversando con el pulpo, pero es la verdad, y se la suelto sin más.

–Tauro los dos –dice el pulpo encogiéndose de hombros.

Suena el teléfono. Lo oigo pero no lo veo.

–¿Y cómo sabes *tú* quién es? Esa sí es una buena pregunta.

Veo que el teléfono asoma por debajo de un cojín del sofá y contesto justo cuando el pulpo dice:

–Lo cierto es que la mayoría de los pulpos somos junguianos.

Ya no lo soporto.

–¡*Tú tienes mierda en la cabeza, tío!* –Y después, al teléfono–: ¿Diga?

–¿Te llamo en un mal momento?

Es mi madre.

–No.

–¿Con quién hablabas?

–Si te lo dijera, no me creerías.

Percibo que no se queda muy satisfecha con la respuesta, y mis evasivas serán un obstáculo para mantener una conversación digna de ese nombre.

–Con unos testigos de Jehová que han llamado a la puerta.

Parece una respuesta más convincente, aunque es probable que nunca hubiese tenido el valor de decirle a un testigo de Jehová que tiene mierda en la cabeza. Una vez llegó a mis oídos el rumor de que a Prince, famoso miembro de esa confesión, lo habían visto ir de puerta en puerta, en mi barrio, para hablar de la fe. Y yo no correría nunca el riesgo de gritarle a Prince.

–Deberías vivir en el campo. Nunca van tan lejos.

Lily levanta la vista y me mira, expectante; le pongo la pelota roja en el suelo, junto a las patas.

–¿Para qué me llamas?

En cuanto lo digo, tomo conciencia de lo grosero que estoy siendo.

Mi madre suspira.

–Hace mucho que no sé nada de ti. Y me preguntaba si estarías bien.

–Sí, mamá, estoy bien. Bastante ocupado, nada más.

Eso no es una mentira.

–¿Ya sabes lo de Meredith?

–¿Que está embarazada?

–¿No es maravilloso?

–Es una buena madre –digo, y veo que la pelota roja desaparece debajo del sofá. Me arrodillo para sacarla. Lily, meneando el rabo, mira hacia la otra pared.

–¿Qué quieres decir con eso? *Meredith* es una buena madre.

Por el tono con que lo dice, me doy cuenta de que tal vez piensa que le estoy dando a entender que ella no lo fue.

–Bueno, pues quiere decir que es una buena madre. Eso es todo. Ella es una buena madre, tú eres una buena madre. Todas lo son.

–Bueno, no todas. –Cierta sensación desagradable en el aire, pues los dos sabemos que su madre no lo fue. Me pregunto cuántas veces mi madre buscaba el afecto de mi abuela mientras yo reclamaba el suyo, y nos veo a los dos corriendo por una pista circular sin principio ni fin–. Antes me llamabas cuando sacabas a pasear a Lily. Más o menos a esta hora. Después dejaste de hacerlo.

Veo que Lily olisquea buscando la pelota roja, aunque se la he puesto justo delante del morro.

–Ya no salimos tanto a pasear.

–¿Por qué?

El pulpo levanta la vista y me mira con una sonrisa burlona.

–Eso. ¿Por qué? –repite.

Cierro el puño y doy un paso adelante, listo para asestarle un derechazo.

–Tú no te metas.

–¿Perdón? –dice mi madre.

–Nada, nada, no te lo decía a ti –le digo.

Quiero matar al pulpo, ahora más que nunca.

–Ted, ¿estás con alguien?

–Lily se ha quedado ciega, mamá.

–¿Qué?

–Ha perdido la vista.

La explicación me parece imbécil, como si no hubiera captado mi respuesta anterior.

–¿Cómo?

Miro al pulpo con furia. ¿Hasta dónde quiero llegar?

–Se está haciendo vieja, mamá.

El pulpo vuelve a mirarme y pone los ojos en blanco.

–Mariquita –me dice.

Doy un manotazo a una pila de revistas que tengo en la mesita de centro y unos ejemplares de *Travel + Leisure* y de *Entertainment Weekly* caen al suelo.

–Está envejeciendo y, si te digo la verdad, no quiero hablar de esto. La cuestión es que ya no salimos tanto a pasear como antes.

–Creo que deberías venir a casa, Ted.

–No, mamá. No pasa nada.

–No por lo de... –Mi madre calla y yo acabo su frase en silencio con *Lily*–. Meredith va a venir con la familia el mes que viene y hace mucho que no te vemos. Deberías pensártelo.

Le digo que me lo pensaré sin prometerle nada y, cuando cuelgo, me pregunto cuánto tiempo hace que no voy a verla. Antes, Jeffrey y yo íbamos a Maine todos los veranos. Íbamos a la playa y comíamos langosta y almejas rebozadas y yo salía en kayak con mi madre mientras él se quedaba leyendo a orillas del río. Después todos nos sentábamos en la terraza de la casa de mi madre a beber vino rosado. Ahora todo eso parece la vida de otra persona.

Pero ¿cuándo vino mi madre a visitarme por última vez? Recuerdo que estuvo aquí poco después de que Jeffrey y yo rompiéramos. Un fin de semana. Fue algo casi espontáneo, nada típico de ella. No sé si yo expulsé deliberadamente esa visita de mi memoria o si simplemente se perdió en la niebla de aquellos días, pero en este momento las últimas palabras de mi madre al teléfono suenan familiares:

–Sé que piensas que no me preocupo por ti, pero me preocupo.

Miro a Lily. El pulpo se ríe de mí. Sigue divirtiéndose con la escena de Lily follando mi pierna.

–*Junguiano*. No eres más gilipollas porque no puedes –le digo, irritado.

–Estábamos conversando, nada más.

–Tú y yo nunca conversamos solamente. Tú conversas, yo planeo tu muerte.

–¿Y qué tal va ese plan? –pregunta con una risita.

–¡*Devuélveme a mi perra!*

La pelota roja se va hacia el comedor y Lily la sigue llevándose el pulpo consigo. Me pregunto qué habría querido decirme el pulpo y me vienen a la cabeza conceptos freudianos como la asociación libre, la transferencia, la libido... Y así hasta llegar al complejo de Edipo. Pero ¿por qué piensa el pulpo que de repente Lily siente el deseo de poseer sexualmente a un padre del otro sexo, al menos un deseo lo bastante intenso para masturbarse frotándose contra mi pierna? ¿Y la llamada de mi madre –cuyo amor sigo buscando– justo en mitad de la discusión? ¿Una coincidencia? Vuelvo a desplomarme en el sofá. Tiene que deberse a que Lily está ciega. Edipo se cegó a sí mismo; el pulpo ha cegado a Lily. Pero... ¿soy yo ciego a algo? ¿Qué es lo que no puedo ver?

Tengo que acelerar mi transformación.

El chico que está delante de mí en la cola tiene los tatuajes más excitantes que he visto jamás en un hombre. Medio brazo de imaginería acuática japonesa al estilo Hokusai, y me imagino que le llega hasta el hombro y la espalda; me gusta también el tigre que lleva en el otro antebrazo, casi serpenteante por la elegancia con que llega del hombro a la muñeca. No es sencillo describirlo; hay que verlo para disfrutar plenamente del efecto.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

El tío se vuelve hacia mí y me sonrío. Si alguna vez siguiera el consejo de alguien en materia de tatuajes, seguiría el de este chico, aunque solo es uno más en la cola del supermercado, que ha comprado Soyrizo, mangos, líquido para barbacoas y cerveza artesana.

–Voy a preparar mangos asados –dice, ahora con una sonrisa sardónica.

–No, no, no –balbuceo–. ¿Quién te hace esas tintas?

Me pregunto si llamarlos *tintas* me hace parecer listo o ridículamente estúpido.

–¿Estás pensando en hacerte marcar? Tienes que ver a Kal, pues. Tiene una concepción realmente filosófica.

¿Una concepción filosófica de qué? Esa sería la pregunta que debería hacerle ahora, de un modo natural, pero en lugar de preguntarle nada, le digo: «Gracias, tío», mientras él ya me da el nombre del salón de Kal y seguimos con nuestras transacciones al tiempo que trato de imaginarlo sin camisa.

Sigo sin entender bien qué significa concepción filosófica en este contexto. ¿Una visión filosófica de la totalidad? ¿Del proceso artístico? ¿Gestión del dolor? La verdad es que no tengo idea. No sé por qué me resulta tan tentador todo esto, ni siquiera por qué personalmente querría algo así. Pero lo quiero. Así pues, sigo la recomendación del asador de mangos y llamo para pedir hora. Y ya ven, aquí estoy, aparcado delante de un escaparate con unos dibujos impresionantes y me da miedo bajar del coche.

Ni siquiera yo entiendo bien qué estoy haciendo en un salón de tatuaje..., y pensar que tuve el valor de pedirle consejo a un desconocido. Desde que el

pulpo cegó a Lily con tinta, ha ido creciendo en mí la obsesión de marcarme yo también con tintas y compartir algo con ella. No sé... Por simpatía, por estar a la par o quizá porque deseo planear y fundar una hermandad de la que Lily y yo seríamos los únicos miembros, negando al pulpo la oportunidad de ingresar. Antes ya había coqueteado con la idea de tatuarme, pero siempre pensé que me faltaba una ocasión que lo justificara. Esta vez es distinto. Siento que me parezco mucho más a un soldado que se hace un tatuaje en tiempo de guerra, con un deseo casi ritual de modificar el cuerpo para dejar clara su solidaridad con el grupo y con la patria. Se parece al rito de paso que necesito, con la diferencia de que no estoy luchando por la patria ni tengo un grupo en esta guerra, un equipo –solo una camarada–. Pensé en tatuarme la fecha de nacimiento de Lily, tal vez junto con el día que nos conocimos –el día que me enamoré–, pero una serie de números en mi brazo me pareció que evocaría demasiado otra clase de tatuajes de guerra: los de los prisioneros. Números que un día pudieron llegar a lucirse con orgullo, como signo del superviviente, pero esta guerra está aún lejos de terminar para correr ese riesgo. No obstante, mientras espero la sesión con este artista llamado Kal, el que tiene una concepción filosófica, me atolondro pensando en fundar esa hermandad con Lily, y hasta el dolor de las agujas me excita.

Me emociona llevar la marca de un hombre de verdad.

Respiro hondo varias veces y me armo de valor para bajar del coche y entrar en el salón de Kal. El vestíbulo está pintado de color verde océano, un verde tormentoso, y decorado con muebles de cuero negro gastado que sigue oliendo a animal, un olor embriagador. En las paredes, fotos de tatuajes; supongo que hechos aquí. No hay un muro de diseños que el artista pretenda sugerir. Todo me hace sentir que he encontrado el lugar adecuado, donde no me van a marcar, digamos, con un cortador de galletas, de un modo que acabe frustrando mi intención de distinguirme y me haga aún más identificable como parte del proletariado. Una recepcionista que parece una Janeane Garofalo más joven y menos enfadada me lleva a otra sala, detrás de una cortina de terciopelo. Tengo hora con el brujo. Espero que no piense que soy un glotón cuando pida corazón y sesos y coraje.

Espero que sea algo más que un adivino con el propósito de timarme a mí y a esta pequeña ciudad esmeralda.

Podría decir quizá que Kal tiene más superficies de su cuerpo tatuadas que sin tatuar; al instante me inspira muchísima confianza la cantidad de tinta que

su cuerpo es capaz de absorber; en lugar de parecer marcado, de él emana eso que hoy se llama empoderamiento. Es guapo, ya algo mayor. Gris en las sienes. ¿Nativo norteamericano, tal vez? Canadiense, más bien. Inuit o esquimal. Kal interrumpe con un abrazo de oso mi torpe intento de darle la mano.

–En inuktitut no existe una verdadera palabra para saludar –dice–. Así que nos damos la mano o nos abrazamos.

–Abrazarse hace bien.

Al menos cuando me explican qué significa el abrazo.

Kal me indica por señas que me siente en un taburete. Es un día lento, y dedicamos un rato a hablar de la vida, de la naturaleza, de las relaciones, las fugaces y las no tan fugaces. Le pregunto por los tatuajes suyos que me parecen más interesantes y me cuenta las historias que se ocultan detrás de ellos. Se da cuenta de que estoy paralizado, pero no parece importarle.

–¿Qué es lo que más te gusta de los tatuajes? –pregunto.

Es una pregunta tan de aficionado..., algo que un crío de tercero de primaria podría preguntar en una entrevista para un proyecto de periodismo escolar, aunque en realidad no sé qué colegio elegiría encargar un proyecto sobre tatuadores. Una escuela independiente subvencionada con fondos públicos, quizá. O una Montessori.

–Que permanecen –dice Kal.

–Pero ahora se pueden quitar con láser.

Kal se encoge de hombros.

–Sí, pero dejan una cicatriz. Como un fantasma.

Me mira como nadie me ha mirado en mucho tiempo.

–Pero al final morimos, y la carne se pudre.

Kal me sonrío sin dejar de mirarme. Es una mirada que pone nervioso, o al menos a mí.

–A ver... La gente también deja fantasmas.

–Tienes miedo, es normal. Les pasa a todos los primerizos.

No recuerdo haberle dicho que esta es mi primera vez, y voy totalmente vestido, así que no puede saber que no llevo tatuajes, pero lo sabe.

–Tengo miedo. Pero no por las agujas ni el dolor. Ni de arrepentirme.

–¿De qué, pues?

–De inmortalizar a alguien que aún no ha muerto. De haber desertado en mitad de la batalla. De rendirme en una guerra. –Puedo oír a Jenny y su

insistencia en que diga lo que realmente quiero decir, y sigo exponiendo mi tesis—. Me da miedo la muerte, supongo. Y es posible que, por primera vez, mi propia mortalidad.

—La muerte es un rival único. Siempre gana. —Kal se encoge ligeramente de hombros, como si tuviera hipo. Parecer querer decirme que esto apenas tiene importancia—. No tiene nada de vergonzoso rendirse cuando llega la hora de dejar de luchar.

—Todo un consuelo.

Se lo digo con sarcasmo, pero no creo que Kal hable ese lenguaje.

—¿No lo es? —pregunta.

No creo que carezca de sentido del humor, pero en ese punto no bromea. Me río, pero de esa manera nerviosa en que se ríe uno cuando no se le ocurre nada que decir. Kal abre un cajón, saca una polaroid y me la pasa.

—¿Qué es esto?

—El último tatuaje que hice. No me gusta repetirme. Repetir dibujos no representa un desafío para mí como artista. Pero este me gusta, y pudimos hacerlo de un modo interesante.

Miro la foto. Atravesando la caja torácica de un hombre, las palabras «Morir sería una aventura apasionante».

Las reconozco de inmediato.

—Peter Pan.

—J. M. Barrie —me corrige Kal—. Peter Pan no es real.

—¿En serio? Siempre pensé que Peter Pan era la muerte. Un ángel de la muerte que venía a llevarse a los niños.

—Eres más retorcido de lo que creía —dice Kal, enarcando una ceja.

—Antes no lo era.

Me estoy transformando.

—¿Qué es la muerte? ¿El final de la fotosíntesis, de la quimiosíntesis, de la homeostasis? —Kal habla con el ritmo de un poeta—. ¿El último latido del corazón? ¿La última generación de células? ¿Exhalar el último suspiro?

—Puede que todas esas cosas.

No se puede negar que tiene una concepción filosófica.

—No lo sabes, ¿verdad? Podría ser el punto de inflexión, el momento de la vida en que la extinción está asegurada.

—Si es así, ¿no sería la muerte el momento del nacimiento?

—O de la concepción, incluso.

–Lo que más te gusta de los tatuajes en realidad no existe –digo, y me miro los pies. Casi me da vergüenza tener que señalárselo.

–¿La permanencia?

–Eso no existe. No si todos estamos más allá del punto de inflexión.

–La permanencia es un concepto relativo.

Sonrío.

–En cualquier caso, ¿qué es realmente la permanencia?

Kal también sonrío. Se da cuenta de que estoy siendo impertinente.

–Mejor no adentrarse mucho en esa madriguera.

–Es difícil no hacerlo –digo, pero tiene razón. Podríamos seguir así todo el día y toda la noche. Lo miro. Tampoco estaría tan mal.

–Si te pasas la vida intentando engañar a la muerte, no te queda tiempo para dedicarte a la vida. –Me pone una mano en el hombro, una mano cálida–. No tengas miedo. Eso es lo único que te estoy diciendo.

Kal tiene razón. Si tengo miedo, estoy acabado. Tener tinta, como el pulpo, es el último paso de mi metamorfosis.

–Además... –dice Kal–. Tengo una idea mejor.

–A ver... ¿Cuál?

Kal abre un cajón, saca un bloc para bocetos y un carboncillo y los deja en una mesa de dibujo.

–Dibujar.

Sonrío como sonreía cuando era niño y me regalaban una caja flamante con sesenta y cuatro Crayolas... Con un desenfado total, enseñando todos los dientes. Recuerdo lo mucho que me gustaba dibujar y me pregunto por qué dejé de hacerlo. Porque escribo, supongo. Dibujo con palabras. Pero cuando veo el bloc y el carboncillo de Kal, me asalta la sensación de que no es lo mismo.

Utilizo mis palabras, mi carbón de artista, para describirle a Kal lo que estoy pensando. Dibuja con una fluidez imperfecta, y se detiene solo de vez en cuando para sombrear el dibujo con el pulgar o para pasar el dorso de la mano por el papel.

Me escucha y asiente con la cabeza, pero no se interrumpe, y cuando termino de describirle lo que pienso, mira el dibujo y lo cierto es que los ojos se le abren como platos. Lentamente gira el bloc para que yo lo vea.

Se me para el corazón. Luego vuelve a latir.

–Sí –digo.

Es perfecto, con multitud de detalles y una ternura hermosa –inuit, diría– que yo, fuera, en el coche, no podría haber siquiera imaginado. Ya no tengo miedo. Siento un hormigueo en la piel, pero también los mil pinchazos que estoy a punto de recibir.

Estoy vivo.

Kal coge una pistola de tinta y la pone al nivel de la vista. Está tan encantado como yo. Los ojos le brillan; después los entorna mientras se dispone a hacer lo que él hace.

–¿Empezamos?

Mis dedos han vacilado tanto tiempo encima de la tecla de llamada que no consigo recordar si la he apretado o no, y ahora que suena el teléfono, dudo si de verdad quiero hablar. ¿Apretar? Antes se decía más *marcar*, ¿no? *Discar*, incluso, en algunas regiones. Es medianoche y estoy agotado, puede ser que incluso delire un poco, no lo sé. Apretar. Asocio la palabra más a los botones de un ascensor que al teléfono. O puede ser que con algo más siniestro. Apretar al pulpo hasta que reviente. Sin embargo, el teléfono está sonando, y los timbrazos son de por sí ligeramente reconfortantes. Debería existir algún número al que se pudiera llamar por la noche, tarde, solo para oírlo sonar. Nadie contestaría nunca, pero seguiría viva la promesa de que habría alguien ahí para escucharnos, a nosotros y todo lo que tuviéramos que decir. *Ring*. Ahora hasta esa palabra es rara.² ¿Cómo puede referirse tanto a los anillos del tocón de un árbol como al ruido que hace el teléfono? Cuelgo en cuanto oigo «¿Dígame?».

Por todos los demonios. Es probable que lo haya despertado por el mero placer de que alguien le corte enseguida groseramente, así que me siento obligado a volver a llamarlo. Contesta al primer timbrazo.

–Hola.

Es Trent.

–Hola.

Un largo silencio.

–¿Qué hora es?

Estaba durmiendo, e intenta despejarse. Mientras tanto, voy pensando cómo formular lo que quiero decir.

–¿Estoy loco?

–¿Qué? Espera.

Lo oigo bajarse de la cama, probablemente para no despertar a Matt. Tengo a Lily acurrucada en el cuello; yo estoy tumbado encima de las mantas de mi cama. Irradia calor, como el sol, pero mientras ella esté cómoda no voy a moverme. Nuestro sudor nos une como cemento. Me reconforta pensar en

algo adhesivo, en tenerla como amarrada a mí. Trent se va a la otra habitación arrastrando los pies. Oigo el chirrido de la puerta de un dormitorio que se cierra detrás de él.

–Ahora.

–Necesito saber si estoy loco. No en el sentido de tonto, ni siquiera fuera de quicio. Quiero saber si piensas que estoy demente, en caso de que eso se puede certificar.

Otra pausa larga.

–No lo creo. ¿Tú sí?

Esta vez soy yo el que calla.

–A veces.

–Bueno, yo no creo que estés loco.

–¿Sabes...? Hay un pulpo de verdad.

Pausa.

–Lo sé.

–Se la está llevando.

Trent suspira o bosteza.

–Eso también lo sé.

Pasan unos instantes sin que digamos nada. Trent es la única persona con la que puedo hablar por teléfono sin sentirme presionado a hablar, pero de repente me siento fatal por haberlo sacado de la cama –su cama, su novio y su perra sana– para que hable conmigo, que estoy en mi cama con un pulpo y mi perra enferma, sintiéndome tan solo. Me hace recordar aquella vez en que Lily y yo llevábamos juntos solo año y medio. Era noviembre. Decían que ese año las Leónidas, la lluvia de meteoros, iban a ser espectaculares, que no volvería a verse nada igual hasta más o menos 2098, o 2131, un año en que sin duda alguna Lily y yo también seríamos polvo de estrellas. Así que, despiertos los dos en plena noche, saqué al jardín trasero los cojines y una manta y los extendí en el césped. Acurruqué a Lily bien cerca de mí y nos tumbamos a contemplar el cielo y la lluvia de fuego, aunque en realidad Lily nunca entendió por qué habíamos abandonado el calor de nuestra cómoda cama por esa sosa diversión en la tierra fría y dura. Creo que no captó la magia de los meteoros.

Trent vuelve a hablar, porque yo no puedo.

–No sé qué haría si me quedara sin Weezie. Solo de pensarlo..., no sé, ni siquiera consigo imaginarlo.

Pero alguna vez te quedarás sin Weezie, estoy a punto de decir. Yo ya no vivo en el mundo del si condicional.

Pienso en Kal y en el punto de inflexión, el momento en que la muerte es inevitable. ¿Tenía razón? ¿Es ese punto realmente el nacimiento, el comienzo mismo de la vida? Perderemos todo lo que nos importa, o todo lo que nos importa nos perderá a nosotros. Es algo predestinado, es ley de vida. Pero eso no se lo digo a Trent. No veo qué interés puede tener sacar a mi amigo de la cama para deprimirlo.

–Antes también pensaba lo mismo sobre Lily.

–¿Y ahora?

–La pérdida ya no es solamente una idea.

–¿Viste al tío ese de los...?

–Kal. Se llama Kal,

–¿Te cayó bien?

–Sí.

–¿Guapo?

–Muy guapo.

–¿Y?

–Ya verás. Te lo enseñaré.

Lily se va metiendo cada vez más en mi axila, pero de esa manera en que lo hace cuando me usa para rascarse la nariz. Mientras lo hace, levanta el pulpo hacia mí; solo un poquito, pero me estremezco, y detesto seguir intimidándome en su presencia.

–No puedo imaginarme la vida sin Weezie.

–No pienses en eso ahora.

Estaré junto a mi amigo cuando eso ocurra. Para lo que me necesite.

–¿Has llamado para saber si estás loco?

–Sí.

Para eso y para escaparme de esta soledad que tanto me debilita.

–Creo que necesitas hacer algo grande. Agarrar la vida con las dos manos y darle una buena sacudida. Poner el mundo entero patas arriba. Basta ya de seguirle el juego al pulpo. –Ahora habla el Ferris Bueller que Trent lleva dentro. Con los años, ese Ferris había empezado a estar más calladito; me gusta verlo asomar a la superficie–. ¿Quieres saber lo que pienso? Creo que lo más probable es que no estés lo bastante loco.

Cuando colgamos, me quedo un rato mirando el teléfono, de esa manera

extraña en que lo miramos cuando dejamos de dar la tecnología por algo sentado y de repente nos resulta imposible entender cómo es posible oír una voz por ese aparatito, una voz que nos habla aun cuando no pueda comprendernos plenamente ni entender lo que está pasando en nuestro mundo. Puede que ahora me sienta más solo que antes de llamar, aunque no estoy solo. Ya no. Puedo sentir la rabia que va gestándose dentro de mí, que crece exponencialmente, como si de verdad tuviera en las manos una ecografía que está a punto de estallar de maneras inimaginables.

Despierto a Lily suavemente, cojo una manta del armario de la ropa blanca y salimos fuera, al jardín. Extiendo la manta en el césped lo mejor que puedo con una sola mano. Como esta noche no hay lluvia de meteoros, enciendo unas guirnaldas de bombillas antiguas que decoran el patio, las que suelo encender cuando hago una barbacoa o doy una fiesta y hacen que mi patio parezca una página de catálogo en la que gente de plástico celebra una vida libre de preocupaciones. Nos tumbamos sobre la manta y las miramos.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta Lily, con un bostezo, y vuelve a apretarse contra mí.

El aire de la noche es cálido y está en calma.

—Estamos creando un recuerdo.

—¿Por qué?

No se lo digo. La respuesta es: porque yo lo necesito. Necesito este recuerdo para aferrarme a él si mi plan fracasa y ella deja de estar aquí.

—Porque a veces está bien tener recuerdos. ¿No tienes tú tus recuerdos preferidos?

Lily se lo piensa antes de contestar.

—Todos mis recuerdos son mis recuerdos preferidos.

Su respuesta me deja sin palabras.

—¿Los malos también?

—Los perros no recordamos las cosas desagradables.

Muerto de envidia, le rasco la parte aterciopelada de su pecho. Qué manera más extraordinaria de vivir.

—Hicimos esto una vez cuando eras cachorra. Nos levantamos de la cama y sacamos la manta fuera y nos echamos en el césped a mirar las estrellas.

—¿Esas son estrellas? —pregunta, mirando las bombillas, y aunque no puede verlas, me pregunto si distingue la luz necesaria para imaginarlas.

—Sí —le miento—. Son estrellas. Su luz ha viajado hasta aquí después de

recorrer miles de millones de años. ¿No son maravillosas?

Lily está de acuerdo conmigo, porque es pequeña y es una perra y, para ella, incluso las cosas pequeñas, también las que no puede ver, son maravillosas.

–Podemos volver a entrar dentro de un ratito.

–No, esto es muy bonito –dice, tras pensárselo un momento.

–Me alegra que te gusten las estrellas; vamos a pasar un largo rato bajo ellas. –Hago una pausa antes de contarle mi plan, o, como mínimo, que ha llegado la hora de ejecutarlo. Trent me lo ha confirmado–. Pronto nos iremos de aquí, y no sé si vamos a volver.

–¿Dices que nos iremos pronto de aquí? ¿Y adónde?

La estrecho contra mí con fuerza, como lo hago cuando le pido que confíe en mí, que me siga cuando nos marchemos de esta casa, la única que probablemente recuerde.

Es probable que no estés lo bastante loco.

–Vamos a vivir una aventura apasionante.

La muerte. Esa aventura es la muerte. Pero esta vez no. Esta muerte no. La aventura más grande, nuestra aventura, será la lucha por la vida.

Pongo una mano encima de la venda de plástico transparente que recubre mi tatuaje. Se suponía que solo tenía que llevarla unas horas, pero pensé que unas horas más no me harían daño. La levanto un poquito y veo las puntas de ocho brazos que cuelgan buscando aire.

Ya estoy harto de esperar. Ya estoy harto de que un intruso invertebrado me pase por encima. Estoy cansado de librar esta batalla en las condiciones que él impone. Trent tenía razón. No he estado lo bastante loco.

No. Lo. Estaba.

Ahora todo eso se ha acabado. Puedo sentir el cambio que está produciéndose dentro de mí, en mis nervios, en mis órganos, en mis venas.

Mi transformación es casi completa.

Me veo capaz de moverme por las calles de Chinatown con relativa facilidad, ayudándome con la memoria aunque no haya vuelto a conducir por aquí desde que cerraron el Empress Pavilion, un local al que solía venir por el *dim sum* que servían y para ver a algunos famosos. Podría decirse que voy patrullando, intentando distinguir los mercados de pescado de las tiendas de comestibles. Circulo despacio por el carril exterior, pero nadie me acosa a bocinazos. A lo largo de Broadway y North Spring hay varias tiendas que son pequeñas empresas familiares, pero, como los rótulos de los toldos están en chino (salvo uno, que podría ser una tienda de comestibles), es difícil saber cuál vende qué, así que dejo el coche junto a un parquímetro en Spring para proseguir mi investigación a pie.

En Los Ángeles, Chinatown no es ni de lejos tan caótico (ni tan chino) como los Chinatowns de Nueva York y San Francisco. Un día de entre semana por la tarde es sencillo entrar y salir de las tiendas para curiosear entre todas las mercancías exóticas que ofrecen. En el mercado de pescado al que llego primero, lo más exótico que tienen es langosta de Maine y cangrejo Dungeness. Se me pasa por la cabeza la idea de preguntar si tienen género oculto en la trastienda, pero me temo que puedan vender alguna clase de captura ilegal, como erizo de mar en peligro de extinción o pez globo venenoso, y no quiero comprar nada por el estilo. No estoy *tan* loco.

El segundo lugar que visito en Broadway me gusta más. Parece menos para turistas, más auténticamente chino. No veo de inmediato lo que busco entre el hielo triturado, pero no me cuesta nada preguntarle al vendedor, de rostro amable y algo marchito.

–Estoy buscando pulpo.

Y el rostro amable y algo marchito me mira con expresión confusa. Intento explicarle bien lo que quiero para que no me venda sin querer alguna clase de trasgo chino, un Mogwai como el de *Gremlins* –un remedio que, en última instancia, será peor que la enfermedad–. Puesto que no sé cómo se dice pulpo

en chino, le enseño ocho dedos, luego pongo la mano hacia abajo y los meneo.

–Aaaah, sí. *Zhāng yú*.

Me lleva hasta el final del mostrador y los veo, inmóviles, sobre el hielo, una media docena o así. Son mucho menos amenazadores cuando están muertos.

–A ver... –Finjo examinarlos detenidamente como si estuviera buscando algo muy concreto–. ¿No tiene nada..., no sé, más grande? –pregunto, indicándoselo con las manos para que me entienda bien.

El pescadero levanta un índice para decirme que espere mientras desaparece por la puerta de una pequeña cámara frigorífica. Aquí el aire acondicionado parece funcionar día y noche, y toda la pescadería es un zumbido eléctrico. Como las ventanas recubiertas con celofán amarillo, todo parece tener un lúgubre tono mortuario. Hay unas moscas zumbando cerca de la entrada, pero no se acercan al pescado. Me pregunto si es porque no les gusta el hielo. Una china ya algo mayor ha entrado a mirar salsas para ostras. Cuando nuestras miradas se cruzan, le sonrío, pero advierto al instante que mi sonrisa la deja perpleja.

El pescadero vuelve con un ejemplar más grande, un pulpo que, en mi opinión, me viene de perlas. Le digo que sí con la cabeza y me lo envuelve en papel de cera. Cuando me lo entrega, le digo:

–Necesito algo más.

El hombre me mira expectante y yo le señalo con la cabeza algo que veo detrás de él. Me pregunta si me refiero a los langostinos. Le digo que no con la cabeza.

–Eso.

Se vuelve sin entender muy bien lo que quiero, hasta que ve lo que le señalo. Lo que deseo es comprarle la cuchilla carnicera. Esta vez es él quien sacude la cabeza. No diría yo que con asco, pero casi. En cualquier caso, con una profunda desaprobación. Exactamente igual que en *Gremlins*. Puedo oírlo decir: «Estáis haciendo con Mogwai lo mismo que la sociedad ha hecho con todos los dones de la naturaleza. ¡¿No lo entendéis?!» Pero, en lugar de *Mogwai*, lo que le oigo decir es *pulpo*. Dudo que el pulpo sea un don; si lo es, juro que me empeñaré en devolverlo.

Vuelvo a señalarle la cuchilla grande, esta vez con insistencia, y saco del

bolsillo un pequeño fajo de billetes de veinte dólares. Tras un momento de vacilación, el pescadero se decide a vendérmela.

Cuando vuelvo a casa, encuentro a Lily dormida en su cama, mirando en dirección a la cocina. No me oye llegar, pero el pulpo sí. El paquete que llevo bajo el brazo cruje cuando entro en la cocina y las llaves aterrizan en la mesa con un sonoro tintineo. Dejo el paquete encima de la ancha tabla de picar, junto al fregadero, y lo llevo a la mesa, para que el pulpo pueda verlo. Miro de refilón a Lily para asegurarme de que el pulpo me está observando.

Lo está.

Enredo un momento con el cordel con que el chino ha atado el paquete. Si bien es cierto que con frecuencia los nudos me causan problemas, con este numerito busco un efecto dramático, más que nada para poder sacar la cuchilla y dejarla caer con un ruido sordo sobre el cordel en la parte más plana del paquete. Aunque no es mi intención fastidiar mi buena tabla de picar, en conjunto el efecto no tiene parangón, así que no me importa nada.

De todos modos, no falta mucho para que nos marchemos de aquí.

—¿Qué hay en ese paquete?

Es el pulpo el que habla. Bingo. Le ha picado la curiosidad.

—Ah, ya lo verás.

Deshago el paquete con mucho cuidado y el papel hace un ruido espantoso. Se desarruga. El olor del pulpo llega a mis narinas antes incluso de que termine de abrir el paquete por completo. A Lily le llega apenas un nanosegundo después, y sale de su trance mientras su detector de olores la guía hasta mí. No se detiene hasta que choca contra mis espinillas. Interpreta su papel a la perfección: una limusina que trae al invitado de honor a esta fiesta.

—En serio —dice el pulpo—. ¿Qué hay en ese paquete?

—¿Quieres saberlo? —Hago rechinar los dientes enseñándole la sonrisa más malvada posible—. ESTO.

Así pues, termino de abrir el envoltorio y levanto al pulpo muerto por la cabeza. Algunas gotas de jugo caen al suelo de sus flácidos tentáculos.

—¡Para! —exclama el pulpo, y se protege los ojos con uno de sus tentáculos—. ¿Eso es lo que creo que es?

—Sip.

—¡Es una brutalidad!

Este pulpo no sabe qué es la ironía.

–Sip –repito.

–Por dios, qué olor. ¿Y quién es ese, si se puede saber?

No sé cómo se llama este pulpo muerto; ni se me pasó por la cabeza preguntarle al pescadero si se llamaba de alguna manera. Miro al pulpo muerto, mustio y gris. Solo tiene un tono púrpura desmayado que sugiere incluso que una vez fue un ser viviente.

–Es Iris –contesto, y miro a Lily, que parece muerta de hambre mientras lame del suelo el juguito del pulpo. Siempre me gustó poner a las cosas nombres de flores.

–Ah, chico. Tengo una tía que se llama Iris.

Suelto una carcajada perversa, como una bruja de Shakespeare.

–¡Puede que ya no la tengas!

Cuando pierdan, cuando ganen la batalla, cuando acaben tremolina y barahúnda.

Aparto el papel y suelto el pulpo muerto encima de la tabla de picar. Aterriza con un ¡paf! húmedo y lo salpica todo. Es mucha carne. Saco la cuchilla y la dejo caer encima de un tentáculo, amputándole unos buenos ocho centímetros.

El pulpo suelta un grito.

*Hermoso es lo feo y feo es lo hermoso: volar por la niebla y el aire apestoso.*³

Le tiro el trozo de tentáculo a Lily; otro ¡paf! en el suelo. Lily da con él casi al instante y se lo zampa de un bocado.

–¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¿Estás loco?

Pienso en mi nuevo mantra: «¡No lo bastante loco!» Arranco la cuchilla de la tabla de picar y corto unos cuantos centímetros de otro tentáculo.

–¡PARDIEZ! –gargarea el pulpo, horrorizado.

Le tiro otro trozo de pulpo muerto a Lily, que parece estar disfrutando tanto como yo.

–Lo siento. ¿Te estoy molestando? –le pregunto, fingiendo estar preocupado.

–¡Por supuesto que me molestas! ¡Vaya por di...! Si hasta puedo saborearlo a través del cráneo de tu perra. –El pulpo se está poniendo verde–. Creo que voy a vomitar.

–Ya puedes darte por contento de que solo sea tu tía –digo, encogiéndome de hombros.

Cuchilla. HACHAZO. Otro cachito para Lily.

–¿Qué quieres decir?

Cojo la cuchilla y me agacho bien para mirar a nuestro enemigo a los ojos. Lily sigue colaborando, lamiendo el suelo allí donde han caído los trozos del pulpo muerto. Cuando baja la cabeza, el pulpo y yo quedamos cara a cara, ojo a ojo. *Mano a mano*.⁴ Tengo la cuchilla a dos centímetros de su cara.

–No te engañes, pulpo. Te vas a marchar esta noche. Te vas esta noche o alquilo una barca y te juro por dios que surcaré los mares con una puta red hasta atrapar a todos tus seres queridos. –El pulpo me mira como diciéndome que no me atrevería a hacer nada semejante–. Y después volveré aquí y los cortaré en pedazos y se los daré a mi perra. Ya saborearás su carne podrida.

Para dejárselo bien claro, me incorporo y cojo la cuchilla con fuerza.

¡PUM!

–¡Tu madre!

Le arrojo un trozo de pulpo a Lily, que lo coge al vuelo.

¡ZAS!

Otro cacho de pulpo.

–¡Tu padre!

Este pedazo cae en el suelo con un verdadero estruendo y Lily tarda apenas unos segundos en dar con él.

¡PAM!

–¡Tu hermano!

–¡No tengo hermano yo!

Le contesto con un gruñido.

¡TOMA!

–¡Tu hermana!

–¡Basta!

–¿Mujer tienes? ¡Mira que tengo todo el día! ¿Qué tal estás, Lily? ¿Te gusta este juego?

¡SÍ! ¡MASTICAR! ¡FELICIDAD! ¡MÁS! ¡CARNE! ¡SALADA! ¡PARA! ¡LILY! ¡POR! ¡FAVOR!

–De acuerdo, de acuerdo. Ya te he entendido.

–¿Te irás? –pregunto al pulpo mientras agito ominosamente la cuchilla delante de su odiosa jeta.

–Has dicho que tengo tiempo hasta esta noche.

El pulpo, taimado hasta el final.

¿Eso he dicho? No recuerdo lo que he dicho. Tengo que averiguar si esta rabia cegadora, asesina, es parte natural del dolor. ¿Es normal que yo, en este

momento, quiera hacer sufrir a mis enemigos, o he ido irreparablemente demasiado lejos?

El pulpo y yo nos miramos y tiro de la manga de la camisa.

–¿Qué pasa? –pregunta.

Me arremango despacio para enseñarle el tatuaje. Ocho tentáculos colgando en mi bíceps, y noto que al pulpo se le ponen los ojos como platos. Me levanto la camisa un poco más para enseñar de abajo arriba la obra de Kal con gesto histriónico. Al final, cuando la manga ya roza mi hombro, todo el tatuaje queda al descubierto: una perra salchicha, con aire triunfal, encima de la cabeza de un pulpo.

–Esto quiere decir adiós, hijoputa.

Me flexiono para asegurarme de que el pulpo está pendiente de mis palabras antes de clavar la cuchilla en la tabla de picar, y con una fuerza tal que parto la tabla en dos.

–¡AHORA YO SOY EL PULPO!

La zona pelágica

LA LEY DE LOS LOBOS (CONTINUACIÓN)

Cuando una manada se topa con otra en la selva,
y ninguna se aparta del sendero,
túmbate mientras los jefes negocian;
es posible que lleguen a un acuerdo.
Cuando te enfrentes a un lobo de la manada,
hazlo si está solo y los demás lejos;
pues si los otros se mezclan en la refriega,
la manada puede acabar diezmada por la guerra.

RUDYARD KIPLING

FISHFUL THINKING

Hace días que vengo preparándolo todo meticulosamente, haciendo el equipaje, comprobando las cosas que tengo que llevar y todo lo que me falta por hacer. Lo he apuntado con cuidado en media docena de listas confeccionadas con mucha atención. Lily sigue dormida cuando cierro la cremallera de la última bolsa; están todas apiladas junto a la puerta del dormitorio, una pila más alta que Lily y puede que también más alta que yo, impacientes, supongo, por que las lleve al coche y, después, al barco que nos espera. La cantidad de provisiones es impresionante; es imposible saber cuánto tiempo estaremos fuera y lo peligroso que será nuestro viaje. Trent (a pesar de que sugirió que tengo que dejar de jugar a este juego con el pulpo) me ha advertido que estoy huyendo de un destino obvio, y entiendo que se preocupe por nosotros: esta es una empresa arriesgada. Por el contrario, yo siento que controlo la situación por primera vez desde que empezó este suplicio.

Me empapo de la belleza de mi tierna pavita, que descansa plácidamente en el nido de plumas del edredón de nuestra cama. Una visión que casi me hace desear meterme otra vez con ella bajo las mantas. El pulpo se marchó hace dos días. Sin aspavientos ni despedidas; sencillamente huyó en mitad de la noche. Desapareció tal como había prometido cuando le di a Lily sus truculentas raciones de pulpo muerto. Sin ese visitante *non grato*, da la impresión de estar dentro del ojo tranquilo del huracán. Las aguas están en calma y los vientos han amainado, y en medio de esa paz quebradiza reina una belleza impresionante a pesar de la promesa de que la tormenta no tardará en volver a desatarse.

Dormida así como está, con esos carrillos bigotudos que se le inflan cada vez que respira suavemente, esta Lily me recuerda a la Lily cachorra, la que soñaba con tejones y playas, con un regazo cálido y días de sol y cacerías. No sé si conseguí asustar al pulpo para que se marchara para siempre, y ni siquiera sé adónde ha ido. Casi no importa.

Casi.

Ni Lily ni yo podemos quedarnos de brazos cruzados deseando que no

regrese, quizá con refuerzos esta vez. Solo tenemos una opción. Pongo una mano en el pecho de mi perra y ella despierta sobresaltada.

–Chist. Chist –digo.

Levanta la vista, me mira y bosteza; la mandíbula le chirría como una bisagra y estira las patas horizontalmente buscando un suelo que no está ahí.

Tarda un momento en ver la pila de gastadas bolsas de lona; parecen una escultura en un rincón, una montaña. Ahora que el pulpo se ha ido, Lily ha vuelto a ver.

–Pero... ¿qué diablos es eso? –pregunta.

Recuerdo una vez más el día en que, siendo aún pequeña, se metió en mi maleta cuando la saqué del armario para irme de viaje. Una pila de bolsas como esta debe de confundirla. ¿En cuál debe meterse de un salto?

–Son nuestras provisiones.

–¿Provisiones para *qué*?

Se incorpora despacio en el colchón, se sienta y se sacude el sueño que le queda; las orejas le baten como dos alas sin freno.

–Para nuestra aventura. –Le rasco la coronilla, en el lugar donde se había instalado el pulpo. Lo hago con cuidado, por si le duele–. ¿Ya no te acuerdas? Te lo había dicho. Vamos a vivir una aventura apasionante.

Lily se vuelve hacia mí y se lame sus vergüenzas antes de preguntar:

–Sí, ¿pero una aventura apasionante *dónde*?

La miro directamente a los ojos. Quiero protegerla o, como mínimo, no asustarla. Pero... ¿de qué sirve intentar ocultarle la verdad si ella será el otro capitán de esta travesía?

–Vamos a cazar pulpos.

Aún es de noche cuando Lily baja por los escalones arrastrando con los dientes, hasta el bordillo, la última bolsa que quedaba. Yo las meto todas en el coche con mucho cuidado. Hay ropa para mí, para protegerme contra los elementos (incluido un jersey con trenzas que uso durante las navidades en el este porque me hace parecer un pescador); mantas para Lily y un chaleco salvavidas, como el de Weezie, del tamaño justo para ella; latas de comida y pienso; chuches de cuero sin curtir; algunos libros sobre navegación, incluidas obras de Hemingway, Melville y varias de Patrick O’Brian; redes de pesca y un arpón; jarras de agua potable; cerillas; un mazo de cartas; la pelota roja de Lily; tres botellas de Glenlivet, dieciocho años, y una armónica –instrumento que no sé tocar–. Con el coche hasta los topes, decimos adiós a

la casa. Es duro; para ser franco, nunca pensé realmente en este momento a la hora de elaborar el plan. Ni Lily ni yo podemos decir con certeza cuándo volveremos a ver nuestra casa (ni si volveremos a verla).

Recorremos unos cincuenta kilómetros hasta Long Beach. A pesar de lo temprano de la hora, la carretera está asombrosamente transitada, si bien no lo bastante para dar lugar a un atasco. Hacemos todo el viaje casi en absoluto silencio, quitando los suaves ruiditos húmedos que hace Lily cada vez que se lame. Me pregunto si en el transcurso de toda esta terrible experiencia me habré olvidado de aplicarle el antipulgas. Ahora ya no puedo hacer nada. Una ventaja: lo más probable es que en el mar no haya muchas pulgas. El sol apenas asoma por el horizonte cuando llegamos al puerto deportivo y aparco en la única plaza libre que queda. Lo dejo debajo de un letrero que dice PROHIBIDO APARCAR DE NOCHE, y solo puedo imaginar el montón de multas que nos encontraremos a la vuelta. Si volvemos.

Después de pasarme los dos últimos días negociando por teléfono, me he asegurado la posibilidad de usar una barca pesquera –un arrastrero– llamada *Fishful Thinking*. (¿Pensamiento pecetivo?) La veo al final de los muelles justo en el momento en que la niebla matutina empieza a disiparse; es la primera vez que la veo, digamos, en persona. No es una barca de campanillas, la verdad sea dicha, y no le vendría mal una mano de pintura, pero se la ve sólida, romántica incluso con ese ligero toque de cansancio; no cabe duda de que ha pasado muchos años en el mar. El *Fishful Thinking* tiene, delante, una caseta, dos mástiles –el palo mayor y el de mesana–, una cubierta de trabajo en la popa y, a cada lado, balancines más largos que las bordas. La hemos alquilado sin fecha fija de devolución.

–¿Usted es Ted?

El dueño del *Fishful Thinking* es un hombre de rostro gris y curtido por la sal; lleva un jersey parecido al que he traído en una de las bolsas, pero el suyo está casi completamente agujereado. En lugar de fumar en pipa, fuma (o vapea, supongo) un cigarrillo electrónico, cosa que me sorprende y, en conjunto, todo me parece de mal gusto y nada auténtico. No sé por qué su mala salud pulmonar sería esencial para una buena botadura, pero por una razón u otra se me ocurre que sí.

–Sí, soy Ted. ¿Esta es la barca? –pregunto, dando unos golpecitos en el techo de la caseta.

–Sí, señor.

Me ayuda a cargar las provisiones mientras Lily se limita básicamente a quedarse sentada en el muelle, desde donde contempla la escena. Mueve las patas cuando el muelle se balancea mientras cargamos los pesados bolsos. La dejo tranquila para que disfrute de un momento de calma y se acostumbre a este nuevo entorno. Tendrá que aprender a andar por la cubierta con sus cuatro patas; yo, en cambio, necesito dos.

–¿No lleva usted demasiadas cosas? –dice el hombre, la voz cargada de grava y alcohol.

–No, jefe. Queremos estar preparados.

–¿Para qué se está preparando?

La pregunta me hace pensar. Nunca hasta hoy he salido a cazar pulpos y, puesto que es imposible prever todos los peligros potenciales que me esperan, elijo mis palabras con cuidado antes de responder.

–Para lo que pueda venir.

–Pero si solo va usted..., la pequeña no puede necesitar mucho –dice, señalando con la cabeza a Lily.

–Puede que tardemos en volver.

Y es verdad.

–¿Hacia dónde se dirige? ¿Eso puede decírmelo?

Arrojo a la cubierta una bolsa bastante pesada que al caer levanta una polvareda que nos hace toser a los dos. El hombre da una larga calada a su cigarrillo y la nube de vapor se mezcla con el polvo antes de que este se asiente.

–Al lugar donde viven los pulpos.

El hombre me mira asustado y la bolsa que lleva casi se le cae de las manos, pero consigue sujetarla en el último segundo y la deja en el suelo. Puedo oír el ruido de las botellas; debe de ser la bolsa en la que he puesto el escocés.

Advierto una nota de aprensión en su rostro. Cuando se incorpora y se retuerce, le crujen los huesos de la columna; el viejo jersey agujereado le cuelga de la osamenta.

–Las aguas ni cerca del fondo ni de la superficie, y lejos también de cualquier costa.

–La zona pelágica. Es ahí adonde vamos –digo.

Ya lo había leído.

El hombre asiente con la cabeza.

–Lo que los griegos llamaban mar abierto.

A mí los griegos me importan un pepino, pero de todas maneras le sonrío. Solo me preocupa una cosa.

–¿Aguantará el *Fishful Thinking*?

El hombre da otra calada a su cigarrillo electrónico, azul en la punta, y me mira de arriba abajo. Después suelta el vapor dentro de la estrecha caseta, el espacio para respirar que compartimos.

–No es el barco lo que me preocupa.

Miro por encima de su hombro justo a tiempo para ver aparecer a Lily en los escalones que llevan a la parte de abajo de la caseta, el lugar donde nos encontramos. Se sienta en silencio y escucha. Me pregunto si habrá oído lo que acaba de decir el hombre acerca de lo que le preocupa.

–Por nosotros no tiene que preocuparse –digo–. Somos aventureros, ella y yo. Para nosotros esto no es una novedad. Puede que no tengamos aspecto de aventureros, pero somos tenaces. Y tenemos una misión. Los mares abiertos no nos dan miedo.

Al menos no tanto como para quedarnos de brazos cruzados, en casa, esperando al pulpo. O algo peor aún: regresar. Supongo que hicimos un trato, que pactamos algo parecido a una tregua, pero estoy seguro de que él no cumplirá lo acordado; así pues, ¿por qué debería cumplir yo?

–El mar está repleto de cosas que nunca habéis visto, a las que no les importan lo tenaces que hayáis sido.

Detecto una amenaza en esa especie de pareado.

–Esa es exactamente una de las cosas que vamos a buscar.

Oh, sí, y lo que le haré cuando la encuentre.

La barca se mece suavemente en las aguas del puerto. No muy lejos de ahí, unas gaviotas peleonas se disputan unas sobras.

–Haga usted lo que le dé la gana –dice el hombre, dándose cuenta de que no vamos a cambiar de opinión.

–Se la devolveremos sana y salva –digo, golpeteando con los nudillos las paredes de la barca.

Como está hecha con unos maderos robustos, me responde con un sonoro eco.

El hombre aspira otra bocanada de vapor.

–Da igual. Ya me ha pagado el depósito –dice, y suelta una risa de

fumador. Flema y resuellos. Después da media vuelta y se dirige hacia la cubierta antes de detenerse.

–¿Dónde hay que hacerle cosquillas a un pulpo para que se ría?

¿Me lo preguntará en serio? Mi experiencia me dice que los pulpos son criaturas malvadas, incapaces de algo tan agradable como reír. Como no se me ocurre nada, le contesto:

–¿Tiene alguna importancia?

–Pues no en los *testículos*, sino en los *tentáculos*. –Y suelta unas carcajadas que casi se ahoga en su propia risa.

Luego se inclina hacia delante, doblado casi en dos y se apoya en la barandilla. Me pongo tenso, pues me preocupa la posibilidad de tener que hacerle una reanimación cardiopulmonar: no quiero poner la boca cerca de este carcamal. Por suerte, poco a poco consigue reponerse y nos dice adiós con la mano.

–Es un chiste muy viejo. –Mientras sube por la escalera, le acaricia la cabeza a Lily y repite, para que Lily lo oiga–: Sí, señor. Muy viejo.

Lily no aparta la vista de mí en ningún momento. Mi perra es cautelosa. Cuando el hombre se va, hago todo lo que puedo para que no se inquiete.

–No te preocupes –le digo–. Me he acordado de traer la pelota roja.

Y Lily me mira como diciéndome que más me vale no haberla olvidado.

LA VIEJA DAMA Y EL MAR

Da igual la dirección en la que se mire desde nuestra posición privilegiada en la caseta. Lo único que se ve es el mar. Franjas azules, franjas verdes, franjas grises y todas las combinaciones posibles de esos tres colores. Lo difícil es divisar el horizonte. Ya no sé decir dónde termina el agua y dónde empieza la gran extensión del cielo. Hay nubes. Hace diecisiete días que iniciamos este viaje y me pregunto si seguimos vivos. La zona pelágica es deprimente.

Al principio, Lily y yo estábamos animados, con ganas de vivir esta aventura; pero hacia el octavo día sucumbimos al letargo de la vida en el mar, a esta completa monotonía. La caseta parecía ir encerrándonos cada vez más y, en los largos días, podía ponerse caliente como un horno. Literalmente, nos asábamos..., el aire viciado por nuestro sudor y la carne que cocinábamos. (Lo único que me olvidé de traer fue protector solar y al cabo de unos días ya estábamos bien bronceados.) En la barca, todo parecía recubierto de mugre y de sal. Nos turnábamos para realizar las duras tareas del navegante: fregar la cubierta, llevar el timón, recogerlo todo después de comer, acechar por si aparecía el pulpo... De cocinar me ocupaba casi siempre yo, básicamente porque Lily es incapaz de no comerse lo que caiga en sus manos aunque todavía no esté cocido. Por la noche, negociábamos las horas de guardia y nos turnábamos para dormir. Lo más importante era no perder de vista el mar. Eso hicimos las tres primeras noches, antes de que nos sintiéramos tan agotados que nos acurrucábamos juntos para dormir, ella en el hueco detrás de mis rodillas, igual que en casa. Fue un consuelo para ambos. Yo llevaba un cuaderno de bitácora en el que iba apuntando el desarrollo de los acontecimientos, relatos detallados de los días y de cómo iba pasando el tiempo. Bueno, al menos lo hice al empezar la travesía. La última entrada dice: *De madrugada. Rumbo Oeste-Sur, distancia 65 millas náuticas. Vientos suaves.*

El sexto día vimos rayos y la marejada se puso peligrosa con la llegada de una tormenta. Nos pasamos la peor parte del temporal dentro de la caseta, jugando al Ocho Loco, pero ese juego me recordaba mucho al pulpo y no

tardé nada en aborrecerlo. Dejé que Lily ganara dos manos y, mientras mezclaba las cartas sobrantes por segunda vez, le sugerí que jugásemos al War.

El noveno día empecé a tallar un trozo de madera que recogimos del mar. En uno de los libros sobre navegación había leído que los pescadores de ballenas tallaban marfil y huesos (y, a veces, cocos y caparazones de tortugas), un arte que ellos llamaban *scrimshaw*. Con mi cuchillo nunca podría haber tallado ni marfil ni huesos, y no sé si llamaría a eso arte, pero logré tallar un perro salchicha que no estaba del todo mal. Le dije a Lily que era su madre, Witchie-Poo, que cuidaría de nosotros y nos mantendría a salvo.

—¿Mi madre se llama Witchie-Poo? —preguntó.

—Sí —contesté—. Tú ya lo sabes.

Antes de que pasaran dos semanas yo estaba irreconocible; ya no era el Ted de antes. Ducharme era lo que más deseaba en el mundo. Me había crecido la barba, dura, pinchuda e impregnada de sal por el aire del océano, y también había adquirido el color de la sal. Se me había quemado y pelado la piel; parecía cuero. Atisé brevemente mi reflejo en la ventana de la caseta y pensé que era otra persona. Creo que Lily tampoco me hubiese reconocido si no hubiera sido testigo de mi lenta mutación.

—Tu abrigo es caoba —me dijo—. Como el mío.

Ahora los dos tenemos pelos blancos debajo del mentón.

El decimoquinto día hice de tripas corazón y salté por la proa al océano. El chapuzón primero fue espasmódico; luego, tonificante. Pensé en todos los monstruos que habitan el fondo del mar, imaginé que el pulpo se me pegaba a la pierna y me arrastraba a grandes profundidades; pensé que la cabeza me estallaba por la densidad del agua, que me ahogaba. Pero solo durante un brevísimo segundo. Me sentía demasiado vivo para morir. Hizo falta animarla mucho, pero al ponerse el sol convencí a Lily para que tomase un baño. La cogí con fuerza con las dos manos, acercándola a mi cuerpo, usando las piernas para patlear y mantenernos a flote mientras ella remaba con las patas, más que nada, creo yo, porque estaba muerta de miedo.

—Te tengo, Mona. Y no voy a soltarte nunca.

Y juntos dejamos que nos llevara la corriente, mirando el cielo color naranja, las nubes teñidas con la lava de un volcán invisible. Eché la cabeza hacia atrás en el agua, con los oídos sumergidos y, por primera vez en

muchos días, todo pareció estar en calma. Con un ojo puesto en el *Fishful Thinking* para no alejarnos mucho de la barca, dejé que el agua se llevara todas nuestras otras preocupaciones. Tuve la sensación de que ese baño era algo parecido a un bautismo. En cuanto nos sumergimos en el océano, las aguas se ocuparon de protegernos. Nos purificaron.

Hoy es el decimoséptimo día. Hemos dejado de poner el atún en los platos y lo comemos directamente de la lata. Es más fácil así, y menos cacharros que fregar. Miro a Lily, que se termina su lata antes que yo. Mira hacia delante con expresión estoica. La luz acentúa el gris de su cuello y el que le rodea los bigotes, y también el trocito que separa sus ojos. Ya no es joven; ya no es mi niña.

–Me parece extraño que hayas traído latas de atún para una aventura en el mar –dice, en un tono que transmite solo un mínimo reproche.

Echo un vistazo a las redes, a las artes de arrastre y todos los chismes que decoran el *Fishful Thinking*.

–¿Extraño? Ja, ja. ¿O quieres decir gracioso?

No me contesta. Termino mi lata y recojo las latas vacías. Acabaremos quedándonos sin atún y tendremos que pescar para comer. Pero no se lo digo. No hace ninguna falta jugar con sus temores.

–¿Cómo sabremos cuándo vamos a encontrar al pulpo? –pregunta Lily otra vez, mirando detenidamente las ondas que rodean el casco y no cesan de cambiar de forma y de color.

Para contestarle solo tengo la misma respuesta que le he dado siempre que me ha hecho esa pregunta. Le rasco debajo de la barbilla y hago tintinear las plaquitas de su collar.

–Lo sabremos.

A pesar del aburrimiento y la monotonía, estas dos últimas semanas y media casi he pensado únicamente en el pulpo. No permitiré que nos adentremos tanto en sus aguas y no podrá refrenar el impulso de anunciarse. Se tomará como una afrenta nuestra presencia en su hábitat lo mismo que me ocurrió a mí con su presencia en nuestra casa. Por la noche, cuando me cuesta dormir, me armo de valor para una gran batalla en el mar. Me imagino al monstruo rodeando nuestra barca con sus brazos musculosos, intentando agujerear el casco con la boca mientras Lily y yo tratamos desesperadamente de ser más hábiles que él para responder al ataque y arponearlo. No hay nada que no haya soñado con hacerle. Cirugía, radiación, pastillas. Somos dos

contra uno en esta batalla, pero sigo sin estar seguro de si estamos en igualdad de condiciones. Él tiene una ventaja: el mar.

–¿Y por qué hemos vuelto a salir a cazarlo? –pregunta Lily.

Miro la brújula del barco y modifico el rumbo cinco grados suroeste.

–Es la mejor posibilidad que tenemos de seguir estando juntos.

Lily se levanta, da tres vueltas y luego vuelve a sentarse. Siempre lo hace cuando está aburrida.

–¿Quieres cantar una canción? –le pregunto.

–Si he de serte sincera, no.

–Podría volver a probar con la armónica.

Lily se espanta, pero muy educadamente dice:

–No, gracias.

–Lo encontraremos –le aseguro–. Lo que pasa es que el océano es muy extenso.

–Como Los Ángeles.

Es probable que a un perro salchicha ambas extensiones le parezcan iguales.

–No tanto como el mar.

Estudio los mapas. Si los estoy leyendo bien, estamos encima de una poza especialmente profunda. En mi interior, algo me dice que el pulpo está cerca.

Lily mira por encima de un lado de la barca y dice:

–Es asombroso que una vez se marchase de aquí para irse a vivir con nosotros.

Personalmente, nunca había prestado mucha atención a las motivaciones del pulpo; me parecía que el modo en que habían ocurrido las cosas no tenía la menor importancia. Pero Lily tiene razón. Es asombroso.

–Espero que el pulpo piense lo mismo de nosotros antes de que le clavemos el arpón en su cabeza carnosa.

Lily palidece de una manera que por primera vez me hace preguntarme si no ha llegado a sentir cierta lástima por ese parásito. El síndrome de Estocolmo. Identificación con su captor. O como se llame. Espero que no. No quiero que eso sea verdad. No quiero que vacile cuando llegue el momento de matarlo.

El sol empieza a ponerse. Ya es un hábito para nosotros verlo desaparecer en el horizonte, y esta vez no tiene nada de distinto. Nos sentamos en la proa

del *Fishful Thinking*; yo al estilo indio y Lily en el hueco entre mis piernas, y mientras el sol desaparece de nuestra vista, digo:

–Se va..., se va..., se ha ido.

Y después normalmente pedimos algún deseo. Es mi momento preferido del día.

–¿Qué es lo primero que querrás hacer cuando volvamos a casa?

Lily se lo piensa.

–Creo que no lo he pensado.

¿Sabrá alguna cosa que yo no sé? ¿O esto es solo parte de su capacidad canina para vivir totalmente en el presente? Una parte de mí no quiere saberlo.

–Bueno..., no sé tú, pero yo quiero darme una ducha caliente y dormir a pierna suelta en nuestra cama. Y pizza de la Pizzeria Village, con pimientos rojos asados y aceitunas negras, y una cerveza Sam Adams bien fría.

La idea de volver a casa despierta el interés de Lily. Aunque no esté convencida de que vaya a ser así, aunque solo se trate de un juego.

–A mí me gustaría tener mantequilla de cacahuete en mi Kong, olisquear en el patio trasero y quedarme dormida en tu regazo cuando todo esté en calma.

El movimiento de la barca ha estado sacando lo mejor de los dos.

–¡Genial todo! –exclamo con entusiasmo.

Una brisa fría atraviesa la cubierta con un silbido sobrecogedor. Inquietante, podría decirse.

–Y quiero un bol enorme de arroz con pollo, aunque no esté enferma.

–Pero sí mareada, tal vez –le digo.

–Enferma de tanto mar –replica–. Harta.

Asiento con la cabeza. Está hablando del arroz con pollo que siempre le preparo cuando le duele la barriga. No sé por qué no se lo preparo más a menudo, pues es obvio que le encanta. Aquí no puedo preparárselo. Sencillamente porque no tenemos pollo.

De repente aparecen las estrellas; brillan y titilan en todo su esplendor.

–¿Puedo decirte algo más?

–Siempre –contesta Lily.

–No tiene importancia –le digo yo al instante.

–No. ¿Qué?

No debería haber dicho nada. Pienso en cómo podría haberle sonado lo que

he estado a punto de decir, algo que sugiere un futuro sin ella; como mínimo, un futuro en el que ya no estaremos los dos. Pero he abierto mi estúpida boca. No se me ocurre una sola mentira verosímil y me siento obligado a completar el enunciado.

–Me gustaría volverme a enamorar.

En el silencio que se produce a continuación, lo único que se oye es el murmullo rítmico del motor del *Fishful Thinking*. Estamos tan lejos de la costa que no se oye siquiera el chillido de una gaviota. Sé que eso pone celosa a Lily. La idea de que me enamore. No le gusta compartir mi afecto con nadie. Nunca le he dicho explícitamente que los perros no viven tantos años como las personas. Me pregunto, por la época que pasó con el pulpo, cuánto sabe. Me pregunto si en las últimas semanas no habrá pensado en la mortalidad como he hecho yo.

–Te enamorarás –dice, y luego, casi como si fuera algo que acaba de ocurrírsele–: Te lo prometo.

Una estrella fugaz atraviesa el cielo y, señalándosela, grito:

–¡Mira!

Pero Lily no se vuelve lo bastante rápido para verla.

CICATRICES Y ESTRELLAS

La luz de la luna llena penetra por el hueco que hay en lo alto de la escalera y proyecta en este reducido espacio algo así como un manto azulado. Es posible que *manto* sea una palabra demasiado gráfica, y es posible también que sea el whisky escocés y no la luna lo que tiñe mi estado de mi ánimo. Aun así, me sirvo otros dos dedos. Debería racionarlo con más cuidado, pero ahora mismo lo que más deseo es un bálsamo cargado de humo.

Desvisto a Lily antes de meterla en la cama; es decir, le quito el chaleco salvavidas que he insistido en ponerle desde la primera vez que percibí la proximidad del pulpo. Levanta la vista y me mira con expresión inquisitiva.

–¿Qué pasa? –le pregunto.

–Tienes un parche, justo debajo del mentón, en ese lugar donde no te crece la barba.

Me toco debajo de la barbilla. Los pelos hirsutos se están volviendo bastante rebeldes, y los separo con los dedos hasta encontrar ese parche del que me habla Lily. Palpo piel lampiña.

–Ah, eso. Es una cicatriz.

Lily se da por satisfecha con mi explicación, pero solo brevemente.

–¿Qué es una cicatriz?

–Es la marca que queda después de que se cierra un corte en la piel. O una quemadura, una herida.

Lily reflexiona sobre mi respuesta.

–¿Cómo te la hiciste?

–Cuando tenía cinco años, empujé a Meredith, mi hermana, contra la mesita de centro, y se le abrió la barbilla. Fue un acto de maldad, una estupidez de mi parte. Ni siquiera recuerdo por qué lo hice, pero sí que le hacía muchas cosas a Meredith, porque tenía casi mi edad y a menudo simplemente porque la tenía siempre pegada a mí. Una vez le metí un crayón rosa en la nariz y lo partí en dos. El médico tuvo que quitárselo con un fórceps pequeño. Otra vez la convencí para que se embadurnara todo el pelo

con un bote entero de vaselina. Después tuvieron que hacerle un corte de pelo radical.

–Nada de lo que me cuentas explica de verdad cómo te hiciste la cicatriz que tienes en la barbilla.

Reflexiono sobre lo que estoy tratando de explicar.

–La mejor respuesta que soy capaz de darte es que el karma puede ser un coñazo.

–¿Qué es el karma? –pregunta Lily.

–¿El karma? Pues... es creer que los actos de una persona en el presente deciden su destino en el futuro. Una semana después de empujar a Meredith contra la mesita, me caí en la bañera y me partí el mentón. Así fue como me hice esta cicatriz.

–Yo tengo una hermana llamada Meredith –dice Lily tras una breve cavilación.

–No –la corrijo–. Yo tengo una hermana que se llama Meredith. Tus hermanas se llaman Kelly y Rita.

–¡Y mi madre se llama Witchie-Poo!

–Exacto.

Saco del bolsillo el talismán Witchie-Poo y lo dejo sobre la cama. Lily se sube al colchón de un salto y lo olisquea.

–Yo tengo una cicatriz –dice, dándose la vuelta en la cama para enseñarme el lomo cuan largo es. Me mira con ojos compungidos.

–Sí. La que te quedó después de la operación, cuando te rompiste dos discos de la columna. Menudo susto me diste.

A menudo me pregunto hasta qué punto recordará Lily esa experiencia, o si ha bloqueado mentalmente la mayor parte de aquel mal momento. Supongo que, si sabe que tiene una cicatriz en la espalda, aquel trance debió de dejar una cicatriz en otros lugares menos visibles.

Me quito los pantalones, los doblo y los dejo a un lado. Hace tres días que no me cambio la ropa interior, y ni siquiera me he tomado la molestia de lavarla.

–¿Ves estas? –pregunto, poniendo la pierna encima de la litera–. Estas cicatrices son de una operación. Un cirujano me abrió la pierna para sacarme unas venas.

Por la mueca que hace, parece no gustarle nada lo que le estoy contando.

–¿Y por qué lo hizo?

–Las válvulas se habían atascado y no conseguían llevar la sangre de vuelta a mi corazón. El médico las arrancó como un pájaro cuando saca gusanos de la tierra.

Lily parpadea y baja la cabeza.

–¿Y por qué tengo esta marca encima del ojo?

La cojo por el morro y le bajo la cabeza un poco más.

–¿Eso? Bah, no es nada. Te la hiciste jugando. Corrías detrás de tu pelota roja y te diste de cabeza contra la cocina.

Lily se ríe como si pensara que es una tontería que hubiera podido hacer algo así. Y luego, como por instinto, se va a buscar la pelota, que está debajo de la mesita donde a veces comemos cuando nos hartamos de mirar el mar. Se sube de un salto a la litera y pone la pelota roja a buen recaudo junto a sus patas.

Extiendo el índice de la mano izquierda mientras el whisky golpea las paredes del vaso como el océano que arremete contra el casco del *Fishful Thinking*. Tengo una marca justo encima del nudillo que une el dedo a la mano.

–Esta me la hice peleando contigo.

–¿Peleando *conmigo*?

–Sí, señora. Estaba guardando la compra y tú me quitaste el embutido de chorizo de las manos. Y de paso me diste un mordisco en el dedo.

–¿Yo hice eso?

–Tenías tantas ganas de comértelo que no me soltabas el dedo.

–¿Y tú qué hiciste?

–Te aticé en la narizota y te tumbé entre la col china. Solo así pude recuperar el dedo.

–Yo soy una perra salchicha –dice, encogiéndose de hombros.

–Ya lo sé.

Lily se da la vuelta otra vez.

–¿Y qué es esta cosa que sobresale en este lado? Aquí.

Le aprieto el abdomen y le palpo la costilla flotante.

–Ah, eso. Cuando eras cachorra te caíste por las escaleras. Según el médico, te rompiste una costilla. En aquel momento no me di cuenta, pero debió de curarse de una manera extraña. Me dabas muchos sustos cuando eras pequeña. –Alzo mi vaso y brindo–. Por tu costilla flotante.

Lily baja de la cama de un salto y se va corriendo hacia el platito del agua.

–Y yo brindaré por la tuya.

Se bebe toda el agua como si estuviera muerta de sed. No me tomo la molestia de explicarle que yo no tengo ninguna costilla suelta. Ya he captado su intención.

Lily vuelve a subirse a la litera y pregunta:

–¿Tienes más cicatrices?

–Solo en el corazón. Pero digamos que son cicatrices metafóricas.

Lily me mira como tratando de entender lo que acabo de decirle. He intentado contarle lo de Jeffrey... Que estuvo conmigo seis años hasta que de repente dejó de estarlo. Los gritos de dolor, la tristeza, el silencio y el engaño que hicieron que el amor no fuese como se supone que ha de ser. Ni siquiera ahora estoy seguro de que lo entienda del todo.

Me siento a su lado en la cama y le rasco detrás de las orejas.

–¿Y el pulpo vino a mí por el karma? –pregunta.

La pregunta me desconcierta, y cuando por fin entiendo lo que quiere saber, todo me parece un tremendo puñetazo en el estómago.

–No, no. Por supuesto que no.

–Pero antes has dicho que los actos de una persona en el presente...

–Exactamente –la interrumpo–. De una persona. Pero los perros..., los perros tienen el alma pura. Mírame. –La cojo por la barbilla y la miro directamente a los ojos–. Los perros siempre son buenos y rebosan amor y abnegación. Son recipientes de alegría, y nunca, nunca se merecen que les ocurra algo malo. Y tú menos que ninguno. Desde el día que te conocí, lo único que has conseguido es que mi vida sea mejor en todos los aspectos posibles. ¿Lo entiendes? –Lily asiente con la cabeza–. Así que no. El pulpo no te encontró por nada que tenga que ver con el karma.

Me dice otra vez que sí con la cabeza y la suelto. Apuro lo que queda del escocés y dejo el vaso vacío en el suelo haciendo bastante ruido.

–¿Dormimos?

Me subo a la litera con ella. Hay algo que me molesta debajo de la espalda; meto la mano debajo de la manta y saco la pelota roja. La dejo en el suelo junto al vaso vacío. Toco el talismán de la suerte de Witchie-Poo y apago la vela del farol. Lily me da un besito tierno en la nariz y yo le doy un beso en la frente, entre los ojos. No le digo nada sobre lo que yo mismo me he preguntado en los momentos más negros desde que empezó nuestra cruel experiencia: si el pulpo, en realidad, se instaló en ella por culpa del karma.

Pero no por un karma resultante de sus actos.
Karma, quizá, por los míos.

MEDIANOCHE

Me veo sentado a horcajadas sobre Lily, asestándole golpes y más golpes en el morro y gritando: «¡Muere! ¡Muere! ¡Muérete!» Las lágrimas me resbalan por las mejillas y los nudillos me escuecen de dolor. El aire es un fuego y me arden los pulmones y el corazón y arde también todo mi ser. Solo recuerdo una cosa: traición. La cruda revelación de que Lily es el pulpo. De que ha estado engañándome desde el principio. Ya no sé nada. No sé dónde termina la barca y dónde empieza el agua, ni dónde acaba el agua y empieza el cielo; ni dónde termina el cielo y empieza el espacio próximo, dónde termina ese espacio y empieza la oscuridad.

O dónde acaba.

No sé si la barca ha volcado. No sé si la cama se ha estrellado contra el techo, si las ventanas van a estallar y el agua entrará a raudales, si nos ahogaremos. No sé si el mundo entero está patas arriba o si solo lo está el mío. Solo siento el dolor de la traición mientras aporreo a mi dulce perrita en la cara.

Y en ese momento me despierto. Sin aliento.

Me vuelvo inmediatamente hacia Lily, que duerme a pierna suelta. No tiene nada en la cara; mi violencia no la ha perturbado. Lily no es el pulpo. Es imposible, no sería propio de ella hacer algo así. Sin embargo, el sueño fue tan real que parecía anunciar algo muy negro. Se la ve tan hermosa, tan tranquila. Me obligo a quitarme de encima esa sensación horrible, pero no antes de susurrar: «Por favor, no te mueras nunca.»

Algo que no se le puede pedir a ningún ser viviente.

Percibo algo húmedo a mi lado y al instante me asalta un temor: el pulpo ha vuelto. Pero esta vez el culpable soy yo, o, para ser exactos, la botella de whisky, ahora vacía, que encuentro a mi lado. Intento frotarme los ojos para acabar de despertar, pero yerro el tiro y me doy un golpe en la nariz.

En ese momento me doy cuenta de que estoy borracho.

*De la punta del morro a la punta de la cola,
lávate todos los días, y bebe mucho, pero nunca*

*demasiado. Recuerda que la noche es para cazar
y no olvides que el día está hecho para dormir.*

No conozco esos versos ni sé por qué se me pasan por la cabeza ni de dónde son. ¿Kipling? No tiene importancia. Simplemente tengo la sensación abrumadora de estar violando las reglas. Leyes. Edictos. Cosas que se han de observar. Que no se han de infringir. Fuerzas que no han de ponerse a prueba.

Una oscuridad absoluta inunda la caseta cuando la luna se esconde detrás de una nube. Igual que nosotros. Detrás de una nube. Hemos perdido el rumbo, la finalidad que nos ha traído hasta aquí. Somos cazadores y la noche es para cazar. Y aquí estamos, borrachos y dormidos. Si el pulpo atacase ahora, seríamos una presa fácil. Patético. Listos para ser asesinados. ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Cómo he permitido que ocurriera?

Miro a mi bella durmiente y en silencio le ruego que me perdone. ¿En qué nos he metido? Lily no lo necesita. No quiere esto. No sabe qué es la venganza. Y si bien personalmente prefiero considerar que este viaje es una maniobra ofensiva, no puede negarse que en parte es eso: venganza. *Levaste anclas en nuestras aguas, ahora nos adentramos en las tuyas.*

Bajo de la cama tambaleándome, igual que los borrachos, y armando mucho jaleo. Como soy demasiado alto, me doy con la cabeza contra el techo. Tropiezo con la botella vacía y la pelota roja de Lily sale disparada por el suelo. Más ruido. Recojo rápidamente la botella para poner fin a tanto alboroto. Miro a Lily. Si hay algo que la despierta, es el sonido de la pelota roja que la invita a jugar cuando rebota contra las tablas de madera. No obstante, sigue profundamente dormida, señal de nuestro total agotamiento.

Subo los pocos escalones que llevan a cubierta y dejo que la brisa nocturna me despeje. La aspiro profundamente. Veo estrellas, miles de estrellas, y hay otras miles detrás de las nubes. La barca se balancea y, como casi pierdo el equilibrio, me tumbo boca arriba en el suelo y miro el cielo. Soy tan pequeño. Pequeño físicamente, pero también insignificante. ¿Por qué me mueve más la venganza que el perdón?

Pienso en todas las personas a las que tendría que perdonar.

¿A Jeffrey? Nos quisimos y, sin embargo, el amor solo no fue suficiente. ¿Lo estropeó todo con sus indiscreciones? ¿O no estuve yo nunca lo bastante disponible para evitar que les echase el ojo a otros? Al final, es probable que

ninguno de los dos cuidase lo que teníamos. Si fue así, ¿por qué entonces tanta rabia en el momento de separarnos?

¿A mi madre por no decirme que me quiere? Con demasiada frecuencia somos culpables de pensar que nuestros padres llegaron a este planeta siendo adultos plenamente funcionales ya el día mismo en que nacieron. Que no tienen un pasado, una vida anterior a nuestro nacimiento. Que el padre no es también un hijo, que la madre no es también una niña. Mi madre tuvo una infancia dura; soportó cosas de las que yo poco sé. A pesar de ello, lo que suelo hacer es pasar por alto su dolor y sobrevalorar el mío. De repente eso me parece cómico, ridículamente egoísta, y me río. Un asombroso estallido de risa. Sigo tumbado y quieto mientras las carcajadas salen disparadas hacia el cielo como un cohete, llegan a la estratosfera y luego vuelven silenciosamente a la tierra en forma de una cita de algo que una vez leí: *Tú te has llevado, con mucho, la peor parte, pero la mía me la estoy llevando ahora*. En este momento echo de menos a mi madre.

¿Perdonar al pulpo? ¿Se merece mi perdón? ¿Hizo simplemente lo que hacen los pulpos? ¿Echaría la culpa a la leona por abatir a una gacela? ¿O debería echarle la culpa al ecosistema, la creación de un mundo donde la carne es comida?

Lo peor de mi desdén y de mi escarnio siempre lo había reservado para mí. Pero ¿qué hice para merecerlo, en serio? ¿Permitir que una relación se fuese al traste? ¿Dejar que el pulpo entrase en casa? ¿Tolerar la depresión sin combatirla? ¿Arrastrar a Lily a mar abierto, y a mí con ella?

Y, de repente, quiero dar media vuelta. Me muero por volver a casa; lloro su pérdida como si ya no existiera. Pero existe, lo que pasa es que está muy lejos. Esperándonos. ¿Qué estamos haciendo? A la deriva en mitad de ninguna parte, y quedarnos sin comida solo es cuestión de tiempo. ¿Por qué? Lo único que tengo que hacer es dar media vuelta. La brújula hacia el este, no hacia el oeste. Los ojos se me han llenado de lágrimas. Eso es lo que quiero hacer. Por mí. Por nosotros.

Pero no lo hago.

Hay cosas que son imperdonables. Mi problema es el polo opuesto del problema de la humanidad: no haber combatido lo suficiente, no haber conocido a fondo la guerra. Siempre he rehuído el enfrentamiento, la mayoría de las veces lo he evitado. Pelear siempre me ha parecido una tontería rayana en el ridículo. A fin de cuentas, la guerra fue algo que le ocurrió a gente muy

lejana en lugares remotos. No algo desencadenado por una invasión de ocho tentáculos en nuestras propias líneas del frente.

Pero esto, lo del pulpo, sí es una guerra. Guerra de guerrillas. No puedo amedrentarme, ni recibir el castigo antes de que empiece la batalla. Ahora, nos guste o no, somos soldados. Y, como tales, tenemos que estar alertas, despiertos, en guardia. Y seguir navegando hacia el oeste.

Todo esto me hace reflexionar. Me levanto para enfrentarme a la noche; esta vez piso firme y me acuerdo de acercarme, bamboleándome, a la cabezada de la barca.

Recuerda que la noche es para cazar.

Camino hasta la caseta y activo la ecosonda. Parece revivir, y transmite sus pulsaciones al instante. Me río entre dientes. Hace tres semanas no sabía hacer nada de esto; ahora es un acto reflejo. Espero recibir algún dato hidroacústico que indique la presencia de nuestra presa, pero las pulsaciones devuelven poco más que la profundidad del abismo marino.

Sé que el pulpo está ahí. Me acerco al borde del barco y, aferrado a la popa, grito: «*¿Me oyes? ¡Sé que estás ahí!*» La oscura noche se traga mi voz. El único eco resuena en mi cabeza.

Vuelvo a comprobar los datos antes de apagar la sonda. Nada. Pero en la caseta encuentro un bolígrafo y unas hojas donde garabateo mi ominosa advertencia. **SÉ QUE ESTÁS AHÍ.** Meto el mensaje en la botella de whisky vacía y enrosco la tapa con fuerza. La arrojo a la oscuridad con todas mis fuerzas.

Pero no la oigo caer al mar.

LA BORRASCA

Tres días después, la tormenta, cuando se desata, llega sin piedad, sin perdón y sin avisar. Apenas tengo tiempo de ponerle a Lily el arnés encima del chaleco salvavidas y sujetarla al timón del *Fishful Thinking* antes de que empiece lo peor. No es sencillo conseguir que la proa atraviese ese vendaval. Lily vomita dos veces fuera de la caseta y pide arroz con pollo. Casi no tengo tiempo de explicarle que está pidiendo un imposible mientras a duras penas evito que nuestros mapas y cartas de navegación salgan volando y hago todo lo posible por salvar también las redes. El cielo se pone tan negro que me olvido de que no es de noche; la lluvia, al caer, golpea como punzones para picar hielo, y cada gota es un agujijón que perfora la piel. La barca hace agua hasta que el motor chisporrotea y deja de funcionar. Las olas entran con fuerza por los lados y Lily se esfuerza por mantener la nariz a salvo de esos repentinos golpes de mar. Intento achicar con un cubo de los avíos, pero todos mis empeños parecen vanos. Esta tormenta no quiere amainar.

Lo único que se puede hacer es arremeter contra las olas; con las manos libres al menos puedo concentrarme en achicar y en mantener a Lily a flote. En el fondo de mi mente, la idea de que podemos volcar..., pero no tengo más opción que descartar esos pensamientos. La supervivencia impone una concentración absoluta.

Lily sigue atada. Tirita; me arrastro para sacarla del agua y dejarla en un estante bajo dentro de la caseta. No quiero ponerla en lo alto de su habitual posición privilegiada, encima del taburete; el centro de gravedad es demasiado alto y me preocupa que se caiga.

–¡Quédate aquí! –le grito, pero apenas puede oírme a causa del viento.

Me indica con la cabeza que me ha entendido y enseguida sigo achicando.

Como siguiendo los pasos de la lluvia, empieza a granizar; las piedras que caen sobre cubierta suenan como un aplauso rítmico. Había pensado que nada sería más terrible que la lluvia torrencial, pero me equivoqué; siento las magulladuras que la pedrisca me deja en el cuerpo. Un viento de cuarenta nudos empuja el granizo y la lluvia en todas las direcciones posibles, y la

visibilidad se reduce a cero. Con dificultad consigo entrar en la caseta para no alejarme de Lily.

¡NO! ¡ME! ¡GUSTA! ¡ESTA! ¡TORMENTA! ¡ESTOY! ¡ASUSTADA!

Me acurruco junto a ella para que no pase frío. El viento ulula en la cubierta del *Fishful Thinking* como un aquelarre de brujas enfurecidas. De hecho, las ráfagas parecen aplanar las aguas; la barca deja de zarandearse justo lo suficiente para que no vomite yo también. De pronto, parece que entra menos agua por los lados; avanzamos a la deriva, recibiendo el viento y el embate del mar unos grados más a popa.

–No me gusta estar mojada.

Aunque sigo sujetándola, Lily se sacude todo lo que puede y un estremecimiento le recorre el cuerpo como una ola hasta que sale por la punta del rabo.

–Ya sé que no te gusta –le digo, y decido contarle algo para tranquilizarla–. Cuando eras cachorra, si llovía te negabas siempre a salir a pasear. Te compré una gabardina pequeña y más cosas para protegerte de la lluvia, pero te empeñabas en no salir. Una noche que llovió a cántaros, decidí sacarte sí o sí para que hicieras pipí. No quería meterme en mi cama calentita y seca para después tener que volver a salir a medianoche bajo la lluvia. Pero tú nada, no querías hacer pipí, y me empeñé en no volver a entrar hasta que lo hicieras. Y así estuvimos un buen rato, jugando a ser uno más tozudo que el otro.

–¿Y cómo se resolvió la cosa?

–Encontré un voladizo pequeño con un poco de grava seca debajo, y al final transigiste. –Recuerdo la satisfacción que me produjo la victoria, y lo breve que fue–. Fue la primera y última vez que cediste.

A Lily esta historia parece encantarle, y durante un breve momento, mientras nos concentramos el uno en el otro, la tormenta parece haber acabado. No obstante, temo que el pulpo ataque en medio de esa repentina calma y, una vez más, tiritando, salgo a cubierta y hago lo posible por no perder el rumbo. Me pasé tanto tiempo pensando que el pulpo era mi único enemigo que no había imaginado que pudiera actuar en equipo con otro tan poderoso como el mar. Me doy cuenta de que todo suena a imbecilidad; soy un ingenuo que ha subestimado las fuerzas del océano. Este podría ser nuestro final.

De pronto, Lily señala con la nariz hacia la proa, donde, entre la oscuridad y la niebla, aparece una sombra.

¡MIRA! ¡MIRA! ¡MIRA!

La sombra se convierte en una forma que, a su vez, se transforma en un barco. Me invade una súbita esperanza, algo impensable unos momentos antes. ¿Es posible que no estemos solos aquí, en alta mar? Hago sonar la sirena del *Fishful Thinking* para anunciar nuestra presencia. Lo primero que se me pasa por la cabeza es evitar un choque. Toco otra vez la sirena y vuelvo a hacerlo cada diez segundos hasta que nos responde el bramido amortiguado de la otra nave, que se encuentra más cerca de nosotros de lo que sugiere la sirena, pues la mayor parte del estrépito se la traga el viento.

El otro barco es un yate de aguas profundas y, por el modo en que se acerca, a una velocidad constante y con determinación, da la impresión de tener encendidos los dos motores. Salgo de la caseta y agito los brazos como un loco para indicar que hemos perdido el gobierno de nuestro barco. El yate se aproxima lentamente, con habilidad, hasta que acaba deteniéndose a nuestro lado antes de apagar los motores.

Al cabo de unos instantes aparece un hombre con un rollo de sogas.

–¡Ah del barco! –grita.

–¡Aquí! –contesto.

El agua regurgita y salpica entre nosotros y me empapa, pero no me importa. Es un verdadero alivio ver que la ayuda ha llegado como caída del cielo.

El hombre arroja la soga, que cae junto a mis pies con un ruido sordo. La cojo por un extremo y tiro para acercarnos, atando el extremo a un listón ancho de la cubierta en una triste imitación de un nudo de marinero, lo cual nos mantiene lo más cerca del yate que permite el palangre lateral.

–Una tormentita –dice el hombre, que parece más seco y más entero que yo, aunque también se lo ve escuálido y desgastado por la intemperie. Calvo, con la cabeza redonda y la piel casi azulada por el frío. A juzgar por la distancia que nos separa de la costa, debe de llevar un largo rato navegando.

–Eso fue un huracán –digo, y luego, casi como un pensamiento de último minuto, añado–: ¿Cree que ya ha pasado lo peor?

Me preparo para la respuesta. Si no ha pasado lo peor, no sé qué será de nosotros.

El hombre sonrío. El ladrido de un perro perfora el viento y me vuelvo para mirar a Lily, que sigue tiritando en silencio. Una golden retriever sale de la cabina del yate meneando el rabo.

–Se ha quedado sin motores, ¿eh? ¿Por qué no viene con nosotros? Para lo que antes los balleneros llamaban un *gam*.

Recuerdo los *gams* por haber leído *Moby Dick*. Cuando dos barcos se encontraban en el mar, echaban anclas y los balleneros transportaban sus tripulaciones al otro barco para intercambiar noticias y cotilleos. Miro a Lily. Parece sentirse incómoda, y me pregunto por qué. No es típico de ella estarse tan quieta en presencia de otro perro.

–Me parece bien. ¿Puedo llevar a mi segundo de a bordo? –pregunto, señalando a Lily.

–Nada le gustaría más a Goldie –dice el hombre, y da unas palmadas a su perra en la cabeza. Yo levanto a Lily en brazos y la estrecho con fuerza para que se sienta segura. No olvido la última botella de escocés que queda en la caseta; me parece una grosería subir al yate con las manos vacías. Solo queda para un par de tragos, pero serán más que suficientes. Las aguas parecen calmarse al instante en el barco más resistente. El yate se llama *Owe Too*, y no es tan viejo como el *Fishful Thinking*. La cabina es cálida y acogedora, y si bien no puede decirse que es enorme, es un verdadero palacio comparada con la caseta de nuestra barcaza. El hombre saca unas toallas de un armario y me las alcanza. Le quito a Lily el chaleco salvavidas y la friego con delicadeza para secarla. Mientras me seco, acerca el morro a Goldie, que le olisquea el trasero para devolverle el saludo. Lily se relaja en el seco refugio del *Owe Too*. Con el increíble alivio de ver a otro ser humano, a otro perro, me entran ganas de llorar, pero las lágrimas se niegan a brotar. Estoy demasiado deshidratado para llorar de verdad.

–Goldie, ¿por qué no llevas a tu amiga a tu rinconcito en el casco? –El hombre silba y chasquea los dedos y Goldie se acerca a Lily para que la siga; las dos desaparecen juntas por una portezuela—. Ahí abajo hay un espacio que no necesito para nada, y lo vacié para Goldie. En ese refugio encuentra un lugar seguro en este extenso mar. Se me ha ocurrido que nosotros, los capitanes, podríamos conversar un poco mientras preparo algo de comer.

Le ofrezco lo que queda del escocés. El hombre sonrío y me acerca dos vasos por encima de la mesa.

Calienta un estofado para nosotros y arroz con pollo para los perros. Lily va a quedarse extasiada. Mientras cocina, le cuento nuestra historia. Le hablo de la llegada del pulpo, del diagnóstico del veterinario y de todo lo que hemos pasado: la súbita desaparición del intruso, que el *Fishful Thinking* es

un barco alquilado, los detalles de nuestra cacería. Me escucha con atención; solo me interrumpe dos veces para aclarar tal o cual punto. Cuando termino, nos quedamos en silencio un instante.

–¿Cree que podrá matar a ese pulpo?

–Lo que creo es que lo disfrutaré –le contesto con total sinceridad.

Mi respuesta queda pesadamente suspendida en el aire.

–Mire usted, la palabra *yate* deriva del neerlandés *jacht*. Que traducido significa *cacería*.

Asiento con la cabeza como si ya conociera esa etimología, pero la verdad es que no lo sabía. Incluso después de tres semanas en el mar, mis conocimientos de navegación son limitados. El hombre sirve dos cuencos de estofado caliente y, en este momento, es lo mejor que he probado jamás. Pez salado, tomates, chirivías y otras hortalizas de raíz. Después pone en el suelo los dos boles de arroz y silba para llamar a las perras, que vienen a la carrera.

¡ARROZ! ¡CON! ¡POLLO! ¡MIRA! ¡VOY! ¡A! ¡COMER! ¡ARROZ! ¡CON! ¡POLLO!

Para Lily, esto debe parecerse a la mañana de Navidad. Está tan emocionada como yo. Ni rastro de su vacilación inicial en el momento de subirse al yate. No pierde un segundo para demostrarle a Goldie que el arroz con pollo es su plato preferido, metiendo todo el hocico en el bol de papilla caliente.

–Estamos en alta mar. No hay nadie más que nosotros. ¿Sería correcto decir, entonces, que su cacería es algo muy personal? –pregunto.

El hombre vacila antes de responder:

–Quizá.

–¿Y qué quiere cazar, si me permite la pregunta?

Me mira como si yo tal vez hubiera cruzado una línea roja; le devuelvo la mirada sin parpadear. De pronto, el silencio pesa demasiado.

–Solo estamos hablando. De capitán a capitán.

–Sí, solo estamos hablando –confirma, antes de contestar–: ¿A la caza de qué va la gente? Paz. Consuelo. Sentido. –Y luego, después de una pausa, añade–: Un botín.

–¿Un botín?

La palabra me suena rara. ¿Como botines de guerra?

Se encoge de hombros.

Nos comemos el guiso y el *Owe Too* se levanta y cae al paso de una ola enorme. El hombre y yo nos aferramos a la mesa; nos da miedo pensar que la

borrasca ha vuelto en nuestra dirección. Al cabo de un momento de relativa tranquilidad, tenemos la impresión de que esa ola solo ha sido una anomalía.

—¿Sabe una cosa? Es posible que yo haya visto a su pulpo —dice.

Suelto el tenedor y los dientes repican al caer sobre el cuenco.

—¿Lo ha visto?

—No hace ni tres días aún. Goldie y yo estábamos contemplando la puesta de sol cuando, desde estribor, atisé un reflejo viscoso en las aguas. No tenía el mismo brillo que los últimos rayos de sol. Me acerqué para verlo de cerca y puedo jurar que ahí había un ojo que nos observaba. Parpadeó una vez antes de que Goldie lo oliera y empezara a ladrar. Ese bicho se acercó nadando, mirando a Goldie; yo la sujeté por el collar para que no se apartara de mí. Todo pasó en cuestión de segundos, pero fue inquietante. Mientras se acercaba al yate, desapareció bajo la superficie y ya no volví a verlo asomar.

Los pelos de la nuca se me erizan; el hombre y yo echamos un trago. Mi instinto no se había equivocado.

Estamos cerca.

Advierto que tiene una Bola 8 Mágica en el estante que hay junto a la mesa. Como la que yo tenía cuando era pequeño.

—¿Puedo? —pregunto.

El hombre me dice que sí con la cabeza. Sujeto la pelota negra con las dos manos y pregunto en voz alta:

—¿Alguna vez daré alcance al pulpo?

Le doy una buena sacudida.

En la ventana de la bola aparece el SÍ.

—Pues ya lo ve —dice con una sonrisa torcida—. Esa bola nunca miente. —Apura su ración y coge mi cuenco—. ¿Le sirvo más?

Antes de que pueda decirle que sí, Lily se pone a gruñir. Levanto la vista, temiendo que su amor al arroz con pollo la haya envalentonado hasta el punto de desafiar a Goldie con la intención de quitarle su ración, más grande que la suya. Pero ya se lo han comido todo y a Goldie no se la ve por ninguna parte.

Lily le está gruñendo al hombre.

—¡Lily! Eso no está bien. ¡Te ha preparado arroz con pollo! ¿Dónde está Goldie? Di gracias a nuestros anfitriones.

¡GOLDIE! ¡ES! ¡UN! ¡PEZ!

—¿Un pez? Pero ¿qué estás diciendo? Es una perra, como tú.

No obstante, sigue gruñendo; es un gruñido grave y gutural que solo le

había oído una vez antes, cuando volvíamos a casa después de un paseo en Los Ángeles y un coyote se cruzó en nuestro camino.

Me siento cada vez más inquieto.

–No se preocupe –dice el hombre–. Es por la tormenta, que la tiene en guardia. Tiene usted una buena perra, sí, señor. –Deja los platos cerca del fregadero–. Sería una pena que le pasara algo.

Cada una de sus palabras exacerba la situación, y la tensión no tarda en aumentar. Lily hace rechinar los pocos dientes que le quedan y se agazapa. Lista para atacar.

–¿Lily?

Esta vez no la riño. Esta vez la entiendo mejor. Esta vez confío en mi perra.

Me vuelvo hacia el hombre.

–¿Cómo se le ocurrió bautizar *Owe Too* a su yate?

Contesta sin vacilar.

–Debo demasiado aún para ser el dueño.

*Debo demasiado.*⁵

Ahora, Lily ya ladra fuera de control. ¿Goldie es un pez? Miro por todas partes buscándola, pero ni rastro. El barullo me impide pensar con coherencia, pero me obligo a no perder un segundo.

Owe Too.

¿Qué ves tú, Lily, que yo no veo?

Owe Too.

¿O₂?

Oxígeno.

Apenas puedo respirar y el corazón me late a toda velocidad. Piensa, maldición. Los ladridos de Lily casi no me dejan oír mis propios pensamientos. Me miro los pies para no perder el equilibrio. Oxígeno. Aliento. Vida.

Y en ese momento comprendo.

El número atómico del oxígeno es el 8. El oxígeno es el octavo elemento de la tabla periódica.

Ocho.

La Bola 8 Mágica.

Levanto la cabeza poco a poco y miro con desprecio al hombre que nos ha

rescatado. No le quita la vista de encima a Lily.

–Su perra tiene un huracán en su interior –dice, y me guiña un ojo despacio, deliberadamente–. ¿Verdad?

Bilis en mi garganta. Solo tres sabemos de la existencia de ese huracán.

Yo.

Lily.

Y el pulpo.

LA CAZA

Pivoteo velozmente para colocarme entre Lily y el pulpo. Es un acto reflejo. Cojo la botella de escocés vacía y golpeo contra la mesa. No se rompe. Doy otro golpe..., pero nada. ¿Por qué en las películas es tan sencillo hacer un arma dentada con una botella y aquí no consigo que esta siquiera se parta en dos? El pulpo está entre nosotros y la salida, y a Goldie seguimos sin verle el pelo.

–Eres tú, ¿verdad?

–¿Quién?

–El que hemos venido a cazar.

Veo otra botella en la encimera. La cojo y la golpeo contra la mesa con todas mis fuerzas; esta sí se rompe, y al partirse veo el mensaje que garabateé hace unos días, mi advertencia: SÉ QUE ESTÁS AHÍ. El pulpo la encontró. Mi botella.

El pulpo se quita un hilo de baba de su boca humana.

–Me preguntaba si me reconocerías.

–Tu horrenda cabeza carnosa debería haberte delatado.

Estoy furioso conmigo mismo por haberme dejado seducir tan fácilmente por la idea de tener compañía y comida. Debería haberlo sabido. No estaba azul por el frío, sino púrpura como el cefalópodo que es. Los veinticuatro días en el mar me han debilitado y he fracasado a la hora de proteger a Lily.

Embisto contra el pulpo con los dientes de la botella, pero él coge un arpón de un solo tiro que hay en un ángulo de la cabina. Estamos los dos armados, él con un arma de mayor alcance y otras siete extremidades que le permiten hacerse con más armas en caso de que decida volver a transformarse en pulpo.

Cojo una lámpara de queroseno que cuelga en la pared.

–Juro que voy a prender fuego a este barco hasta que se hunda.

–En las profundidades del océano –dice–. Hazlo. ¿Quién es el mejor nadador de nosotros tres?

Veo claramente el chaleco salvavidas de Lily, arrugado en un rincón y

completamente inutilizado. El pulpo tiene razón, por supuesto; como siempre. Es lo que más me exaspera de él.

–Mona –le digo con calma a Lily sin perder de vista al pulpo, y con el rabillo del ojo veo que levanta las orejas–. ¡Corre!

Lily pasa como un rayo por entre las patas del hombrepulpo justo cuando él dispara el arpón. Me espanto, pero mi niña es rápida y evita la punta asesina por centésimas de segundo. El arpón se clava en el suelo de la cabina y, mientras él se abalanza para arrancarlo, le clavo la botella en el hombro con toda la fuerza de cada uno de mis noventa kilos. La sangre no tarda en manar; le retuerzo la botella en la carne para que siga sangrando.

–Venga, clávamela en el brazo. Tengo siete más.

Sí, pero ¿dónde? No puedo entender por qué parece un hombre. No consigo entender el porqué de tanta falsedad. Me asesta un puñetazo en la nariz y, mientras salgo disparado hacia atrás, se arranca la botella que le he clavado y la hace añicos arrojándola al suelo.

Me tambaleo, pero no me caigo. Noto que me sangra la nariz y el dolor en la cara es indescriptible. Me agacho para bajar mi centro de gravedad y decido hacer frente al monstruo. Nunca había peleado. No de esta manera. No con la determinación inquebrantable de provocar un daño catastrófico. De acabar con una vida. Matar. Antes incluso de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me abalanzo sobre él a toda velocidad.

Nos estrellamos contra un muro de estanterías y los dos nos vamos al suelo. Se parte una de las vigas verticales y cae sobre nosotros un montón de libros, polvo y mapas de navegación. Recibo un buen puñetazo y le meto los pulgares en los ojos, esperando reventárselos. Cegar lo como él cegó a Lily. De repente, advierto unas llamaradas detrás de mí. ¡La lámpara! La he tirado al inclinarme y ahora ya arden las cortinas. Una pecera pequeña se desliza de la estantería y aterriza encima del brazo del pulpo. Al caer el agua, aparece en las tablas del suelo un pez tropical. Lo miro; chapotea impotente, sin aliento, y veo que no tarda nada en huir hacia un espacio seguro en la proa.

Lo reconozco de repente. Lily me lo había advertido: *Goldie es un pez.*⁶

–¿Goldie?

El golden retriever era un anzuelo, un engaño. Uno de los peces del pulpo que adquirió forma de perro para atraernos a Lily y a mí transmitiendo una falsa sensación de seguridad. ¿Quién desconfiaría de un hombre con un perro? Con una bota, el pulpo aplasta al pececillo, cuyas vísceras quedan

desparramadas por el suelo. En mi rostro, una mueca de asco. Es su primer asesinato de esta noche.

Y ojalá sea el último.

El brazo bueno del pulpo, el que tiene metido en el charco que ha formado el agua de la pecera, empieza a retorcerse y a metamorfosearse, y antes de que pueda quitármelo de encima es un tentáculo de verdad, viscoso, púrpura y largo que se me enrosca alrededor del cuerpo como una pitón. Me asfixia; las ventosas se me adhieren a la piel. Parte hombre, parte pulpo, aprieta con una fuerza tal que es insoportable; la cabina empieza a oscurecerse. Araño y golpeo ese brazo resbaladizo como pata de sapo, pero no puedo librarme de ese potente apretón que me paraliza, y cuando mi visión empieza a estrecharse y debilitarse, solo puedo pensar en una cosa: fracaso.

Lily aparece como un ciclón por entre el humo con una soga en el morro. En el extremo de la soga, un lazo. No sé si lo ha hecho ella o si ya estaba ahí, esperando para ahorcarnos. Me pone el lazo en la mano y, cuando el hombrepulpo levanta la cabeza, lo atrapo por el cuello. Lily muerde la soga y tira. Está pegada al suelo, las ancas traseras ligeramente alzadas, y enseña los dientes. La he visto en esa pose decenas de veces cuando jugábamos con su soga. Sé la fuerza que puede tener.

Haciendo un último gran esfuerzo, giro trescientos sesenta grados sobre mis talones y meto un pie debajo del mentón del pulpo, empujándole la mandíbula en la dirección contraria a la del tirón de Lily. El lazo se estrecha un poco más y siento que el tentáculo que me asfixia va perdiendo fuerza.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le grito a Lily, quitándome el brazo del pulpo de alrededor del cuello.

Con el lazo ahora bien apretado, Lily suelta la soga lo suficiente para darle al pulpo una dentellada en el tajo que le hice con la botella. Un buen bocado, y se sacude con una fuerza tal que le arranca un trozo de carne. También la he visto hacer eso, con sus juguetes de peluche; cogerlos con los dientes y zarandearlos salvajemente para partirles el cuello. Ese instinto asesino de Lily siempre me ha puesto un poco nervioso, pero ahora lo celebro. El pulpo me suelta y aparta a Lily de su lado; ella vuela por los aires con un cacho del brazo todavía humano en la boca. Me abalanzo para recuperar la soga y estiro con fuerza una vez más; la cara del hombre-pulpo adquiere un tono aún más púrpura. Agita los dos brazos e intenta golpear a diestro y siniestro, palos de ciego, mientras las llamas ya invaden la parte trasera de la cabina.

Lily se refugia debajo de la mesa, a la que ya le arden dos patas. «¡Lily, cuidado!» Ve las llamas, y sale como puede justo cuando la mesa cae de lado. Saltan chispas y empiezan a arder algunos cojines. Nos estamos asfixiando por momentos.

Tiro del pulpo por la soga que le sujeta el cuello. Solo hay tres pasos hasta cubierta. Él tira de la soga con su tentáculo y consigue meter la punta por debajo para aflojar el lazo lo suficiente y poder respirar. Lily le da un mordisco en el tendón de Aquiles; el hombre-pulpo se retuerce de dolor. Subo por la escalera tirando de la soga con fuerza. Yo lo arrastro a él; él arrastra a Lily.

–Di adiós a este mundo, hijoputa.

–GLRZHKZZZT –contesta el pulpo, respirando con dificultad.

Veo un hacha amarrada justo debajo de la borda y, antes de que pueda procesar la decisión de hacerme con ella, ya me veo empuñándola. Rodeo la mano izquierda con el lazo y doy un hachazo con todas mis fuerzas mientras suelto un alarido asesino. El pulpo cae de lado y rueda; la hoja se clava en el suelo de la cubierta.

–¡Lily!

Necesito las dos manos para desenganchar el hacha; Lily tira de la soga y la sujeta a una cornamusa atornillada al suelo. Yo arranco el hacha. Lily vuelve a correr alrededor del pulpo y le tira de la pernera de los pantalones, apretando el lazo una vez más. Vuelvo a empuñar el hacha, apuntando al único tentáculo. Esta vez la hoja da en el blanco y le corta el brazo. Se oye algo que parece un chapoteo ensordecedor.

El pulpo grita de dolor.

Le da una patada a Lily, que sale volando hacia la amurada. La soga le permite todavía ponerse de pie, aunque con gran dificultad, mientras yo me esfuerzo por terminar de arrancar el hacha de la cubierta. Lily, aturdida, consigue incorporarse. El pulpo se marcha cojeando hacia estribor y se vuelve para mirarnos por última vez.

–Ya nos veremos, jefe.

Y en el preciso momento en que consigo hacerme con el hacha, se deja caer, con calma, por la borda.

Lily ladra y los dos nos precipitamos con la esperanza de verlo colgar de su cuello roto; pero lo que hace es jadear, escupir; se ahoga, colgando de la soga, las piernas sumergidas en el agua hasta debajo de la rodilla. El océano

borbotea a su alrededor mientras se retuerce hasta acabar envuelto en una nube de humo púrpura. Apenas podemos divisar sus dos piernas, que se convierten en cuatro, luego en cinco, en seis... La parte superior de su cuerpo se desentumece cuando recobra totalmente la forma de pulpo, y lo último que vemos es su mirada de rencor y de odio en el momento en que vuelve a transformarse en invertebrado y se suelta del lazo.

NOS AHOGAMOS

–¡Mierda! –exclamo, mientras doy vueltas y más vueltas por cubierta e intento concebir un plan. Uno de nosotros tendrá que ser el primero en reagruparse, y prefiero que seamos Lily y yo y no él. Venga, concentración. ¡Concentración! No podemos estar tan cerca de la victoria para acabar batiéndonos en retirada y derrotados, pero el pulpo tiene la ventaja de estar jugando en su propio campo. Necesitamos un milagro. Miro el lugar donde estaba el hacha y algo brillante atrae mi atención. Un poco más allá, en la pared lateral del barco, hay una caja color naranja. Me lanzo a toda velocidad para arrancarla de su lugar. Tengo los nudillos helados y me duelen. Me tiemblan los dedos a causa del miedo y la expectativa. Me esfuerzo por abrir la caja, pero cuando lo consigo, obtengo mi recompensa: dentro hay dos lanzabengalas.

Lily ladra a babor. El mar estalla y el tentáculo de un pulpo aparece por la borda, haciendo girar nuestro barco en el sentido contrario a las agujas del reloj. Me preocupa su tamaño, la capacidad de crecer que tiene este monstruo. Lily se lanza sin miedo contra el tentáculo y no se aparta hasta que aparece un segundo brazo de pulpo y atraviesa las ventanas de la cabina; las llamas invaden la cubierta. Cojo los lanzabengalas y cargo contra el pulpo cuando él abre un agujero en un lado del yate y comenzamos a hacer agua.

Solo tenemos una posibilidad: volver a nuestro barco, donde, como mínimo, tenemos la ventaja de las redes. El *Fishful Thinking* flota serenamente a unos buenos diez metros del yate, a salvo del alcance del fuego. No podemos saltar. No tenemos una tabla para atravesar las aguas. La única manera de llegar es nadando. Tendremos que saltar y, para hacerlo, lo primero es distraer al pulpo.

Llamo a Lily con un silbido y me doy una palmada en el muslo. Viene inmediatamente y me agacho para cogerla cuando salta a mis brazos; lleva años sin moverse con semejante agilidad. Dejo la caja de las bengalas en el suelo justo el tiempo necesario para desamarrar el *Fishful Thinking* del yate en llamas, casi a punto de hundirse. Después sujeto a Lily con fuerza, cojo

una de las bengalas y grito, con la voz más patética y aterrorizada de que soy capaz:

–¡Eh, pulpo! Me doy por vencido. ¿La quieres? Quédatela. ¡Yo no quiero ahogarme!

El pulpo ya ha pasado bastante tiempo con nosotros para preguntarse si, cuando me presionan de verdad, puedo no ser tan egoísta. Levanta la vista para verificar si mi ofrecimiento es sincero. En lugar de ver a Lily ofrendada en sacrificio, lo que mira es el cañón de mi pistola de bengalas.

–Que te den, pedazo de mierda.

Aprieto el gatillo.

El pulpo ya empieza a batirse en retirada en el agua cuando la bengala le da en la cabeza como un rayo. Al hundirse, emite un sonido que se parece al de una pila de serpientes que sisean y gritan. Las llamas revientan otra ventana de la cabina y las astillas de vidrio caen en la cubierta.

–¡Tenemos que irnos! ¡Ahora!

Suelto la pistola y estrecho a Lily con fuerza antes de saltar por estribor para nadar hacia el *Fishful Thinking*. Doy patadas rápidas e intento recorrer la máxima distancia posible bajo el agua. Cuando salimos a la superficie, remo frenéticamente con un brazo mientras Lily se ayuda con sus cortas patitas. Puede que nos falten tres metros. Detrás de nosotros, una explosión a bordo del *Owe Too*, donde las llamas finalmente han llegado a los motores.

La sogá que el pulpo nos arrojó para invitarnos a subir al yate cuelga aún por la borda de nuestra barca. Doy un buen tirón. Sigue amarrada con fuerza. Me agarro a la sogá y nos elevo lo más alto que puedo por encima del agua antes de cargar con Lily el resto del camino. Ella consigue trepar por la borda del *Fishful Thinking* justo en el momento en que el pulpo me atrapa rodeándome el cuello con un tentáculo.

–Li...lilyyy –consigo decir antes de que el pulpo me deje sin respiración. Eso es suficiente para que mi perra reconozca su nombre y logre escapar del alcance del pulpo cuando un segundo tentáculo cae sobre la cubierta del *Fishful Thinking*.

Justo cuando los dedos se me ponen completamente blancos y ya no puedo aferrarme a la barca, Lily vuelve a aparecer blandiendo el cuchillo dentado para carne del juego que tenemos en la caseta. Lo clava en el tentáculo con el que el pulpo trata de estrangularme y le hace un tajo; puedo sentir en la

mandíbula la punta del cuchillo cuando me roza la piel. El pulpo me suelta, dándome tiempo suficiente para trepar a bordo.

Me voy directo a la caseta para virar los cabrestantes; por suerte, no han perdido fuerza con la borrasca. El arrastrero de costado empieza a runrunear y yo bajo la red de babor. Me preocupa que el botalón pueda golpear a Lily. Le grito para que no se aleje ni se levante; ella se acerca y se queda a mi lado. Instintivamente, enciendo la ecosonda y observo, sin aliento, para ver si detecta alguna señal de vida. Al cabo de unos treinta segundos, el pulpo se mueve.

Bip.

—¡Ahí!

Pongo el motor en marcha.

Bip. Bip.

—Vamos, vamos, vamos...

El motor chisporrotea y tose.

—¡Venga!

Bip. Bip. Bip.

El pulpo ya está encima de nosotros.

Golpeo con los puños el tablero de control del motor, que, de repente, suelta un resuello y se enciende. Giro el timón con fuerza hacia la izquierda y el *Fishful Thinking* empieza a dar un giro cerrado.

Bip. Bip.

Pasamos por encima del pulpo, pero los sensores de la red no indican que lo hayamos capturado. Lily coge la correa del arpón con los dientes y se dirige hacia la popa. Lo deja en el suelo y, con las patas traseras, se yergue en el espejo de popa.

Bip.

El pulpo se está alejando.

Silencio.

El *Fishful Thinking* completa el giro y enfila directamente hacia el oleaje. Limpio con la manga las ventanas empañadas y escudriño el océano que se extiende ante nosotros. Reina un silencio de ultratumba.

Corro hacia popa y sujeto el arpón en el soporte para poder apuntar a las aguas que vamos dejando atrás. Como Lily puede hacerlo girar con la nariz, le enseño a hacerlo. Le explico los pocos secretos que conozco sobre cómo se dispara un arpón —apoyarlo en el centro del hombro y arrimar bien la mejilla—

y cómo darle a un blanco en movimiento, consejos que aprendí del marido de mi madre, un hombre que es un tirador extraordinario. Lily me escucha y asiente con determinación.

Bip. Bip.

La sonda acústica capta algo en la popa. Vuelvo corriendo a la caseta y llamo a Lily.

–¡Lo tenemos detrás! ¡Viene directamente hacia ti! –La veo poner una pata encima del gatillo del arpón. El pulpo a doce metros. A nueve. A seis–. ¡Estate atenta! ¡Atenta! ¡Prepárate para disparar cuando te lo ordene!

Lily apunta con cuidado.

–¡Recuerda lo que te he dicho!

Vuelvo a la sonda. El pulpo está a tres metros.

Lily hace un último ajuste e inclina el arpón hacia abajo apenas un par de milímetros.

¡NO! ¡DONDE! ¡ESTÁ! ¡EL! ¡PULPO! ¡APUNTAR! ¡HACIA! ¡DONDE! ¡VA! ¡A! ¡ESTAR!

–¡Dispara!

Lily aprieta el gatillo.

El arpón da en el blanco y yo alzo los puños cerrados entusiasmado.

Lily quita el arpón del soporte cuando la soga se tensa y el arma sube por un lado de la barca para ir a clavarse justo debajo de la borda. Giro el timón con fuerza, esta vez hacia la derecha, y la red se arrastra hacia popa.

–¡Lily! ¡Cambio!

Lily viene correteando para hacerse cargo del timón mientras yo me lanzo hacia la parte posterior de la barca. Suelto el arpón y recojo la soga. Le doy un último tirón mientras veo que la red se abre y arrastro al aturdido pulpo.

–¡Alza el cabrestante!

Lily salta con todas sus fuerzas y lo hace empujándolo con la nariz hacia arriba. La red se cierra cuando el foque empieza a subir. La red emerge lentamente del agua; solo la contiene el peso del monstruo que hemos capturado. El pulpo sale del océano; primero la boca, luego los siete brazos que le quedan, inmovilizados detrás de la cabeza.

–Hola, pulpo –digo con frialdad–. Me alegro de volver a verte.

Y así, al verlo impotente, colgado en su prisión de malla, por primera vez puedo decir que esto es verdad.

Lily se me acerca al trote y se sienta.

–¡Déjame salir de esta cosa! –grita el pulpo.

Su respiración es superficial; la red le sujeta los tentáculos pegados al cuerpo. Veo que le aprietan las agallas.

–Intentas matarme, tendrás que vértelas conmigo. Intentas matar a mi perra, mueres.

Lily me toca la pantorrilla con la nariz como preguntando si eso es realmente necesario. La miro desde arriba como suelo hacerlo cuando le pido que confíe en mí; por ejemplo, cuando subimos al coche pero no para ir al veterinario y quiero que sepa que vamos a dar una vuelta y divertirnos; cuando probamos un itinerario nuevo y ella se niega a recorrer caminos desconocidos; cuando la meto en una bañera de agua fresca el día más caluroso del verano, sabiendo que así se sentirá mejor. Como lo hice cuando le dije que íbamos a vivir una aventura apasionante.

–¡No puedes matarme! ¡No me matarás nunca!

El pulpo empieza a zarandearse, balanceando la red al hacerlo. La barca cabecea y el foque cruje y gime. Después, el pulpo se estrella contra un lado del *Fishful Thinking* y la soga que sujeta la red se suelta de la polea. La red se hunde en el océano y la soga no tarda nada en desenrollarse de la manivela. En el último segundo, Lily la coge con los dientes y se agacha con todo su peso. Apenas puede impedir que la soga desaparezca mientras las patas se le hundan en el suelo de la cubierta.

–¡Aguanta! –le grito, y me voy corriendo hacia la caseta, enderezo el timón y pongo el motor a toda marcha. La barca da bandazos hacia delante. Me acerco a Lily y cojo la soga. En el otro extremo, el pulpo da un tirón con una fuerza tal que se me parte dolorosamente en los dedos. Juntos, Lily y yo podemos mantener el control mientras la barca va adquiriendo velocidad y la soga se desliza hacia popa. Sé que con los tentáculos empotrados contra las agallas el pulpo ya no puede respirar bajo el agua y, como tiene la boca fuera de la superficie, solo tenemos que seguir avanzando hasta que le entre suficiente agua en la garganta y se ahogue.

Si podemos aguantar.

Cuanto más se defiende él, más nos atrincheramos. No me importa que se me astillen todos los dedos. Apoyo los pies contra la amurada mientras el *Fishful Thinking* embiste contra el oleaje a toda velocidad. Puedo percibir que el pulpo se retuerce.

–¡Ojalá podamos tenerlo así diez segundos más!

Lily asiente con la cabeza y muerde con más fuerza.

Empiezo mi cuenta atrás a partir de diez.

–Diez. Nueve. Ocho.

Enlazo la soga con fuerza en la mano izquierda y tiro.

–Siete. Seis. Cinco.

El último tirón del pulpo desde debajo de la superficie es tremendo; oigo que un dedo se me rompe con un chasquido ensordecedor.

Aúllo de dolor.

Lily se arma de valor y prosigue la cuenta atrás, aunque, dichos con toda la soga en la boca, los números suenan a gárgaras.

¡CUATRO! ¡TRES! ¡DOS!

Miro a Lily; Lily me mira.

–¡UNO! –decimos al unísono.

Cuando llegamos a cero, y después de seguir tensando la soga treinta segundos más, me doy cuenta de que el pulpo ya había dejado de oponer resistencia cuando llegamos al tres.

Miro a Lily.

–Misión cumplida. –Aliviado, mis hombros se relajan y empiezo a soltar la soga–. No volverá a molestarnos.

Lily deja de morder la soga y me hace un placaje para llevarme de vuelta a la cubierta. Se me sube al torso y, con las patas a cada lado de mi esternón, se pone a lamerme la cara como una loca. Me viene a la cabeza el chiste del pulpo y las cosquillas, pero a mí me basta con unos lamidos de Lily en la cara para hacerme reír. Nos damos una ducha de besos recíproca, riendo hasta que no podemos respirar.

Felicidad.

Cuando recobramos la compostura, me miro el dedo roto; la soga sigue apretándome la mano.

Con gran solemnidad, volvemos a atarla al cabrestante y me vendo el dedo roto con un trozo de cinta adhesiva. Hago girar una vez más la barca y, sí, por primera vez en varias semanas, nos dirigimos hacia casa, en la dirección del sol naciente. Hacia nuevos comienzos. En la caseta, nos tumbamos en las literas, mirando en silencio hacia el este, hacia California, arrastrando detrás de nosotros al pulpo muerto.

El infinito (∞)

LAS OCHO DE LA MAÑANA

No es una noche precisamente tranquila. Pasan horas antes de que nos quedemos dormidos, y cuando por fin me despierto, sobresaltado, encuentro la cama completamente revuelta. Lily respira con dificultad, y casi de inmediato sé que este es nuestro último día. La miro desde arriba y veo que el pulpo ha vuelto. Parece aún más grande de lo que recordaba, y más amenazador que nunca, listo para estrangularnos a los dos. La habitación da vueltas o me da vueltas la cabeza, no lo sé, pero algo gira de una manera que hace que todo sea borroso. En ninguna parte veo bolsas, ni cerradas ni abiertas; en ninguna parte de mi cara siento el picor de una barba de varios días; en ninguna parte de mi piel, el color o alguna otra prueba que confirme que nos hemos pasado semanas bajo un sol de justicia a bordo del *Fishful Thinking*. Tampoco veo en mis manos callos ni cicatrices ni huesos rotos que den fe de una batalla encarnizada en el mar. Para mí es tan real, tan rico en detalles: el corazón aún entusiasmado por nuestra victoria sobre el pulpo, por su muerte violenta, la tranquilidad de nuestro dulce regreso a casa, Lily y yo al mando de un barco en las aguas abiertas del Pacífico. Y, sin embargo, ahí está el pulpo.

Se me hace un nudo en el estómago al comprobar cuán radicalmente ha cambiado nuestra suerte. Tengo la sensación de que voy a vomitar, pero no recuerdo qué fue lo último que comí, ni qué es la comida, ni qué el hambre. No sé qué es real y qué no lo es. No sé si los perros pueden copilotar barcos de pesca y disparar arpones, ni si los pulpos pueden convertirse en hombres y luego volver a adquirir su forma original. No sé si estamos vivos o muertos, ni por qué la dicha de haber liquidado al pulpo se ha convertido en este nuevo infierno de la derrota. Ha vuelto a nuestra cama. Me doy cuenta de que simplemente ya no sé nada cuando el pulpo dice:

–Buenos días.

–Por favor, vete; por favor, vete; por favor, vete –le suplico.

Es la primera vez que me pongo a merced del pulpo. Es posible que así pueda tocarle alguna fibra, despertar en él una sensación de justicia o integridad. Convencerlo de la ternura de Lily, de su inocencia, convencerlo

de que se ha apropiado del perro que no debía. Pero el pulpo solo ríe socarronamente.

¡¿IRME?! ¡POR! ¡QUÉ! ¡AQUÍ! ¡TENGO! ¡TODO! ¡LO! ¡QUE! ¡NECESITO!

En ese momento tomo conciencia de que ha absorbido totalmente a Lily. De que el cuerpo que apenas respira a mi lado solo es el caparazón de mi querida perra. De que, casi en todos los aspectos, Lily ya está muerta.

La levanto en brazos. Ni siquiera tiene fuerzas para alzar la cabeza. Tras susurrarle *Te quiero* varias veces, la dejo en el suelo con la esperanza de que pueda mantenerse en pie y armarse de valor para seguir luchando. Se le doblan las patas y cae de lado con un ruido sordo, mirando fijamente el ángulo de la habitación más cercano a sus ojos.

Advierto que empieza a jadear.

Ya he tomado la decisión. No volveré a suplicarle nada al pulpo, no le daré esa satisfacción.

LAS NUEVE DE LA MAÑANA

Tras revisar la tercera parte del cajón donde tengo mi archivador, en la letra P de perro encuentro todos los papeles de Lily que he conservado. Los certificados del American Kennel Club con su pedigrí, los certificados de las vacunas contra la rabia y recibos de todo lo que compré cuando la traje: los boles y la cuna que le instalé en mi casa vacía la noche antes de conocernos, el mantelito individual que decía *guau* y que le puse debajo del plato de la cena la primera vez que comimos juntos, la jaulita en la que odiaba dormir... Cerca del final de la carpeta encuentro lo que busco. Los informes de la operación de columna. No puedo volver a Doogie. Tengo que hacer un último intento desesperado y buscar a quienes la trataron la última vez que pensé que podía morir. Saco la factura de seis mil dólares. *¿De verdad pagué seis mil dólares?* Tengo la impresión de que fue hace siglos. En la factura veo dos números de teléfono, uno de urgencias y otro para consultas normales. Sujeto la factura en la mano unos buenos cinco minutos, arrugándola, sudando, sin saber bien a cuál de los dos llamar.

Me asomo a la cocina; Lily está echada de lado en su cama, «la base», exactamente como la dejé hace treinta minutos o más. Vuelvo al dormitorio y cierro la puerta; sigo otros cinco minutos con la factura en la mano. Busco el móvil, todavía cargándose al lado de la cama, y llamo al número de consultas normales. No parece ser el adecuado, pero no tengo valor para marcar el otro. Los números están demasiado deteriorados.

–Hospital Veterinario. Cirugía y urgencias. ¿Se trata de una urgencia o puede esperar? –contesta alegremente una voz de mujer.

Miro la factura y otra vez el teléfono. ¿No he marcado el número para consultas normales? Sí que lo he hecho.

–Puedo esperar.

Cuanto más espero, menos real me parece todo. Cada vez menos y menos real mientras no tengo que poner en palabras la finalidad de mi llamada. Sí, puedo esperar. Déjeme en espera eternamente. Viviré aquí, acamparé en su centralita telefónica. Tiene que ser mejor que esto, mejor que el lugar en que me encuentro ahora.

No se oye música de fondo. Solo un zumbido tenue, aunque ensordecedor. Podría ser la sangre en mis oídos, en los capilares hinchados que alimentan mis canales auditivos.

–Gracias por esperar.

Pero qué cosas digo. «Puedo esperar.» Aunque vagamente, soy consciente de que es precisamente eso lo que no debo decir.

Pero es lo que debo decir.

–¿En qué puedo ayudarle?

Aspiro. Espiro.

–Mi perra. Tiene un... bulto. –No digo un pulpo–. En el cerebro. Le provoca ataques. Está medicada. No van a operarla. Hemos decidido no operarla. Creo que tiene demencia. Me parece que no puede mantenerse en pie. Creo que este es el final.

Con mi mano sudorosa he hecho una pelota de la factura. Me acuerdo de un truco que mi abuela me enseñó cuando yo era niño: arrugar la envoltura de papel de una pajita, mojarla después con una gota de agua y observar cómo se estiraba y se encogía igual que un gusano. Podría hacer lo mismo con esta pelota de papel y mi sudor. Casi.

Mi abuela está muerta.

Mi infancia ha pasado.

Ya no hay magia.

Tomo aire. Suelto aire. Otra vez.

Intento hablar dos veces, pero en vano; mi voz se quiebra entre las palabras.

Ya no me quedan palabras.

Me muerdo la lengua con fuerza y al final me permite hablar.

–¿Con quién puedo hablar de la infancia...?

–¿Infancia? –dice la mujer, confusa.

Aprieto el diafragma y me obligo a decir la palabra.

–Eutanasia.

LAS DIEZ DE LA MAÑANA

La mujer que se puso al teléfono preguntó cuándo iría, y lo único que conseguí decirle fue «hoy». Estoy sentado en el suelo junto a Lily y decido ponerla con suavidad en mi regazo.

—¿Qué quieres, Ratita? ¿Qué querrías si pudieras tener cualquier cosa que desearas?

Lily hace todo lo posible por abrir un ojo y mirarme, pero se nota que está dolorida. Inmediatamente después se lame los bigotes con suavidad.

—Lo más probable es que pidas arroz con pollo, ¿verdad, Habita? De acuerdo, pero el arroz con pollo es para cuando estás enferma, y tú no tienes nada, estás perfectamente. Solo tienes dolores, eso es todo, y ya casi han pasado, así que puedes pedir lo que quieras. Incluso algo mejor.

Lily asiente con la cabeza y el mentón se le cae en mi rodilla.

—Lo que quieras. Solo tienes que pedirlo.

Siento unas pesas en los pulmones. Me resulta casi imposible respirar, y cuando lo hago, el oxígeno penetra con un dolor punzante.

—¡Ya lo sé! —Apenas puedo reprimir el llanto—. Mantequilla de cacahuete. ¿Qué te parece? Sí, mantequilla de cacahuete.

Recuerdo vagamente que a bordo del *Fishful Thinking* le pregunté qué era lo primero que le gustaría comer en cuanto volviéramos a casa. Y la respuesta fue mantequilla de cacahuete.

—Siempre ha sido lo que más te gusta.

Lily parece no tener nada que objetar, así que me levanto poco a poco y la llevo hasta el armario. Saco la mantequilla de cacahuete y esta vez nos sentamos a la mesa de la cocina. Destapo el bote con cuidado. Está prácticamente lleno, y se lo pongo debajo de la nariz. Lily tarda un buen rato en reaccionar, pero al final reconoce el dulce aroma de los cacahuetes con azúcar y aceite. Levanta la cabeza despacio. Y lentamente se pone a lamer el aire. Y lentamente le acerco el bote a los bigotes, para que pueda tomar contacto con su premio.

—Come todo lo que puedas. El bote entero si quieres.

Roza con el morro la mantequilla de cacahuete, pero está tan débil que no

come mucho. Esencia de mantequilla de cacahuete. Pongo una pizca en un dedo y se la hago comer. Recuerdo la textura de la lengua de Lily cuando era pequeña. Suave y áspera a la vez. Entraba en trance lamiéndome la mano, y así parecía seguir eternamente hasta que yo la reseteaba como si fuera un ordenador estropeado.

Hace doce años y medio.

Lily se termina la mantequilla que me he puesto en el dedo y vuelve al bote; sigue lamiéndolo hasta que deja de hacerlo. Después baja la cabeza y hace ruiditos, unos chasquidos húmedos con la lengua, pero al final también esos sonidos se apagan.

–Buena chica –digo.

Jenny y yo hablamos una vez sobre cómo nos las arreglamos para vivir a pesar de saber que todos vamos a morir. ¿Qué sentido tiene todo, entonces? ¿Para qué levantarnos por la mañana si nos enfrentamos a semejante inutilidad? ¿O es la promesa de la muerte lo que inspira la vida? La conciencia de que tenemos que aprovechar lo que podamos mientras aún hay tiempo. ¿Es el no saber si hoy ha llegado nuestra hora lo que nos mantiene en marcha? Pero ¿y si el día fuera hoy? ¿Si ya nos ha llegado la hora?

¿Cómo mantenernos en pie?

¿Cómo respirar?

¿Cómo seguir?

LAS ONCE DE LA MAÑANA

Me visto con ropa que normalmente no me pondría nunca para salir de casa, pero no me importa. Envuelvo a Lily en una manta por si vuelve a hacerse pipí encima. Estamos en la cocina; me pregunto si sabe que esta es la última vez que la verá. Si lo sabe, si lo comprende, no parece darle mucha importancia. Yo, por el contrario, no puedo evitarlo. Esta ha sido su casa durante diez de sus doce años y algo más.

En el suelo, su cama vacía. En la cama, la manta estampada con huellas de perro. Delante del fregadero, el lugarcito soleado en el que le gusta tumbarse. Más allá, el estante donde guardamos los cacharros, el que se tragaba la pelota roja, otro donde una vez la encontré metida haciendo lo posible por sacar la pelota... Solo se veían las ancas y un rabo que se meneaba. Veo también el rinconcito del desayuno, con su mesa y su banco de vinilo; una cama de repuesto que de vez en cuando sacaba para sus siestas. Más allá, la puerta del armario donde escondo el cubo de la basura, la que ella golpeaba con una pata cuando pensaba que yo me había dado demasiada prisa en tirar comida decente. El cajón de sus juguetes, el que Lily miraba expectante cada vez que quería jugar. Y el corral en que pasó doce semanas mientras se recuperaba lentamente de la operación. La lata de metal, la de su comida cuando era cachorra, y, más allá, en el suelo, el bol que le lleno dos veces al día. La puerta trasera que Lily vigilaba con los ladridos amenazadores de un pastor alemán cada vez que alguien se acercaba. La batidora que yo usaba para preparar la masa con la que le hacía sus galletas caseras el día de su cumpleaños. La cocina contra la que empezó a estrellarse después de quedarse ciega. El rincón en que se detenía y al que le ladraba cuando le empezó la demencia.

La pelota roja en el suelo, intacta.

Inmóvil.

Sin vida.

Quieta.

MEDIODÍA

Entramos en el hospital veterinario por las puertas corredizas. Es el que recuerdo. La mujer del escritorio pregunta en qué puede servirnos (no pregunta si podemos esperar), y le digo, tartamudeando: «Llamé hace un rato.» Asiente con la cabeza y, poniéndole las manos en los hombros, detiene a una compañera que pasa en ese momento.

Le susurra algo.

La segunda mujer nos hace pasar a una sala de reconocimiento y nos dice que la doctora no tardará en venir. Cuando se marcha, cierra la puerta detrás de nosotros, dejándonos encerrados.

Me siento con Lily en la única silla que hay en la sala. Está fría.

El reloj de pared no tiene segundero y lo miro durante un tiempo que podrían ser tres minutos antes de ver que el minuterero se mueve una vez.

El lugar está tranquilo. No hay mucho movimiento en mitad de un jueves.

El jueves es el día en que mi perra, Lily, y yo nos sentamos a hablar de chicos que nos parecen guapos.

–Es jueves, Habita. Los jueves hablamos de chicos.

Lily hace el gesto de enarcar una ceja, pero aparte de eso está completamente quieta.

–¿Qué te parece si repasamos a los de la vieja guardia? ¿El joven Paul Newman? ¿O el joven Paul McCartney?

Lily suspira.

P: *¿Qué sonido o ruido le gusta más?*

R: Los suspiros de los cachorritos.

Se me quiebra la voz.

–Tengo que decirte una cosa –le digo, echando la cabeza hacia atrás para que mis lágrimas no caigan sobre Lily–. Creo que no hubo nadie más guapo que Paul Newman cuando era joven.

Oigo pasos detrás de la puerta. *Por favor, no entre. Por favor, váyase y déjenos tranquilos. Por favor, váyase para siempre.*

Pasan de largo.

–*Dos hombres y un destino. La leyenda del indomable. Brick en La gata*

sobre el tejado de zinc.

El reloj marca otro minuto. Luego, varios minutos más. Quisiera irme corriendo, pero tengo los pies embutidos en cemento, pegados al suelo, la mitad inferior de mi cuerpo paralizada, como Lily la última vez que vinimos a este hospital.

Más pasos. Esta vez se detienen.

Una mano en el picaporte.

La puerta que se abre.

Entra una mujer vestida con bata blanca de laboratorio. Nos sonrío; cálidamente, pero no demasiado. Ya sabe lo que está pasando.

—¿A quién tenemos aquí? —pregunta.

Me pellizco un dedo hasta que me duele.

—Esta es Lily.

La mujer saca un taburete de debajo de la camilla, lo pone a nuestro lado y se sienta.

—¿Qué tiene Lily en la cabeza?

Coloca tres dedos bajo el mentón de Lily y le levanta la cabeza con mucha delicadeza para observar mejor.

—Ese es el pul... —empiezo a decir, pero me detengo. *Ya basta*—. Es su tumor.

La veterinaria saca una linterna de bolsillo y examina los ojos de Lily, que no reacciona.

—¿Está ciega?

—Sí. El tumor la ha dejado ciega. Y le ha provocado casi todo lo demás.

Pasa la otra mano suavemente por la protuberancia y lentamente deja otra vez la cabeza de Lily en mi regazo.

—Tiene ataques. Ataques muy fuertes. Y demencia, creo. Y esta mañana me miraba como si estuviera... acabada. —Eso es lo último que consigo decir antes de tener que esforzarme para seguir hablando, para enfrentarme a cada una de mis palabras—. Quiero que usted la atienda. Quiero que la vea y la cure. Quiero que me diga que puede solucionarlo todo, conseguir que todo esto pase. Y si no puede hacerlo, si no puede obrar un milagro, quiero que me diga que estoy tomando la decisión correcta.

Se acerca un ataque de pánico. Puedo sentirlo. La decisión correcta. La decisión equivocada. Los recuerdos felices. La triste realidad. Bueno. Malo. Arriba. Abajo. Ganar. Perder. La vida. La muerte.

La doctora sujeta la cabeza de Lily con las manos y le cubre los oídos.

–Está tomando la decisión compasiva.

No habrá milagros.

No habrá mañanas.

Muevo la cabeza como si pesara veinte kilos y emito un sonido indefinible.

Mezcla de dolor, agradecimiento y consentimiento.

–Es la decisión compasiva –repite.

Veo borroso.

Estoy bajo el agua.

El *Fishful Thinking* ha volcado.

Me estoy ahogando.

–¿Cómo se hace? –pregunto, sabiendo ya que no quiero una respuesta.

–Voy a llevarme a Lily y a colocarle un pequeño catéter en la pierna para poder aplicarle las inyecciones intravenosas. Dos inyecciones. La primera la dormiré, pero seguirá con vida. Podrá usted quedarse un momento con ella para despedirse. Y después, cuando usted lo diga, le aplicaremos la segunda inyección. Tardará unos treinta segundos en hacer efecto.

–Dos inyecciones –digo.

La mujer quiere coger a Lily, pero yo no la suelto.

–Ahora empezaremos por buscarle una vena y colocarle el catéter, para que, en la medida de lo posible, no haya contratiempos.

Vuelve a intentar llevarse a Lily, y esta vez dejo que lo haga. Promete que solo tardará unos momentos en volver.

Me quedo solo en la salita y por primera vez puedo ponerme de pie. Doy tres vueltas cerradas como hace Lily antes de tumbarse. Espero no tumbarme yo también. Me doy puñetazos en los muslos.

Necesito sentir dolor. Dolor físico.

Golpeo un brazo contra la camilla metálica intentando romper algo. El dolor llega hasta el hombro y me hace bien. Tanto bien que vuelvo a hacerlo.

Pero no hace falta que rompa nada.

Ya tengo el corazón bastante roto.

El tiempo se detiene.

El tiempo pasa.

Vuelve la veterinaria, ahora acompañada por una auxiliar que me dedica media sonrisa; por lo demás, hace todo lo que puede por ser invisible.

La doctora pone a Lily sobre la mesa. Sigue envuelta en mi manta. Tiene

una patita al aire. Puedo ver el catéter, sujetado en su lugar con plástico.

Me pongo de rodillas delante de Lily para estar cara a cara.

–Hola, Mona. Hola, Ratita.

Lily respira hondo dos o tres veces.

–Se acerca un huracán –digo, dándole el pie.

Silencio.

Ya no hay Cate Blanchett. No hay respuesta. Ya no puede dominar el viento. Ya no tiene un huracán en su interior.

Lily hace un último esfuerzo para ponerse de pie, y es en ese momento cuando realmente la pierdo.

Aún podemos correr. Aún podemos largarnos de aquí. Aún podemos elegir la vida.

Pero ¿qué clase de vida sería?

Lo que hago es bañarla con mis besos.

–Todas las aventuras que vivimos. Y *todas* me encantaron.

A Lily se le cae la cabeza y vuelvo a besarla.

La auxiliar la sujeta por las patas traseras y yo por delante.

Le digo que sí con la cabeza a la veterinaria.

–Bien. Voy a aplicarle la primera inyección. La anestesia. Solo va a quedarse dormida.

Que duermas bien, guapa, hermosa, mi perrita.

La anestesia es rápida.

Durante unos segundos, nada, pero luego Lily abre bien los ojos como si sintiera por dentro el subidón de la anestesia. Después los ojos empiezan a pesarle.

Parpadea una vez, dos quizá.

Se tambalea hacia la izquierda.

Poco a poco la dejamos tumbada en la mesa, donde se queda plácidamente dormida.

–Avísame cuando esté listo y le inyectaré la segunda.

–¡*Espera!* –suelto de repente.

No estoy listo.

OH DIOS ¿QUÉ HE HECHO?

¿Por qué está ocurriendo esto?

Es jueves.

El jueves es el día en que mi perra, Lily, y yo nos sentamos a hablar de

chicos que nos parecen guapos. Miro la cinta que cubre el catéter, la venda que lo sujeta.

Arrancar la tiritita. Rápido. Es la única manera.

–Vale –digo.

Las letras me salen como vomitadas.

V.

A.

L.

E.

Veo que la veterinaria introduce la jeringuilla en el catéter y le aplica la segunda inyección. Y las aventuras regresan a raudales:

El criadero.

Lily mordisqueándome el cordón del zapato hasta desatármelo por completo.

¡ESTA! ¡ES! ¡MI! ¡CASA! ¡AHORA!

La primera noche que pasamos juntos.

Lily corriendo en la playa.

Sadie, Sophie y Sophie Dee.

Los cucuruchos de helado que compartimos.

El Día de Acción de Gracias.

El tovo.

Los paseos en coche.

Las risas.

Lágrimas.

El arroz con pollo.

La parálisis.

La operación.

Navidades.

Los paseos.

Los parques para perros.

Cazar ardillas.

Siestas.

Los mimitos en el sofá.

Fishful Thinking.

La aventura en el mar.

Besos tiernos.
Besos locos.
Más lágrimas.
Tantas lágrimas.
La pelota roja.

La veterinaria acerca un estetoscopio al pecho de Lily, atenta a los latidos de su corazón.

Todos los perros van al cielo.

–Tu madre se llama Witchie-Poo.

Acaricio a Lily detrás de las orejas como solía hacerlo para tranquilizarla.

–Cúidela.

OH MIERDA ESTO DUELE.

–Ella cuidará de usted.

Apenas puedo susurrar.

Miro a la veterinaria suplicándole: Aplíqueme la inyección. Inocúleme ese veneno también a mí. Al menos lo suficiente para que el corazón deje de partírseme. Lo que sea. Por favor, haga que se detenga.

Al cabo de diez segundos, la veterinaria retira el estetoscopio. No le hace falta decir nada.

Lily ha muerto.

–Lo siento muchísimo –dice, y me pone una mano en el hombro mientras le hace señas a la auxiliar–. Tómese todo el tiempo que necesite para estar con ella.

Ni siquiera las veo marcharse.

El tiempo pasa. No sé cuánto. Soy consciente de que estoy solo con Lily y eso es lo único que sé. Le doy un beso en la punta de la nariz.

–Oh, dios, por favor, perdóname.

Estoy sentado en el suelo con las piernas pegadas al pecho y balanceándome hacia atrás y hacia delante.

De la boca de Lily cuelga apenas la puntita de la lengua. Tan rosa. Tan quieta. Tan muerta.

Todas estas lágrimas. No recuerdo haber llorado así en la vida, a mares.

Debe de tratarse de un error. No puede ser otra cosa.

Deslizo la mano debajo de la manta y toco el pecho de Lily. Aún está caliente, pero no sube y baja como lo hacía incluso cuando dormía

profundamente. Dejo la mano allí el tiempo suficiente para estar seguro, pero al cabo de un rato incluso yo me veo obligado a reconocer que su corazón ha dejado de latir.

Bajo la cabeza y sollozo; en este momento no hay mucho más que hacer. El cerebro se me separa del corazón y crea pensamientos independientes. Se pregunta cuánto tiempo debería quedarme aquí para que la gente no piense que soy un insensible. Se pregunta cuánto tiempo no debería quedarme aquí, cuánto tiempo antes de que la gente piense que soy detestable. Me dice que recuerde todos los detalles de lo que ha ocurrido. Que catalogar es importante. Y lo hago.

El reloj.

Las paredes blancas.

La manta.

La silla vacía y fría y el taburete con ruedas.

La mesa de metal.

La dureza del suelo.

La dureza en mi cara.

Lily.

Su lengua.

El pulpo.

¡El pulpo! Lo miro y veo sus ocho brazos caídos y su único ojo visible echado hacia atrás en su estúpida cabeza.

Tú hiciste esto. Podrías haberte ido, pero no lo hiciste. Espero que te pudras en el infierno.

No tiene sentido decirlo en voz alta. No puede oírme.

El pulpo también ha muerto.

Cubro la cabeza de Lily con la manta lo suficiente para tapar al pulpo, para que ahí quedemos solamente ella y yo, como siempre lo habíamos estado.

–Te querré siempre. Te querré el resto de mis días e incluso todos los días después del resto de mis días.

Tras mirarla por última vez, la cubro completamente con la manta. Tardo un minuto en ponerme de pie, pero cuando lo consigo, abandono la sala y, sin mirar atrás, cierro la puerta al salir.

LA UNA DE LA TARDE

Me quedo en el coche un largo rato sin saber qué hacer ni adónde ir. Al cabo de un rato, saco el teléfono y llamo a Trent.

–Lily ha muerto.

–Vente a mi casa. Estoy a punto de salir del trabajo.

No sé muy bien cómo, pero arranco y conduzco hasta la casa de Trent. Una vez, cuando era estudiante, tuve que volver de Maine a Boston, donde vivía entonces, con un tremendo ataque de migraña, y cuando llegué no podía recordar cómo lo había conseguido. Ahora me pasa lo mismo. Con la diferencia de que esta vez la migraña es congoja.

Trent me recibe en la puerta de la calle y los dos nos echamos a llorar; yo digo «pastillas» y él ya las ha preparado. Dejo que un Valium se me disuelva bajo la lengua y me arrodillo para acariciar a Weezie. Dulce, dulce Weezie. Solo quiere jugar, pero yo no puedo.

Me sirvo dos chupitos de vodka ruso de la botella que le regalé a Trent por su cumpleaños. Disfrutamos por primera vez de este vodka en el restaurante Red Medicine, un tugurio neovietnamita que elegimos porque en los *LA Times* lo habían llamado la «oveja negra» de la escena gastronómica de Los Ángeles. Este vodka pasa suave y es exactamente eso, una medicina. No sé si es el vodka o el Valium lo que hace efecto primero, pero el peso en los pulmones desaparece lo suficiente para permitirme respirar.

Trent me pregunta cómo fue todo, y le cuento todo lo que puedo, que no es mucho. Weezie me mordisquea los talones pero sencillamente no puedo tirarle la sogu que le gusta mordisquear y yo me siento cada vez más atontado. Me desplomo en el sofá de Trent, que enciende la tele. Los dos nos ponemos a ver no sé qué programa, pero antes de que ninguno de los dos lo sepa, me quedo dormido.

LAS DOS DE LA TARDE

El agua lame suavemente los lados del *Fishful Thinking*, induciendo en Lily y en mí una hipnosis rítmica. Tan ansiosos como estamos por llegar a casa, acabo de apagar los motores para avanzar a la deriva, en silencio, y contemplar la impresionante belleza que nos rodea. El azul del cielo despejado hace juego con el azul del océano, sopla un aire suave y, desde el este, el sol traza un sendero dorado y centelleante que nos llevará de vuelta al punto de partida. El silencio es absoluto, salvo por los delicados sonidos de las aguas que besan el casco. Puesto que estamos detenidos, el pulpo se hunde y el peso de su cadáver levanta el casco justo lo suficiente para tener la sensación de que navegamos hacia el cielo, o, como mínimo, hacia el lugar donde Sandy y Danny volaron cuando se fueron de Rydell High al final de la película *Grease*.

Lily está a mi lado.

Casi me sorprende verla, y me echo a llorar; como el pulpo está muerto, Lily se parece a la de antes, a la Lily joven –por esa levedad con la que se mueve–, y le cojo la cabeza con las dos manos, le rasco detrás de las orejas y solo digo «Oh, mi niña» una y otra vez.

–¿Qué pasa? –pregunta, confusa.

Digo lo único que se me ocurre decir en ese momento.

–Pasa que estás aquí.

Estamos en la caseta; la bajo del taburete, salimos a dar una vuelta por la proa y nos inclinamos sobre la barandilla.

–¿No es hermoso?

–Sí que lo es –dice Lily.

Lily coloca las patas delanteras en el borde y se yergue sobre las traseras para ver mejor. Empieza a menear el rabo en un perfecto ejercicio de sincronización con el golpeteo del agua; su metrónomo interior marca el compás con lentos tics métricos y yo recuerdo cómo es la felicidad.

Me aparto unos pasos de la barandilla para absorberlo todo. Si tuviera la capacidad de apretar un botón y detener el tiempo y vivir en un instante para siempre, este sería el instante que escogería.

Se levanta una brisa por el noreste y las orejas de Lily se mueven al viento como los alerones exteriores de un avión cuando despegamos.

—¿Qué ves, Mona?

Lily contempla el vasto espacio que se extiende entre nosotros y el horizonte. Todo tiene una textura suave, y la verdad es que parece que estamos volando, no flotando.

—Todo —contesta.

—Ahora volvemos a casa, a nuestra vida de siempre. ¿Qué te parece?

Lily, fascinada por el reflejo del sol en el agua, no dice nada. Espero un momento para que me conteste.

—¿Cachorrita?

Lily mueve la cabeza como queriendo decir que le parece bien, o eso creo yo, pero en realidad sigue sin contestarme, y eso me parece raro. Mi pregunta queda suspendida lánguidamente en el aire; una sensación poco agradable, como si le hubiera dicho *Te quiero* y ella no hubiese dicho nada. ¿Por qué no estaría dispuesta a volver a nuestra vida de siempre? ¿A la tranquila estabilidad de nuestra compañía mutua de todos los días? ¿Sabe que algo desagradable nos espera en tierra?

De repente, la pelota roja cae del cielo con un ruido ensordecedor. Asustados, Lily y yo saltamos. La pelota rebota trazando un arco muy alto y vuelve a caer, esta vez más cerca de la caseta. Lily entra en acción mientras la pelota sigue rebotando en dirección hacia la popa formando una serie de arcos cada vez más pequeños. Coge la pelota con la boca justo antes de que salte por encima de la parte trasera del *Fishful Thinking* y caiga al agua, en el lugar donde el pulpo nos tiene anclados. Después, regresa al trote muy ufana con su presa y juega con la pelota junto a mis pies.

Ahora comprendo con claridad por qué estaba distraída: nunca me contesta cuando advierte que la pelota roja está cerca. Ya no se me revuelven las tripas y la contemplo jugar mientras la vida avanza lentamente hacia la normalidad. Es el momento perfecto, la unión perfecta de quietud y vida, de belleza y armonía, de soledad y compañía. La pelota roja rueda tranquilamente por la cubierta del *Fishful Thinking* y Lily la persigue con soltura. Nunca me he sentido más tranquilo.

Pero la sensación no dura.

Con el rabillo del ojo veo fuego en el cielo; parece un cometa que se acerca hacia nosotros a una velocidad cada vez mayor.

–Pero qué... –consigo exclamar mientras el cometa sigue acercándose.

Otra pelota roja aterriza de golpe en cubierta y rebota bien alto por encima de nosotros. Lily se vuelve para verla rebotar otra vez, sin saber bien qué hacer. Mira la pelota roja que ya sujeta bajo la pata, y luego la otra cuando se detiene cerca de la parte trasera del barco.

Capto la expresión de perplejidad de Lily justo antes de que caigan dos pelotas más. Una sombra cubre nuestro barco; Lily y yo miramos el cielo. Cientos de pelotas rojas ocultan el sol. Lluven sobre nosotros con furia creciente y un ruido atronador. Lily está paralizada, aterrorizada como yo. Es posible que alguna vez soñara con algo como lo que está ocurriendo, pero la realidad es horripilante.

Corremos los dos para refugiarnos en la caseta, pero las pelotas rojas llegan una tras otra y no tardo en perder a Lily bajo una pila de caucho. Intento rescatarla, desenterrarla de ese mar rojo, pero las pelotas no cesan de apilarse. Las que caen en el agua lo hacen con tanta fuerza que termino con la cara empapada. Me quito desesperadamente la sal de los ojos y las pelotas se multiplican alrededor de mi pecho, apretando hasta que no me dejan respirar. Lo último que recuerdo es que grité «¡Lily!» y que después todo se oscureció.

LAS TRES DE LA TARDE

Trent me ha puesto una mano en el hombro. Lo miro y no siento dolor, solo la presencia de mi amigo, y durante un breve instante me siento bien hasta que todo vuelve de repente, como si alguien me apretara el corazón con las manos.

–Estabas gritando –dice Trent.

–¿En serio?

Sí, estaba gritando.

–Sí, nene.

El televisor sigue encendido y Trent ha empezado a ver *Friday Night Lights*, uno de mis programas preferidos. Llevo años intentando que Trent lo vea, pues es de Texas y le encanta el fútbol americano. Yo, que soy de Maine, detesto el fútbol, pero, así y todo, el programa me gusta. Vemos la tele juntos y en silencio. La serie es muy buena, y como el Valium sigue haciendo efecto, una parte de mí se siente transportada hacia el oeste de Texas, pero solo es una parte muy pequeña. Aún es excesivo el dolor que me tiene sujeto al sofá de Trent.

Al final del primer episodio, cuando Jason Street, el *quarterback* deja de jugar tras un accidente, Eric Taylor, el entrenador, pronuncia el primero de sus discursos marca de la casa. Algo sobre la tremenda fragilidad de la vida. Que todos somos vulnerables, dice. Y que, en algún momento de nuestra vida, caemos. «Todos caeremos.»

Yo nunca he jugado al fútbol americano ni a ningún otro deporte en equipo. Nunca he tenido que aguantar a un entrenador que se esfuerza por infundirme ánimos en el descanso. Nunca he estado en un vestuario con alguien que concentra a las tropas para alentarlas a cambiar el rumbo de la batalla. Sin embargo, al oír a Eric Taylor, me incorporo apoyándome en los codos. He llegado a la mitad de mi vida y mi equipo va perdiendo. Hoy más que nunca necesito este discurso.

Taylor sigue hablando sobre las maneras en que pueden quitarnos lo que tenemos. Incluso eso especial que tenemos. Y dice que, cuando nos lo quiten, nos veremos puestos a prueba.

Su discurso me cautiva, y, aunque lo he oído antes –lo tengo en Blu-ray–, podría decir que esta es la primera vez. Es el dolor lo que nos pone a prueba, y puesto que estoy experimentando ese dolor, el de haber perdido eso tan especial que tenía, miro dentro de mí y no me gusta lo que veo: un hombre destrozado y solo. Pienso en todo el tiempo que Lily y yo pasamos juntos, los dos solos. Las conversaciones sobre chicos, el Monopoly, la noche de la pizza... Pero los perros no comen pizza; los perros no juegan al Monopoly..., y me pregunto qué parte de todo eso fue real. Lo sé hasta cierto punto, pero todo parece tan real. ¿Qué parte de todo eso fue una elaborada construcción para enmascarar mi propia soledad? ¿Qué parte construí para convencerme a mí mismo de que todas mis tentativas por tener una vida real –la terapia, las citas...– no eran exactamente eso: tentativas?

Alguna vez, en algún lugar, dejé de vivir de verdad. Dejé de intentar. Y no entiendo por qué. Hice todo lo que había que hacer. Tenía a Lily. Tenía a Jeffrey. Tenía una familia.

Y después dejé de tener todo eso.

No comprendo cómo mi vida pudo llegar a ser tan vacía, ni por qué llegó el pulpo. Y tampoco por qué al final todo el mundo acaba yéndose.

LAS CUATRO DE LA TARDE

Trent encarga pizza por teléfono y, cuando la traen, me esfuerzo por comer, pero ya el primer bocado me da arcadas y, aunque tengo la sensación de que voy a vomitar, la supero y consigo no devolver. Los pimientos rojos, los tomates, las aceitunas, el queso..., todo se mezcla con la bilis que me sube a la garganta y sabe a diablos. Pero sigo comiendo. Cada bocado me produce un dolor de estómago tan intenso que, durante un glorioso nanosegundo, es más fuerte que el dolor que siento en el corazón. Delante de mí, en la mesita de centro, hay tres botellas vacías de Pacifico, pero no recuerdo haber bebido esas cervezas. Miro a Trent y me doy cuenta de que se alegra de verme comer. Supongo que no le gusta mucho la idea de que alguien se meta una sobredosis de alcohol y pastillas en su sofá (como si se pudiera morir de sobredosis con un solo Valium, dos chupitos de vodka y tres Pacificos).

–¿Está buena la pizza? –pregunta.

Alzo una porción como si quisiera brindar con él. ¿Por qué no salí corriendo? ¿Por qué no saqué de ahí a Lily en la manta y me la llevé a casa? Si lo hubiera hecho, ahí estaríamos ahora. En casa, juntos. Es la pregunta que no consigo quitarme de la cabeza. ¿Por? ¿Qué? ¿No? ¿Salí? ¿Corriendo?

Weezie nos mira ansiosa, con cara de hambre, delante de Trent y de mí, y vuelvo a olvidar si los perros comen pizza o no.

–No sé qué haré cuando le toque a Weezie –dice Trent.

Sé que lo dice porque él también siente parte de mi dolor, que lo asocia con lo que imagina que será su dolor en el futuro, intentando comprender. Y ese no saber qué decir que experimentamos todos ante el sufrimiento. Yo lo aprecio, de verdad, pero a Weezie todavía no le ha tocado. Su perra está aquí. Ilesa. Viva. Y él también tiene a Matt. ¿Yo qué tengo?

La distribución de la pérdida es injusta, y yo no quiero que mi amigo pierda a Weezie. No quiero que deje de tener a Matt. Quiero a Trent, y quiero que sea feliz, muy feliz. Si digo esto es solamente como una toma de conciencia, no como deseo de redistribuir la pérdida ni de hacerla más justa. La distribución de la pérdida es injusta. Así son las cosas. Así funciona el

mundo. Nadie la distribuye. No hay manera de asegurarse de que todo el mundo tenga lo que le corresponde.

Todas las aventuras que vivimos. Y todas me encantaron.

Vivimos.

En pasado.

¿Sabía Lily lo que iba a pasarle cuando empezaron a pesarle los ojos? ¿Que se habían terminado las aventuras? ¿O percibió la pesadez del sueño como el principio de un descanso gratificante, un reposo que le permitiría estar como nueva para vivir otras más adelante? ¿Fue emocionante o espantoso? ¿O no vio absolutamente nada?

Pienso en Kal y me froto el tatuaje. *Morir será una aventura apasionante.* Pero no es verdad. La verdadera aventura es la vida. La verdadera aventura es tener un huracán dentro de nosotros. Y después no pienso en Cate Blanchett en el papel de Isabel I, sino en Mel Gibson interpretando a William Wallace. Todos mueren. Nadie vive de verdad. Y luego recuerdo a Mel Gibson en *Rescate: ¡Devuélvanme a mi hijo!*

La pizza me pone inquieto; vuelvo a tumbarme. Apenas me doy cuenta de que Trent coge mi plato para que Weezie no se coma las cortezas que no he tocado. Huesos de pizza, las llamaba mi padre.

Huesos.

Restos.

Polvo eres y en polvo te convertirás.

Intento concentrarme para pensar que vuelvo al *Fishful Thinking*, que vuelvo donde está Lily, que la rescato de la lluvia de meteoros en forma de pelotas rojas. Esta vez me esforzaré más. Llegaré hasta el lugar donde está esperándome, la salvaré. Saldremos corriendo. Apenas tiene importancia que nos encontremos en un barco, rodeados por las aguas, y no haya adónde correr. Esta vez correremos.

Sin embargo, cuando me quedo dormido, no sueño con Lily.

LAS CINCO DE LA TARDE

–¿Y esto qué es? –pregunta Trent, enseñándome unos folletos que tiene en la mano.

–No lo sé –le digo. Me endezco apoyándome en unos cojines. Nunca había visto esos folletos. La habitación da imprecisas vueltas y en la tele sigue *Friday Night Lights*. Esta vez no necesito que nadie me recuerde lo que ha pasado; me despierto sabiéndolo.

Trent hojea los folletos antes de decir:

–Oh.

Luego los deja en la mesita de centro.

–¿Qué pasa?

–Nada. Puedes leerlos más tarde.

Estiro la mano y los abdominales me duelen como cuando me paso un largo rato haciendo gimnasia, aunque ahora mismo no consigo recordar cuándo fue la última vez que vi un gimnasio por dentro. Hace semanas, quizá. Cuando cojo los folletos, lo lamento inmediatamente. Tanatorio para mascotas. Crematorio de mascotas. Cementerios para mascotas. Las palabras parecen saltar de los folletos para atacar mis ojos. Trato respetuoso. Incineración individual. Escoger la urna. Apoyo psicológico. Productos de calidad. Atención compasiva. Cada frase es otra puñalada en el corazón.

Trent me quita los folletos.

–¿De dónde los has sacado? –pregunto; acuso.

–Estaban aquí, encima de la mesa.

Alguien debió de ponérmelos en la mano antes de marcharme del hospital veterinario, pero no lo recuerdo. ¿Llegué a casa de Trent con los folletos en las manos? Tampoco recuerdo eso.

–Los dejaré ahí, con la carta.

–¿Hay una carta?

–Puedes leerla más tarde. No es necesario que lo hagas ahora.

Estimado señor:

Finalmente hemos podido extirpar el pulpo. Por favor, recójala con la mayor

brevedad posible. ¡Está ansiosa por verlo!

A su servicio y al de la ciencia,

El Hospital Veterinario

–Qué dice. –No es una pregunta, es una orden. Quiero que Trent me lo diga. Nada de leerla más tarde. Tengo que saber qué dice esa carta ahora.

Trent suspira. Abre la carta, que está doblada en tres. La lee por encima hasta que llega al final.

–Que tienes hasta el lunes para decidir lo que quieres que le hagan a Lily.

Me lee las opciones. Si elijo la incineración individual, puedo comprar una urna y llevármela a casa. Si elijo la colectiva, se ocuparán ellos de las cenizas. Hay otros paquetes con distintas modalidades de entierro. Uno incluye «un precioso recuerdo de arcilla con una huella de perro».

Todo pone a prueba mis creencias. No creo en Dios; no creo en la otra vida. Lo que creo es que vivimos y morimos. Creo que la muerte es la nada eterna. Creo que el cuerpo solo es un caparazón. Creo que Lily ya no está aquí. ¿Decidir qué hacer con Lily? Lily ya no existe. Lo que hay que decidir es qué hacer con su cuerpo.

Nada de eso me asusta.

¿O me asusta?

No necesito los restos de Lily para recordarla.

No necesito una urna que me recuerde su amor.

No necesito un precioso recuerdo de arcilla que me recuerde que la vida es frágil, finita, breve.

¿O lo necesito? ¿Necesito esas cosas para recordar que la quise? ¿Puedo soportar la idea de que, durante muchos años a partir de ahora, seguiré sin saber dónde está su cuerpo?

Detened todos los relojes, desconectad el teléfono; dadle un hueso sabroso al perro para que no ladre.

Recuerdo esos versos de repente.

El cuerpo de Lily está en alguna cámara frigorífica, junto con los de otros perros desdichados. Por eso pueden hacer preciosos recuerdos con una huella de perro en la arcilla.

Trent deja los folletos junto a mis llaves en la mesa del comedor.

No tengo que leerlos ahora.

LAS NUEVE DE LA NOCHE

Suena el teléfono. Es Jeffrey, y no tengo ganas de contestar. Le había enviado un mensaje antes de subirme al coche: *Ha muerto Lily. Estuve con ella hasta el final. Todavía no puedo hablar de lo que ha pasado, pero pensé que debías saberlo.* Y luego otro: *Gracias por haber sido una parte importante de su vida.*

Todavía no puedo hablar.

Suena el teléfono.

Es Jeffrey.

Cojo el volante con las dos manos y me concentro en la autopista y en mi carril. Recuerdo nuestra relación, y que le dije explícitamente: *Esas son cosas que, si las haces, me harán daño.* Y su asombrosa capacidad para hacer exactamente esas cosas. *Todavía no puedo hablar de lo que ha pasado.* ¿Y qué hace uno si se llama Jeffrey? Llamar para hablar de lo que ha pasado.

Justo cuando decido no contestar, dejar que la llamada termine en el buzón de voz sabiendo que tal vez nunca escuche ese mensaje, mis dedos me traicionan y contesto.

–Hola.

–Hola. –Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí su voz. Suena familiar, y, sin embargo, extraña—. ¿Estás conduciendo?

–Vuelvo a casa. Estaba con Trent.

–Creo que no deberías conducir solo.

Es por el Bluetooth que tiene este coche; me lo puse después de que nos separásemos. Su voz sale de los altavoces estéreo y me envuelve por completo. Me pone... nervioso. Se produce un largo silencio antes de que pueda decirle:

–Gracias. –Y luego–: ¿Dónde estás?

–En casa.

Me río.

–¿Qué tiene de gracioso?

Eso, qué tiene de gracioso.

–Ni siquiera sé dónde es para ti ahora tu casa.

¿Cómo podía no saber dónde vive? Puedo imaginar algunas de sus cosas, pocas. Cosas que antes eran nuestras, pero no puedo visualizarlas en el contexto de un espacio concreto.

–¿Quieres que te dé... la dirección?

De repente me entra el pánico; a lo mejor se le ocurre invitarme a ir a su casa.

–No pasa nada. Estoy conduciendo.

Silencio.

–Lily era una perra maravillosa.

Otra larga pausa.

–La mejor –coincido.

Paso las salidas de Vineland, Ventura y Lankershim antes de que volvamos a hablar.

–¿Y a nosotros qué nos pasó? –pregunta Jeffrey.

¿Es el momento adecuado para ser sincero? En mí no queda ya nada para ser otra cosa.

–No eras todo lo fiel que yo necesitaba.

Jeffrey traga saliva.

–Tú nunca pareciste totalmente por la labor –dice, y no es rabia, no es un contraataque. Nos limitamos a consignar hechos.

Fuegos artificiales en el parque temático de los Estudios Universal; las últimas ascuas caen en la autopista, justo en el momento en que nuestras palabras suenan como tristes cenizas de discusiones explosivas que tuvimos hace mucho tiempo.

–Lo sé.

Eso tengo que reconocerlo.

Otro silencio, tan denso que podría atravesarse con un camión.

–Durante un tiempo lo pasamos realmente bien –dice Jeffrey.

–Sí, yo también creo que fue así.

Cuando giro hacia la derecha para salir en Highland, le digo que tengo que cortar.

–Cuídate, Ted.

Lo dice en un tono que invita a pensar que esta es la última vez que hablaremos en la vida.

–Tú también, Jeffrey.

Es raro que nos llamemos por nuestros nombres; los nombres son para usar

con personas que se conocen menos que nosotros dos. Mi dedo índice, paralizado durante un brevísimo segundo, revolotea sobre la tecla roja antes de cortar. Ted y Jeffrey. Volvemos a ser dos extraños.

Abro el techo corredizo y pongo la radio. «Cecilia», de Simon and Garfunkel, pero en mi cabeza *Cecilia* se parece demasiado a Lily y cambio de emisora. Quiero oír otra cosa, algo que no signifique nada, que no reconozca. Algo furioso con la vida.

Llegar a casa en coche es una actividad tan normal que casi pienso que este día no ha existido. Me pregunto qué estuve haciendo en casa de Trent; me pregunto por qué ha llamado Jeffrey. Lily está bien. Está esperándome, dormida en su cama, en la cocina. Puede que tarde un minuto en espabilar cuando yo entre. Estos últimos años no ha sido una guardiana precisamente atenta, pero despertará cuando me oiga entrar.

Todo eso es verdad mientras sigo en el coche.

Dejará de serlo en cuanto entre.

Todo eso es verdad mientras sigo en el coche.

Yo mismo estoy tan convencido de que es así que, cuando me armo de valor para entrar, me quedo inmóvil en la oscuridad, sin ganas de encender las luces ni de hacer nada que pueda destrozar mi ilusión. Al final, cuando la oscuridad se vuelve insoportable, susurro:

—¿Lily?

Silencio.

No hay respuesta, por supuesto.

Me he bajado del coche.

LAS ONCE DE LA NOCHE

Hay una botella de vodka vacía en el congelador y no sé por qué está ahí ni por qué no está llena. La tiro al cubo del reciclaje. Después saco del armario una botella de vodka sin abrir y las cervezas que quedan en el congelador y las vacío en el sumidero. Lo hago antes de acometer la lúgubre tarea de quitar de la vista la cama de Lily y guardarla en el armario. Cojo su manta con huellas de perro y la acerco a mi cara, respirando hondo, antes de doblarla con cuidado y colocarla encima de la pila de ropa para lavar. Recojo del suelo sus dos boles, el de la comida y el del agua. No me tomo siquiera la molestia de lavarlos, simplemente los vacío y los guardo en un cajón. Veo una bolita de pienso escondida bajo el bol.

Asuntos pendientes.

La cama está revuelta. En el medio, un montón de toallas donde Lily durmió su última noche en este mundo. Deshago la cama y encuentro una bolsa de basura vacía entre las sábanas. No recuerdo haberla puesto ahí, ni siquiera haber pensado en hacerlo. Le doy la vuelta al colchón, aunque está seco, y hago la cama con sábanas limpias.

Voy borrando poco a poco los acontecimientos del día.

Tomo una ducha caliente y me quedo un largo rato bajo el agua. Soy consciente de que estoy lavándome los restos de Lily, quitándomela de los lugares donde nos tocamos por última vez. Cierro el agua fría hasta que el agua caliente quema y, cuando ya no puedo aguantar el dolor, giro el grifo de agua fría hasta que vuelve a salir templada.

Cuando salgo de la ducha me olvido incluso de secarme y simplemente me quedo ahí, de pie, junto a la ventana abierta, mirando la oscuridad del patio trasero y respirando el sofocante aire de julio. Mañana es viernes. Toca terapia con Jenny. ¿Cómo le hablaré de lo que ha pasado?

Los viernes jugamos al Monopoly.

Encuentro unos pantalones cortos en el suelo, me desplomo en el sofá y enciendo el televisor. Me miro las piernas, separadas de modo tal que dejan un hueco para Lily, en el que siempre se acurrucaba y daba tres vueltas antes de quedarse dormida, la barbilla colgando de mi rodilla. Así estoy sentado

ahora. Antes nunca me sentaba de esta manera. Así estoy sentado ahora. Lily me ha cambiado radicalmente.

¿Qué sentido tenía anticipar el sufrimiento? Eso es lo que le preguntaré a Jenny. Si de lo que se trataba era de aliviar el dolor que siento ahora –hacerlo maleable, menos compacto, más manejable–, esa anticipación ha fallado por completo. Si empecé a distanciarme hace semanas, ¿no debería ser más fácil despegarme por completo hoy?

Dos inyecciones.

Quiero volver a ese espacio entre las dos inyecciones. Después de la primera, cuando Lily ya deja de sentir dolor y flota en una plácida nube de sueño. Antes de la segunda, cuando el corazón aún le late y el pecho sube y baja y ese trocito de lengua color rosa sigue dentro de su boca cerrada.

La medianoche se acerca y yo quisiera detener los relojes. Mañana será el primer día que Lily nunca verá. Me invade un deseo arrollador de irme de aquí.

El pulpo llegó cuando yo no estaba. Desde entonces me lo he recriminado, me he sentido el culpable, pero de repente me inunda una oleada de rabia contra Lily. Le ladraba al cartero, le ladraba al viento, a cada coche que pasaba. Se iba corriendo a la puerta de la calle para espantar a cualquier asaltante potencial, con el cuerpo rígido, lista para atacar, y el morro apretado contra las persianas de madera para oler el peligro. Sus ladridos parecían los de un perro mucho más grande. Se lanzaba disparada hacia la puerta siempre que yo llegaba a casa. Se aplicaba cuando por la noche pasaban cosas que nos daban miedo. Pero, en algún momento, envejeció. Se hizo vieja, más dura de oído y, quizá, perezosa o simplemente incapaz de reaccionar como antes. Cualquiera que fuese la causa, bajó la guardia. Falló a la hora de protegernos.

Y en ese momento llegó el pulpo.

A ella debería recriminárselo.

Ella tuvo la culpa.

O es posible que el pulpo la engañara para someterla. Era así de taimado. Es posible que llegara preparado. Podría haber llegado sin avisar. Al fin y al cabo, el pulpo es un maestro del camuflaje.

Me resulta imposible dirigir mi rabia hacia algo concreto.

¿Por qué pensé que estaríamos juntos para siempre? Lily nunca me hizo esa promesa. Los perros viven menos años que las personas. Eso yo lo sabía. En mi cabeza. Pero pensar que llegaría un día en que nos separaríamos

equivalía a privarme de la alegría de cada día que pasábamos juntos. Un día juntos en la playa. Un día de siestas y paseos. Un día juntos cazando ardillas.

Mi cuerpo se debate con mi mente para descansar. Los ojos me pesan y, sin embargo, se resisten a dormir, pero no sé por qué. Necesito dormir. Desesperadamente. Puede que tema que regrese el *Fishful Thinking* ahora que sé que la cacería no terminó como yo creí que terminaría. Ahora que el viaje no nos trae de vuelta a casa.

Al final, interrumpo mi tan necesitado descanso y deambulo sin rumbo por la casa, apagando las luces en todas las habitaciones en que las veo encendidas.

Cuando llego a la cocina encuentro la pelota roja. Me mira fijamente desde el suelo de linóleo y los ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Me agacho para recogerla. Está como clavada al suelo, una espada en la piedra. Tardo bastante en moverla, pero, como Arturo, lo consigo; luego la guardo en el mismo cajón donde he puesto la comida de Lily.

Apago la luz de la cocina.

Tenía doce años y medio reales; es decir, ochenta y siete años de perro.

Yo tengo cuarenta y dos; o sea, doscientos noventa y cuatro.

Vivimos juntos doce años fantásticos. Ochenta y cuatro años perrunos.

Es toda una vida, aun cuando los años de los perros pasan demasiado rápido.

A un corazón se lo juzga no por lo mucho que amamos, sino por lo mucho que nos quieren los demás.

Dos inyecciones. *Con la segunda se le parará el corazón.*

Buenas noches, muñequita.

Buenas noches, Mona.

Buenas noches, Pavatonta.

Buenas noches, Ratita.

Buenas noche, Habita.

Buenas noches, Lily.

Te quisimos ferozmente.

Tres corazones

AGOSTO

Ya he aparcado cuando se me ocurre pensar que no estoy seguro de en cuál de los dos Starbucks hemos quedado. Faltan dos minutos hasta las tres, la hora de la cita..., debería esperar que sea el que está más cerca, aunque el que queda más lejos sería un lugar mucho más apropiado para un primer encuentro. Al menos allí podríamos sentarnos fuera. ¿Cómo es posible que haya dos Starbucks a tan poca distancia el uno del otro? Uno está dentro de Barnes & Noble, será por eso. El Starbucks de los libros. Le envió rápidamente un mensaje y enfilo hacia las dos cafeterías, y cuando me contesta, pregunta: *¿Qué te parece si mejor tomamos helado de yogur?* Claro, le escribo, y me dirijo hacia el Starbucks que queda más lejos, pues es el que está más cerca de la heladería, aunque ahora el plan probablemente se haya vuelto más complicado que nunca.

Hoy hace un mes que murió Lily.

Hasta hoy me he sentido bien. Acepté la invitación de mi madre a visitarla. Hice coincidir mi visita con la de Meredith y pasamos unos días sin hacer nada disfrutando del verano de Maine, y nadie me presionó para que hablara o riese si no tenía ganas. Al volver me dediqué enteramente a otras cosas – trabajo, ejercicio físico (mucho correr: ¿correr hacia?, ¿escapar corriendo de?)– y me puse al día con los amigos. Y citas, por llamarlas de alguna manera. Hubo varias, todas primer y único encuentro, sin segunda parte. Ninguno me interesó de verdad. (Todas por la tarde; o sea, nada demasiado interesante cuando no bebo.) Nada de esto quiere decir que no tuviera algunos días negros, noches aún más solitarias y algunas pesadillas horribles, pero de alguna manera conseguí moverme, diciéndome aquello de que hay que seguir adelante. Volver a formar parte del mundo tuvo sus momentos críticos. Había estado apartado demasiado tiempo.

Me aterrorizaba la llegada de este día, el mes de la muerte de Lily, pero no había esperado que fuese un golpe realmente abrumador. Es probable que solo quedara con este chico por necesitar algo que me distrajera. No voy a decir que sus fotos no me parecieron atractivas, y tampoco que no disfrutara con los correos que intercambiamos. Creo que lo que me atrae es su nombre.

Byron. Nombre de poeta. Romántico. Últimamente he leído muchas cosas de Lord Byron; tenía un terranova llamado Boatswain, que le inspiró una de sus obras más famosas, «Epitafio para un perro». *Cerca de aquí yacen los restos de alguien que fue poseedor de belleza sin vanidad, que fue fuerte sin ser insolente, que tuvo valor sin ser feroz y todas las virtudes del hombre sin sus defectos.* Por lo visto, Boatswain se parecía mucho a Lily.

Tuve la impresión de que ese nombre, Byron, era una especie de señal. Que me entendería, que comprendería el porqué de este dolor tan hondo. Me hablaría como un poeta, con versos emotivos, sin chorradas intelectuales ni lugares comunes. Pero la verdad es que no sé lo que estoy haciendo mientras camino hacia el Starbucks que está más lejos, es decir, el que está más cerca del lugar donde sirven helado de yogur.

Viviendo, supongo. Respirando. Parece como si estuviera casi preparado para volver a hacer esas cosas. No solo de una manera mecánica, sino preparado para intentarlo de verdad.

Avanzo zigzagueando por el famoso Farmers Market de Los Ángeles (que en realidad es más bien un patio de comidas al aire libre) y ahora ya llego unos minutos tarde. El lugar está atiborrado de gente, y sigo sin saber a ciencia cierta adónde tengo que ir cuando bajo la vista y veo que llevo pantalones amarillos. Pantalones amarillos. ¿En serio? Hay veces que no sé en lo que estoy pensando. Llevo los bajos enrollados. Me he puesto también un polo azul marino; puede que dé la impresión de que acabo de limpiar mi yate... Todo me dice que debo de tener pinta de imbécil. Pienso en cancelar la cita o, al menos, quedar para más tarde, así puedo volver a casa a cambiarme, pero si lo pienso bien me da palo. Si he quedado es más que nada para distraerme. Cuando rodeo el último puesto (alguien vende unas berenjenas enormes, más redondas que alargadas) lo veo apoyado tranquilamente contra una pared y dentro de mi cuerpo algo dice ahí lo tienes.

Ahí lo tienes.

No entiendo esas palabras porque parecen demasiado profundas en medio del Farmers Market, demasiado enternecedoras para asociarlas a tal o cual Starbucks, al sitio donde venden helado de yogur o a la confusión sobre el lugar en que he quedado con un desconocido. Están esforzándose para definir esa apabullante sensación de consuelo que me invade, como si un globo lleno de agua me reventara encima de la cabeza el día más caluroso del verano. No me flaquean las piernas, no me da un vuelco el corazón, pero me siento

envuelto en la calidez de un abrazo que se parece al efecto del Valium. Pero no he tomado un Valium. No he vuelto a tomar desde la noche en que murió Lily. Sin embargo, aquí está ese abrazo cálido que me hace sentirme seguro con esta persona, este Byron que tal vez es poeta, y quiero que se detenga. Esta sensación –cualquiera que sean puede ser real, no puede ser una conexión tangible. Este es solo un hombre apoyado contra un puesto donde venden berenjenas gigantes. Pero ya no tengo tiempo para preocuparme por saber de qué sensación se trata, si yo debería estar aquí o no, si debería o no debería haberme puesto pantalones amarillos, porque solo quedan, quizá, tres segundos perfectos en que lo veo sin que él aún haya advertido mi presencia. Tres segundos perfectos para disfrutar de una calma que lleva tanto tiempo negándoseme.

Ahí lo tienes.

Después, Byron levanta la cabeza y viene hacia mí, usando un pie para separarse de la pared contra la que está apoyado. Nos miramos y sonrío al reconocerme; en su rostro, una expresión de amabilidad absolutamente desarmante, y de repente me veo delante de él.

«Ahí lo tienes.» Las palabras salen de mi boca antes de que pueda frenarlas, y es lo único que puedo hacer para llevar la conversación en una dirección más divertida e informal y que él no se sienta presionado por la importancia que yo les he atribuido. Pienso que no lo hago mal del todo, pero, por lo que sé de mi temporada en el mar, a veces los buques grandes giran lentamente.

Byron ríe y cierra un poco el puño como para celebrar que al final nos hemos encontrado. «¡SÍ! ¡TODO! ¡ESTO! ¡SUCEDE! ¡PARA! ¡NOSOTROS!»

Quisiera frenar en seco, pero ya me veo inclinándome para abrazarlo; él recorre el resto del camino y ese abrazo cálido que sentí al verlo ahora es un abrazo real y no menos sincero.

Debe de darse cuenta de que lo estrecho con fuerza porque pregunta:

–¿Va todo bien?

–No. Sí. Todo es perfecto. Solo que... –Repito mentalmente lo que ha dicho, la manera en que lo ha dicho y ese entusiasmo del que hace un mes apenas no quedaba nada–. Me has recordado a alguien, eso es todo.

–Espero que sea un buen recuerdo.

Sonrío, pero apenas tardo un minuto en decir:

–El mejor posible.

No soy el primero en dejar de abrazarlo, pero puede que lo hagamos los dos al mismo tiempo. Ya es algo. Jenny estará orgullosa. Lo miro a los ojos, esperando que sean marrones como los de Lily, pero no, son de un azul profundo, como las aguas que golpeteaban suavemente contra el *Fishful Thinking*.

–Entonces ¿helado de yogur te parece bien?

–Me parece perfecto.

Nos sentamos uno frente al otro, cada cual con su yogur, mucho más apetecible que el café bajo este sol de agosto. El suyo, natural; el mío, de granada. Me sorprende verlo exactamente igual que en las fotos y, al mismo tiempo, completamente distinto. El modo en que se mueve, su manera de sonreír, todo eso lo hace más guapo de lo que una foto podría captar. Después de las tonterías y las bromas típicas de las primeras citas, empiezo a contarle una de mis historias, y aunque tiene un pase, cuando termino de contarla me digo a mí mismo que ya está bien.

Por este chico vale la pena estar presente.

Es de Nueva Orleans. Era periodista televisivo en Las Vegas y me pregunto cómo es posible que trabajase precisamente de eso porque la brisa mueve sus rizos y él se parece un poco al poeta que su nombre sugiere y en absoluto a un reportero, al menos no a ninguno que yo haya visto. También tiene sobrinos, como yo. Se lleva bien con la madre, con el padre no. Está triste por la muerte de Whitney Houston.

Le encantan los perros.

–¿Alguna vez has estado enamorado? –pregunta.

No le contesto de inmediato y pienso en Lily, aunque sé que no se refiere a esa clase de enamoramiento. Le contesto que sí, porque, aun cuando nunca hubiera tenido a Lily, es verdad. Incluso llego al extremo de intentar disimular el dolor que me provoca recordarlo.

–¿Y tú?

Se mira los pies, avergonzado.

–Creo que no –dice, y luego añade, esperanzado–: Todavía no.

Reconozco en su rostro la expresión de alguien que ha tenido montones de... *citas*, encuentros como este, y lo admiro por ser capaz de no perder la esperanza.

–¿Cuánto tiempo duraste con tu última pareja? –pregunta.

–Seis años.

–¿Y cómo terminó?

Otra pausa.

–Bueno, si no te importa que te lo pregunte –añade.

–No me importa –digo–. Lo dejé yo.

–¿Por qué? –Y después, con una risita–: Tiendo a ser así de directo.

Lo miro y sopeso las ventajas de varias respuestas que se me ocurren antes de decidir que la mejor manera de contestar a una pregunta directa es ser directo.

–Porque pensaba que me merecía que me tratase mejor.

«¡BRAVO!»

Miro a la gente que nos rodea y me pregunto si alguien me está jugando una broma macabra. Como si viese al pulpo con forma humana cinco mesas más allá, sorbiendo un café con leche helado y saludándome con uno de sus tentáculos. Pero yo sé que el pulpo está muerto, y no creo que se trate de una broma. Lo que creo es que este tío es realmente el que es.

–¿Cuándo supiste que la relación no daba para más? –pregunta.

–En los días anteriores a las elecciones en que también se votaba el matrimonio para todos en California... Dijo algo sobre casarnos. Tuve una reacción tan visceral a la idea de unir mi vida a la suya que incluso pensé en votar en contra del matrimonio gay, negando a todos los californianos homosexuales sus derechos cívicos básicos solo para evitar una conversación incómoda en casa.

Byron ríe.

–Supongo que fue entonces cuando supe que lo nuestro había terminado.

Le pongo una mano en el antebrazo. No sé por qué lo hago –y no es un gesto exactamente forzado–; de verdad, me han entrado ganas de tocarle la piel. Suave, apenas bronceada. Diría que sabe a verano, a algo familiar, cálido, agradable. Como mi piel en los primeros días a bordo del *Fishful Thinking*, antes de que acabara pelada y quemada y curtida por la sal.

–Tardamos otros tres años en romper. –Me reclino en la silla y sonrío con picardía. Las relaciones son complejas y a veces es realmente imposible explicarlas a un tercero–. No puedo creerme que te haya dicho eso.

«¡SÍ! ¡ESTÁS! ¡VIVIENDO! ¡TU! ¡VIDA! ¡PLENAMENTE!»

Ya van tres veces. No son imaginaciones mías.

Ahí lo tienes.

Esta vez el corazón sí me da un vuelco. Le miro el brazo y seguimos

tocándonos; él no ha hecho nada por apartarlo ni por alejarse.

Todo lo que me rodea –el tablero de formica roja de la mesa, el yogur color rosa, el cielo azul, las verduras del mercado– lo veo en un vibrante tecnicolor cuando el sol asoma de detrás de una nube. Estoy viviendo mi vida plenamente.

–Sinceridad en todo –añade Byron, alzando su tarrina de yogur como si fuéramos a brindar.

Retiro la mano y al instante echo de menos la calidez de su brazo, la calidez de Byron. *Sinceridad en todo*. Debería tocarlo otra vez. Es en su brazo donde mi mano desea estar. Esa fue la lección que me enseñó Lily. Estar presente en cada momento. Demostrar afecto de manera espontánea.

De repente me doy cuenta de que llevo un rato sin hablar.

–¿Sabías que un pulpo tiene tres corazones?

En cuanto le hago esa pregunta me doy cuenta de que me parezco al chico de *Jerry Maguire*. *¿Sabías que la cabeza humana pesa tres kilos y medio?* Espero que mi pregunta suene mínimamente graciosa.

–No –dice Byron, con un brillo en la mirada que es expresión de su curiosidad.

Al menos yo espero que sea eso, pero, incluso si no lo fuera, ya me estoy dejando llevar demasiado por la inercia de las trivialidades para poder echarme atrás.

–Es verdad. Un corazón, el llamado sistémico, funciona de manera muy parecida al lado izquierdo del corazón humano. Distribuye la sangre por el cuerpo. Y dos corazones más pequeños, branquiales, cerca de las agallas, que actúan como el lado derecho de nuestro corazón, bombeando para que la sangre vuelva.

–¿Y qué te ha hecho pensar en eso?

Sonrío. Es posible que este sea el tema menos apropiado para una primera cita, pero al menos no me aburre contarle. Levanto la vista y miro el encantador cielo de agosto, deslucido únicamente por la estela de un avión que pasa y una nube en el horizonte que se parece vagamente a un perro salchicha. No creo en el destino. No creo en el amor a primera vista. No creo en el cielo ni que nuestros seres queridos estén observándonos desde lo alto. Pero el sol es tan cálido y la brisa tan fresca y esta compañía es tan perfecta y toda la tarde es tan embriagadora que es difícil no oír la voz de Lily danzando en el viento.

¡UN! ¡MES! ¡YA! ¡ES! ¡BASTANTE! ¡TIEMPO! ¡PARA! ¡ESTAR! ¡TRISTE!

Me entran ganas de discutir con Lily y decirle que un mes no es bastante, pero, en meses perrunos, son siete meses, es decir, más de doscientos días. En cualquier caso, nada de eso tiene importancia; para ella, incluso un solo día de mi tristeza fue un día de más. Cojo la cucharilla y la paso por el fondo de mi tarrina, ya vacía, y vuelvo a pensar en el poema de Lord Byron. *Pero el pobre perro, en vida el amigo más fiel, el primero en dar la bienvenida, el primero en defender.* Con una serie coordinada de movimientos de la cucharilla arrincono, rasca que te rasca, el yogur con granada derretido en un lado de la tarrina.

–Hace poco perdí a alguien muy cercano –digo, y remuevo un poco más la cucharilla en la tarrina, aunque ya está vacía, antes de dejarla sobre la mesa y concentrarme completamente en Byron–. No sé, siento que ella está aquí ahora. Con nosotros. Tú, yo, ella... Tres corazones. Como los del pulpo.

Me encojo de hombros.

De ser Byron, yo saldría de aquí corriendo. Vaya ridiculez que estoy diciendo. Si hasta podría asustarlo. Me iría corriendo y no pararía hasta llegar a casa y meterme en la cama con un kilo de helado antes de ponerme a borrar mi perfil de todas las páginas de ligues en las que estoy registrado.

Puede que porque sea espontáneo. Es posible también que porque lo que digo es tan raro como verdadero. Porque este es finalmente el hombre que necesito. Byron se pone de pie y me tiende la mano.

–Vayamos a dar una vuelta y me cuentas.

Mordisqueándome con ternura el cordón del zapato.

Tardo un minuto en decidir si soy capaz de hacerlo, y decido que sí; tiro las tarrinas de yogur y pongo mi mano en la suya. Es suave y cálida y, en lugar de tontear torpemente, mi mano y la suya se adhieren una a la otra como el imán al metal, como si lleváramos toda la vida caminando de la mano. Y volvemos a tocarnos.

–Podríamos ir a tomar algo a ese local que hay un poco más arriba – sugiero.

–¿Ningún problema si tomamos té frío? –pregunta–. La verdad es que yo no bebo.

Ojalá Byron supiera lo perfecto que sería.

–Me parece una idea magnífica.

Byron sonrío. Sus ojos siguen siendo azules, esta vez del azul del cielo.

Del cielo con la nube con forma de perro salchicha. Recuerdo una de las puestas de sol más espectaculares a bordo del *Fishful Thinking*, cuando, no sin cierta vergüenza, le confesé a Lily que me gustaría volver a enamorarme. Unas palabras que me costó no poco pronunciar y acompañadas de un sentimiento de culpa. Si hasta decirlas en voz alta sugerían un futuro sin Lily. Y recuerdo también su sencilla respuesta:

–Te enamorarás –dijo.

Empezamos a andar.

Yo empiezo a hablar.

–Nos conocimos en el criadero, una granja, cuando ella solo tenía doce semanas. Era muy mansita; un alfeñique para la dueña de la granja, porque era la más pequeña de toda la camada. El padre se llamaba César y la madre Witchie-Poo.

Byron me aprieta dos veces la mano transmitiéndome una mezcla de burla y placer.

Empiezo a contar la historia de Lily.

¡EMPIEZO! ¡MI! ¡HISTORIA!

AGRADECIMIENTOS

Soy consciente de que todos los que tienen un perro creen tener el mejor perro del mundo, y personalmente no me resultaría sencillo afirmar aquí que Lily fue la mejor de todos los tiempos. Nunca rescató a nadie de un incendio, nunca estuvo separada de mí de una manera que la obligase a desplazarse cientos de kilómetros de casa, y cada vez que veía pasar un patinete se espantaba tanto que se metía en casa y se pasaba horas sin volver a salir. Sin embargo, me enseñó todo lo que sé sobre la paciencia, la bondad, la fuerza y el amor incondicional, y por eso tengo una deuda eterna con ella. Lily, tú sencillamente fuiste la mejor para mí.

Quiero dar las gracias en primer lugar a Rob Weisbach, agente, visionario y amigo que se merece todo mi aprecio. Aunque el Tauro soy yo, actuaste con la fuerza de un toro a la hora de expresar tu entusiasmo y tu fe en este libro, y también de convertirlo en un éxito rotundo.

Karyn Marcus, mi editora, defendió las virtudes de *Lily y el pulpo* antes incluso de adquirir los derechos. Reímos y luchamos juntos; holgazaneamos, celebramos y lloramos juntos; juntos vimos los vídeos de YouTube de Cate Blanchett, y juntos también mejoramos esta novela.

Ahora debería simplemente copiar los nombres que conforman el directorio principal de Simon & Schuster, pues todos sus miembros trabajaron horas extras para que, en la editorial, me sintiera como en casa; pero me limitaré a mencionar a Marysue Rucci por haber confiado en este autor primerizo, y a Carolyn Reidy, Jonathan Karp, Richard Rhorer, Wendy Sheanin, Cary Goldstein, Marie Florio, Megan Hogan, Julia Prosser y Stephen Bedford por su dedicación y por hacerme sentir parte de un equipo.

Si este libro tiene un hada madrina, se llama Molly Lindley Pisani. Molly, han sido tantas tus aportaciones que me resulta imposible citarlas aquí, pero no las olvidaré nunca. Conseguiste algo mágico. ¡Abracadabra!

Gracias también a todos los que leyeron el primer borrador y me brindaron valiosas sugerencias: Trent Vernon, Wende Crowley, Katherine Lippa, Marcy Natkin, Susan Wiernusz, Laura Rowley, Brianna Sinon Rowley, April Wexler, Travis McCann, Lindsey McCann, Jill Bernstein y Kristin Peterson.

Además, este libro tiene muchos amigos, entre los que deseo mencionar a Derrick Abrenica, Sven Davison, Malina Saval, Harlan Gulko, Sam Rowley, Evan Roberts, Cara Hancock Slifka, Steve Lekowicz, Ryan Quinn, Kyle Cummings, Elissa Dauria y Barry Babok.

Norman Rowley y Barbara Sonia, mis padres, me han apoyado toda la vida con su afecto y me han infundido ánimos y entusiasmo. También abogaron a favor de este libro y de su peculiaridad, aun cuando leerlo tuviese momentos duros. Mis gracias a los dos.

Tilda, tú supiste estar a la altura. Gracias por ser exactamente la que eres.

Evelyn, Emmett, Harper, Elias y Graham: ser vuestro tío es una de las grandes alegrías de mi vida. Por favor, no dejéis nunca de amar los libros, pues os llevarán de viaje a todas partes.

Por último, vaya un sincero agradecimiento a Byron Lane, que leyó un cuento titulado «The Octopus» y dijo: «¡Me encanta! Ahora ponte a escribir el capítulo dos.» Fuiste mi primer lector y también el último. Tu inteligencia, tu pasión, tu sinceridad, tu entusiasmo sin límites y tus apasionadas notas al margen dieron vida a este libro. ¿Todas las lecciones que Lily me enseñó sobre el amor? Espero pasarme la vida compartiéndolas contigo.

Título de la edición original:
Lily and the Octopus

Edición en formato digital: junio de 2018

© de la traducción, Daniel Najmías, 2018

© Steven Rowley, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3961-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1 En inglés, «porcelana fina»; con una alusión a *bone*, «hueso»; «pene» en su acepción coloquial. (*N. del T.*)

2 En inglés, *ring* es «anillo»; entre otros, cada capa concéntrica de tejido leñoso del tronco de un árbol. (*N. del T.*)

³ Las dos citas de *Macbeth* están tomadas de la versión rítmica de Agustín García Calvo, Lucina, 2007, 2.a ed. (*N. del T.*)

4 En español en el original. (*N. del T.*)

5. *Owe Too*: en inglés, «deber demasiado» y, por homofonía, también, «O₂». (*N. del T.*)

6 Juego con el nombre de la perra, Goldie, la raza, golden retriever, y *goldfish*, pez tropical en inglés. (*N. del T.*)

STEVEN ROWLEY

Lily y el pulpo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas